

Marie Joëlle Bec

ADELA DE BATZ EN SUS CARTAS HISTORIA Y ESPIRITUALIDAD

31 8 1916
+ j m j t Ca 3 de han
Mon Dieu! je vous consacre cette
maison pour repaire les fautes de
nos frères.
ARCHEVÊQUE
DE LILLE
MARIE IMMACULÉE
295

préparons nos cœurs de plus en plus
chers agathe à l'état saint que nous
allons bientôt embrasser et me parait
un peu nous établis
pensions. C. si cela
après paques.
de mettre de l'astuce
dans la location de la maison et
surtout que dans la semaine de paques
la maison soit vide il faut à dîner
qui a l'air de dîner elle fut bien
il veut la venir

conseille à
pour vous;
vous le ferez
pour vous
Dites à Mme Pellec quelle m'envoie
le nom de Baptême et l'endroit de
famille d'année. Je ne sais pas son
nom. Si vous pouvez avoir quelques
détails sur l'île de Golfe. Donnez m'en
engagé. Henriette se voit à venir au
pere.
Adieu je suis très pressé. Je vous
embrasse dans l'état de Bethléem
joignons nous aux frères qui sont
y adorer le pauvre imitons leur
bonnes et la gentillesse de leur foi.
Adèle

je vous envoie à Mme Pellec le prix de
deux manuels. il y aura 1000 pour la
pauvre femme de Bordenay la tout le
2 dernier quelle m'envoie de l'avis.

Donnez vous prie d'envoyer la boîte de
un achete un petit sepal. blanc soyeux
color broché. de 3 quarts. C'est pour une petite
cousine.

© Marie Joëlle Bec FMI
Adèle de Batz de Trenquelléon. 1789-1989
FMI. Marianistes. Sucy en Brie (France). 1990

© Biblioteca digital marianista (BDM)
Madrid. 2026

NOTAS DEL EDITOR (BDM)

1.- Esta obra de María Joëlle Bec se escribió a los tres años de la declaración de Virtudes de Adela (5 de junio de 1986), con motivo del bicentenario de su nacimiento (1789-1989). En esta edición española, tras los documentos iniciales de Adela como Venerable, se añaden los de la Beatificación (2018).

2.- Las referencias a las cartas de Adela (o de Chaminade) se indican (entre paréntesis) con su número y acompañadas de la fecha.

3.- Las cartas de Adela pueden consultarse en la edición oficial española del Servicio de publicaciones marianistas (SPM), en dos volúmenes (1995 y 2002), cuya traducción es de Eduardo Benlloch. También están en la Biblioteca digital marianista.

Marie Joëlle Bec FMI

ADELA DE BATZ
DESDE SUS CARTAS

Historia y Espiritualidad

Biblioteca Digital Marianista

2026

INTRODUCCIÓN

Se acerca el bicentenario del nacimiento de Adela de Batz de Trenquelléon (Madre María de la Concepción), fundadora, junto con el Padre Chaminade, de las Hijas de María Inmaculada (Hermanas Marianistas).

Con alegría os presento esta antología, una especie de cantata en la que se escuchan diversas voces, cada una haciendo eco de los temas musicales que resonaron en la vida de Adela: el amor apasionado por Cristo, el servicio concreto a los pobres y a los jóvenes, la humildad, la bondad, la fe y el celo misionero.

Al declararla Venerable el 5 de junio de 1986, la Iglesia nos la presentó como una luz en nuestro camino. Como tantos otros santos, comenzando por María, con quien había hecho una alianza, permitió que el Evangelio moldeara su vida.

Que su amor por Dios y por sus hermanos y hermanas nos inspire, que su audacia apostólica nos despierte, que su confianza en María nos guíe por los caminos de la misión.

En un mundo donde tantos hombres y mujeres, jóvenes y mayores, esperan que les revelemos el tierno rostro de un Dios que, en María, se hizo niño para expresar mejor su amor por nosotros, acojamos, una vez más, este mensaje de Adela:

«Oh, Dios mío, mi corazón es demasiado pequeño para amarte, pero hará que te amen tantos corazones que el amor de todos ellos compensará la debilidad del mío».

Hna. Marie Joëlle Bec, F.M.I., Superiora Provincial

EN RUTA HACIA LA CANONIZACIÓN

La Causa Romana de Madre Adela de Trenquelléon

Correspondió al obispo Johan, quien desempeñó un papel tan significativo en el proceso diocesano, anunciar la presentación oficial de la causa de Madre Adela de Trenquelléon y exponer la esencia de su mensaje espiritual.

Que la Iglesia de Agen, inspirada por este testimonio evangélico, obtenga, mediante su oración, unida a la de la familia espiritual de Madre Adela, que un día sea propuesta para la canonización, siguiendo el ejemplo de toda la Iglesia.

† Sabin Saint Galidens, obispo de Agen

La Congregación Romana para las Causas de los Santos acaba de anunciar oficialmente la presentación de la causa de la "Sierva de Dios Adela de Batz de Trenquelléon "con miras a la beatificación y canonización".

El decreto que lo estableció data del 11 de junio de 1977. Fue publicado en las Actas de la Santa Sede el 31 de marzo de 1978 y lleva la firma del Prefecto del Dicasterio correspondiente, el Cardenal Conrad Bafile.

El preámbulo de esta decisión y su firma sirven como un sencillo recordatorio de la gran lección del Evangelio que esta figura destacada del cristianismo de Agen ofreció al mundo: la Madre Adela nació en Feugarolles el 10 de junio de 1789 y falleció en Agen el 10 de enero de 1828.

Fue, ante todo, una niña muy pequeña en el exilio. Mientras su padre había emigrado a Londres, Adela y su hermano menor siguieron a su madre a España y Portugal. Para estas almas profundas, el exilio no fue solo una prueba temporal, sino una profunda experiencia espiritual: su fe en Cristo encontró allí su verdadera expresión. Como le había sucedido a su casi contemporáneo Eugène de Mazenod, la cruz de la pobreza se vinculó a la fugacidad de la existencia y a la incertidumbre del mañana; el alma se acostumbró a contentarse con el pan de cada día, a confiar solo en Dios para trascender las cosas terrenales, a depositar todo en la seguridad de Cristo, a vivir en pura esperanza. Y ya, comenzando, con la inocencia de una niña pero sin dudarlo, surgió una oración continua, una constante búsqueda de la presencia de Dios.

De regreso a sus tierras ancestrales en su adolescencia, continuó su evangelización a través del amor a los pobres. Empezó a considerar la orden carmelita. Entonces, la Providencia puso un guía en su camino. Iluminada por él, Adela encontró su vocación. Era el padre Chaminade.

En su juventud, dirigió grupos de jóvenes afiliadas a la congregación del Padre en Burdeos. Un propósito celestial se gestaba en su interior. Así, el 25 de mayo de 1816, se fundó en Agen el Instituto de las Hijas de María Inmaculada.

Junto a sus jóvenes hermanas, se convirtió en una presencia inspiradora para las almas jóvenes, embarcándose en la gloriosa aventura, tras la violenta ola de anticristianismo destructivo, de la recristianización de Francia. Su bendición permanece con nosotros en nuestro colegio de Sainte-Foy en Agen [hoy colegio Adela] y en Sainte Geneviève d'Astaffort. Recordemos aquí una oración de la Sierva de Dios que expresa con precisión la profunda intuición evangélica, que lo reduce todo a una caridad sin límites, iluminada por una fe maravillosamente humilde, de la cual este gran modelo de educadora cristiana extrajo su inspiración: «Oh Dios mío, mi corazón es demasiado pequeño para amarte; pero hará que te amen tantos corazones que su amor compensará la debilidad del mío».

La historia debe dejar constancia de que el Proceso Romano fue preparado por las autoridades diocesanas mediante una larga y minuciosa labor de nuestro Tribunal Eclesiástico. El Proceso diocesano, llevado a cabo por un tribunal constituido el 18 de enero de 1965, se inauguró el 17 de febrero del mismo año y se clausuró el 21 de marzo de 1966. Las ceremonias de apertura y clausura se celebraron solemnemente en la capilla de la Institución Sainte-Foy, cerca de la tumba de la Madre Adela.

† Roger Johan
Ex Obispo de Agen

Las Hermanas Marianistas en Acción de Gracias Joseph Verrier sm

Capilla de la Magdalena, 17 de enero de 1987

Artículo publicado en enero de 1987 en el *Courrier Français* (edición de Burdeos)

Hay momentos y lugares privilegiados en los que, para hacer más visible la santidad de su Iglesia, Dios concede gracias y carismas a ciertas almas escogidas, tan numerosas que solo cabe admirarlas y agradecerlas. ¡Tiempos felices! ¡Tierras benditas de elección! Así, tras la gran Revolución de 1789-1799, el paisaje cristiano del suroeste de Francia se adornó con flores, algunas de las cuales ya se han colocado en los altares y otras están a punto de hacerlo.

El 5 de junio de 1986, la Congregación para las Causas de los Santos publicó un decreto por el cual la Iglesia reconoce oficialmente las virtudes heroicas de la Madre María de la Concepción, en el siglo Adelaida, María, Carlota, Juana, Josefina de Batz de Trenquelléon, fundadora de las Hijas de María Inmaculada de Agen. El próximo sábado 17 de enero de 1987, una solemne Misa de Acción de Gracias, celebrada en la Capilla de la Magdalena, destacará este favor divino. La misa será presidida por el Obispo Maziers a las 17:30 h.

Un Círculo de Santidad

Lo que resulta llamativo y merece atención, además de la fuerte personalidad de la heroína, es el halo de santidad que ilumina su vida, su obra y su influencia. Mientras buscaba su camino como fundadora, conoció por casualidad al **P. José Chaminade**, quien, como Ananías a Pablo de Tarso, le reveló su verdadera vocación y la ayudó a realizarla. Ahora es Venerable y su nombre es la santa patrona de obras en diversas partes del mundo.

A través de Chaminade, Adela conoció a **María Teresa de Lamourous**, fundadora de la Casa de la Misericordia en Burdeos. Toda la ciudad, la región e incluso más allá, la consideran una santa. Teresa se encontraba en Agen el día en que Adela de Batz y sus primeras compañeras llegaron a instalarse en el antiguo Refugio. Durante seis semanas, fue la superiora de la nueva comunidad religiosa. Dirigió, comentó las constituciones, estudió los caracteres y aptitudes, advirtió, aconsejó y remedió; en resumen, actuó como maestra de novicias, reconoció en Adela las cualidades necesarias para una superiora y preparó la llegada del padre Chaminade, quien iba a establecer oficialmente la fundación. Hasta su muerte, permaneció como una devota amiga de las Hijas de María. Su causa ha sido presentada ante la Curia Romana, y pronto se examinará una extensa "Positio" para reconocer también la naturaleza heroica de sus virtudes [Declaración pontificia de Teresa de Lamourous Venerable: 1989].

La Madre María de la Concepción había oído hablar de Emilia de Rodat. A través de su madre, comenzó a cartearse con ella. De esto surgió una amistad religiosa que se fortaleció año tras año, hasta el punto de que, tras una estancia en el convento de Agen, la santa fundadora de las Hermanas de la Sagrada Familia de Villefranche se declaró dispuesta a unir su labor a la de su amiga. Las comprensibles reservas de sus compañeras la llevaron a abandonar este plan, pero la amistad perduró, beneficiando a ambas congregaciones. El reconocimiento

oficial de las virtudes heroicas de la Madre María de la Concepción es motivo de alegría hoy para las Hijas de la Sagrada Familia de Villefranche-de-Rouergue, al igual que la beatificación y canonización de Santa Emilia de Rodat alegraron a las Hijas de María Inmaculada.

Un carácter moral ejemplar

La Madre María de la Concepción no vivió muchos años, pero en pocos años alcanzó un alto grado de perfección y sirvió magníficamente a la causa de Cristo bajo la protección mariana. De naturaleza apasionada e ingeniosa, desde muy joven se esforzó por controlarse y, gracias ello, logró dominarse tan bien que su principal cualidad pronto se hizo evidente: la bondad. Si bien, tras los difíciles años de su infancia, la posición social y los recursos de su familia la situaron en una posición más privilegiada que la mayoría.

Tras haberse asegurado una vida cómoda, distinguida y envidiable, a su regreso de España a Trenquelléon, se volcó deliberadamente en Dios, vivió con la mayor sencillez y dedicó la mayor parte de sus ingresos a la caridad, que complementaba diligentemente con pequeños trabajos para aliviar aún más el sufrimiento ajeno. La pobreza de las almas, incluso más que la de los cuerpos, acaparaba su atención y era objeto de su devoción diaria.

Sin ser en absoluto escrupulosa, poseía una conciencia exquisitamente sensible, se examinaba con esmero, se reprochaba las más mínimas imperfecciones con la humildad y sinceridad de los santos, se confesaba con regularidad, sometía toda su conducta a la dirección espiritual y comulgaba con la frecuencia que permitían las estrictas costumbres de la época.

La castidad de alma y cuerpo era para ella consecuencia de su profunda fe. La valoraba, la cultivaba en su hogar, la recomendaba a quienes la rodeaban y la convertía en condición de su amistad.

Su piedad era entrañable y contagiosa. Inspiró la devoción filial con la que rodeó a su padre enfermo, la entusiasta ayuda que brindó a su madre, la solicitud que mostró indiscriminadamente a todos los involucrados en el servicio de su familia y el celo que demostró ya fuera en pequeñas clases de catecismo, en su pequeña escuela, en visitas a domicilio o en las cartas que escribía regularmente a sus amigas —de las cuales conservamos más de trescientas, enviadas entre 1805 y 1816—; su alma parece estar completamente absorta en los intereses de Dios. Fue a partir de estas cartas que el obispo Sagot du Vauroux pudo escribir: «Al leerlas, uno se sentiría tentado a creer que el Instituto de las Hijas de María, ya fundado y organizado, recibe de su Superiora el impulso que conduce a las almas a la perfección».

El logro culminante de una vida

De hecho, los once años de su vida religiosa solo sirvieron para sellar el sacrificio, después de haberlo revelado en toda su brillantez se debía a las virtudes que había cultivado incansablemente desde el momento en que despertó a la razón. El obispo du Vauroux lo señala además: «Para ser justos, -escribe-, hay que decir que las fatigas de su cargo la agotaron. Una planta se marchita y muere si echa raíces en tierra árida; para que las obras de Dios florezcan, sus cimientos deben regarse con sudor y serenidad. La joven superiora se entregó sin escatimar esfuerzos. Bajo la guía del padre Chaminade, supo crear un espíritu e

inculcarlo en las almas, que fielmente lo propagaron, dando a la nueva familia religiosa un impulso que perdura hasta nuestros días...»

¿Podría haber un homenaje más hermoso que el que le rindió, veintiocho años después de su muerte, la Madre San Vicente, quien fue testigo de su vida y la sucedió como superiora de la Congregación? María, nuestra augusta Madre, pronto lo convirtió en una norma viva. Su ejemplo nos inspiró y nos fortaleció en el camino de la regularidad y la generosidad. Fue ella quien encarnó en su conducta las hermosas palabras de nuestro digno Fundador: «Si la Regla se perdiera, sería necesario encontrarla de nuevo siguiendo a una Hija de María en los detalles de su vida». Fue la fe la que inspiró su aceptación de la autoridad, la que dictó todas sus decisiones, la que la sostuvo en todas las adversidades y la que, tras consolarla durante su última enfermedad, le permitió morir con un grito de alegría triunfante:

«¡Hosanna al Hijo de David!»

Ante las dificultades que marcaron su camino —la falta de recursos, las debilidades humanas, las enfermedades y la muerte prematura e inesperada de valiosos colaboradores—, su esperanza en el poder de Dios, en su bondad y en su misericordia, jamás flaqueó. Confiando en la gracia divina, en los méritos de Nuestro Señor Jesucristo y en los de la Virgen María y los santos, murió segura de su salvación eterna.

Sentía una profunda devoción por el Espíritu Santo, pues el Espíritu es el amor divino personificado, y el amor a Dios era el centro de su vida, la fuente que impulsaba su celo apostólico, el propósito de todos sus esfuerzos, la justificación de su preocupación por la salvación de las almas y la razón última de todas sus empresas.

Su prudencia sobrenatural se manifiesta en cada una de sus cartas y en todas sus acciones, evidente en su preocupación por considerar todo desde la perspectiva de la fe, recurrir a la oración para obtener guía divina, consultar a sus guías espirituales y someterse a toda autoridad legítima.

Extremadamente sensible en todo asunto de justicia, tanto hacia Dios como hacia su prójimo, daba a cada persona lo que le correspondía, asegurándose de que Dios fuera servido primero, su prójimo respetado y amado, sus benefactores recompensados con gratitud, sus compromisos cumplidos y sus contratos honrados. «Prefiero pagar más, -decía-, que cometer un pecado venial».

«Todos sus sentidos, tanto internos como externos, -atestigua la Madre María José de Casteras-, estaban sometidos: este era el gran objeto de su mortificación». Su abnegación era constante y nunca tuvo más límites que los que la obediencia le imponía en la salud y en la enfermedad.

Su paciencia y fortaleza fueron puestas a prueba severamente en el ejercicio de sus deberes y al soportar el sufrimiento causado por su enfermedad. Jamás se dejó vencer por el desaliento, jamás rehuyó el sacrificio, jamás transigió en su deber, hasta tal punto que la fortaleza parece haber sido uno de sus rasgos más notables.

Todas estas cualidades, que constantemente edificaban a su comunidad, se combinaban en ella con una profunda humildad, una rigurosa práctica de la pobreza religiosa, una castidad

angelical siempre vigilante, una admirable obediencia y, sobre todo, una auténtica devoción filial a la Madre de Dios, patrona y modelo del Instituto.

El Camino de la Causa

Tal noble causa se habría emprendido mucho antes si, por un lado, los franceses no hubieran mantenido su reputación de ser lentos en la glorificación de sus santos, y si, por otro lado, diversos acontecimientos no hubieran intervenido para retrasar los pasos necesarios. Así pues, una vez dados los primeros pasos, todo el proceso se desarrolló sin dificultad.

De conformidad con las disposiciones aprobadas por el Papa Pío XI el 4 de enero de 1939, relativas a los llamados casos históricos, el obispo Jean Rodie de Agen constituyó una comisión de tres miembros el 21 de abril de 1946 para buscar documentos que pudieran esclarecer la vida, la obra y la reputación de santidad de la Sierva de Dios. Esta comisión concluyó su labor y presentó su informe final el 17 de mayo de 1965.

Las investigaciones diocesanas sobre la búsqueda de escritos, la falta de veneración y la reputación de santidad se llevaron a cabo durante los años 1965-1966.

El decreto «Nihil obstat», relativo a los escritos, se emitió el 10 de julio de 1970; el decreto sobre la ausencia de veneración pública, el 15 de junio de 1978. y el decreto sobre la validez del proceso ordinario relativo a la reputación de santidad, del 12 de octubre de 1979.

Mientras tanto, la Sección Histórica de la Congregación para las Causas de los Santos había establecido, por mandato, la «Positio» sobre la introducción de la Causa y sobre las virtudes. Publicada en 1974, esta fue sometida al juicio de los historiadores consultores, quienes la aprobaron unánimemente el 5 de noviembre de 1975.

El 17 de marzo de 1977, fue examinada en el Congreso Ordinario y, el 5 de mayo del mismo año, en la Congregación Particular de Cardenales. Con la aprobación de Su Santidad, el juicio favorable de ambos órganos propició la introducción de la Causa el 11 de junio de 1977.

Siguiendo las normas vigentes en aquel entonces, Monseñor Ferrucci Galeotti, Abogado de las Causas de los Santos, recopiló con prontitud la información requerida, que se imprimió en 1980, y Monseñor Antoine Petti, Promotor General de la Causa, sumó su voto en enero de 1983.

El 28 de enero de 1986, el expediente completo fue presentado al Congreso de Consultores Teológicos, quienes emitieron unánimemente un juicio muy favorable sobre las virtudes heroicas de la Sierva de Dios. Poco después, el 22 de abril, la Congregación Particular de Cardenales y Obispos se pronunció en el mismo sentido.

Este juicio fue ratificado por Su Santidad Juan Pablo II y es el objeto del decreto publicado por la Congregación para las Causas de los Santos el **5 de junio de 1986**.

El camino hacia las siguientes etapas se abre así amplio y prometedor.

J. VERRIER S.M.

DECRETO SOBRE LA HEROICIDAD DE LAS VIRTUDES DE LA MADRE MARÍA DE LA CONCEPCIÓN

Sobre la cuestión:

¿Practicó la Sierva de Dios, María de la Concepción (Adela de Batz de Trenquelléon), en grado heroico las virtudes teologales de Fe, Esperanza y Caridad hacia Dios y el prójimo, así como las virtudes cardinales de Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza, y las virtudes asociadas a ellas, como se requería en este caso y en vista del propósito previsto?

No cabe duda de que la imitación de Jesucristo es el camino real a seguir para alcanzar la santidad y reproducir en nosotros mismos, en la medida de nuestras posibilidades, la perfección absoluta del Padre Celestial. Pero si bien la Iglesia Católica siempre ha proclamado esta santa verdad, también ha afirmado que imitar a la Virgen María no impide en modo alguno que las almas sigan fielmente a Cristo. Por el contrario, los anima aún más a seguir sus pasos, y con mayor facilidad, porque, habiendo cumplido siempre la voluntad de Dios, fue la primera en merecer la alabanza que Jesús dirigió a sus discípulos: «Quien hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt. 12,50) (Pablo VI, Apostolic Adhortation Signum Magnum: A.A.S. LIX (1967), p. 471). A partir de estas palabras del Papa Pablo VI, al comentar el magnífico Capítulo VIII de la Constitución Dogmática Lumen Gentium, la vida de la Sierva de Dios María de la Concepción Adela de Batz de Trenquelléon, en el siglo de San Bernardo, San Juan Eudes, San Grignon, y como la de Montfort y tantos otros, ofrece una ilustración pertinente.

En efecto, toda esta vida, breve pero marcada constantemente, desde la infancia hasta su último aliento, por la búsqueda de la unión con Dios y la devoción al prójimo, transcurrió en una atmósfera mariana que propició visiblemente su ascenso espiritual. Posee una cualidad atemporal que le ha conferido un tono que garantiza su perdurable resplandor.

Nació y fue bautizada en [la comarca del] Condomois [o de Condom], en Feugarolles, actualmente en la diócesis de Agen, el 10 de junio de 1789, al comienzo de los sombríos días de la Revolución Francesa. Según su madre, «fue tocada por la gracia antes de tener uso de razón». Estaba a punto de cumplir nueve años cuando, junto con ella y su hermano menor, la baronesa de Trenquelléon tuvo que abandonar Francia abruptamente para escapar de la dureza de una ley que ponía en peligro su vida. El exilio, primero en España y luego en Portugal, duró cuatro años, durante los cuales la niña adquirió una profunda piedad y una verdadera devoción a la Virgen María, principalmente bajo la influencia de los carmelitas.

El 6 de enero de 1801, mientras su familia esperaba en la frontera el permiso para regresar a Francia, recibió su Primera Comunión en la iglesia de Santa María en San Sebastián (Guipúzcoa), a instancias de un confesor impresionado por su precocidad. De regreso a casa de su padre, solicitó una guía escrita muy detallada a un religioso expulsado de su convento por la persecución, para prepararse para la vida religiosa. El 6 de febrero de 1803, recibió el sacramento de la Confirmación tras prepararse pasando seis semanas entre religiosas carmelitas que intentaban retomar su vida comunitaria después de la agitación. Esto marcó un nuevo comienzo en su vida espiritual. Habiendo formado una pequeña y piadosa

Asociación con sus amigas, que pronto creció e incluso incluyó a varios sacerdotes muy respetados, ella fue su fuerza impulsora. Cultivó su celo, su espíritu apostólico y su devoción a María a través de una correspondencia de la que se conservan más de 300 cartas escritas de su puño y letra entre 1805 y 1816. Fiel a su regla, comenzaba cada día con un tiempo de meditación y, compartiendo todas las tareas domésticas con su madre, dedicaba su tiempo libre no solo a su edificante correspondencia, sino también a visitar granjas vecinas para fomentar la práctica de las virtudes cristianas, o a dirigir una pequeña escuela informal donde enseñaba, junto con los fundamentos de la educación primaria, las verdades fundamentales de la religión. En una época en que la comunión era poco frecuente, había obtenido permiso de su confesor, quien no estaba exento de prejuicios jansenistas, para acercarse a la mesa sagrada todos los domingos o días festivos, y se preparaba cada vez para este acto con una confesión cuidadosamente meditada.

Los aniversarios de su bautismo, primera comunión y confirmación, así como otros días en que, acompañada por una persona de confianza, podía visitar la parroquia de su director espiritual, eran días de recogimiento en los que se humillaba por sus imperfecciones y se inspiraba a una generosidad cada vez mayor.

A partir de 1808, bajo la influencia del Venerable Guillermo José Chaminade de Burdeos, a cuya congregación mariana afilió su pequeña comunidad, su devoción a María se fortaleció aún más. Poco después, tras renunciar a un matrimonio muy honorable y tomar el nombre de Sor María de la Concepción, solo pensaba en fundar una nueva orden religiosa bajo los auspicios de la Virgen, para trabajar por la regeneración cristiana de su patria.

Los acontecimientos políticos de la época y la enfermedad de su padre, a quien cuidó con devoción hasta su muerte el 18 de junio de 1815, retrasaron la realización de su proyecto. Pero el 25 de mayo de 1816, guiada por el Venerable Guillermo José Chaminade, a quien había confiado sus intenciones, se recluyó en Agen con ocho compañeras y, juntas, sentaron las bases del Instituto de las Hijas de María Inmaculada. Los primeros votos religiosos definitivos se pronunciaron al año siguiente, el 27 de julio de 1817, con la aprobación del obispo Jacoupy de la diócesis.

Nombrada superiora contra su voluntad, dedicó su vida a identificarse con la Regla de su Instituto, a ayudar a sus hermanas a santificarse en la paz de Cristo y en el amor generoso de María, y a trabajar por el crecimiento de las mujeres cristianas. Los doce años de su superioridad, marcados por cuatro fundaciones —Tonneins (Lot-et-Garonne) en 1820, Condom (Gers) y Bordeaux (Gironde) en 1824, y Arbois (Jura) en 1826— sellaron el desapego de María Duce de las posesiones terrenales y su anhelo de unión con el Esposo de las almas vírgenes. Su fe viva y sencilla iluminó su camino y guio su conducta. Su esperanza sobrenatural la sostuvo y le permitió superar las dificultades. El amor a Dios, alimentado por una gran devoción al Espíritu Santo y a la Eucaristía, fue el centro de su vida interior y la fuente de su celo apostólico, así como de su bondad hacia todas sus hermanas en la vida religiosa. Mediante su recurso a la oración y su sumisión a sus guías espirituales, fue modelo de prudencia, y mediante su delicada conciencia, modelo de justicia. En la salud y en la enfermedad, su mortificación y abnegación no conocieron más límites que las de la obediencia. La fortaleza resplandeció en el ejercicio de sus deberes, así como en la adversidad que encontró en el camino. Con profunda y sincera humildad, pobreza rigurosa,

castidad siempre presente, obediencia inquebrantable y completa abnegación, se entregó sin reservas, siguiendo el ejemplo de su madre y patrona, la Sierva del Señor.

El 10 de enero de 1828, rodeada de la veneración de todos los que la habían conocido, pero prematuramente agotada tanto por su generosa actividad como por sus austeridades, así como por una larga y dolorosa enfermedad que soportó con la fe y la paciencia de los santos, consolada por el Santo Viático y el Sacramento de la Unción de los Enfermos, murió en la brecha, con las armas en la mano, la mirada fija en la imagen del Sagrado Corazón y la Inmaculada Virgen, exclamando: «¡Hosanna al Hijo de David!».

Su reputación de santidad, evidente desde ese momento, siguió creciendo con la expansión de su Instituto, como atestiguan numerosos documentos. Lamentablemente, diversas circunstancias obligaron a posponer la investigación de su Causa.

El proceso de investigación sobre su reputación de santidad se inició finalmente en 1965 ante la curia de Agen, siguiendo las normas aprobadas por el Papa Pío XI el 4 de noviembre de 1939 para los procesos diocesanos relacionados con causas históricas. Al mismo tiempo, se encomendaron cartas rogatorias a las curias de las diócesis de París, La Rochelle, Versalles, Lourdes y Tananarive. Las actas de estos procedimientos, junto con numerosos documentos sobre la vida y las actividades de la Sierva de Dios, fueron remitidas a Roma. El Departamento Histórico y Hagiográfico de la Congregación para las Causas de los Santos preparó una extensa Positio sobre la introducción de la Causa y las virtudes del Siervo de Dios, la cual fue aprobada por los historiadores consultores el 5 de noviembre de 1975. Tras examinar los escritos atribuidos a la Sierva de Dios, la Congregación declaró el 10 de julio de 1970 que no existía ningún obstáculo para el avance de la Causa.

Una vez cumplidos todos los trámites legales, el Congreso Ordinario de la Congregación para las Causas de los Santos, a petición del Padre Michel Sanchez Vega, marianista y Postulador General de la Compañía de María, examinó, en su sesión del 12 de noviembre de 1976, la conveniencia de introducir la Causa. Este examen se reanudó el 5 de mayo de 1977, en el Congreso especial de Cardenales y Obispos, y allí, bajo la presidencia y tras el informe de Su Eminencia, el Reverendo Cardenal Gabriel-María Garrone, la pregunta planteada recibió una respuesta afirmativa, a saber:

La Causa se presentaría si así lo consideraba el Sumo Pontífice. Su Eminencia el Reverendo Cardenal Corrado Bafile, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, presentó un informe detallado de todos los asuntos al Sumo Pontífice Pablo VI. Su Santidad ratificó y confirmó la respuesta de los Cardenales y Obispos el 11 de junio de 1977.

Como todo estaba listo para el debate sobre las virtudes practicadas por la Sierva de Dios María de la Concepción, el Congreso especial de teólogos consultados se celebró el 28 de enero de ese año bajo la presidencia del Promotor de la Fe, Monseñor Petti. Posteriormente, el 22 de abril, los Cardenales y Obispos se reunieron en Congreso ordinario, con Su Eminencia el Reverendo Cardenal Édouard Gagnon como relator. En ambas reuniones, la cuestión del carácter heroico de las virtudes practicadas por la Sierva de Dios recibió una respuesta favorable.

Tras el informe presentado por el Cardenal abajo firmante, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, el Sumo Pontífice Juan Pablo II ratificó la decisión de la

Congregación y ordenó la preparación del decreto sobre las virtudes heroicas de la Sierva de Dios.

Habiéndose realizado debidamente todos los trámites, hoy, después de la convocatoria y en presencia de los Cardenales, el Cardenal Prefecto, el Cardenal Presbiteriano, yo mismo, Obispo Secretario de la Congregación, y todos los que habitualmente se congregan en tales ocasiones, el Santo Padre declaró: «Es cierto que la Sierva de Dios María de la Concepción, Adela de Batz de Trenquelléon, practicó en su vida, en grado heroico, las virtudes teologales de Fe, Esperanza y Caridad, tanto hacia Dios como hacia el prójimo, así como las virtudes cardinales de Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza, con las virtudes afines, según lo requerido en el presente caso y en vista del propósito previsto».

Su Santidad también deseó que este Decreto fuera publicado y registrado en las Actas de la Congregación para las Causas de los Santos.

Dado en Roma, el 5 de junio de 1986.

† Cardenal Pierre Palazzini,
Prefecto
†Trajan Crisan,
Arzobispo titular de Drivasto, Secretario

DOCUMENTOS SOBRE LA BEATIFICACIÓN (2018)

CARTAS APOSTÓLICAS DE LA BEATIFICACIÓN DE ADELA

Nos, habiendo escuchado la petición de nuestro hermano Hubert Herbreteau, obispo de Agen, y de muchos otros obispos hermanos y de numerosos fieles, tras consultar a la Congregación para las Causas de los Santos, concedemos en virtud de nuestra autoridad apostólica que la Venerable Sierva de Dios MARÍA DE LA CONCEPTION (en el mundo Adela de Batz de Trenquelléon), virgen y fundadora de la Congregación de las Hijas de María Inmaculada, quien actuó con todo su celo para promover la educación cristiana de la juventud y ejercer las obras de misericordia, pueda en adelante ser llamada «Beata» y su fiesta celebrarse el 10 de enero, aniversario de su nacimiento en el cielo, tanto en los lugares como en la forma establecidos por el derecho.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 1 de junio del año del Señor 2018, sexto año de nuestro pontificado.

† Francisco

**La venerable Sierva de Dios María de la Concepción (en el siglo XVI:
Adelaida de Batz de Trenquelléon) recibe el título de Beata.**

FRANCISCO PP. En memoria perpetua del acontecimiento. — «¡Hosanna al Hijo de David!» (Mt 21,9).

La venerable Sierva de Dios María de la Concepción murió exclamando estas palabras del Evangelio. Así terminó su corta vida, de apenas treinta y cinco años, que dedicó a la alegría del amor a Dios, al servicio de los campesinos pobres de los alrededores de su pueblo y al ardiente deseo de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Dios le concedió el don de una dulzura que le facilitó cultivar la amistad y las relaciones con los demás, por lo que reunió a un grupo de amigas con quienes fundó en 1817 un instituto religioso dedicado a la Santísima Virgen María.

Adelaide de Batz de Trenquelléon nació el 10 de junio de 1789 en Trenquelléon, entonces en la diócesis de Condom, ahora en la de Agen, Francia. Fue bautizada ese mismo día. Era la hija mayor del barón Carlos de Batz y la baronesa María Ursula de Peyronnencq. En su juventud, la Revolución Francesa estaba en pleno apogeo. Debido a que su padre era oficial de la guardia real, se vio obligado a exiliarse en Inglaterra, mientras que su esposa, junto con sus hijos Adelaide y Carlos, encontró refugio en Brigantine, Portugal, en la primavera de 1798. Posteriormente, el barón regresó con su familia y, antes de que el Primer Cónsul Bonaparte iniciara su política de paz, decidió llegar a las fronteras de Francia, estableciéndose en septiembre de 1800 en la ciudad española de San Sebastián. En la Epifanía del Señor, el 6 de enero de 1800, Adelaida recibió su Primera Comunión con gran provecho espiritual, tanto que expresó a su madre su deseo de ingresar en la orden carmelita. De regreso al castillo de Trenquelléon, fue instruida por el maestro, Monsieur Ducourneau, quien le impuso una regla

de vida que contribuyó enormemente a su madurez espiritual. El 6 de febrero de 1803 recibió el sacramento de la Confirmación y, a partir de entonces, desarrolló un ferviente apostolado religioso y social. Educada por su madre en la piedad y el servicio, y con un ardiente deseo de consagrarse a Cristo y a la Santísima Virgen María, desde su juventud se dedicó a ayudar a familias pobres y necesitadas, e instruir a niños y adultos en las verdades y la moral de la vida cristiana. Su alegría, afabilidad y templanza la ayudaron a forjar sólidos lazos de amistad con otras jóvenes, con quienes creó la «Pequeña Asociación», un grupo de mujeres que constantemente impartían catequesis, instruían a los niños y visitaban a los enfermos. Animó la Asociación de Adelaida y comunicó a sus compañeras su ardiente amor a Dios, guiándolas a recibir los sacramentos, cultivar la caridad, la penitencia, una vida intachable y la devoción a la Santísima Virgen María. La «Pequeña Asociación» se extendió por todos los pueblos del bajo Garona. En 1808, la Venerable Sierva de Dios conoció al Beato Guillermo José Chaminade, director de la Congregación Mariana de Burdeos. Él la invitó a unir su Pequeña Asociación a la Congregación Mariana. Mientras tanto, Adelaida rechazó un matrimonio lucrativo y decidió consagrarse a Dios en castidad. Ante la miseria material, moral y religiosa de la gente del campo, deseaba combinar la contemplación con la actividad apostólica. Algunas de sus compañeras sentían lo mismo. Entonces, el beato Guillermo José Chaminade se encargó de redactar una Regla de Vida Religiosa para ellas. Cuando se restauró la monarquía en Francia en 1815, las ayudó a establecer una comunidad religiosa en Agen. El 25 de mayo de 1816, junto con cinco compañeras, fundó la Congregación de las Hijas de María Inmaculada. Luego, el 25 de julio de 1817, tomando el nombre de María de la Concepción, junto con las otras primeras compañeras y ocho postulantes, hicieron profesión religiosa, por la cual se consagraron a Dios. Las nuevas religiosas promovieron constantemente la Congregación Mariana, una escuela gratuita y talleres de artesanía para niñas pobres. Su labor fue inmediatamente muy apreciada y recibieron muchas vocaciones. Ese mismo año, se fundó la Tercera Orden Seglar para trabajar en lugares donde el voto de clausura no podía llegar a las religiosas. Existía un gran fervor y la Madre María de la Concepción vivió una vida muy centrada en la oración, la guía espiritual de sus compañeras y el gobierno de la Congregación, hasta que una enfermedad la aquejó en 1824. Falleció en Agen el 10 de enero de 1828, rodeada de fama de santidad, exclamando: «¡Hosanna al Hijo de David!».

Primera parte.

LA HISTORIA

Los grandes momentos de la vida de Adela

1. Nacimiento, exilio y regreso a Francia

Adela de Batz de Trenquelléon nació el 10 de junio de 1789 en el castillo de Trenquelléon, cerca de Feugarolles, en la región de Nérac.

Su padre, el barón Carlos de Batz, era comandante de la Guardia Francesa. Su madre, perteneciente a una antigua familia Rouergue, también era noble, descendiente de San Luis. Mujer de fe y generosa con la caridad, impartía clases de catecismo a los niños. Su familia la apodaba «la mujer fuerte», y su esposo decía de ella: «Es una santa».

Visitaban con frecuencia París y Versalles, pero la disolución de la Guardia Francesa el 31 de agosto de 1789 los obligó a regresar a las provincias, donde eran queridos y respetados.

A finales de 1791, el barón se vio obligado a emigrar. Adela permaneció en el castillo con su madre y dos tías, antiguas religiosas dominicas. En septiembre de 1797, se exiliaron, primero en España y luego en Portugal. Durante el verano de 1798, el barón se unió a ellas. Entonces tuvo la alegría de conocer a su hijo Carlos, nacido a principios de 1792. Una niña, Désirée, llegó a la familia en 1799.

Finalizado el exilio en Portugal, la familia se trasladó más cerca de Francia, estableciéndose en San Sebastián, donde, en la iglesia de Santa María, Adela recibió su Primera Comunión el 6 de enero de 1801. Cuando la familia estaba a punto de abandonar España, Adela deseaba quedarse en San Sebastián para ingresar en la orden carmelita. Su madre le prometió que le permitiría regresar a España al alcanzar la mayoría de edad, si la orden carmelita no se restablecía en Francia. Ya se vislumbraba en ella una clara vocación religiosa, a la que respondió esforzándose por controlar su impetuosidad, un esfuerzo que continuaría hasta su encuentro final con el Amado. Tenía apenas doce años, y el hogar ocupaba un lugar central en su vida.

El 14 de noviembre de 1801, toda la familia regresó al castillo, pero en el camino, ¡qué ruinas, qué desolación! Adela quedaría profundamente marcada por ello.

2. La llegada de Monsieur Ducourneau

En 1802, Monsieur Ducourneau, un hombre cercano a los cuarenta años que se preparaba para el sacerdocio, entró en el castillo como tutor de su hermano Carlos, que entonces tenía diez años. Animó a Adela en su vocación religiosa, aconsejándole que practicara la humildad,

la modestia y la serenidad. A petición de Adela y con la aprobación de la baronesa, le escribió una regla para su vida espiritual. Orientada hacia la orden carmelita, esta regla enfatiza la oración mental, la vida interior, la atención constante al auto mejoramiento y la renuncia al mundo.

3. Confirmación

Para prepararse para el sacramento de la Confirmación, Adela pidió pasar seis semanas en una casa donde se habían reunido antiguas religiosas carmelitas.

Durante este tiempo, su deseo de pertenecer por completo a Jesucristo se profundizó. Decidió dedicarse con mayor intensidad a su santificación.

Ese día, 6 de febrero de 1803, el obispo Jacoupy de Agen invitó a las confirmandas a su mesa, donde conoció a Juana Diché, cuatro años mayor que ella.

De este encuentro surgió una correspondencia semanal entre las dos nuevas amigas, con el fin de animarse mutuamente en el camino de la vida espiritual.

4. Nacimiento de la «Pequeña Asociación»

Durante el verano de 1804, mientras Juana estaba de vacaciones en el castillo, el señor Ducourneau les sugirió a las dos amigas que crearan una asociación de oración.

Esta Asociación tenía como objetivo reunir a todos aquellos que deseaban preservar, practicar y difundir la religión, que entonces corría grave peligro tras los estragos de la Revolución. Esta Asociación, que buscaba la recristianización del campo, también tenía presente el «bonne mort», es decir, el éxito de vivir según los preceptos de Dios.

La Asociación creció. Cada semana se enviaban cartas desde Trenquelléon. Juana y Adela eran las dos figuras clave. Águeda, una de las hermanas de Juana, pronto se unió a la «Pequeña Asociación», y cuando Juana se casó con Monsieur Belloc en abril de 1805, Adela se convirtió en la cabeza y el alma de la asociación, que continuó reclutando nuevos miembros entre las hermanas, conocidos y amigos. De siete miembros en 1805, el grupo creció a veinticuatro a principios de 1807 y a sesenta a finales de 1808. Entre sus miembros había sacerdotes, incluido Monsieur Larribeau, párroco de Lompian [y director espiritual de Adela].

La «Pequeña Asociación» se puso bajo la protección de la Inmaculada Virgen. Su principal medio para fomentar la unidad era la exhortación mutua, complementada con algunas prácticas sencillas:

- un retiro espiritual diario en el Calvario a las 3 p. m.
- los viernes, un tiempo de meditación para prepararse para quienes desean morir y resucitar con Cristo,
- el compartir los méritos de cada miembro,
- En las cartas: una sentencia o jaculatoria, seguido de un «Acto» semanal destinado a animar a los miembros en el camino de la devoción. Y un “Desafío” [típico en la tradición carmelitana de Santa Teresa].

- Los temas recurrentes que Adela aborda en sus cartas son el amor a Dios, el desapego del mundo y sus criaturas, aprovechar al máximo el tiempo porque el Señor llega como un ladrón, la preparación para los sacramentos, especialmente la Sagrada Comunión (en aquel entonces, era el confesor quien autorizaba a comulgar), el celo por ganar muchos corazones para el Amado, el Esposo Celestial, y la práctica de la humildad y la pureza de María.

Todas estas cartas están marcadas por el afecto y el genuino interés en cada persona. Adela anima incansablemente, reta, impulsa cambios e invita a la fe. Cabe destacar que cuando se fundó la asociación, Adela tenía solo quince años y medio.

La "Pequeña Asociación", nacida de la inspiración de Monsieur Ducourneau, pronto pasó bajo la influencia de Monsieur Larribeau, párroco de Lompian. A partir de 1807, Larribeau ofició misa el primer viernes de cada mes para la "Pequeña Asociación". Sus cartas, al igual que las de Adela, circulaban de grupo en grupo. De vez en cuando, visitaba el castillo; sus visitas brindaban oportunidades de retiro no solo para Adela, sino también para los miembros asociados que podían asistir. Cada año, Adela iba a Lompian para un retiro más personal bajo la guía de este sacerdote, a quien consideraba «un hombre santo».

5. Encuentro con el padre Chaminade

Durante el verano de 1808, Madame de Trenquelléon conoció al profesor Jacinto Lafon, miembro de la Congregación de la Inmaculada, en Figeac. Impresionado por la similitud entre la «Pequeña Asociación» de Adela y la Congregación de Burdeos fundada por el padre Chaminade, Lafon se ofreció a hablar con él sobre Adela. El padre Chaminade envió entonces a Trenquelléon algunas notas sobre sus congregaciones.

6. Rechazo a una propuesta de matrimonio

Unos meses después, el 20 de noviembre de 1808, tras semanas de lucha interior, Adela rechazó una propuesta de matrimonio. «Fue precisamente en la víspera de la Presentación, hace siete años, cuando dije definitivamente que no a una propuesta de matrimonio que se había presentado en mi nombre». (282.3)

Con el corazón completamente consagrado a Dios, Adela comenzó a mantener estrechos lazos con la Congregación de Burdeos: intercambiando consejos, solicitando oraciones... Adela se emocionó al descubrir la consagración a María, las oraciones y los himnos que se ofrecían en el Manual del Servidor de María. Junto con sus compañeras, abrazó con alegría la devoción al «amor presente de María» que practicaban las jóvenes de Burdeos. Pronto, la «Pequeña Asociación» de Adela se convirtió en la tercera división de la Congregación, siendo la primera y la segunda las de los jóvenes de Burdeos.

Entre finales de 1809 y 1814, mientras la Congregación de Burdeos se disolvió debido a la situación política, la división iniciada por Adela persistió, ya que las asociadas no podían reunirse. Sin embargo, durante este período, las cartas ya no se confiaban al servicio postal, sino a mensajeros de confianza.

Antes del encuentro con el padre Chaminade, la Virgen María era venerada en la "Pequeña Asociación". Las asociadas celebraban sus fiestas, se preparaban para ellas y procuraban

imitar las virtudes de María, en particular la humildad y la pureza. María era la patrona de la Asociación. Así, el 16 de julio de 1807 (poco antes del encuentro con el padre Chaminade), Adela escribió a Águeda:

«Recurramos a menudo a la patrona de la Asociación, la Santísima Virgen María. ¡Oh, cuán poderosa es ella con su Hijo! Pongámonos firmemente bajo su protección. Somos sus hijas especiales, ya sea a través de nuestra Asociación o a través del hábito del escapulario con el que tenemos la alegría de llevarlo».

A través de estas líneas, descubrimos cómo el Espíritu Santo obraba, preparándola para su encuentro con el padre Chaminade. Adela está dispuesta a acoger la consagración a María que se presenta en el Manual del Servidor de María. Por eso, el 26 de enero de 1809, escribe:

«Ofrezcámonos a Ella (María) mediante la consagración que se encuentra en el Manual del Servidor de María; exhortemos a todas nuestras hermanas a que la realicen con frecuencia, pero especialmente el próximo jueves, fiesta de la Purificación de esta Virgen incomparable».

7. La enfermedad de Adela - Diversas actividades - La enfermedad del barón

En 1809, Adela enferma gravemente. Está al borde de la muerte, pero se recupera. Sin embargo, la sensación de precariedad vital se agudiza en su interior. Vuelve a pensar en Carmelo. Retoma su correspondencia y, al mismo tiempo, se dedica de todo corazón al servicio de los pobres.

Los pobres son sus hijos. Toda su riqueza está reservada para ellos. Los recibe en el castillo e insiste en atenderlos personalmente. Cuando hereda de una de sus tías, usa los ingresos que su padre le paga regularmente para mantener a sus hijos, los pobres. Trabaja, borda e incluso cría ganado, y con el fruto de su trabajo, cubre sus necesidades.

Visita a los enfermos de los alrededores de la propiedad. Cuando un trapero vecino, un hombre de familia, enferma, ella y su madre lo hospitalizan y lo visitan; Adela se preocupa por su bienestar espiritual, y él muere en paz con Dios y lleno de fe. ¿Acaso no había prometido Adela cuidar de los dos huérfanos que deja atrás?

También da clases y catecismo. Adela suele interrumpir sus cartas al oír llegar a sus alumnos. En efecto, estos niños, aislados unos de otros en granjas lejanas a Trenquelléon, llegan a todas horas. En cuanto llegan, lo deja todo: «Te dejo porque debo atender a mi escuela» (147). «Debo dejarte; reza a Dios por los alumnos y la maestra» (176).

En 1812, el padre de Adela sufre una parálisis progresiva. Ella se convierte en su enfermera, su «fiel Antígona», como le gusta decir al barón. Lo cuida con inquebrantable devoción y paciencia hasta su muerte en junio de 1815.

8. El «Querido Proyecto»

Poco a poco, la idea del «Querido Proyecto» va tomando forma. ¿Qué es? Era simplemente un proyecto para una comunidad religiosa entre Adela y algunas de sus colaboradoras más fervientes. Esta comunidad aspiraba a la santificación de sus miembros mediante la oración y la práctica de los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, así como a obras que

aliviaran la miseria moral y física de la población rural. Las actividades en torno al castillo la llevaron a abandonar la idea de ingresar en el Carmelo. El padre Chaminade, por supuesto, se enteró de este «Querido Proyecto». Invitó a Adela a visitarlo en Burdeos, donde había emprendido algo similar con algunos miembros de la congregación, tanto hombres como mujeres. Aunque Adela, a pesar de su gran deseo, no pudo aceptar la invitación, el «Querido Proyecto» echó raíces en sus corazones.

Los días 13 y 14 de junio de 1814, Adela, Madame Belloc, Águeda y algunos amigos se reunieron en Lompian. Fue un momento decisivo. En efecto, con el abad Larribeau hablaron extensamente sobre el «Querido Proyecto» y, como señal de progreso, los asociados recibieron nombres religiosos. (Cf. 239, primera vez, Hermana M. de la Concepción) (233, 234)

El 20 de julio, le escribió a Águeda:

«Completemos nuestro noviciado para que estemos bien preparadas cuando comience la construcción». (241, 6-7)

¿Pero quién redactaría las Constituciones? Al ser consultado, el abad Larribeau no se sintió capaz; el abad Laumont, párroco de Santa Radegonde, accedió a preparar un borrador. Cuando el padre Chaminade lo recibió, lo encontró demasiado defectuoso y lo revisó él mismo, tras consultar otros textos constitucionales.

«...Quisiera que tú y tus queridas compañeras os limitarais a hacer un único voto de castidad durante seis meses en la Fiesta de la Concepción de la Santísima Virgen María o durante la octava; Mientras tanto, e incluso antes de la Purificación, espero prepararte lo suficiente para que puedas comenzar un noviciado adecuado. ¡Paciencia y valor!...» (Carta del Sr. Chaminade, nº 53, 1 de diciembre de 1814)

Para la Fiesta de la Concepción de María, Adela y sus amigas hicieron en privado un voto de castidad. Adela sugirió usar un anillo de plata como símbolo de su entrega total a Cristo. (Cf. 259)

El año siguiente fue un año de maduración. El padre Chaminade consolidó las Congregaciones Marianas en la Diócesis de Agen, donde el obispo Jacoupy las aprobó y alentó. (263 a la Sra. Belloc)

Durante el mes de marzo, se reanudó la represión religiosa. El padre Chaminade fue arrestado y luego liberado. El 18 de junio, el barón de Trenquelléon falleció en paz tras muchos meses de sufrimiento. El padre Chaminade continuó su trabajo en las Constituciones, aclarando el propósito del futuro Instituto:

«Seréis verdaderamente religiosas». María, la augusta Madre de Jesús, debe ser vuestro modelo, pues es vuestra patrona... En cuanto a qué es «Lo que os distinguirá de otras órdenes es vuestro celo por la salvación de las almas... Vuestra comunidad estará compuesta enteramente por religiosas misioneras» (nº 57, 3 de octubre de 1815).

En diciembre, las constituciones estaban listas. En febrero del año siguiente, se firmó el contrato de arrendamiento de parte del antiguo convento del Refugio en Agen.

9. Fundación y Desarrollo del Instituto.

El 25 de mayo de 1816, junto con tres amigas, Adela partió del castillo hacia el Refugio de Agen, donde las esperaban Madame Belloc y otras dos futuras religiosas. Poco después llegó Mademoiselle de Lamourous, fundadora de la Misericordia de Burdeos, enviada por el padre Chaminade, para iniciar a las religiosas en su nueva vida.

El 8 de junio, el padre Chaminade trajo el texto de las constituciones. Permaneció con la pequeña comunidad hasta principios del mes de julio, les explicó las constituciones y las introdujo en la práctica de la vida religiosa. Antes de regresar a Burdeos, nombró a Adela superiora del convento.

El día de Navidad, las hermanas fueron autorizadas a vestir sus hábitos religiosos. Finalmente, el 25 de julio de 1817, en la intimidad del confesionario, Adela y sus primeras ocho compañeras hicieron su profesión perpetua. Una novicia toma votos temporales. Y poco a poco, la vida se va configurando en el Convento de la Inmaculada Concepción, como se llama la casa en Agen.

Las actividades se multiplican. Ante todo, la Congregación ocupa a las Hermanas (volveremos sobre esto más adelante). Esto incluye la escuela gratuita para los niños pobres de Agen, clases de catecismo, preparación para la Primera Comunión, retiros personales y grupales, y el taller de costura que ofrece formación a jóvenes de escasos recursos después de terminar sus estudios. Finalmente, está el trabajo con las mujeres mendigas (alrededor de cien mujeres que la hermana san Francisco reúne una vez por semana). Les habla, a menudo en dialecto para que las entiendan mejor, les da limosna, pero sobre todo, se preocupa por su vida espiritual. Prepara a algunas, de entre cuarenta y sesenta años, para su primera comunión, y a otras para la confirmación. Y luego está la vida comunitaria, estimulada por jornadas mensuales de retiro y el retiro anual que suele predicar el Padre Chaminade.

En 1820, las Hermanas abandonaron el Refugio, donde enfermaban una tras otra, para trasladarse al convento de la calle Agustinos, mejor situado y rodeado de un gran jardín. Al día siguiente del traslado, un pequeño grupo de seis hermanas partió hacia Tonneins, que se convirtió en la segunda casa de la Orden.

En 1824, se fundó una nueva congregación en Condom y el noviciado se trasladó a Burdeos. Ese mismo año, el obispo Jacoupy dio su aprobación por escrito al Instituto de las Hijas de María.

En 1826, partieron hacia una fundación lejana: Arbois, en la región del Jura. ¡Les tomó veinte días llegar al Franco Condado!

La salud de la Madre Adela ya la había obligado a reducir sus actividades en varias ocasiones. En 1827, su estado empeoró aún más. Finalmente, el 10 de enero de 1828, tras exclamar: «¡Hosanna Filio David!», falleció en compañía del Amado. Ahora estaba completamente consagrada al Divino Esposo. ¡Aún no tenía treinta y nueve años!

Hna. María Joëlle BEC F.M.I.

EL DESARROLLO DE LAS HIJAS DE MARÍA A TRAVÉS DE LAS CARTAS DE LA MADRE ADELA (1816-1828)

1. «Construyendo sobre la Cruz»

María Joëlle Bec F.M.I.

1. Viernes, 25 de julio de 1817

¡A las 9:00 p. m.! En el «pequeño convento» de Agen, las puertas están cerradas. El obispo Jacoupy, obispo local, ha tomado esta decisión por temor a posibles represalias de un gobierno que desconfía de la vida religiosa. Las puertas están cerradas, pero en la capilla, los corazones rebosan de alegría. ¿Qué está sucediendo? Una a una, nueve mujeres irán al confesionario y allí, en secreto, harán su compromiso de por vida con el Instituto de las Hijas de María. En manos del padre Chaminade, la madre Adela y ocho de sus compañeras harán los cinco votos de pobreza, castidad, obediencia, clausura y enseñanza para la preservación de la moral cristiana y la fe católica. Así, se unen para siempre al «Esposo Celestial», como les gusta decir.

¡Una alegría largamente esperada! ¡Una alegría íntima en lo más profundo de su ser! Una alegría silenciosa que permanecerá como secreto del Rey.

¿Pero quiénes son estas mujeres?

Están, por supuesto:

Adela de Batz de Trenquelléon.....	Madre María de la Concepción
Clémentine Yannasch.....	Madre María Teresa
Madelaine Cornier de Labastide.....	Madre San Vicente
Juana Lion.....	Madre Santa Espíritu
Pauline Yannasch.....	Madre Santa Sacramento
Águeda Diché.....	Madre María del Sagrado Corazón
Rosalie Lhuillier.....	Madre María Emmanuel
Catherine Isabelle Moncet.....	Hermana Anne
Françoise Arnaudel.....	Hermana Saint François

Finalmente, María Poitevin, (Madre Luis de Gonzaga), novicia, profesa votos temporales.

Dos días después, domingo, el Padre Chaminade impone el hábito religioso a dos postulantes: Rose Gatty, (Madre Dositea), y Virginie Maréchal, (Madre Sainte Foy. El anhelado proyecto se hace realidad.

2. ¿Cómo se organiza esta primera comunidad?

Entremos al Convento de la Inmaculada Concepción y observemos cómo vive esta nueva comunidad.

A las **5:00**, es hora de **levantarse**. En silencio, en el dormitorio (no tener habitación propia es una forma de vivir en la pobreza), cada hermana se prepara y hace su cama. Luego llega el momento de la oración y la meditación.

A las **6:00**, el **Padrenuestro del Escapulario**.

A las **7:00** a. m., el Oficio Parvo del Sagrado Corazón de María

Misa. (La comunión es de regla los domingos y días festivos. Es frecuente para todas las hermanas; véase la carta a Emilia de Rodat, del 3 de diciembre de 1819. El confesor regula la comunión para cada hermana).

Después de la Misa, **15 minutos de lectura o acción de gracias** para quienes hayan comulgado.

De **9:00 a. m. a 11:30 a. m.:** **clases**.

15 minutos de examen, seguidos de almuerzo y tiempo libre hasta las 2:00 p. m.

De **2:00 p. m. a 5:00 p. m.:** **clases**.

A las **5:30 p.m.**, **30 minutos de meditación**.

A las **18:45**, el **Rosario**.

A las **19:30**, **cena y tiempo de descanso**, que finaliza a las 21:15.

21:15: Finalmente, para **concluir el día**: un **examen de 15 minutos** (un ejercicio al que la Madre Adela y el Padre Chaminade conceden gran importancia), **oración vespertina y una reflexión para el día siguiente**. (cf. carta a Emilia de Rodat, 29 de septiembre de 1819)

Esta es la estructura del día. Pero, ¿podemos comprender un poco el espíritu que anima a estas religiosas?

Vinieron aquí para vivir la naturaleza radical de su consagración al Señor, al «Divino Esposo», como le gusta decir a la Madre Adela, y esto en profunda unión con María. La Madre Adela expresa bien este espíritu, a mi parecer, a través de esta carta, que pretende ser una guía para vivir el Adviento, pero que trasciende este tiempo litúrgico. Escuchémosla:

«Estamos a punto de entrar en el Adviento. (...) Propongo que permanezcamos en espíritu con nuestra divina Madre, imitando su recogimiento y la atención que mostró al conversar con su divino Hijo, a quien concibió en su casto seno. Oremos y meditemos con mayor profundidad, mantengamos la presencia de Dios más plenamente presente y multipliquemos nuestras breves oraciones.

En el espíritu de la Iglesia, hagamos muchos actos de anhelo por nuestro divino libertador, sintamos nuestra necesidad de Él; permanezcamos también a menudo en el seno de María con el Niño celestial, admiremos los ejemplos que su amor nos prodiga: de humildad, obediencia y caridad, y esforcémonos por imitarlo de alguna manera.

El recién nacido Jesús, Jesús en el seno de María, es modelo de vida religiosa: allí practica la obediencia, la pobreza, la clausura y la enseñanza. ¡Los cinco votos que hacemos! ¡Oh! ¡Pidámosle la gracia de cumplirlos fielmente!»

(Carta a Melania Figarol – nº 329, 27 de noviembre de 1818)

Practicar la obediencia, la pobreza, la castidad y la clausura —todo esto se puede vivir perfectamente dentro del convento y no distingue en absoluto a estas religiosas de las demás—; por otro lado, la enseñanza —enseñar para la preservación de la moral cristiana y la fe católica— es, en efecto, el voto que hace de las Hijas de María religiosas apostólicas:

«Dedicadas a la salvación del prójimo, nos resulta difícil dedicar mucho tiempo a la oración. (Las Hijas de María, no obstante, le dedican unas cuatro horas y media diarias, pero no olvidemos que la Madre Adela tenía en mente primero la orden carmelita). Además, siempre guardamos silencio durante el recreo y la instrucción». El trabajo manual se nos exige con gran rigor, incluso con mayor imperativo que la oración.

(Carta a la Madre Emilia de Rodat, nº 346, 29 de septiembre de 1819)

Este espíritu interior, alimentado por el trabajo manual y constantemente reavivado por el retiro mensual del segundo viernes de cada mes y el retiro anual de ocho días, generalmente predicado por el Padre Chaminade (véase la carta a Lolotte de Lachapelle - 7 de mayo de 1918), en verano, con motivo de la renovación de votos, es la fuerza motriz de las diversas actividades apostólicas de las Hijas de María. El amor al «Esposo Celestial» las hace ingeniosas y las lleva a descubrir las múltiples maneras de responder a las necesidades de las mujeres de su tiempo, desde las más jóvenes hasta las más mayores.

3. Las Actividades Apostólicas de las primeras Hijas de María

Fundada para dar continuidad a la labor de la Congregación, no sorprende que esta última ocupe un lugar privilegiado entre las actividades de las Hijas de María.

«Desde los dieciséis años Dios me confió esta misión, y la Santísima Virgen se complació en emplearme para formar una familia para Él; por eso, mi mayor atracción es la Congregación». (Carta a la Madre Emilia de Rodat, nº 425, 20 de febrero de 1821)

Por ello, la Congregación se organizó rápidamente. Se establecieron tres grupos: «Aquí (en Agen) se divide en tres secciones: las madres de familia, llamadas “Damas del Retiro”, las jóvenes y las siervas». (Carta a la Madre Emilia de Rodat, nº 346, 29 de septiembre de 1819)

La Madre Adela estaba a cargo de las jóvenes:

«Nuestras reuniones son muy frecuentes. Doy charlas, junto con la querida Amélie (que formará parte de la Tercera Orden Seglar de Agen), a nuestras jóvenes». Esto les interesa (...) hay un admirable entusiasmo por las reuniones»

(Carta a C. de Lachapelle, nº 307, 6 de septiembre de 1916)

En esto, la ayuda la Madre Emmanuel, quien pronto se convierte en su mano derecha en la Congregación:

«Los domingos por la mañana, de 10:30 a 11:00, la Hermana Emmanuel y yo celebramos la asamblea de las jóvenes que han sido admitidas en la Congregación, y por la tarde, tiene lugar la asamblea general o de celo. La primera asamblea la celebramos de manera muy informal y en un estilo conversacional.»

(Carta al P. Chaminade, nº 323, 16 de agosto de 1817)

Por su parte, la Madre María Teresa cuida de un grupo de jóvenes que se preparan para ingresar en la Congregación, el “Grupo de la higuera”:

«La Hermana María Teresa reúne a un pequeño grupo preparatorio todos los domingos... Allí, bajo la higuera: niñas de diez a quince años (...). Será un semillero de miembros de la Congregación ya formados. ¡Se está haciendo un bien incalculable a través de esta Congregación; jamás lo hubiera creído!

(Carta a Lolotte de Lachapelle, nº 307, 6 de septiembre de 1816)

¡Qué alegría cuando, el 3 de octubre, la Madre Adela pudo decirle a su amiga Lolotte de Lachapelle:

«Ayer recibimos permiso para recibir a los niños para su Primera Comunión. ¡Estamos todos tan felices!» (Carta a C. de Lachapelle, nº 309, 3 de octubre de 1816)

Es la querida Madame Belloc (Juana Diché) quien supervisa directamente a las «Damas del Retiro», pero al hacerlo, permanece muy unida a la comunidad, compartiendo su oración y, a veces, incluso su retiro.

Antes de continuar nuestro repaso de las diversas actividades de las hermanas que conforman la comunidad, veamos cómo es la vida en la Congregación y cómo funciona.

«El verdadero secreto de la Congregación es formar almas llenas de celo por la salvación del prójimo y la gloria de Dios, cada una de las cuales, en su propio estado de vida, es una pequeña misionera entre su familia, amigos y vecinos...»

(Carta a la Madre Emilia de Rodat, nº 425, 20 de febrero de 1821)

¿Cómo son estos miembros de la Congregación misioneras en sus comunidades? No les faltan ideas: impartir catecismo, acompañar a los niños en la fe tras la Primera Comunión, instruir a los pobres en sus hogares, leer a los enfermos, ofrecer entretenimiento a los jóvenes, atender a quienes aún no han recibido la Primera Comunión, invitarlos a recibir los sacramentos, prestar libros... (cf. Carta a la Madre M^a Teresa, nº 421, 22 de enero de 1821) (Carta a la Madre E. de Rodat, nº 425, 20 de febrero de 1821).

Este es, sin duda, el espíritu de los Fundadores, en particular del Padre Chaminade: «multiplicar a los cristianos». Y esto se logra a través de las líderes que las hermanas proporcionan a los miembros de la Congregación. Son ellas quienes hacen posible que la labor de las religiosas se multiplique:

«Debemos esforzarnos por tener buenas oficiales; ellas realizan gran parte de nuestro trabajo y nos ahorran muchas preocupaciones».

(Carta a la Madre E. de Rodat, nº 425, 20 de febrero de 1821)

En cuanto a la unidad entre las miembros de la Congregación, es de suma importancia.

«Se logra poco a poco mediante la exhortación, demostrando su necesidad. Vemos a estas jóvenes muy a menudo. Vienen a contarnos sus pequeñas preocupaciones... Somos sus Madres y les brindamos mucha amistad».

(Carta a la Madre E. de Rodat, nº 346, 29 de septiembre de 1819)

Así, las integrantes de la Congregación encuentran entre las religiosas la amistad, incluso el afecto, que necesitan para vivir en un mundo donde los valores del Evangelio apenas se respetan. Y para hacer más amenas las reuniones, hemos visto que se celebran de manera muy informal, a modo de conversación.

De este modo, la Madre Adela puede observar con razón:

«Nuestra principal labor es la formación y el apoyo de las Congregaciones. ¡No se imaginan el bien que producen!» (Carta a la Madre E. de Rodat, nº 334, 21 de junio de 1819)

Pero volvamos a las demás hermanas. ¿Qué hacen las que no trabajan directamente para la Congregación?

«Es la Hermana San Vicente quien imparte las clases según las órdenes del Padre (Chaminade)». Comenzamos con un pequeño grupo y lo iremos aumentando gradualmente... (Carta a C. de Lachapelle, nº 311, 6 de diciembre de 1816)

Estas son las clases gratuitas que las Hijas de María han asumido para las jóvenes pobres de Agen.

También está la Hermana Ana, encargada del taller. Allí se acoge a las jóvenes después de terminar sus estudios, se les proporciona formación profesional y se las protege de las influencias negativas del mundo.

Y luego está la Hermana San Francisco, una mujer que sabe cómo llegar a los pobres, cómo hablarles. Incluso da instrucciones en el dialecto local para hacerse entender mejor.

«La Hermana San Francisco reúne a las ancianas cuatro veces por semana: tiene unas veinte mujeres muy atentas, y entre ellas hay jóvenes de entre 15 y 20 años que aún no se han confesado. Las catequiza, les da orientación moral y las envía a los confesores pobres». «Que Dios bendiga su labor».

(Carta a C. de Lachapelle, nº 309, 3 de octubre de 1816)

En efecto, Dios bendijo su labor, pues, no contenta con este apostolado, pronto se dedicó a una nueva e interesante actividad entre las mendigas:

«Todos los lunes reunimos a las pobres mendigas, ¡tan ignorantes!... Una hermana (Señora San Francisco) les da instrucción en el dialecto local (...) Tenemos alrededor de cien de ellas (...) Mujeres pobres de entre 40 y 50 años, que aún no han recibido la primera comunión, se conmueven y vienen a recibir instrucción (...). Tenemos unas veinte que se están preparando para la confirmación».

(Carta a la Madre E. de Rodat, nº 346, 29 de septiembre de 1819)

Sin embargo, las hermanas no se resignan a la enfermedad; se encomiendan a Aquel a quien se han consagrado, en quien depositan toda su confianza:

«Este es el voto que hicimos por la Hermana Emanuel (así se llama mi hermana enferma): comulgar y ayunar todos los miércoles durante un año en honor a San José. Así, cada miércoles, un miembro de la comunidad ayuna y comulga con esta intención».

(Carta a Emilia de Rodat, nº 349, 15 de noviembre de 1819)

Por otro lado, se trata de velar por su salud:

«Asegúrate de que tus hermanas no practiquen una austeridad excesiva; ¡que coman bien! (...) Debemos esforzarnos por preservar y cuidar a nuestras hermanas para que puedan trabajar para la gloria de Dios».

(Carta a Emilia de Rodat, nº 349, 15 de noviembre de 1819 y nº 353, 3 de diciembre de 1819)

Otro motivo de preocupación: la disminución del número de vocaciones.

«Desde hace algún tiempo, el buen Dios ya no nos ha permitido tener la satisfacción de poder reclutar postulantes para el hábito o la profesión.»

(Carta al Padre Chaminade, nº 371, 11 de marzo de 1820)

Esta preocupación por las vocaciones se repite con frecuencia en sus cartas a lo largo de 1820:

«Oremos al Señor de la mies que envíe más mujeres obreras, ¡pues hay tan pocas!»

(Carta a la Madre Emilia de Rodat, 6 y 27 de abril de 1820)

Incluso llega a invitar al señor Laucassade a orar con la comunidad por las vocaciones. (Véase la carta al señor Laucassade, nº 385, 13 de junio de 1820).

A todas estas preocupaciones se sumaba una clara dificultad económica:

«Su dinero,- escribió al padre Chaminade-, aún no ha llegado, y como el pagaré del señor Fayet venció el 1 de enero y exigía el pago, nos hemos visto obligados a pedir prestados dos mil francos». (Carta al padre Chaminade, nº 356, 31 de diciembre de 1819)

En aquel momento, de hecho, la comunidad estaba considerando la compra de una propiedad, «Los Agustinos», en Agen, y la fundación de una segunda casa en Tonneins. ¡Era una carga pesada!

«Nos presionan para que paguemos: pronto vencerán 12.000 francos y estamos preocupadas. (...) Además, no me quejo: ¡una no abraza la pobreza religiosa para no sentir jamás sus efectos!». (Carta al padre Chaminade, nº 376, 27 de abril de 1820)

Para colmo de males, se lanzó una campaña de desprestigio contra la joven comunidad, y en particular contra su superiora. Ya fuera por dificultades económicas o por la oposición entre católicos y protestantes (el dueño de la casa en Tonneins era protestante), lo cierto es que cuando se supo en Tonneins a quién representaba el señor Lacaussade, el propietario se negó a vender.

«Me embarga la tristeza y el dolor ante el desafortunado giro de los acontecimientos en Tonneins. Confieso que lo veo como una auténtica conspiración» (Carta al señor Lacaussade, nº 391, 9 de julio de 1820)

La calumnia llegó incluso hasta el hermano de Adela, quien se vio obligado a escribirle. Ella se le comunicó al señor Lacaussade en estos términos:

«Le pedí a mi hermano (...) que, por favor, me reconociera por escrito que me debe estas sumas (72.000 francos). Pero una intriga, que no comprendo, ha causado inquietud en mi familia al decirles que este asunto de los Tonneins me arruinaría. Es cierto que no puedo pedirle a mi hermano que me garantice el pago: el cariño que me tiene le impediría hacerlo, para no contribuir a mi supuesta situación económica precaria». (Carta al señor Lacaussade, nº 391, 9 de julio de 1820)

Todas estas preocupaciones terminaron afectando su salud, y el padre Chaminade la llevó a reducir sus actividades, lo cual le resultó sumamente costoso.

«Obedezco, mi buen padre, pero con cierta dificultad... Mis reuniones dominicales con las congregaciones y las clases de catecismo de los jueves, las lecturas de mesa, etc., se han suspendido... Espero, sin embargo, que no sea por mucho tiempo».

(Carta al P. Chaminade, nº 361, 10 de enero de 1820)

El descanso le permitió recuperarse, pero sufrió una recaída y, en mayo, tuvo que interrumpir sus actividades nuevamente. Con la llegada del verano, su salud mejoró y tuvo la inmensa alegría de ver fructificar la semilla sembrada.

4. «Nuestro Instituto será más fuerte si, con todo nuestro corazón, sabemos fundarlo sobre la Cruz». (Carta a la Madre Emilia de Rodat, nº 364, 29 de enero de 1820)

¿No deberíamos ver el primer fruto de todas estas pruebas en la respuesta de Pío VII a la petición que le presentó el P. Chaminade el 18 de enero de 1819? En esta petición, avalada por el obispo Jacoupy de Agen y el arzobispo d'Aviau de Burdeos, el fundador presenta las Congregaciones de ambos sexos y sus dos fundaciones recientes. En respuesta, el 25 de mayo de 1819, para el tercer aniversario de la fundación de las Hijas de María, el Papa concedió las cuatro indulgencias plenarias solicitadas:

- por la emisión de los votos,
- por la renovación anual,
- con motivo de la Devoción de las Cuarenta Horas,
- en el momento de la muerte,

y bendijo ambos Institutos.

Esto representó un cierto reconocimiento por parte de la Iglesia del bien que se estaba realizando y un estímulo para seguir adelante: una fuente de esperanza en el camino.

Otra esperanza: el traslado de las religiosas del Refugio a los Agustinos. El Refugio es una propiedad alquilada donde la ampliación es imposible y está rodeada por dos lados por la alcantarilla abierta. La Madre Adela y sus hermanas anhelan dejar esta casa para ir a la finca de los Agustinos, donde «hay un jardín muy hermoso». (La casa está en un buen lugar, cosa que esta no lo es). Esto se refiere al Refugio (carta a la Madre E. de Rodat, nº 364, 29 de enero de 1820).

El traslado tuvo lugar el 6 de septiembre de 1820, a las 4:30 de la mañana.

La esperanza se mantuvo cuando, al día siguiente, el Padre Chaminade y la Madre Adela, acompañados por las seis hermanas que formarían la segunda Casa de la Orden, partieron hacia Tonneins...

La semilla sembrada había dado fruto.

EL DESARROLLO DE LAS HIJAS DE MARÍA A TRAVÉS DE LAS CARTAS DE LA MADRE ADELA (1816-1828)

2. «Id hasta los confines de la tierra»

María Joëlle Bec F.M.I.

Al día siguiente de su traslado al convento de los Agustinos, la Madre Adela, junto con seis de sus hermanas, partió hacia Tonneins. Las acompañaba el Padre Chaminade, quien llevaba varios meses negociando la compra de la casa. No fue fácil, como hemos visto, pero finalmente, el señor Faure Lacaussade logró su objetivo: las Hijas de María ejercerían su influencia en este pequeño pueblo, predominantemente protestante.

Pero antes de continuar, consideremos el propósito de fundar esta segunda casa de la Orden.

Fue, sencillamente, el florecimiento del celo apostólico que consumía a la Madre Adela.

1. El celo apostólico de la Madre Adela

Si fundó la «Pequeña Asociación», ¿acaso no fue con el propósito de dar a conocer y amar al Señor? ¿No se llenó su corazón de alegría al ver crecer la «Pequeña Asociación»?

«Creo que compartes nuestra alegría al ver crecer nuestra Asociación. Me gustaría mucho que la prima que me mencionaste pudiera ser admitida» (Carta a D. Diché, nº 42, 26 de junio de 1806).

Sabemos cómo, poco a poco, ante las inmensas necesidades de las zonas rurales de la región de Agenais, su celo se volvió ingenioso: catequesis, visitas a los enfermos, a quienes siempre les hablaba de Dios y de la eternidad, preparándolos para los sacramentos, y dirigiendo una escuela donde enseñaba a leer y escribir, pero también a conocer a Aquel a quien profesaba un amor apasionado.

Asimismo, no pierde oportunidad de animar a sus compañeras:

«Reavivemos cada vez más nuestro celo, pues debemos ser pequeñas apóstoles» (Carta a A. Diché, nº 172, 21 de enero de 1813).

Cuando el «querido proyecto» toma forma, se percibe la profunda alegría que la embarga. Así le escribe a Águeda Diché:

«Espero que el señor Laumont te haya mostrado una hermosa carta que recibí del señor Chaminade, en la que se expone el objetivo de su Congregación: ser pequeñas misioneras, cada una en nuestro estado. Ven, pues, querida amiga, considerémonos destinadas a procurar, por todos los medios posibles, la gloria de Dios y la salvación de nuestro prójimo» (Carta nº 250, a A. Diché, 13 de octubre de 1814).

Es fácil imaginar, pues, el profundo impacto que estas palabras del padre Chaminade a Madame Belloc, quien supervisaba los preparativos del convento de Agen, tuvieron en Adela. Al hablarle de la misión de las Hermanas, le dijo:

«Estarán vinculadas a la obra de la Redención, participando del espíritu apostólico, ardiendo de celo misionero» (Carta del padre Chaminade, n.º 63 - febrero de 1816).

Estas palabras calaron hondo en su corazón, y poco después escribió a Lolotte de Lachapelle estas líneas, que se convertirían en una especie de lema del dinamismo apostólico que la acompañaría durante toda su vida:

«¡Que el Señor sea glorificado en todas nuestras obras! ¡Que la gloria de su Nombre se extienda! ¡Que su amoroso dominio reine sobre todos los corazones!»
(Carta nº 300, a Lolotte de Lachapelle, 29 de febrero de 1816)

Pronto sintió que su corazón era demasiado pequeño para responder al amor infinito de Aquel que es Amor absoluto, así que encontró la solución:

«¡Oh, Dios mío!, mi corazón es demasiado pequeño para amarte, pero hará que te amen tantos corazones que el amor de todos ellos compensará la debilidad del mío»
(Carta nº 325, a Melania Figarol, 4 de mayo de 1818).

Y cuando, en abril de 1820, se habló de la fundación de Tonneins, se regocijó al poder:

«trabajar para la gloria de nuestro buen Maestro, tratar de darlo a conocer y traer de vuelta a su redil a tantas almas que el error y la ignorancia habían alejado»
(Carta nº 373, a M. Faure Lacaussade, 6 de abril de 1820).

Sabía cómo reavivar el fervor en los corazones de sus hijas. Así, cuando una de ellas, la hermana San Francisco, que acababa de participar en la fundación de Tonneins, expresó su pesar por las pobres mujeres de Agen a quienes amaba y enseñaba, la Madre Adela, con afecto, la animó a ampliar su perspectiva:

«¿Cómo está tu corazón? ¡Ánimo! Siguiendo el ejemplo de Javier, ¡ardamos de celo por la salvación de las almas!» (Carta nº 405, a sor San Francisco, 15 de septiembre de 1820).

A la Madre Teresa, superiora de Tonneins, le envió este apasionado mensaje:

«¡Vamos, extendamos la gloria de Dios! ¡Que el Nombre del Señor sea bendito de Oriente a Occidente! ¡Que sea conocido en todas partes, amado por todos los corazones, servido por todas las criaturas!» (Carta nº 450, a la Madre Teresa, 23 de agosto de 1821).

En su visión no había rastro de estrechez de miras. Se alegra de que el Instituto esté creciendo, y le complace igualmente que las Hermanas de la Sagrada Familia, de Emilia de Rodat, estén ampliando su labor:

«Me consuela veros crecer para glorificar a nuestro Maestro común. Rogamos al Señor que bendiga esta nueva comunidad. ¡Oh, querida Hermana, que no tengamos otro deseo que este: entregarnos por la gloria y el honor de nuestro Esposo! Que nada nos cueste por Él; ¡tanto ha hecho por nosotras!» (carta nº 476, a M. Emilia de Rodat, 7 de octubre de 1822)

Y precisamente por eso el voto de enseñanza era tan querido para ella. Al regresar de un retiro anual, escribió a la Madre María del Sagrado Corazón:

«Hemos renovado nuestro voto de enseñanza: ardamos ahora con celo por dar a conocer a Jesucristo. Estemos dispuestas a ir a todas partes para que Él sea amado, a aceptar cualquier cargo, a sacrificar nuestra salud, nuestros gustos, nuestras aversiones, incluso nuestras vidas para cumplir este voto de amor. Seamos verdaderas misioneras». (Carta nº 534 a la Madre María del Sagrado Corazón, 18 de octubre de 1824)

A la misma Madre María, le escribió unos meses después:

«En nuestro Instituto, necesitamos almas fuertes que no se dejen guiar por la carne ni por la sangre. Debemos tener un espíritu apostólico para dar a conocer y amar a nuestro Esposo celestial. Incluso si fuera en los confines de la tierra y entre pueblos primitivos, nos contentaríamos con hacer su obra». (Carta nº 567 a la Madre María del Sagrado Corazón, 21 de marzo de 1825)

La gloria de Dios, la salvación de las almas: este es el objetivo que persigue, y para alcanzarlo, confía en María, a quien pertenece el Instituto:

«¡Oh! ¡Haced que esta devoción germine y crezca en los corazones de las novicias! María es nuestra Madre; ¡en su ayuda depositamos nuestra esperanza para el éxito de los objetivos del Instituto! Le pertenecemos. Por lo tanto, debemos tener un corazón infantil para Ella, acudiendo a ella a menudo con la confianza que inspira la más tierna de las Madres. (...) Además, solo podemos complacer a nuestro Esposo celestial amando a su Madre, a quien tanto ama y a quien ha hecho Dispensadora de sus gracias». (Carta a la Madre Luis Gonzaga, 29 de abril de 1824)

Es comprensible que, inspiradas por una superiora con un corazón tan ardiente de amor, las Hijas de María crecieran rápidamente.

2. Fundaciones durante la vida de la Madre Adela

a. Tonneins

Fue Tonneins, un pueblo a orillas del río Garona, a unos cuarenta kilómetros de Agen, el que acogió a la segunda comunidad de Hijas de María. Así escribió la Madre Adela al Padre Chaminade tras informarle del proyecto de fundación:

«¡Qué motivo para bendecir a la Providencia, este campo abierto al cielo del Instituto! Encomiendo este gran proyecto a la especial intercesión del Apóstol de Chablais, San Francisco de Sales (...) Me parece que debemos dedicarnos a perfeccionar esta obra, que abre la puerta de la Iglesia y del Cielo a tantas almas». (Carta al Padre Chaminade, 6 de abril de 1820) [Chablais: región histórica y geográfica situada en los Alpes, dividida actualmente entre Francia (el departamento de Alta Saboya) y Suiza (el cantón de Valais y parte de Vaud), justo al sur del Lago Lemán].

Como mujer de su tiempo, la Madre Adela deseaba trabajar por la conversión de los numerosos protestantes de Tonneins. Recurrió espontáneamente a quien había sido apóstol de los protestantes, San Francisco de Sales. ¡Que interceda por la comunidad que llevará a cabo su misión en Tonneins!

Dos meses después, le hizo saber al señor Faure Lacaussade su entusiasmo por ver a las Hermanas trabajando:

«¡Estoy deseando ver este centro listo para recibir a los estudiantes!» (Carta a M.F. Lacaussade, 10 de junio de 1821)

Pocas semanas antes de la fundación, su alegría se refleja en las líneas que escribió a la Madre Emilia de Rodat:

«Debo contarte, querida amiga, que estamos a punto de enviar un pequeño grupo de nuestra colmena para fundar otra (...) La casa ya está comprada y las reparaciones están en marcha (...) Está a cuatro leguas de aquí, en un pueblo llamado Tonneins, que es mitad protestante. Habrá un bien inmenso que hacer si el Señor nos ayuda. Los protestantes necesariamente tendrán que replantearse su fe. Los protestantes tienen la tarea de instruir a la gente, pues las escuelas son mixtas y están muy bien impartidas; tanto es así que era una tentación para los malos católicos que sus hijos se educaran allí. ¡Y piensa en el peligro que corría su fe! (...) ¡Qué alegría trabajar para establecer allí el reino de Jesucristo! Y «Si pudiéramos traer de vuelta al redil a algunas ovejas descarriadas, ¡qué alegría!» (Carta nº 396, a (M. Emilia de Rodat, 3 de agosto de 1820)

Una vez establecida la fundación, expresó con alegría a Melania Figarol, miembro de la Congregación:

«Nuestras Hermanas de Tonneins tienen un gran campo de batalla por delante (...) pero sus corazones arden de amor por Dios y del deseo de darlo a conocer y amarlo».
(Carta nº 408, a Melania Figarol, 6 de octubre de 1820)

Las Hermanas de Tonneins apenas habían comenzado sus actividades apostólicas cuando otras ciudades ya solicitaban Hijas de María (cf. carta a M. Figarol, 11 de noviembre de 1820). Unos meses después, la Madre Adela dio gracias al Señor por proteger el Instituto y su crecimiento:

«La obra del Señor parece expandirse; la bondad de Dios protege al Instituto de una manera muy especial». ¡Bendigámosle su bondad! (Carta nº 451, a Lolotte de Lachapelle, 27 de agosto de 1821)

Y a finales de 1821, le confió a Melania Figarol:

«Parece que el buen Dios desea la expansión de nuestro Instituto; en varios lugares se solicitan casas... pero aún necesitamos tiempo para contar con miembros suficientemente preparados». (Carta nº 467 a Melania Figarol, 13 de diciembre de 1821)

Y en 1827, pocos meses antes de su muerte, repetía la misma idea:

«Varias instituciones se están presentando, si tan solo hubiera suficiente gente. Apresúrense a formar líderes; eso es lo que más falta».
(Carta nº 713, a Madre Luis Gonzaga, 16 de julio de 1827)

b. Proyecto para una fundación en Alsacia

Estos diversos llamamientos no quedaron sin respuesta. Eso sería malinterpretar a la Madre Adela e imaginar que no estuviera haciendo todo lo posible para responder a las peticiones que permitirían a sus Hermanas dar a conocer y amar al Señor.

En julio de 1822, la Madre Adela informó a la Madre Emilia de Rodat sobre una fundación propuesta en Alsacia:

«(Nuestros Hermanos) se acaban de establecer en Alsacia. También están pidiendo Hermanas allí; no sé si será posible. Será una gran despedida para aquellas a quienes la obediencia enviaría. Pero el Cielo nos reunirá». (Carta nº 472 a la Sra. Emilia de Rodat, 3 de julio de 1822)

Un año después, le escribió de nuevo a la misma mujer:

«Se habla de una fundación en Alsacia; ruega a Dios que no hagamos nada que no esté en su espíritu». (Carta nº 489 al Sr. Emilia de Rodat, 12 de noviembre de 1823)

Estas líneas dicen mucho sobre la disponibilidad, la fe y el celo de la Madre Adela. A pesar de estas cualidades, el proyecto no llegó a buen término y, a finales de 1823, se empezó a hablar de fundar una congregación más cerca de casa.

c. Condom

Se refiere a Condom, la ciudad natal de Charlotte (nombre cariñoso «Lolotte») de Lachapelle, Madre María de la Encarnación. Tras regresar de un tratamiento termal en Bagnères-de-Luchon, Lolotte de Lachapelle se fugó, escabullándose de las compañeras con quienes había ido a los baños, para ingresar en el convento de Agen. De hecho, sus padres no se atrevieron a darle permiso para hacerse religiosa. Su propio padre le había sugerido que huyera. Y así lo hizo. Sin querer obstaculizar la vocación de su hija, pero deseando tenerla más cerca de casa, sus padres se ofrecieron a financiar la compra de una casa en Condom [La Pietá]. El padre Chaminade y la madre Adela aceptaron, y el 16 de julio de 1824, la Madre María de la Encarnación y sus compañeras tomaron posesión de la que se convertiría en la tercera casa de la Orden.

Condom, a treinta y cinco kilómetros al suroeste de Agen, ya contaba con varios miembros activos de la Congregación que se alegraron con la llegada de las Hermanas. Recibieron con gozo a la Madre Adela y al Padre Chaminade, quienes habían venido a fundar la nueva comunidad. Escucharon atentamente a la Madre Adela, quien los animó a colaborar con las Hermanas en la misión que se les había encomendado. Contenta con estos contactos con los miembros de la Congregación, algunos de los cuales habían pertenecido a la «Pequeña Asociación», la Madre Adela regresó a Agen y a su querido claustro. En pocos días partirá para inaugurar el noviciado en Burdeos; volveremos sobre esto más adelante.

d. Arbois

Mientras el Instituto se desarrollaba en el suroeste, «la rama masculina de la Orden», al tiempo que se establecía en la región, respondía a las llamadas del nordeste de Francia. Fue así como chicas jóvenes, a través del contacto con los Hermanos, descubrieron el Instituto y no dudaron en dejar Suiza, Alsacia o Franco Condado para venir a formarse en la vida religiosa con las Hijas de María. Era lógico, por tanto, que tarde o temprano, la Madre Adela y el Padre Chaminade consideraran la posibilidad de fundar en esta región. Como hemos visto, la fundación alsaciana de Eguisheim no llegó a materializarse, pero a principios de 1826 surgió una nueva propuesta: Monsieur Bardenet, misionero que había sido párroco de Arbois

durante varios años, pensó que el antiguo convento capuchino sería ideal para las actividades de las Hijas de María. Habló con el Padre Chaminade, quien visitó el lugar y, considerando la fundación adecuada, consultó con la Madre Adela. Juntos seleccionaron a las Hermanas que partirían hacia la lejana fundación. Llegado el momento, la Madre Adela viajó a Burdeos, y desde allí partió el pequeño grupo de nueve Hermanas y dos novicias, el domingo 28 de octubre de 1826, hacia el lejano Franco Condado. Es una despedida eterna la que la fundadora dirige a sus hijas. Durante meses ha visto cómo su salud se deterioraba; presiente que jamás volverá a viajar tan lejos. En el Cielo se reencontrarán. Estas son las líneas que envió a la Madre María del Sagrado Corazón el día antes de la partida de la pequeña colonia de Arbois:

«Nuestras queridas hermanas parten el domingo (...) Tengo el corazón roto, pero me dice constantemente que viva solo por la fe. (...) No nos quejemos; nuestras hermanas que se van a doscientas leguas de distancia sin duda se despiden para siempre».

(Carta nº 683 a la Madre María del Sagrado Corazón, 27 de octubre de 1826)

En la misma carta, les pide a sus hermanas:

«la comunión diaria, un "Sub tuum" y un "Ave San José", y una oración al Ángel de la Guarda por las pobres muchachas que van a viajar tan lejos».

(Carta nº 683 a las Hermanas del Sagrado Corazón, 27 de octubre de 1826)

Unos días después, escribió a la Madre Luis Gonzaga:

«¡Qué largo camino deben recorrer nuestras queridas Hermanas de Arbois por el "camino real"! No dejemos de orar al Señor para que las sostenga y las guíe con su poderosa protección». (Carta nº a sor Luis Gonzaga, 31 de octubre de 1826)

Sin duda, este viaje no fue tarea fácil, y las viajeras tardaron tres semanas en llegar a su destino. Llegaron el 18 de noviembre, recibieron una cálida bienvenida en el pueblo e inmediatamente se pusieron a trabajar, un trabajo que superó todas las expectativas. Escuchemos lo que la Madre Adela le dijo a la Madre María del Sagrado Corazón:

«Finalmente, nuestras queridas Hermanas llegaron a Arbois con buena salud. Recibieron una acogida muy halagadora, pero se encontraron con aún más trabajo del esperado. La Superiora está a cargo del internado. Recen por ella. (...) Están desbordadas de trabajo: cinco clases abrieron inmediatamente sin descanso». (Cartas nº 695 y 696 a la Madre María del Sagrado Corazón, 9 y 12 de diciembre de 1826)

[En la carta del día 12 da cuenta Adela de que «la superiora está algo indispuesta por el viaje pero es poca cosa». En realidad, de "poca cosa" nada. Fue un tifus lo que tuvo la madre María José de Casteras y creyeron que no salía viva de la situación, hasta tal punto que le dieron la unción de enfermos e incluso una hermana llegó a escribir a Adela: «En el momento en que reciba esta carta, estaremos huérfanas». Finalmente se repuso bien semanas después].

Estas son, pues, las diversas fundaciones establecidas durante la vida de la Madre Adela. ¿Qué actividades emprendieron las Hermanas?

3. Actividades Apostólicas de las Hermanas

Como en Agen, encontramos la Congregación con sus reuniones. A las hermanas apenas se instalaron en Tonneins, la Madre Adela les recomendó:

«Necesitarán hacer una lista de las oficiales, los miembros de la congregación, las inscritas, etc., para que una oficial pueda pasar lista el domingo. Tengo muchas ganas de saber de la reunión de Damas». (Carta nº 404 a la Madre María Teresa, 15 de septiembre de 1820).

Se trataba de clases gratuitas que ofrecían instrucción, catecismo y preparación para los sacramentos. Esto incluía la educación de mujeres pobres sin hogar y el taller de costura. La Madre Adela siguió de cerca el desarrollo de todas estas actividades y comunicó lo que sucedía en Agen:

«Nuestras clases van bien y son bastante numerosas; la Congregación prospera. Esto es gracias a María. (...) Todos los domingos por la mañana, la Madre Santa Vicente celebra una reunión con las jóvenes y mujeres de Saint Hilaire, a una legua y media de aquí, que escuchan con avidez la Palabra de Dios. Les habla en gascón. También tenemos varias jóvenes del campo que están progresando mucho en las clases de costura». (Carta nº 581 a Sor Serafina, 27 de mayo de 1825)

Fueron, como recordamos, las necesidades del campo las que modificaron los planes de la Madre Adela, llevándola a abandonar su idea de la orden carmelita y a embarcarse en la aventura de la vida religiosa apostólica. El claustro y la fundación de las primeras comunidades en la ciudad no la hicieron olvidar sus amados pueblos. Y por eso concedió gran importancia a la Tercera Orden Seglar. En Agen, reunió en torno a Madame Belloc a un grupo de fervientes miembros de la Congregación «que deseaban caminar juntas por el camino de las virtudes cristianas y apoyar y hacer crecer la Congregación de su sexo» (cf. Adela de Trenquelléon, de H. Rousseau, p. 436). Quienes se unían, realizaban un noviciado y luego hacían votos temporales de obediencia, castidad y devoción al Instituto de María. Las Madres hacían el primero y el último de estos votos.

A partir de 1821, en Tonneins, la Madre Dositea estuvo a cargo de ellas, y la Madre Adela mantuvo una correspondencia regular con esta Hermana, destacando la misión de estas mujeres que extendían y multiplicaban la labor de las comunidades:

«Es una rama del Instituto que la Tercera Orden y el Instituto sigan los pasos del divino Salvador que recorrió pueblos y campos». (Carta nº 458 a la Madre Teresa, 12 de octubre de 1821)

A todas estas actividades se sumó una nueva en Condom: la apertura de un internado, del cual la Madre Emanuel quedó a cargo. De igual modo, a su llegada a Arbois, las Hermanas acogieron a internas.

Sin embargo, abrir nuevas casas, hacerse cargo de la Congregación, las clases, la educación de las personas... suponía contar con individuos formados capaces de cumplir la misión que se les había encomendado. Por ello, desde muy pronto, la joven fundadora se preocupó por la formación de sus seguidoras. Le concedía gran importancia, y fue con este fin que deseó abrir un noviciado en Burdeos para que las novicias pudieran formarse «bajo la atenta mirada de la Fundadora». (Carta nº 512 a M. Emilia de Rodat, 11 de mayo de 1824)

4. Para la misión, una formación: el noviciado de Burdeos

Con este propósito, pocos días después de la fundación de Condom, la Madre Adela y el Padre Chaminade partieron hacia Burdeos para establecer la nueva comunidad. El 26 de julio de 1824, el noviciado llegó a la Rue Mazarin. La Madre María José, prima de la Madre Adela, fue superiora de la nueva comunidad, mientras que la Madre Luis de Gonzaga asumió sus funciones como maestra de novicias.

Tanto al dirigirse a la maestra de novicias como a las propias novicias, la Madre Adela siempre enfatizó la importancia de una sólida formación que tuviera en cuenta el apostolado del Instituto. Consideren esto:

«Sientan (...) su glorioso destino», escribió a la maestra de novicias, «de formar esposas para el Cordero de Dios, misioneras destinadas a ir, un día, en busca de las ovejas del Divino Pastor. (...) Cansémonos, como Jesucristo, en la búsqueda de la mujer samaritana; ¡no temamos nuestros esfuerzos por tan grandiosa obra!» (Carta nº 539 a sor Luis Gonzaga, 2 de noviembre de 1824)

Y de nuevo:

«¡Inspirad a vuestras novicias con gran celo por la gloria de Dios! Que este pensamiento las motive a adquirir las virtudes que las capacitarán para alcanzarla y a dedicarse al estudio, especialmente de la religión. (...) Os recomiendo que insistáis en los catecismos, en las explicaciones de las verdades necesarias para la salvación, en la explicación de los misterios, los mandamientos y los sacramentos». (Carta nº 713 a sor Luis Gonzaga, 16 de julio de 1827)

Respecto a las novicias y religiosas profesas de Burdeos, les escribió:

«Sois la cantera de pequeñas misioneras a quienes el Divino Maestro enviará a diversos lugares para realizar su obra. (...) Estáis destinadas a difundir la doctrina de Jesucristo, asociada a las funciones apostólicas que forman parte de la gran obra de la Redención. ¡Pero cuánto debéis esforzaros por alcanzar la santidad, pues los apóstoles que convirtieron al mundo fueron todos santos!». (Carta nº 535 a M. María José, 20 de octubre de 1824)

Finalmente, a las novicias que se preparaban para su profesión, les recuerda:

«Nueva generación de apóstoles del Cordero, salgan, al dejar su retiro, a conquistar corazones, a arrebatárselos al diablo y al mundo y a entregárselos a Jesús...» (Carta nº 618 a las futuras hermanas profesas, 4 de noviembre de 1825, y cf. Carta nº 641 a las novicias, 4 de marzo de 1826).

A través de toda esta actividad misionera, se perciben claramente las disposiciones fundamentales que animan a la Madre Adela.

5. Disposiciones de la Madre Adela

a. Fe y confianza en la oración

Todas las fundaciones están acompañadas por la oración de las Hermanas:

«Rezamos el “Veni Sancte” y una oración a San José todos los días...» (por Tonneins) (Carta a Madre Emilia de Rodat) (24 de mayo de 1820).

Cuando las dificultades parecían amenazar la fundación de Tonneins:

«Estoy decidida a continuar la obra tan bien iniciada, esperando que la Providencia me proteja.» «Solo busco la gloria de Dios: Él será mi protector.» (Carta 391 al Sr. Faure Lacaussade, 9 de julio de 1820).

Unos años más tarde, cuando tuvo que separarse de la Hermana Natividad, quien dirigía la Congregación en Agen:

«He puesto la Congregación en manos de María (...) Pongo mi esperanza en Dios y en María: es para su gloria.» (Carta al Sor Luis Gonzaga, 5 de febrero de 1825)

Asimismo, cuando supo que poco después de llegar a Arbois, la Madre María José, cayó enferma de fiebre tifoidea, y se encontraba en su lecho de muerte, buscó consuelo únicamente en Dios, exhortando a todas las Hermanas a orar al Cielo. (Véase carta al Sor Luis Gonzaga, 26 de diciembre de 1826).

b. Afecto por sus hermanas

Ama y confía en el Señor María, y ama a cada una de sus hermanas con una ternura verdaderamente maternal, preocupada tanto por su crecimiento espiritual como por su salud física.

«Todo en mis queridas hijas me interesa» (carta a la Madre María del Sagrado Corazón, 15 de mayo de 1825).

Le escribió a la Madre María del Sagrado Corazón, su amiga desde el principio. Y le recomendó a la Hermana San Francisco, administradora de Tonneins:

«Considera detenidamente este voto de pobreza. Deben tener lo necesario, pero nada debe entregarse a los placeres sensuales. Sin embargo, cuida su salud: leche azucarada durante la Cuaresma, pero con moderación. Reservemos las dulzuras para el cielo». (Carta 428 a sor San Francisco, 10 de marzo de 1821)

La Madre Adela animó a la Madre Dositea en su labor con la Tercera Orden Seglar de Tonneins, recordándole la importancia de la humildad:

«Querida Dositea, ¡cuánto debes cultivar la humildad! Pues el más mínimo orgullo sería un golpe terrible que obstaculizaría las gracias de Dios». (Carta 453 a la Madre Dositea, 8 de septiembre de 1821)

Durante la fundación de Tonneins, sugirió al Señor Faure Lacaussade que invitara a las Hermanas de la Madre Luis de Gonzaga, miembros de la congregación local, a participar en el amueblamiento del local. (Véase carta al Señor F. Lacaussade, 25 de agosto de 1820).

c. Interés en las obras del Instituto

No solo se interesa por cada una de sus Hermanas, sino que también observa sus obras:

«Por favor, agilice la finalización de la escuela para el pueblo: ¡es urgente! Tengo muchas ganas de saber de la reunión de Damas». (Carta nº 404 a la Madre Teresa, 15 de septiembre de 1820)

Tres semanas después, le preguntó a la Madre Teresa, que llevaba un mes en Tonneins:

«¿Ha comenzado las clases? ¿Cómo va la reunión de caridad?» (Carta nº 407 a la Madre Teresa, 5 de octubre de 1820)

Y la Madre Santa Foy recibió este mensaje:

«Mi corazón le dice que haga que todas sus alumnas amen a Dios». (Carta nº 412 a la Madre Santa Foy, 6 de noviembre de 1820)

La Tercera Orden ocupaba un lugar especial en su corazón:

«¿Cómo va la Tercera Orden?» (Carta nº 426 a sor Dositea, 21 de febrero de 1821).
«Me gustaría mucho que el padre Larribeau dirigiera a las Hermanas de la Tercera Orden... ¡La Tercera Orden puede hacer mucho bien si está bien dirigida! (...) Deseo que esta pequeña semilla dé lugar a un árbol precioso que proyecte su sombra sobre el campo.» (Carta nº 458 a María Teresa, 12 de octubre de 1821).

d. Sentido práctico

Finalmente, lo que llama la atención es el sentido práctico que la Madre Adela demuestra en cada fundación. Su correspondencia ofrece más detalles sobre la fundación de Tonneins, pero lo que encontramos respecto a la creación de las distintas casas revela claramente este mismo realismo.

Nada escapa a su preocupación maternal. He aquí, por ejemplo, lo que leemos en su escrito un mes antes de que las Hermanas se instalaran en Tonneins:

«Como deseamos, al igual que la hormiga, pensar en el sustento de nuestras Hermanas para este invierno, quisiera saber el precio de la leña en Tonneins, (...) dependiendo del precio que me indique, la compraremos allí o aquí; también le preguntamos el precio del vino, por la misma razón». (Carta nº 397 al Sr. F. Lacaussade, 10 de agosto de 1820)

Unos días después, le escribió estas líneas al Sr. Faure Lacaussade:

"Nos encontramos en una situación económica muy difícil, por lo que solo podemos comprar lo estrictamente necesario. No tenemos una escalera de mano; pensamos pedirles una a nuestros obreros, además del costo de nuestro trabajo. Hagan lo mismo con los de Tonneins. Les enviaremos (...) un calentador de cama, una estufa, una cesta de desagüe, un par de morillos (...) En cuanto a las jarras, no las usamos (...) Enviaremos para la capilla: un relicario, una piedra sagrada, dos albas, dos vestimentas (...) Estamos empacando la ropa de cama; enviamos muy poco, pero es lo que podemos

(...) (Carta nº 400 al Sr. F. Lacaussade) 25 de agosto de 1820 (véase también la 397 del 16 de agosto de 1820).

Tal es la labor realizada por la Madre Adela: en diez años, sus religiosas han pasado de cinco a cincuenta. Existen cinco comunidades: un vasto campo de acción se abre ante las Hijas de María. De ellas depende poner en práctica el talento que el Padre les ha confiado.

EL DESARROLLO DE LAS HIJAS DE MARÍA A TRAVÉS DE LAS CARTAS DE LA MADRE ADELA (1816-1828)

3. «Todo para la gloria de Dios»

María Joëlle Bec FMI

A través de la correspondencia de la Madre Adela, hemos podido seguir el desarrollo de las Hijas de María en Agen y en las comunidades donde se extendieron durante la vida de la Fundadora. En este artículo, nos proponemos examinar la constante preocupación de la Madre Adela por el apostolado en las zonas rurales y el intercambio espiritual que experimentó a través de las cartas dirigidas a la Madre Emilia de Rodat, fundadora de las Hermanas de la Sagrada Familia de Villefranche-de-Rouergue.

1. Preocupación por las zonas rurales

Adela, una joven de apenas trece años, quedó profundamente conmovida por la desolación del campo a su regreso del exilio en Francia. El viaje a través de los pueblos desde San Sebastián hasta Feugarolles había infundido en la joven el deseo de remediar con todas sus fuerzas aquella escena de desolación.

El amor impulsa a la creatividad. Adela encontró diversas maneras de afrontar el sufrimiento material, moral, intelectual y espiritual que la rodeaba: visitaba a los pobres, ayudaba a los necesitados e impartía clases a cualquier hora para los niños del pueblo que acudían al castillo para aprender a leer y escribir. Adela aprovechó estos numerosos contactos para hablar de Cristo y de su Madre. Enseñaba los rudimentos de la fe, enseñaba a la gente a rezar y, al mismo tiempo, animaba con firmeza y convicción a sus compañeras religiosas a hacer lo mismo.

¿Cómo podía alguien imaginar, entonces, que una vez convertida en religiosa, pudiera haber olvidado las necesidades del campo?

Sí, pero ella y sus compañeras deseaban ser verdaderas religiosas, y la clausura las mantenía dentro de los muros del convento. Ciertamente, los Superiores, por necesidades apostólicas, podían prescindir temporalmente de esto, pero mientras tanto, la comunidad se encontraba en Agen, en la ciudad, lejos de los pueblos. Adela no era de las que se daban por vencidas.

Ella había formado a los asociados para que fueran misioneros en sus propias comunidades; por su parte, el padre Chaminade, en Burdeos, había propuesto a los miembros más

fervientes de la Congregación un "estado" religioso en el mundo. ¿Por qué no involucrar entonces a los miembros más celosos de la Congregación en una Tercera Orden? ¿Acaso Madame Belloc, Juana Diché, cofundadora de la "Pequeña Asociación", no era la persona idónea para este propósito? Casada en 1805 y madre de cuatro hijos, había perdido a su esposo en noviembre de 1812. Mientras se dedicaba con amor a la educación de sus hijos, dedicó su tiempo libre a obras de caridad y, en particular, a la creación, organización y desarrollo de la Congregación en muchos pueblos, algo que ya había comenzado a hacer durante la vida de su esposo. Además, sentía la vocación a la consagración religiosa y comprendía plenamente lo que ello implicaba. ¿Acaso no fue a ella a quien el padre Chaminade encomendó la tarea de reavivar el ánimo de las futuras fundadoras en febrero de 1816, poco antes de la fundación?:

«Apoya y anima a todas nuestras hijas con la esperanza de que pronto vean cumplidos sus votos. Mantén conversaciones frecuentes con ellas, ya sea oralmente o por escrito. En ocasiones, inspíralas con el deseo de consagrar corazones y cuerpos vírgenes al Esposo Celestial. En otras ocasiones, descríbeles la excelencia del estado que abrazan: estarán asociadas a la obra de la Redención, participando del espíritu apostólico, ardiendo de celo misionero. En otras ocasiones, puedes hablarles de las ventajas de una vida comunitaria y regular». (Carta del padre Chaminade a Juana Belloc, n.º 63. Febrero de 1816)

En julio de 1817, se consagró a Dios en el mundo mediante votos de castidad, pobreza y obediencia, prometiendo trabajar bajo la autoridad de sus superiores para la preservación de la moral cristiana y la fe católica.

Así, en 1817, Madame Belloc se encontró al frente de la Tercera Orden Seglar en Agen. Habiendo vivido en Agen desde la infancia, conocía desde hacía tiempo a las miembros de la congregación que se unieron a la Tercera Orden.

Líder ferviente y de carácter alegre, no escatimó esfuerzos, como lo demuestran varias cartas de la Madre Adela:

«Madame Belloc está en Villeneuve; ¡recen para que le vaya bien allí!» (Carta nº 502 a la Hermana del Sagrado Corazón - 5 de febrero de 1824)
 «Es la querida Hermana Clotilde quien acompañará a la Hermana Natividad, ya que la Hermana de Jesús (Madame Belloc) está en Villeneuve. Esta buena hermana siempre nos reconforta con su fervor y alegría». (Carta nº 558 a la Hermana del Sagrado Corazón - 31 de enero de 1825)

Cuando la comunidad de Agen se extendió a Tonneins, la Madre Adela buscó de inmediato establecer la Tercera Orden. El padre Chaminade le proporcionó la estructura durante el retiro que predicó a la comunidad en el verano de 1821. La hermana Dositea quedó a cargo de la Tercera Orden y, en particular, de la formación de los jóvenes miembros de la Congregación que ingresaban en ella. La madre Adela siguió de cerca esta nueva labor y ayudó a la hermana Dositea en su misión. A través de sus cartas, podemos descubrir qué es la Tercera Orden y cuál es su propósito

Esto es lo que escribió a la Madre Teresa de Jesús, Superiora de Tonneins:

«La Tercera Orden es una rama del Instituto (el «Instituto de María» que comprende a las religiosas y los religiosos). Y el Instituto debe seguir los pasos del divino Salvador que recorrió pueblos y aldeas». (nº 458 12 de octubre de 1821).

Aquí reconocemos la intuición inicial de la Madre Adela: siguiendo el ejemplo de Cristo, el objetivo es evangelizar pueblos y aldeas. Las religiosas están en los pueblos, los terciarios en el campo. En efecto:

«Estas son almas llamadas a hacer fuera del Instituto lo que nosotras no podemos hacer, dada nuestra clausura; son verdaderas hijas del Instituto que servirán de cebo para atraer almas a Jesucristo y a María». (Carta nº 453 A Santa Dositea, 8 de septiembre de 1821)

Es precisamente por la misión de la Tercera Orden que insiste en que estas jóvenes reciban una buena guía. Ella desea encomendarlas al Padre Larribeau:

«Me gustaría mucho que el Padre Larribeau guiara a las hermanas de la Tercera Orden; me parece que es lo mejor para ellas: sé (habla por experiencia) todo el bien que trae su guía. ¡La Tercera Orden puede hacer tanto bien si está bien dirigida! (...) ¡Deseo tanto que este pequeño núcleo dé lugar a un árbol precioso que extienda su sombra sobre el campo! Creo que está destinada a llevar a cabo la obra del Instituto en nuestros amados pueblos». (A la Madre Teresa, nº 458 12 de octubre de 1821)

Es, en efecto, una meta apostólica que las Terciarias deben cumplir, como lo demuestra esta carta a la Hermana Dositea, dirigida a la Tercera Orden:

«Imaginen estar entre los no creyentes con los Misioneros que trabajaron incansablemente para ganar corazones para Jesucristo, para darlo a conocer y amarlo. ¡Oh! ¡Qué felicidad si pudieran traer de vuelta a algunos protestantes al seno de la Iglesia!». (Carta 617, 2 de noviembre de 1825)

En efecto, la ciudad de Tonneins era mitad protestante, y en aquel entonces, el objetivo era convertir a los protestantes y reintegrarlos a la Iglesia. Más allá de este aspecto, centrémonos en lo esencial: dar a conocer y amar a Jesucristo. Las Terciarias:

«Estas son vírgenes consagradas a Dios que deben ser guiadas por los caminos de la vida perfecta. (...) Un pueblo de vírgenes que, en medio de la corrupción generalizada, están llamadas a ofrecerse al Señor con toda su pureza». (A la Hermana Dositea, nº 453, 8 de septiembre de 1821).

«Que estas jóvenes vírgenes, aunque expuestas en medio del mundo, conserven puros sus corazones y, por un milagro como el de los tres niños en el horno, no se consuman en las llamas». (A la Hermana del Sagrado Corazón, nº 635, 20 de enero de 1826)

Para poder llevar una vida consagrada en el mundo, estas jóvenes necesitan una sólida formación. La hermana Dositea se encarga de esto en Tonneins; en Agen, es la Madre Santa Foy, junto con Madame Belloc, cuya influencia se extiende por toda la región y que acude regularmente al convento para rezar con las hermanas y participar en el retiro anual, es una compañera cercana. La Madre Adela, por su parte, vela por esta querida congregación con celoso cuidado, sintiendo que está llamada a cumplir «los grandes designios del Señor». A menudo las menciona en su correspondencia:

«¿Cómo va la querida Tercera Orden? La de aquí va lenta. No tengo tiempo para atenderla como debería para apoyarla» (nº 426 a Sor Dositea, 21 de febrero de 1821).

Unos años más tarde escribe:

«La Madre Santa Foy y yo estamos dirigiendo el retiro de la Tercera Orden» (nº 635 a la Madre Sagrado Corazón, 20 de enero de 1826).

Y tiempo después:

«Dile a la Madre Santa Foy que la Tercera Orden va muy bien. Hay exactitud (nº 691 a sor Encarnación, 24 de noviembre de 1826).

Las Terciarias, por su parte, son muy cercanas a las hermanas; son verdaderamente una familia. Así, tras el fallecimiento de la Hermana Teresa de San Agustín en Agen, varias de ellas se quedaron a velar su cuerpo, ya que las hermanas, exhaustas, no podían hacerlo (véase la carta a sor Luis Gonzaga nº 560. 5 de febrero de 1825).

Y cuando el buen Padre Chaminade solicitó una descripción de las postulantes en Tonneins, la Madre Adela sugirió que la Hermana Dositea buscara la ayuda de las Terciarias, quienes tendrían todas las oportunidades para recabar información sobre las personas y sus familias (nº 483, 2 de octubre de 1823).

La Tercera Orden Seglar es una buena iniciativa, y se percibe la inmensa esperanza que representa para su fundadora en estas líneas:

«¡Oh! Cuida bien de este precioso vivero del que, espero, brotarán preciosas plantas que darán fruto en el jardín de la Iglesia» (nº 474 a Sor Dositea, 12 de agosto de 1822).

Sin embargo, esto no satisface del todo las expectativas de la Madre Adela. Estas jóvenes permanecen con sus familias, en sus propias comunidades. Aisladas, no pueden asegurar la continuidad de la misión. La Madre Adela desearía hacer más. Ya a finales de 1819, escribió al Padre Chaminade:

«¿Y la "Obra Rural"? Le tengo mucho cariño, mi buen Padre, pues fue nuestro primer proyecto; ¡me alegraría muchísimo verla prosperar! ¡Oh! ¡Si supiera usted la necesidad de tantos! (...) ¡Oh, mi divino Maestro, te imploro que me inspires para darte a conocer a tantas almas que han pagado con tu sangre!» (Al padre Chaminade, nº 354, 16 de diciembre de 1819)

Durante la vida de la madre Adela, se hicieron varias propuestas al padre Chaminade.

La Madre Adela intentó fundar una Tercera Orden Regular. La propuesta que más atención recibió fue la del Padre Mertian, superior de las Hermanas de la Providencia de Ribeaupellé, pero las conversaciones entre el Padre Chaminade y el Padre Mertian no llegaron a buen puerto. Sin embargo, la Madre Adela continuó impulsando esta rama del Instituto, la Tercera Orden Seglar, con la esperanza de ver algún día el cumplimiento del plan divino para el campo. Fue en 1836, ocho años después de su muerte, cuando se fundó la Tercera Orden Regular en Auch.

2. Correspondencia entre dos fundadoras

Fue en 1809, en Figeac, en casa de su abuela materna, cuando Adela oyó hablar por primera vez de Emilia de Rodat, como ella misma relata en una carta de 1821:

«Sentí un gran deseo de que te unieras a nuestra Asociación, pero no encontré la oportunidad».

Esto revela el celo de Adela; no perdía oportunidad de reclutar miembros para la "pequeña Asociación". Cuando salía de Trenquelléon para ir a Figeac o Condom, siempre lo hacía con la esperanza de hacer nuevos conocidos.

Y entonces, en 1819, ya convertida en fundadora, supo por su madre que Emilia, a su vez, había ayudado a establecer una institución. Esta vez, no dudó más y le escribió a la Madre Emilia:

"Mamá me habló del piadoso establecimiento que fundaste en Villefranche. Sentí una gran alegría, pues ¿acaso algo que glorifica a Dios puede ser ajeno a una esposa de Jesucristo? Me gustaría, señora, que nos uniéramos en oración, para que este apoyo mutuo nos ayude a obtener cada vez más la ayuda del Señor" (carta 334, 21 de junio de 1819).

Y así comenzó una correspondencia regular entre las dos fundadoras. Entre el 21 de junio de 1819 y el 12 de enero de 1826, conservamos treinta y dos cartas de la Madre Adela.

El propósito de esta correspondencia es claro: brindar apoyo espiritual. Desde su primera carta, la fundadora de las Hijas de María anima a la Madre Emilia a establecer la Congregación en Villefranche. Lo hace con tal entusiasmo que, pronto, en esta ciudad, con la ayuda del señor Marty, superior eclesiástico de las hermanas, la Congregación comienza a tomar forma para jóvenes. No me detendré en los numerosos detalles sobre la Congregación que la Madre Adela proporciona en sus cartas a la Madre Emilia; los traté en el primer artículo de esta serie (véase el número 5 de la revista).

El núcleo de esta correspondencia se puede agrupar en torno a tres temas principales: la perspectiva de una unión entre las dos fundaciones, el compartir tristezas, alegrías, preocupaciones económicas, etc., y consejos espirituales sobre la vida personal y la conducta hacia las hermanas.

a. Un proyecto para la Unión

Las dos fundadoras llevaban carteándose menos de dos meses, y la unión ya se perfilaba:

«¿Quizás algún día formemos un solo Instituto?» (10 de agosto de 1819)

Unos meses después, leemos estas líneas:

«¡Deseo fervientemente que vuestro Instituto y el nuestro se unan! (...) La unión en nombre de Jesucristo siempre es más fuerte; nuestros temas se vuelven comunes, y así las Casas pueden apoyarse mutuamente. (...)» (carta nº 360, 4 de enero de 1820)

Sin embargo, este proyecto, por hermoso que sea, debe ajustarse a la voluntad de Dios:

«Encomiendo este anhelo de mi corazón a la voluntad de Dios. ¡Sus designios no siempre coinciden con los nuestros!» (4 de enero de 1820)

Así pues, se envió una muñeca vestida de Hija de María, ya que las hermanas de Villefranche aún no habían recibido sus hábitos religiosos. El padre Chaminade, en representación de las

Hijas de María, y el señor Marty, en representación de las hermanas de Villefranche, siguieron de cerca este proyecto, y finalmente se decidió que algunas Hijas de María irían a Villefranche. Sin embargo, en el último momento, el obispo Jacoupy de Agen se negó a conceder el permiso para salir del recinto. La Madre Emilia debía ir primero. Pasó el tiempo. Las Hermanas de la Sagrada Familia hicieron sus votos, y la Madre Adela se sintió obligada a abandonar el proyecto:

«Me entristece pensar que ahora que habéis hecho vuestros votos, habéis renunciado a nuestra unión, ¡que tanto deseaba! (...) Que se haga la voluntad amorosa de Dios en todo, por siempre» (carta nº 406, 22 de septiembre de 1820).

Y ahora, desde Villefranche, resurgen las conversaciones sobre la reunificación:

«¡Qué alegría me dio tu carta, queridísima hermana! Aunque parecía que ya no había esperanza de reencuentro, ¡no podía renunciar a ella! ¡Mi corazón y mi mente están siempre con Villefranche! Imagina la felicidad que sentí al ver renovada mi esperanza con tu carta, y, precisamente, la recibí justo cuando esperábamos la visita de nuestro Padre» (carta nº 472, 3 de julio de 1822).

A mediados de julio, el Padre Chaminade recibe al Señor Marty en Agen, mientras que la Madre Adela y sus hermanas reciben a la Madre Emilia y a la Hermana Águeda. Juntas asisten al retiro espiritual predicado por el Padre Chaminade, un retiro que las prepara para la renovación de sus votos. Los superiores eclesiásticos, por su parte, y las hermanas, por la suya, intercambian opiniones. La reunificación parece decidida, pero al regresar a Villefranche, la Madre Emilia se encuentra con la negativa de sus hermanas. Por lo tanto, es necesario abandonar definitivamente el proyecto esta vez:

«¡Y la unión planeada, por consiguiente, debemos renunciar a ella!... ¡Mentiría si dijera que fue sin pena! (...) ¡La ofrezco como un sacrificio a mi Dios; solo deseo su mayor gloria!» (carta nº 476, 7 de octubre de 1822)

El proyecto de unión se abandona, pero la correspondencia entre las dos fundadoras continúa, aunque con menos frecuencia.

b. Compartiendo penas y alegrías...

Tanto en Villefranche como en Agen, la salud es sinónimo de sufrimiento, y casi la mitad de las cartas de la Madre Adela tratan sobre los enfermos. Las dos fundadoras compartieron sus preocupaciones:

«Comparto sinceramente el dolor que sientes por la enfermedad de tus queridas hijas... Siento la misma preocupación en este momento por una de mis hijas» (carta nº 335, 10 de agosto de 1819)

«Sigo en la cruz: dos hermanas más han enfermado (...) ¿Y tus queridas enfermas, cómo están?» (carta nº 364, 29 de enero de 1820)

No solo hablan de los enfermos; rezan por ellos y ayunan:

«Nuestros enfermos están un poco mejor; ¡cuánto anhelo tener noticias de los tuyos! Una de nuestras hermanas me pidió un ayuno mensual por tus enfermos, pues todas te queremos mucho» (carta nº 360, 4 de enero de 1820).

Comparten la noticia del fallecimiento de las hermanas:

«Quería escribirte hace unos días cuando recibí tu carta informándome del fallecimiento de tu querida hija, ¡lo cual nos llenó de alegría! (...) Una de nuestras novicias está muy enferma» (carta nº 470, 13 de mayo de 1822).

Un año después, la Madre Adela anuncia el fallecimiento de la Madre María Teresa de Jesús (12 de noviembre de 1823).

No se limitan a hablar de los enfermos en las comunidades; también se mantienen informadas sobre su propia salud. La Madre Adela tuvo que tomarse un tiempo libre. Ella escribe:

«Mi salud ha mejorado mucho; el largo descanso me ha sentado de maravilla» (carta nº 396, 3 de agosto de 1820).

Al año siguiente, insta a la Madre Emilia, que también está enferma, a descansar:

«Sé que el Señor te visitaba a través de la Cruz, y con mucho cariño le pedí a este buen Maestro que te devolviera la salud, aunque sea para su gloria. (...)

Cuídate, descansa lo más posible» (13 de julio de 1821).

Unos meses después, la Madre Adela se preocupa por la salud de la Madre Emilia:

«¿Cuál fue el resultado de la operación, querida hermana? ¿Estás mejor? ¿Sientes más dolor? ¡Me interesa todo lo que te concierne!» (carta nº 461, 29 de octubre de 1821).

En 1824, le tocó a la Madre Adela enfermar y escribir:

«Llevo más de dos meses sin hacer nada (...) Estoy enferma. Durante los últimos ocho meses mi salud ha ido empeorando, y esta Cuaresma he estado postrada en cama. No me he recuperado del todo, pero estoy convaleciendo» (carta 512, 11 de mayo de 1824).

A lo largo de este intercambio, percibimos una profunda comunión entre las dos familias religiosas y sus respectivas superiores. No contentos con hablar de su salud, también compartían preocupaciones económicas:

«Los asuntos temporales también me preocupan un poco. Las reparaciones (de la casa de los agustinos en Agen) nos han causado considerables dificultades económicas, y aún no hemos pagado todo... Pero debemos sentir las consecuencias de la pobreza que hemos aceptado» (carta 416, 9 de diciembre de 1820).

Si bien compartían sus penas, también sabían compartir sus alegrías, como la del aniversario de la fundación de Agen:

«¡Qué hermoso día será mañana para nosotros! ¡Se cumplirán cuatro años desde que dejamos Egipto para venir a vivir a este hermoso desierto!» (carta 379, 24 de mayo de 1820)

Alegría por la fundación de Tonneins:

«Estamos a punto de enviar un pequeño enjambre de nuestra colmena para establecer otra (...) Está a cuatro leguas de aquí, en un pueblo llamado Tonneins, que es mitad protestante. Habrá mucho bien por hacer. (...) ¡Qué alegría trabajar para establecer allí el reino de Jesucristo!» (carta nº 396, 3 de agosto de 1820)

También fue un placer observar que las cosas progresaban en Villefranche:

«He visto con consuelo que se están expandiendo para glorificar a nuestro Maestro común. Rogamos al Señor que bendiga esta nueva comunidad». (carta 476, 7 de octubre de 1822)

Compartiendo su celo por dar a conocer al Amado:

«¡Oh, si pudiéramos lograr que todos los corazones lo amaran! ¡Si pudiéramos hacer que todos los corazones lo poseyeran! ¡Oh, trabajemos por su gloria, démoslo a conocer a través de los niños pequeños cuyas madres espirituales nos da la Providencia! ¡Hagamos que estos jóvenes, cuyos corazones Él tanto anhela, lo amen!». (carta 512, 11 de mayo de 1824)

Es fácil imaginar el apoyo que esta correspondencia, llena de afecto e interés, pudo brindar a las dos fundadoras, cuya misión ciertamente no siempre fue fácil.

c. Intercambio de consejos

Es en este ámbito donde las cartas de la fundadora de las Hijas de María nos brindan la mayor información, permitiéndonos comprender cómo vivió su responsabilidad, qué la impulsó a seguir adelante y cuál fue la fuerza motriz de su vida espiritual.

Lo que más amaba era seguir a Cristo y acompañarlo hasta la Cruz:

«¡Vamos, recordemos que entramos en la vida religiosa solo para seguir a nuestro divino Esposo al Calvario; que debemos encontrar nuestra alegría en las contradicciones y las pruebas!» (carta 364, 29 de enero de 1820)

Y de nuevo:

«Llevemos con renovado valor la cruz de nuestra carga. Es Dios quien nos la ha impuesto; su bondad nos dará la gracia de hacer de ella nuestro provecho espiritual.» (carta 420, 21 de enero de 1821)

La Cruz, como ella la experimentó, es en verdad la Roca firme sobre la cual solo uno puede apoyarse, pueden fundar algo duradero:

«Nuestro Instituto será sólido si, con todo nuestro corazón, sabemos fundarlo en la Cruz» (carta 364, 29 de enero de 1820).

Y allí, junto a la Cruz, invita a la Madre Emilia a unirse a María:

«¡Mi corazón maternal siente con intensidad la espada con la que el tuyo debe ser traspasado! Entra, querida hermana, en el corazón de María al pie de la Cruz; contempla con qué amargura se ve abrumado y ofrece tus sacrificios junto con los suyos. (...) ¡Ánimo, esposa de Jesús crucificado! Sube a la Cruz con Él: es el lecho

nupcial donde entramos en la santísima alianza con Él». (carta 349, 15 de noviembre de 1819).

Como fundadoras, ambas deben seguir a Cristo en la misión que se les ha encomendado para sus hermanas.

«Llenemos nuestra conciencia de la magnitud de nuestras obligaciones. Debemos ser la luz de nuestra comunidad con nuestro buen ejemplo; que nuestras hijas siempre encuentren nuestros corazones abiertos a todas sus necesidades, dispuestos a soportar sus debilidades, entregándonos por completo a todos para que todos pertenezcan a Jesucristo» (carta 353, 3 de diciembre de 1819).

El hecho de entregarnos por completo a todos, una idea muy querida para ella, a la que regresa dos meses después:

«Siguiendo el ejemplo de San Pablo, entreguémonos por completo a todos; este es el gran deber de un superior. Seamos débiles con los débiles, enfermos con los enfermos» (carta 364, 29 de enero de 1820).

Estar atenta a sus hermanas, dispuesta a recibirlas, convertirse en su servidora: esta es su actitud fundamental, como atestigua en varias de sus cartas:

«Dejemos de ser egocéntricas; considerémonos servidoras de nuestras hermanas, a quienes debemos servir con completa caridad en sus necesidades espirituales. Ofrezcámosles interiormente una especie de obediencia silenciosa: siempre dispuestas a recibirlas, a acogerlas con espíritu caritativo a pesar de nuestras ocupaciones. Una superiora ya no debe estar sola consigo misma» (carta 369, 1 de marzo de 1820).

Sin embargo, en ciertos días la carga es pesada, y siente la necesidad de escribirle a la Madre Emilia:

«Sí, querida hermana, abandonémonos con nuestra pesada carga en los brazos de nuestro bondadoso Maestro. Él es quien nos ha impuesto esta carga; debemos confiar en su bondad para recibir la fuerza para soportarla. Confieso que, en ciertas ocasiones, mi corazón se queja de esta carga; a veces me desanimo por mi falta de capacidad, y especialmente por mi falta de virtud» (carta 414, 20 de noviembre de 1820).

Sería un error pensar que la Madre Adela se desanima ante tal observación. Todo lo contrario, y a menudo invita a su amiga a trabajar en su santificación:

«Trabajemos por nuestra santificación, querida amiga. Una superiora santa logrará mucho, mientras que una imperfecta obstaculizará las gracias de Dios» (carta 417, 9 de diciembre de 1820).

«Vamos, elevemos nuestro ánimo en medio de las dificultades de nuestro oficio. Ante todo, no nos olvidemos de nosotras mismas; trabajemos para llegar a ser santas... Nuestra posición nos brindará mil oportunidades para morir a nosotras mismas y, así, trabajar para convertirnos en santas si deseamos aprovecharlas» (carta 465, 11 de diciembre de 1821).

Un espíritu de fe, entrega a Dios, una vida sobrenatural vivida en amor por todas sus hermanas: esto es lo que la Madre Adela busca vivir día tras día. Consciente de sus limitaciones y debilidades, se apoya mucho en la oración: la suya, la de las demás y, especialmente, la de la Madre Emilia:

«Oremos unas por otras para que podamos alcanzar este sublime fin de nuestro estado santo» (carta 482, 2 de septiembre de 1823).

«Ruega a Dios por mí, pues soy tan pobre en virtudes: la menor cosa me irrita; mi impulsividad me hace cometer cien errores al gobernar. ¡Oh, Dios mío, compensa con tu gracia mis faltas y negligencias!» (carta 470, 13 de mayo de 1822).

A menudo, en sus cartas, vuelve al tema, pidiendo oraciones y consejos:

«Me atrevo a ofrecerte un consejo, ¡yo que tanto lo necesito! ¡Por favor, devuélveme el favor! Necesito que me hables sobre la paciencia y la mortificación interior» (carta nº 443, 13 de julio de 1821).

Ya en 1820 había escrito:

«¡Oh, querida hermana, por favor, ayúdame con tus consejos sobre cómo gobernar a mis súbditos! Esto es lo que más me cuesta en mi puesto: personalidades a menudo opuestas a las que debo saber cómo complacer y reconciliar; opiniones todas buenas, pero diferentes. Y sin embargo, tengo hijas santas» (carta 364, 29 de enero de 1820).

Como podemos apreciar, entre las dos fundadoras se produjo un intercambio muy enriquecedor. Con una sencillez conmovedora y una profunda confianza, la Madre Adela revela lo que reside en su interior: lo mejor de sí misma. Estas cartas nos permiten conocerla mejor, comprender cómo percibía su misión y cómo buscaba vivirla.

El desarrollo de las Hijas de María en Agen y en las primeras comunidades, sus actividades apostólicas, la misión de la Tercera Orden Seglar, la inspiración de la Madre Adela: todo ello nos ha permitido descubrir y seguir paso a paso su trayectoria a través de su correspondencia.

INFLUENCIA MUTUA ENTRE EL PADRE CHAMINADE Y ADELA

El padre Chaminade tenía 48 años cuando comenzó a cartearse con Adela en el otoño de 1808. Ella tenía 19.

Su relación pronto se convirtió en la de padre e hija. Así, en abril de 1809, el padre Chaminade le escribió a Adela: (P.Ch.35)

«A menos que desees que, como misionero apostólico para Francia, los adopte a todos como mis hijos; pero ¿acaso no lo he hecho ya de alguna manera? Más por sentimiento que por reflexión, cuando me dirigí a ti, ¿no te llamé "mi querida hija"?»

En abril de 1814, le escribió:

«Háblame siempre con la franqueza y sinceridad de una hija a su buen padre». (P.Ch. 47)

y en enero de 1816:

«Esto me da la oportunidad de escribirte de mi puño y letra, como a la hija de mi corazón». (P.Ch. 61)

Y en 1818, cuando el padre Chaminade escribía por encargo de otra persona, le dirigió estas palabras a la madre Adela: «Aunque muy tarde y con mucha prisa, quise responderle de mi puño y letra». (P.Ch. 95)

Este trasfondo de la relación entre Adela y el padre Chaminade nunca debe olvidarse. Ella lo consideraba un santo, y él siempre fue para ella el canal a través del cual la voluntad de Dios le llegaba. Pero nunca esperó que esta voluntad estuviera ya establecida; mantuvo una actitud de discernimiento. El padre Chaminade, por su parte, permaneció atento a los signos de la Providencia, y fue a través de su intercambio que surgió la realización del «querido proyecto» de Adela, que pronto encontrará un grupo hermano en «la Pequeña Asociación» o «S.M.». «Nuestro buen padre formó una pequeña comunidad de religiosos de nuestra Orden en Burdeos» (327.4).

«La Pequeña Compañía» y «Hijas de María» constituyen juntas el Instituto de María, del cual forma parte la Tercera Orden Seglar de las Hijas de María (458.5).

Pero, ¿cuál era la situación del padre Chaminade y Adela cuando comenzaron a cartearse en el otoño de 1808 a través del señor Jacinto Lafon, congregante y profesor del colegio de Figeac (Lot).

1. El camino del Padre Chaminade

1.1. A los 15 años, ingresó en la **Congregación de San Carlos de Mussidan**. Hizo votos privados. Una congregación clerical que seguía la reforma iniciada por el Concilio de Trento y San Carlos Borromeo, de inspiración jesuita. El padre Chaminade se mantuvo fiel a sus

compromisos iniciales durante toda su vida. El 18 de octubre de 1848, escribió sobre sus votos privados:

«Estos votos me unían únicamente a Dios, pues aún desconocía la Orden a la que estaba a punto de ingresar».

El padre Chaminade nunca perteneció canónicamente a la Compañía de María.
Se inspiró en aspectos de las Congregación clericales de San Carlos.
Su vocación era principalmente religiosa.

Vida religiosa sacerdotal

En Burdeos, tuvo su primer contacto con la Congregación Mariana de la parroquia de Santa Colombe. Recordaría este encuentro en 1800 al fundar su propia Congregación. Buscó la vida monástica a través de los conventos de Burdeos. Pero le decepcionó la falta de fervor (Regla de San Benito).

Su formación sulpiciano en París.
Fue ordenado sacerdote en 1785.
Su vida como síndico y maestro en Mussidan.

Preparación para la administración.

Para la educación y la enseñanza.

Encuentro con X. Bernard Dariès en Mussidan.

El papel de María, el proyecto de una Asociación de María. María no abandonaría Francia, que le había sido consagrada.

1.2. Exilio: Una vida de «desierto».

En Zaragoza, los sacerdotes exiliados estudiaron las cuestiones prácticas que surgirían a su regreso.

Los obispos publicaron libros sobre la conducta a seguir en Francia a su regreso (Los “manuales de misioneros” para evangelizar tras la Revolución). Incluso aparecieron “Catecismos” para que las familias se instruyeran en su fe tras el cambio político (Ej: “El Misionero católico o Instrucciones familiares sobre la Religión”).

Se analiza la importancia de los laicos (Catequesis y Comunicación)

Este es el clima de Chaminade en Zaragoza:

Oración

Preparación misionera (Plan para la recristianización de Francia al regreso)

Gracias mariana de Nuestra Señora del Pilar para futuras fundaciones.

- María en su nombre, a su servicio
- En marzo de 1801, el misionero solicita a Roma el título de «Misionero Apostólico»
- fundador en la aplicación de su misión.

1.3. La Congregación de la Inmaculada para los Laicos, fundada por el «Misionero Apostólico»

- Charla “Congregamini” (Congreguémonos) 1806 (EP I, 57)
- «en nombre de María», para consagrarse a Ella, para hacer una alianza.
- «para la renovación de la Iglesia, para aumentar y multiplicar los cristianos» (inspiración misionera)
- Dentro de la Congregación, algunos, impulsados por su amor a María, se comprometieron a un «estado religioso en el mundo» (EM.II 3461).
- Esto dio lugar a hablar de «Comunidades de Religiosos Congregantes» al servicio de la Congregación Mariana (EM. 359).

2. El viaje de Adela

2.1. Su infancia estuvo marcada por una madre profundamente cristiana que cuidaba de los pobres, tanto material como espiritualmente.

Su deseo de ser religiosa se manifestó muy pronto. La orden carmelita, con sus exigencias y austeridad, la fascinaba. Vestía a su muñeca como una religiosa carmelita.

Tenía dos tías que eran religiosas. Refugiados en el castillo.

2.2. Exilio (1797-1801)

Experiencia del exilio en España y luego en Portugal.

Sufrió la separación de su familia y la pobreza.

1801: Primera Comunión en la Iglesia de Santa María. Ya tenía una profunda comprensión de la Eucaristía. El confesor quería que recibiera la Primera Comunión al día siguiente. Ella pidió unos días de preparación. Primera Comunión el 6 de enero de 1801. Allí escuchó el llamado a entregarse totalmente a Jesucristo. Para ello, se esforzaría por corregir su impetuosidad.

Vida religiosa y esfuerzos de ascetismo por amor a Jesús.

No quería abandonar España para ingresar en el convento carmelita de San Sebastián.

Conciencia de la pobreza material, pero sobre todo espiritual, del campo.

2.3. Regreso a Trenquelléon

Profundización espiritual en preparación para el Carmelo.

6 de febrero de 1803: Confirmación

Contacto con antiguas religiosas

Amistad que la une a Juana Diché, de la cual surgirá:

→la «Pequeña Asociación»

→la larga correspondencia con Águeda Diché

Correspondencia con jóvenes que se convertirán en:
el núcleo de la fundación.

Resolución de renunciar «totalmente»

completamente a estas 4 cosas:

a mi voluntad

a la ira»

al orgullo»

al respeto humano»

Trabajo sobre ella misma y al mismo tiempo apertura al Espíritu Santo, al amor de Dios

«Lo que nunca debemos dejar de cultivar en nosotros mismos es el amor a Dios (...) Tratemos de reavivar, si hemos tenido la desgracia de apagarla, la antorcha del amor divino que el Espíritu Santo viene a encender en nuestros corazones hoy.» (Carta escrita con motivo del vigésimo aniversario de su confirmación, 1ª carta a Águeda: 1.31)

Regla de vida espiritual en preparación para el Carmelo

Su padre, a diferencia de quienes la rodeaban y la veían como una futura carmelita, le dijo:

«Adela, serás fundadora.»

2.4. Fundadora junto al Sr. Ducourneau y Juana Diché de la "Pequeña Asociación" (5 agosto de 1804)

La iniciativa parece haber surgido del Sr. Ducourneau, quien observó la influencia positiva de la correspondencia regular entre Adela y Juana.

Esta asociación tiene una dimensión apostólica: se espera que cada miembro realice evangelizaciones. La asociación se encuentra bajo la protección de la Santísima Virgen María.

A través de su correspondencia, Adela experimenta el compartir espiritual, el apoyo y la ayuda mutua, la vida sacramental y la meditación sobre las virtudes de María.

Adela participa en las actividades caritativas de su madre: visita a los pobres (desea servirles en el castillo), a los enfermos y enseña catecismo.

Comienza a enseñar a los niños a leer y a rezar en el castillo.

Su caridad se vuelve innovadora.

En 1607: se añadieron cinco artículos a los estatutos de la «Pequeña Asociación». Los artículos 11 y 13 enfatizan la dimensión misionera de la Asociación.».

Cabe destacar que la «Asociación» comenzó con el apoyo del Sr. Ducourneau. El padre Larribeau, párroco de Lompian, se hizo cargo de ella. Siempre hay un sacerdote en la vida de Adela. La presencia de un sacerdote le da la seguridad de estar en sintonía con la voluntad de Dios.

Adela está dispuesta a conocer al padre Chaminade.

1. Deseo de consagración total al Señor.
2. Profunda vida interior, donde María ocupa su lugar.
3. Profunda experiencia de amistad espiritual, del valor de la comunidad.
4. Apostolado fruto de su gran santidad del Señor. ¿Qué ve ella? En el mundo rural, miseria material y falta de formación humana y religiosa.

Por su parte, el padre Chaminade:

1. Posee experiencia del contexto histórico.
2. Ha descubierto las misiones, la importancia de la Iglesia, la misión de María y la alianza con ella para evangelizar el mundo. Recristianizar Francia.
3. Fundó la Congregación Mariana: el papel misionero de los laicos.

3. Encuentro del padre Chaminade y Adela

Otoño de 1808: encuentro de María de Trenquelléon e Hyacinthe Lafon en Figeac.

Establecimiento de una conexión entre ambas asociaciones.

Relación facilitada por el hecho de que el señor Larribeau había sido ordenado sacerdote en la Congregación de Burdeos en 1804.

20 de noviembre de 1808: Adela renuncia a un matrimonio propuesto tras semanas de lucha interna.

3.1. Se estableció un contacto regular entre el padre Chaminade y Adela, y entre ambas organizaciones, para armonizarlas. La «Pequeña Asociación» se convirtió en la «Tercera División» de la Congregación de Burdeos.

3.2. Entre noviembre de 1809 y 1814, la Congregación de Burdeos fue suprimida por Napoleón.

El grupo de Adela continuó creciendo.

El señor Laumont, un miembro afiliado, llegó y se convirtió en el visitador.

La afiliación de los grupos de Adela a la Congregación de Burdeos se produjo gradualmente.

Los asociados tuvieron que conocer la Congregación.

El desarrollo mariano de Adela: descubrió con alegría la Consagración a María y la maternidad espiritual de María.

Descubrió, con una nueva luz, la dimensión comunitaria y apostólica de una verdadera familia de María.

«Difundamos la familia de la purísima María. Reunamos a tantos corazones jóvenes como podamos bajo su protección y para la gloria de nuestro divino Maestro». (175.7)

Fusión final en julio de 1813

Adela escribió en una carta circular:

«El Sr. Laumont (delegado del Padre Chaminade) viajará con su estimado oficial a Agen esta semana, y allí les conferirá el sagrado, dulce y amoroso nombre de Hija de María. Se alistarán de una manera más especial bajo los estandartes de nuestra augusta Madre. ¡Prepárense con todo el fervor posible para esta gloriosa alianza que están a punto de contraer con Ella!»

4. Descubriendo el Plan de Dios a través de las Percepciones del Padre Chaminade y Adela

4.1. Estima Mutua. Cuando el Padre Chaminade comienza a cartearse con Adela, queda impresionado por su espiritualidad. La considera como una hija, que se entrega a la prudencia de su conducta mientras le abre su corazón por completo. Adela, por su parte, considera al Padre Chaminade un santo: «¡Qué santo hombre parece el Sr. Chaminade!» (97.3297.3 448.2).

4.2. María. El Padre Chaminade encuentra en Adela un terreno fértil para la consagración a María.

Un año antes de contactar al Padre Chaminade, ella escribió:

«Recurramos a menudo a la protectora de la Compañía: ¡la Santísima Virgen! ¡Oh, cuán poderosa es con su Hijo! Pongámonos firmemente bajo su protección. Somos sus hijos especiales, ya sea por nuestra Compañía o por el hábito del escapulario con el que tenemos la alegría de llevarlo».(88.11)

Dieciocho meses después, al descubrir la consagración a María, escribió:

«Tenemos, pues, la alegría de ser sus hijos, miembros de su familia privilegiada. ¡Oh! Encomendémonos a esta tierna Madre; ella es el refugio de los pecadores». (90.2)
«Ofrezcamos a la Santísima Virgen el don de nosotros mismos mediante la consagración que se encuentra en el Manual del Servidor de María». (91.6)

Enero de 1809. El encuentro con el padre Chaminade dio un nuevo impulso a la devoción mariana de Adela. Sintió y deseó verdaderamente formar parte de la familia de María, asociada a su misión.

4.3. Adela habla de un proyecto de vida religiosa.

De hecho, en abril de 1814, el padre Chaminade le escribió:

«Creo que el vínculo religioso que nos une es para siempre indisoluble. Me explicaré con más detalle a su debido tiempo». (P.Ch.47)

Los días 13 y 14 de junio, en Lompian, Adela y algunas compañeras que, como ella, consideraban la posibilidad de ingresar a la vida religiosa, se reunieron con el padre Larribeau. Allí, para sellar su proyecto, las futuras religiosas tomaron nombres religiosos.

Tras esta importante reunión, Adela escribió al padre Chaminade para compartir su «querido proyecto». El señor Laumont fue el encargado de redactar las Constituciones. El 20 de julio, escribió a Amelia de Rissan:

«Un día memorable. Él nos lo da todo; démosle todo» (242.4).

Ese mismo día, escribió a Águeda:

«Completemos nuestro noviciado para que seamos como piedras pulidas, listas para ser usadas cuando comience la construcción. Practicaremos en este mundo lo que podamos de nuestra santa vocación». (¡Enumera los votos!) (241.6-7)

«Tomemos nota de esto y hagamos nuestro noviciado». Así que se habla de una fundación. Todo parece avanzar rápidamente».

El 31 de julio, le escribió a la Sra. Belloc:

«Aquí hay una maravilla (entre nosotras): Papá me dijo ayer que hizo una promesa: si Dios le permitía caminar y actuar un poco, fundaría una organización con 24.000 francos en la parroquia para el cuidado de los enfermos y la educación de las jóvenes; construiría una casa adecuada y colocaría allí a tres Hermanas de la Caridad. Como te imaginarás, pensé en nosotras y en que entonces la voluntad de Dios se manifestaría claramente». (245.5)

El 30 de agosto, el padre Chaminade le envió estas líneas:

«El señor Laumont me informa que pronto me enviará sus Constituciones (...) Ustedes, querida hija, desean constituirse como comunidad religiosa; les confío varias cosas: 1) Cuando el año pasado les expresé mi gran deseo de verlas, fue específicamente para compartir con ustedes un proyecto que, si bien no es exactamente el mismo, guarda muchas semejanzas. Comenzamos a implementarlo hace varios años. Varias jóvenes viven como religiosas, hacen votos y visten hábito religioso bajo su ropa de diario... (...) La mayoría de los líderes (de la Congregación) formaron esta asociación religiosa: los miembros de la Congregación desconocen su existencia. Las comunidades religiosas, a mi parecer, no cumplirían el propósito de esta institución (...) Pidamos siempre la guía del Espíritu Santo para que solo hagamos lo que está de acuerdo con la voluntad de Dios. (...) Me complacería mucho recibir sus Constituciones lo antes posible. No tomen ninguna medida significativa para establecer una nueva orden sin previo aviso. (30 de agosto de 1814) (nº 51)

Parece que en este punto los dos proyectos diferían. El padre Chaminade imaginaba una asociación religiosa donde las miembros vivieran como religiosas, haciendo votos, pero permaneciendo en el mundo, sin ser conocidas. Adela imaginaba una comunidad religiosa regular, es decir, una vida comunitaria con presencia pública. El padre Chaminade consideraba una asociación religiosa destinada a fortalecer la Congregación. Esta era una forma de trabajar para aumentar el número de cristianos. Las comunidades religiosas con presencia pública no serían adecuadas. Adela se centraba principalmente en servir a los pobres del campo. Deseaba satisfacer sus necesidades materiales, morales y espirituales. Es importante destacar que el padre Chaminade pide oración para que el Espíritu Santo ilumine el plan de Dios. Adela, al igual que el padre Chaminade, anhela cumplir únicamente el plan del Señor.

La siguiente carta de Adela, que no conservamos, sugiere que la luz del Señor guio al padre Chaminade a una nueva propuesta. En efecto, un cambio evidente se observa en la carta que le escribió a Adela el 8 de octubre del mismo año:

«Voy a contarle todo mi secreto. ¿Podría un padre guardarse algo a una de sus hijas que se entrega tan completamente a su guía? Regresé a Francia hace catorce años con el título de Misionero Apostólico en toda nuestra desafortunada patria, con la autorización, eso sí, de los Ordinarios locales. Creía que no podía cumplir mejor con mi deber que fundando una Congregación como la que existe. Cada miembro de la Congregación, independientemente de su sexo, edad o condición social, debe participar activamente en la misión. Varios miembros de cada rama de la Congregación formarían una pequeña Asociación religiosa, aunque dispersa por todo el mundo. En estas Asociaciones siempre habría oficiales, tanto hombres como mujeres, para dirigir la Congregación. Varios de estos monjes y religiosas han expresado su deseo de vivir juntos: solo habría ventajas para la causa». Actualmente, muchos desearían vivir en una comunidad regular, abandonando todo lo mundano. Debemos seguir esta inspiración, pero con cuidado de que no distorsione la labor de la Congregación, sino que, por el contrario, la sirva. Varias integrantes de la Congregación se han incorporado a diferentes comunidades religiosas; lo hemos presenciado con alegría. Cuando los oficiales me lo comentaban con cierta tristeza, les decía, para consolarlas, que en un juego como el nuestro, «quien pierde, gana». Pero aquí, la situación es muy distinta: se trata de religiosas congregacionales, o mejor dicho, integrantes de la Congregación que, sin dejar de ser miembros activas, desean vivir como religiosas. Por eso le dije al Sr. Laumont que debían preparar cuidadosamente sus Constituciones y que me alegraría mucho verlas. Escríbeme pronto, querida hija, si tu deseo de ser religiosa contiene las ideas y los sentimientos de una pequeña misionera. Ábrete con toda sinceridad, siempre con gran franqueza. ¿Quién de vosotras tendría la vocación de ser religiosa?... (52.8.10.1814)

Por lo tanto, el padre Chaminade ha cambiado de opinión.

Actualmente, varias desean vivir en comunidad regular, abandonando todo lo mundano. Esta inspiración debe ser atendida, pero con cuidado para que no distorsione la labor de la Congregación, sino que, por el contrario, la beneficie.

¿Fue Adela quien inspiró esta idea? Quizás no la única, pero lo cierto es que la respuesta del padre Chaminade coincide con el deseo de Adela y sus amigas. Otro aspecto a destacar es que esta forma de vida religiosa regular debe contribuir a la vitalidad de la Congregación:

«Se trata de miembros de la Congregación que, sin dejar de ser miembros activas, desean vivir regularmente como religiosas».

Adela está entusiasmada. El 13 de octubre, ella le escribió a Águeda:

«Espero que el Sr. Laumont le haya mostrado una carta como la que recibí del Sr. Chaminade, en la que se expone el propósito de su Congregación: ser pequeños misioneros, cada uno a su manera. Confieso que este término me entusiasma. Ven, pues, querida amiga, considerémonos destinados a procurar, por todos los medios posibles, la gloria de Dios y la salvación de nuestro prójimo. Comencemos así nuestro noviciado para la vida santa que deseamos abrazar». (250.4)

4.4. El «Estado» religioso

Retrocedamos un poco para descubrir a qué se refiere el Padre Chaminade cuando habla de: «los miembros de la Congregación que forman una pequeña Asociación religiosa»

➤ Febrero de 1803:

Establecimiento del colegio de antiguos prefectos de la Congregación para mantenerla en sus principios fundacionales, brindando orientación al Director.

- Enero de 1806, en Burdeos,

Conferencia «Congregamini» [EP I, 57).

La Congregación se presentó como un «estado», una condición dentro de la religión: debía denominarse explícitamente Hijos y Siervos de María.

- Entre 1809 y 1814, la Congregación de Burdeos fue suprimida, mientras que la de Adela continuó.

Sin embargo, hasta 1812, se desarrolló una discreta actividad congregacional.

(J.B. Lalanne recibió la Congregación en 1811, entre los 11 y los 16 años).

(En 1812, la conspiración Mallet-Lafon tenía como objetivo derrocar a Napoleón).

El nacimiento del Estado:

- a. La supresión propició la reagrupación clandestina de los líderes y los miembros más devotos: grupos fervientes, el «Centro de la Congregación».
- b. La supresión de la Congregación propició una experiencia espiritual más profunda de su estado, convirtiéndose la Consagración a María en su "profesión".
- c. En estas iniciativas espirituales, esta profundización llevó a algunos a pronunciar diversos votos, especialmente el voto de obediencia.
- d. La importancia del "secreto" (desconocido) entre los miembros dispersos de la Congregación.

En 1814, cuando la Congregación pudo reanudar sus actividades, parece que se produjo una especie de reagrupación en torno a un Centro y al Director de las iniciativas individuales, con el objetivo de crear un "Tercer Estado de la Congregación". Fue este Tercer Estado el que inspiró la Tercera Orden Seglar de las Hijas de María.

Por lo tanto, parece que existe:

Un Tercer Estado de la Congregación: miembros que, permaneciendo en sus propias comunidades, hacen votos, en particular el voto de obediencia. Instituto Seglar. Comunidades de miembros religiosos en el futuro.

Hacia la fundación de las Hijas de María.

Año 1815. Un año de maduración

25 de junio de 1815, interrogatorio del padre Chaminade en el Fuerte de Hâ.

Exilio en Châteauroux

15 de agosto, regreso a La Madelaine.

18 de junio, fallece el barón

Un año marcado por la oración, la paciencia y el discernimiento de la voluntad de Dios.

El padre Chaminade coincide con Adela: la creación de una comunidad regular.

Le escribe el 3 de octubre de 1815 (Carta nº 57):

«Deseas hacerte una idea de cómo debería ser tu pequeña Orden; así es. Para que lo entiendas bien, primero debes considerar qué tendrás en común con las religiosas de todas las órdenes (pues serás verdaderamente religiosa) y, segundo, qué te hará única y te distinguirá de las demás órdenes. Seréis verdaderamente religiosas, pues haréis los votos religiosos y tendréis que practicar las virtudes que los inspiraron y que deben sostenerlos. María, la augusta Madre de Jesús, debe ser vuestro modelo, pues es

vuestra patrona. De ella se derivan los ejercicios y prácticas más esenciales de la vida religiosa. En cuanto a lo que debe distinguirse de otras Órdenes, es el celo por la salvación de las mujeres: debes dar a conocer los principios de la religión y la virtud, debes aumentar el número de mujeres cristianas. No tendrás que enseñar a los niños, ni visitar ni cuidar a los enfermos, ni alojar a mujeres: deja estas labores, por excelentes que sean, a otras congregaciones más antiguas que la tuya. Pero ¿qué haremos entonces? Tendrás que instruir en religión, formar a jóvenes de todas las clases sociales y condiciones en la virtud, convertirlos en verdaderos miembros de la Congregación, celebrar asambleas, ya sean generales, de divisiones o de facciones, etc., organizar retiros cortos para jóvenes, guiarlos en la elección de un camino de vida, etc. Tu comunidad estará compuesta enteramente por religiosas misioneras. Es desde estas perspectivas que debemos distinguir los temas propios de este estado, etc. Puedes ver, querida hija, en este breve resumen, que la Congregación no tendrá nada que sufrir por tu profesión religiosa; todo lo contrario. Consideren, pues, la preparación que deben hacer para un estado tan santo, un estado que los llevará a participar del espíritu apostólico».

El padre Chaminade seguía pensando en el servicio de la Congregación y en el aumento de cristianos. Adela pensaba en las necesidades del campo. Todo se reconciliará poco a poco. Sabía cuánto necesitaban los pobres ser instruidos y educados. ¿Acaso no fue por sus comentarios que el padre Chaminade cambió de opinión sobre otro asunto?

Escribió en octubre de 1815: «No tendrán que enseñar...»

Y el 6 de diciembre encontramos esta frase:

«En cuanto a la educación gratuita de los niños, pueden prometerla. Me habían engañado sobre la población de Agen y la ayuda que esa ciudad podría recibir en este sentido» (59).

En la misma carta también escribió: «Sus Constituciones están terminadas».

Unos días después:

«...No duden en decirme todas las precauciones que creen que debo tomar en interés de nuestra misión». Digo «nuestra misión», puesto que llevamos mucho tiempo marchando bajo las mismas banderas.

Todo esto nos lleva a descubrir que el padre Chaminade redactó las Constituciones teniendo en cuenta la guía del Espíritu Santo, transmitida a través de las peticiones, indicaciones y aprobaciones de Adela.

La fundación de las Hijas de María es la culminación del «querido proyecto» de Adela, cuyas raíces se remontan a mucho antes de su encuentro con el Padre Chaminade.

El deseo del Padre Chaminade y de los miembros de la congregación de Burdeos de vivir la vida religiosa de una manera nueva.

El Padre Chaminade y la Madre Adela son cofundadores.

El Padre Benlloch escribe:

«Estoy convencido de que la Compañía de María es lo que es en parte gracias al nacimiento anterior de las Hijas de María Inmaculada. La fundación de la Compañía de María siempre debe estudiarse a la luz de la fundación de las Hijas de María Inmaculada». (El Mensaje de Chaminade hoy, p. 87)

5. El Instituto de María

Para el Padre Chaminade, al igual que para la Madre Adela, las Hijas de María y la Compañía de María son un mismo Instituto.

5.1. La Compañía de María (SM) se rigió en sus primeros años por las Constituciones de las Hijas de María (*Pequeño Instituto* FM), convertido en el “Instituto de María”, propiamente primera regla de la SM.

«De regreso en Burdeos, preparé candidatos para formar la SM. Cuando consideré que contaba con un grupo central suficiente, informé al obispo de Burdeos. Le presenté un breve extracto de las Constituciones de las Hijas de María (FM. *Pequeño Instituto*), adaptado a la SM (*Instituto de María* 1818), específicamente en lo referente a su organización, ya que los deberes morales y religiosos estaban suficientemente establecidos en las Constituciones de la FM que habíamos adoptado». (31.7.1832- 638)

A este respecto, M. Adela escribió a M. Emilia de Rodat en enero de 1820 (360.4) hablando de M. David Monier:

«Es un santo secular, pero uno de los religiosos de nuestro Instituto (pues, en Burdeos, el Sr. Chaminade ha formado una comunidad de hombres con hábito secular, que profesan votos y siguen la Regla del Instituto. (cf. 417.5 608.2))

5.2. Cuando M. Adela habla de la S.M., escribe lo siguiente:

«No sé si te he comentado que nuestro buen padre ha formado, en Burdeos, con la autorización del arzobispo, una pequeña comunidad de religiosos de nuestra Orden. Son todavía muy pocos, pero muy edificantes; se les llama la «Compañía de María» (327.4)

«Les diré que nuestro antiguo convento ahora está ocupado por nuestros hermanos religiosos del mismo Instituto, a quienes nuestro Superior envió desde Burdeos. Ellos celebran las asambleas de la Congregación de Hombres y dirigen escuelas gratuitas para niños pobres. Rueguen para que el Buen Señor los bendiga y haga fructífera esta valiosa labor.» (417.5)

Ella se interesa mucho por los Hermanos, los encomienda a las oraciones de sus Hermanas y se maravilla de su celo.

«El buen Hermano David estará encantado de contarles sobre el celo de nuestros Hermanos. Tienen casi 300 hijos» (435.5).

«Pidamos a Dios súbditos, para nosotros y para los Hermanos. El Padre me dice que los necesita para todo lo que tiene que hacer». (464.7)

«Nuestros Hermanos están prosperando en Burdeos y Agen. Acaban de establecerse en Alsacia». «También están pidiendo Hermanas allí». (472.9)

Hermanos y Hermanas, es verdaderamente el mismo Instituto.

«Burdeos parece complacido: el Instituto se fortalece, se expande... un nuevo establecimiento de los Hermanos en Colmar». (530.4)

Las Hermanas de Agen velan por sus Hermanos:

«Hay un Hermano aquí que padece la misma enfermedad que la Hermana Brigitte; le estamos enviando caldo y leña porque no tenían nada». (700.6)

Ellas son quienes los alimentan:

«Por favor, dígame al Padre qué deben comer los Hermanos por la noche; no comen carne... Entre nosotros, me temo que no les dan suficiente por la noche; a veces solo ciruelas hervidas...» (706.4)

5.3. Las finanzas del Instituto también son compartidas, lo cual no estará exento de dificultades (cf. Conferencia de la Hermana M. Bernard en el Capítulo General de la SM en 1986, Revista Marianista Internacional, n.º 7-8).

El Padre Chaminade se expresa en el mismo sentido.

En 1818, le escribe a la Sra. Adela:

«Desde hace algunos meses, he estado trabajando en la obra de la que usted forma parte, y sobre la cual tengo noticias que darle personalmente».

En 1824, le escribe al Sr. Lalanne:

«Actualmente estoy tratando un asunto que podría tener consecuencias muy graves para el Instituto de María, tanto para hombres como para mujeres...»

5.4. La fiesta patronal del Instituto se celebra en el Santo Nombre de María.
(Chaminade. Carta 311.22 de agosto de 1824)

6. La influencia espiritual del Padre Chaminade permanecerá profundamente arraigada en Madre Adela. El Padre Chaminade llevó a buen término el proyecto de ella.

6.1. Ella siempre lo consulta sobre la dirección de las Hijas de María. Para ella, esto forma parte de su voto de obediencia. Sin embargo, no teme expresar su punto de vista. Ella depende completamente de él durante las conversaciones entre el padre Chaminade y el obispo Jacoupy sobre los votos.

El obispo Jacoupy deseaba una congregación diocesana; nunca tendría suficientes religiosas para cumplir la misión de la diócesis. Los votos temporales, como los de las Hijas de la Caridad, eran suficientes.

El padre Chaminade, teniendo en cuenta los deseos de Adela, quería religiosas de verdad. En aquel entonces, los votos perpetuos incluían la clausura. También quería que las religiosas de derecho romano se extendieran más allá de una simple diócesis.

Un voto de clausura con una dimensión mariana, del que las superiores podían dispensar por necesidades apostólicas.

Bajo la tutela del padre Chaminade, su fe se profundizó. Puso en práctica el sistema de virtudes, e incluso escribió un catecismo de silencios, invitando a Melania Figarol a ponerlo en práctica.

Frases como estas revelan claramente la influencia del padre Chaminade. Ella escribe a una miembro de la Congregación, futura novicia:

Me alegra saber que estás trabajando un poco en adquirir el silencio; Pero reconocemos cinco silencios en nuestro interior: el silencio de la palabra, el silencio de los signos, el silencio de la mente, el silencio de las pasiones y el silencio de la imaginación. Gradualmente, nos esforzamos por adquirir cada uno de ellos. (413.7)

Luego, ella vuelve a cada silencio.

Otro ejemplo:

«Con religiosas santas se puede lograr mucho, y con religiosas imperfectas, casi nada».
(467.4)

O bien:

Nunca nos descuidemos, recordando esta profecía de San Pablo: «Me aseguro de que, después de haber predicado a otros, yo mismo no sea condenado». Recordemos

también que nuestro Padre nos dijo: «que con religiosas santas se puede lograr mucho, y con religiosas imperfectas, casi nada».

Veamos cómo lo hace el Sr. Chaminade: no se apresura, siempre tiene el control de sí mismo, y sin embargo, logra mucho porque la gracia logra mucho. (409.5.6)

No olvidemos cuán profundamente se afianzó el amor de María en Adela a través de su contacto con el padre Chaminade.

6.2. El padre Chaminade no perdió de vista el proyecto inicial de Adela: la evangelización del campo.

Esto conduciría a la fundación de la Tercera Orden Regular de Auch en 1836. Escribiría en las Constituciones de 1839 (n.º 335):

«Este establecimiento (Casa Departamental de Asistencia en Auch) constituye una segunda rama del Instituto, establecida por una bendición de sus compañeras, en la Institución establecida en Agen.

(La Tercera Orden Regular se unirá al Instituto de la F.M.I. en una sola Congregación el 4 de abril de 1921).

¿Acaso no escribió Adela en 1819:

«¿Y "la Obra en el Campo"? Le tengo mucho cariño, mi buen Padre, pues fue nuestro primer proyecto; ¡me alegraría muchísimo que tuviera éxito! ¡Oh, si supiera la necesidad de la mayoría de la gente!». ¡Imagínense emprender misiones entre pueblos indígenas: allí, uno apenas reconoce ya al Señor! (354.6, 16 de diciembre de 1819)

Así, como vemos, el Padre Chaminade y Madre Adela escucharon al Espíritu Santo para cumplir el plan del Señor al servicio de la Iglesia, al servicio de la evangelización. Escucharon al Espíritu, sin duda, pero también se escucharon mutuamente por el bien de la misión.

Adela actuó como hija espiritual del padre Chaminade, pero una hija que supo crecer, comprometerse y asumir responsabilidades. Ella y su esposo son mujeres de fe y han contribuido a dar a la Iglesia una nueva familia religiosa: la Familia de María.

Hna. María Joëlle BEC F.M.I.

Segunda parte

LA ESPIRITUALIDAD DE ADELA

Rasgos clave de la personalidad de Adela

He identificado cuatro rasgos que, en mi opinión, mejor la caracterizan: fe, bondad, fervor y equilibrio.

LA FE

A lo largo de su vida, la Madre Adela estuvo animada por una fe profunda, una fe arraigada en su Bautismo (daba gran importancia a la renovación de sus votos bautismales) y su Confirmación.

Era una fe infantil, sencilla, directa y sincera; una fe nutrida por la Palabra de Dios (admiraba profundamente a San Pablo), las enseñanzas de la Iglesia y los escritos de los santos (San Francisco de Sales, San Ignacio, Santa Teresa de Ávila, etc.). Era una fe que se profundizaba mediante la meditación en las fiestas a lo largo del año litúrgico. De esta manera, se unía a los Misterios de Cristo, a quien sabía que vivía siempre en la Iglesia y por medio del Espíritu Santo.

Comunicaba esta fe en sus cartas para despertar, nutrir y estimular el fervor.

He aquí algunas expresiones que aparecen con frecuencia en sus escritos:

- ❖ Vivir de la fe,
- ❖ Ver con los ojos de la fe,
- ❖ El espíritu de la fe...

Esta fe sustenta y enriquece su oración diaria, a la que se ha consagrado desde los doce años.

En su fe, concede a María un lugar privilegiado. De niña, la amaba, le rezaba, buscaba su protección y se esforzaba por imitarla. En el exilio, participaba en las fiestas marianas, que se celebraban con solemnidad en España. Estas fiestas se reflejaban en su correspondencia y le proporcionaban material de reflexión para los miembros. La «Pequeña Asociación» se puso bajo la protección especial de María:

«Recurramos a la protectora de la Asociación, la Santísima Virgen. ¡Oh, cuán poderosa es con su Hijo! Pongámonos firmemente bajo su protección. Somos sus hijos especiales, ya sea por nuestra Asociación o por el hábito del Escapulario con el que tenemos la alegría de vestir».(88)

Adela, al igual que sus amigas, busca imitar a María, especialmente sus virtudes de humildad y pureza. (35-134)

Cuando a finales de 1808 inició una relación con el padre Chaminade, descubrió con alegría y abrazó la consagración a María. Para vivir mejor esta consagración, ya en 1809 invitó a sus amigas a poner en práctica «el amor presente a María» (97). Esto implicaba elegir una hora del día, una hora dedicada específicamente a María. Simplemente se continuaba con las actividades cotidianas, pero solo después de ofrecérselas explícitamente a María y procurar permanecer en su presencia durante toda la hora.

De este modo, tomó cada vez más conciencia de que, a través del misterio de la Encarnación redentora, la Trinidad hace de Cristo el Nuevo Adán y de María la Nueva Eva, madre de una humanidad renovada. Su celo al difundir la «Pequeña Asociación», y más tarde la Congregación, revela el amor filial y la confianza que tenía en María:

«Difundamos la familia de la purísima María. Reunamos a tantos corazones jóvenes como podamos bajo su protección y para la gloria de nuestro divino Maestro». (175)

Y unos años más tarde, Welle animó a la Madre Emilia de Rodat a fundar la Congregación en Villefranche; escribió:

«(A través de la Congregación) ¿no somos bendecidos al establecer la devoción a María de una manera especial?» (396)

Con el paso de los años, esta fe se centró cada vez más en Cristo. Él, el divino Esposo, el Esposo celestial, era la referencia y el recurso. Ya el 27 de marzo de 1805, le escribió a Águeda:

«Que sea siempre la gloria del divino Esposo la que guíe nuestras acciones». (3)

Dos meses antes de su muerte, escribió:

«Ven, querida hermana, trabajemos sin cesar por la gloria del Esposo celestial, formando para Él una procesión de vírgenes fieles: tú actuando y yo sufriendo. Esforcémonos por vivir por la fe». (733)

Toda su vida se fundamentó en este amor por el Esposo, que la hizo desear únicamente a Él y su gloria. De esta fe en el Esposo surgió su profunda confianza en la oración. ¿Qué podía negarle Él, que no deseaba otra cosa que su gloria? Esta confianza en la oración se manifiesta tanto en tiempos de prueba como en la fundación del Instituto. Bajo su guía, los cimientos siempre estuvieron acompañados por las oraciones de las Hermanas:

«Rezamos el “Veni Sancte” y una oración a San José todos los días». (379)

La tarea entonces consistió en preparar la fundación de Tonneins, la segunda casa de la Orden. Y en el momento en que surgieron las dificultades:

Circunstancias imprevistas afectaron a esta fundación, y las fuerzas de la falsedad desacreditaron a la propia Adela, una infamia que incluso afectó a su familia. La Madre Adela escribió:

«Estoy decidida a continuar la obra tan bien iniciada, esperando que la Providencia me proteja. Solo busco la gloria de Dios: Él será mi protector». (391)

Unos años más tarde, cuando tuvo que separarse de la Hermana Natividad, quien dirigía la Congregación en Agen:

«He puesto la Congregación en manos de María... Pongo mi esperanza en Dios y en María: es para su gloria». (560)

Asimismo, cuando supo que, poco después de su llegada a Arbois, la Madre María José, superiora de la nueva comunidad, tan lejos de allí (había tardado tres semanas en viajar), estaba muriendo de fiebre tifoidea, buscó refugio solo en Dios, exhortando a todas las hermanas a orar al Cielo. (702)

Fue esa misma fe la que, al abrirse a la luz plena, la impulsó a exclamar en el momento de su muerte: «¡Hosanna al Hijo de David!».

LA BONDAD

Era una bondad hecha de sencillez y humildad. De joven, eligió el apostolado de la correspondencia. En sus cartas, se interesaba por todo lo que conformaba la vida de sus compañeros. Ofrecía intenciones de oración, preguntaba por noticias, se preocupaba cuando no tenía noticias de algún compañero durante un tiempo, elogiaba a los enfermos y moribundos, hablaba de conversiones en curso, ayudaba a prepararse para los sacramentos... proponía una novena para obtener el retorno a Dios de los amigos que se desviaban del camino del mundo...

Esta bondad también la hacía sensible a todo el sufrimiento que la rodeaba.

Los pobres eran objeto de su atención especial. Reservaba toda su riqueza para ellos. Los recibía en el castillo e insistía en atenderlos personalmente. Cuando hereda de una tía, usa los ingresos que su padre le paga regularmente para mantener a sus hijos: los pobres. Trabaja, borda e incluso cría ganado, y con el fruto de su trabajo, cubre las necesidades que surgen. Visita a los enfermos de la zona que rodea la propiedad. Cuando un trapero del pueblo, un hombre de familia, enferma, ella y su madre lo hospitalizan y lo visitan. Adela se preocupaba por su vida espiritual; murió en paz con Dios y lleno de fe. ¿Acaso no le había prometido Adela cuidar de los dos huérfanos que dejó?

También era amable, dulce y considerada con su padre. Cuando, en 1812, enfermó y quedó paralizado gradualmente, Adela se convirtió en su enfermera. Lo cuidó y le leía. Al barón le gustaba llamarla «su fiel Antígona». Solo ella, como nadie, sabía qué podía aliviar y reconfortar al enfermo. Y, hasta su muerte en junio de 1815, Adela lo cuidó con inquebrantable devoción y paciencia.

Esta bondad se extendió también a sus colegas, en particular a Águeda, cuyo temperamento era propenso al desánimo.

«No nos desanimemos, querida amiga, al vernos tan frágiles». (131)

«¡Ánimo! Por nosotras mismas nunca lo lograremos, pero con Dios podemos hacer todas las cosas». (132)

Águeda no pudo comulgar porque su confesor estaba ausente (en aquel entonces, era el confesor quien decidía sobre la comunión). Adela le envió este mensaje:

«Procura, querida amiga, no flaquear en tu devoción, y que esta breve demora solo sirva para que sientas con mayor intensidad tu necesidad de Dios». (140)

Esta tierna bondad la llevó a abstenerse de escribirle a Madame Belloc, su amiga de toda la vida, cuando su esposo enfermó gravemente y murió víctima de su devoción durante una epidemia.

Le escribió a Águeda, hermana de Madame Belloc (Dicherette):

«Dale un beso a la querida Dicherette de mi parte. Dile que no le escribo por discreción; siento que a veces todo es una carga». (166)

Como Fundadora y Superiora General, su bondad se vuelve más atenta, más delicada, más maternal hacia sus hermanas. Su correspondencia con M. Emilia de Rodat nos permite vislumbrar sus sentimientos más íntimos:

«Que nuestras hijas encuentren siempre un corazón abierto a todas sus necesidades, dispuesto a soportar sus debilidades, haciéndonos todo para todos, para que todos pertenezcan a Jesucristo». (353)

Y de nuevo:

«Considerémonos servidoras de nuestras hermanas, servidoras que debemos servirles con completa caridad en sus necesidades espirituales... estemos siempre dispuestas a recibir las, a acogerlas (...)». (369)

Y es cierto que ama a cada una de sus hermanas con una ternura verdaderamente maternal. Se preocupa por... su crecimiento espiritual, al igual que su salud física.

«Todo lo que proviene de mis queridas hijas me interesa.» (578) Así le escribió a la Madre Emilia de Rodat:

«Mis pobres hijas sufren, como las tuyas, de dolencias mamarias. Me aseguro de que tomen algo reconfortante o coman algo después de clase o instrucción. Algunas toman caldo, otras leche» (353)

Le recomienda a la Hermana San Francisco, administradora de Tonneins:

«Cuide especialmente este voto de pobreza. Deben tener lo necesario, pero nada debe entregarse a los placeres sensuales. Sin embargo, cuide su salud: productos lácteos dulces durante la Cuaresma.» (428)

La salud es, en efecto, una de sus preocupaciones maternas. Al preguntar por la salud de una joven hermana, ¿acaso no añade:

«Perdona a la maternidad estas preguntas.» (673)

Como madre, se preocupa por ayudar a cada una de sus hijas a crecer en su respuesta al Esposo; Se deberían leer las cartas que escribe a las novicias, a las jóvenes hermanas profesas que acaban de hacer su pacto con el Señor.

Amable, también sabe ser exigente. Por ejemplo, anima a la Madre Dositea en su trabajo con la Tercera Orden Seglar de Tonneins, recordándole al mismo tiempo que debe caminar por el camino de la humildad (453).

Hacia sus hermanas, su bondad se manifiesta como ternura, devoción y comprensión. Nada empalagoso ni sentimental. Cariñosa, sin duda, y no teme expresar sus sentimientos, pero siempre en presencia de Aquel a quien se ha consagrado totalmente. El afecto que muestra siempre invita a los demás a ir más allá en la entrega de sí mismos.

Su bondad se extendía también a los miembros de la Congregación, a quienes apoyaban al Instituto. Supo expresar a Monsieur Faure Lacaussade su profunda gratitud por su bondad, su ayuda económica y médica a la comunidad de Tonneins.

En la misma fundación de Tonneins, anticipando la alegría que sentirían las hermanas de la Madre Luis Gonzaga, miembros de la Congregación en la ciudad, ¿acaso no le sugirió al señor Faure Lacaussade que las invitara a participar en el amueblamiento del local? (400)

Con total sinceridad firma muchas de sus cartas: «Tu buena Madre», «Tu devota Madre», «Tu tierna Madre», «Tu afectuosa Madre».

Una bondad que se mantuvo humilde y consciente de sus limitaciones; ella

Ella aún firma como «tu pobre Madre», «tu indigna Madre». Es Aquel en quien puede hacer todas las cosas quien le da la capacidad de amar y ser buena a imagen de Su Amor, de Su Bondad.

EL CELO APOSTÓLICO

Con un corazón ardiente, totalmente consagrado a su Señor, su único deseo es darlo a conocer, amarlo y servirlo a todos los corazones.

Madre María José (Isabel de Casteras), su prima, dijo de ella que «tenía una sed insaciable por la salvación de las almas».

Valora la vocación divina de todo ser humano. En los pobres, reconoce a los miembros sufrientes de Cristo. Desde entonces, los sirve con un amor especial. Los sirve, pero también aprovecha la oportunidad para revelarles a Aquel a quien ama y que los ama.

Su celo se vuelve ingenioso. Alrededor de 1810-1811, abre una escuela en el castillo de sus padres. En aquel entonces, los pueblos no tenían escuelas. A los niños y niñas que acuden, les enseña catecismo, oraciones esenciales, lectura y aritmética.

Sus alumnos, procedentes de granjas muy aisladas, bastante alejadas de Trenquelléon, llegan a cualquier hora del día. La maestra siempre está disponible. Adela lo deja todo para recibirlos. Sus cartas a menudo lo atestiguan:

«Os dejo a cargo de mi escuela» (147) «Aquí vienen mis alumnos, debo dejaros» (169)

Constantemente anima a sus amigas de la «Pequeña Asociación» a conquistar nuevos horizontes. Ella misma se complace en compartir sus propias conquistas. Así, tras una estancia en Condom, escribe:

«Nuestras amigas de Condom son muy valientes. Allí conseguimos algunas conquistas (...) Nuestras nuevas amigas de Figeac también consiguieron algunas (...) Tengo muchas ganas de saber del éxito de vuestro viaje a Marmande». (162)

Este mismo celo la llevó a tomar bajo su protección a un joven nacido en 1797, Dubrana, quien deseaba ser sacerdote pero carecía de los recursos. Las demás mujeres trabajaron incansablemente para proveerle todo lo que necesitaba: un ajuar, dinero para sus estudios, y esto continuó durante toda su formación. Escuchemos lo que le escribió a Águeda el 20 de abril de 1815:

«Harías bien en comprarle algunas camisas a Dubrana: tengo suficiente dinero aquí. Y luego, deberíamos intentar alargarle la sotana; consulta con el sastre». (266)

y el 7 de marzo de 1816:

«Te envío el dinero de Dubrana». (311)

Así apoyado durante sus estudios, el padre Dubrana fue ordenado sacerdote el 28 de mayo de 1825. El celo y la paciencia de sus colaboradores dieron fruto.

La madre María José relata en sus Memorias cómo Adela, siendo niña, nunca tomaba el carruaje desde el castillo para ir a misa. Iba caminando, aprovechando para hablar con las jóvenes que encontraba, instruyéndolas y animándolas a amar al Señor. Cuando salía a pasear, era igual; como les gustaba decir a su hermana y primas que la acompañaban, «iban de misión». Adela reunía a los niños y jóvenes, les enseñaba catecismo y los animaba a asistir a su escuela.

Es comprensible que, cuando el padre Chaminade le propuso convertirse en «misionera de María», este término la llenó de alegría y cumplió sus más profundas aspiraciones.

Como fundadora, se dedicó incansablemente a desarrollar la obra de Dios. La Congregación era su principal objetivo porque veía todo el bien que podía lograr a través de ella. Hablando de la Congregación con la Madre Emilia de Rodat, dijo:

«Le confieso que este es mi principal objetivo, y que desde los dieciséis años he estado involucrada en ella. Quizás le sorprenda que diga "desde los dieciséis años". Sí, a esa edad tenía un gran celo por involucrar a los jóvenes en una pequeña Asociación espiritual. Como vivía en el campo, mantenía esta Asociación por correspondencia». (438)

Pero ¿qué hace la Congregación? ¿Cuál es su propósito?

«Formar almas llenas de celo por la salvación del prójimo y la gloria de Dios, que, cada una en su propio estado de vida, sean pequeñas misioneras entre su familia, sus amigos y sus vecinos...» (425)

Y estas misioneras tienen apostolados muy variados: enseñanza, catequesis, entretenimiento inocente para los niños, reuniéndolos para cantar, proporcionándoles buena lectura, fomentando la participación en los sacramentos, visitando a los presos, enseñándoles catecismo... Como se puede ver, sus actividades son numerosas. Es algo parecido a las actividades del Instituto: junto a la Congregación, hay clases gratuitas, el taller, retiros personales o grupales (para la Congregación con motivo de la Inmaculada Concepción y el Carnaval), el trabajo con mujeres pobres mendigas (hasta un centenar de mujeres que la Hermana Santa Francisco reúne cada semana. Prepara a algunas de ellas, de entre 40 y 60 años, para la Primera Comunión y la Confirmación. Para que se las entienda mejor, da charlas en el dialecto local), y más adelante, los internados. Como puedes ver,

El fervor de la fundadora la impulsó a utilizar todos los medios a su alcance.

Cuatro años después de la fundación de Agen, con alegría, aunque aún presente el dolor de la separación, la Madre Adela acompañó a seis de sus hijas a Tonneins. Tonneins, un pueblo con una pequeña población protestante, le ofreció a la fundadora una muestra del bien que se podía hacer. Dado que los protestantes contaban con una buena escuela, los católicos más desfavorecidos habían comenzado a enviar allí a sus hijos (en aquel entonces, el lenguaje del ecumenismo aún no se había popularizado). Al establecer una pequeña comunidad de sus hermanas en Tonneins, Adela esperaba la conversión de los protestantes del pueblo. Las hermanas llevaban menos de tres semanas allí cuando escribió a la Madre Teresa, la superiora:

«¡Presionen para que se termine la escuela para el pueblo: es urgente! Anhele noticias de la reunión de Damas» (refiriéndose a la Congregación) (404).

Y la Madre Santa Fe recibió estas líneas, en las que brilla todo el celo de la fundadora:

«Mi corazón les dice que hagan que todos sus alumnos amen a Dios» (412).

Cuando se trató de establecer una fundación en Alsacia, no tuvo miedo... Quería dar a conocer al Esposo Celestial, servirlo y amarlo por todos los corazones. Sus hermanas debían estar dispuestas a ir hasta los confines de la tierra para salvar un alma. Escuchemos sus palabras:

«Difundámoslo para mayor gloria de Dios. Que este nombre divino sea bendecido de Oriente a Occidente, que sea conocido en todas partes, amado por todos los corazones y servido por todas las criaturas». (450)

«En nuestro Instituto, necesitamos almas fuertes. Debemos tener un espíritu apostólico, dando a conocer y amando a nuestro Esposo celestial, incluso en los confines de la tierra y entre los pueblos primitivos». (567)

Fue este fervoroso celo el que, aun cuando su salud ya era bastante frágil, la llevó a vislumbrar con alegría, entusiasmo y esperanza la lejana fundación de Arbois en Franco Condado. Pero qué alegría fue compartir la buena noticia de los comienzos, una alegría que quedó inmediatamente ensombrecida por el anuncio de la enfermedad de la Madre María José. Afortunadamente, el Señor se contentó con fundar la nueva obra sobre la Cruz y se glorificó al devolverle la salud a la joven superiora.

Para concluir este párrafo —aunque se podría añadir mucho más— tomaré prestada una frase de la carta colectiva que envió al noviciado el 4 de marzo de 1826:

«Imitemos a María, nuestra augusta Madre, que vivió únicamente para la gloria de su divino Hijo». (641)

El sentido común y el equilibrio

La fe, la bondad y el celo apostólico se fundamentan en un sólido sentido común, un extraordinario equilibrio entre las cualidades humanas y sobrenaturales. Desde joven, fundó una asociación para prepararse para una buena muerte. Esto puede parecernos extraño, sin duda. Se debe simplemente a la alta tasa de mortalidad juvenil, y mientras algunas jóvenes de su entorno sueñan con morir jóvenes, ella se enfrenta a la precariedad de la vida y desea, por el contrario, aprovechar al máximo el tiempo que se le concede para amar y hacer que Dios ame.

En sus cartas, a menudo retoma la parábola de las vírgenes prudentes e insensatas, invitando a sus amigas a estar preparadas, con sus lámparas llenas, para recibir al Esposo en el preciso instante en que aparezca (168-170, etc.).

¿Y qué propone para ello?

Pensemos únicamente en hacer lo que hacemos en el momento presente, pero hagámoslo bien. Es en la fidelidad y la perfección en las acciones cotidianas donde reside el progreso que podemos alcanzar en la virtud. Dios no nos pide cosas extraordinarias, pero quiere que nos santifiquemos en lo que hacemos cada día. (246)

De niña, cuando no podía comulgar porque su confesor estaba ausente, lejos de lamentarse o quejarse, preparaba su corazón para arder aún más de amor en la siguiente comunión. Y esto es lo que animaba a Águeda a hacer:

«Te compadezco, querida amiga, por la ausencia de tu confesor, pero pide lo que no puedes hacer, y Dios, viendo tu buena voluntad, te lo concederá con su gracia, que comunica según su voluntad». (24)

Y tiempo después le dirigió estas palabras:

«Creo que el señor Serres ha regresado a Agen y que, con el fervor de vuestras comuniones, compensaréis las que no pudisteis asistir». (26)

Cuando se dio cuenta de que no había tenido éxito con el reto que les había lanzado a sus compañeras (a Adela le gustaba proponer retos piadosos: se elegía a quien más amaba al Señor, quien más se desapegaba de las cosas mundanas...), escribió:

«No nos desanimemos; nos quedan pocos días, ¡pero son propicios para reavivar nuestro ánimo!» (185)

Es este mismo sentido común el que vemos en acción cuando insta a Águeda a que ilumine seriamente a su prima, enferma y engañada acerca de su salud. Adela le habla a Águeda en estos términos:

«Me preocupa el estado de engaño en el que se encuentra tu pobre prima respecto a su condición. Me parece que, a menos que se le dé un mejor consejo, en conciencia, uno estaría obligado a informarle de su estado. Además, es un error retrasar la Unción de los Enfermos hasta que uno ya no sea consciente de ella y, por consiguiente, hasta que pueda obtener de este sacramento todo el fruto que puede producir. Puede devolver la salud si es más conveniente para la salvación». (210)

Como Superiora de la comunidad, la encontramos animada por este mismo sentido común imbuido de realismo. Escribe, por ejemplo, a la Madre Emilia de Rodat:

«Asegúrate de que tus súbditas no practiquen demasiadas austeridades; asegúrate de que consuman su sustento. No debemos ser trapenses que entran en el monasterio solo para morir; sino que debemos esforzarnos por preservar y guiar a nuestras súbditas para que trabajen para la gloria de Dios». (349)

En cada fundación, su sentido común se transformaba en pragmatismo. Su correspondencia nos proporciona más detalles sobre el establecimiento en Tonneins, pero lo que encontramos respecto a la creación de las distintas casas revela este mismo realismo.

Nada escapaba a sus preocupaciones materiales. Esto es lo que leemos en sus escritos, un mes antes de la llegada de las hermanas a Tonneins:

«Como deseamos, al igual que la hormiga, considerar el sustento de nuestras hermanas para este invierno, quisiera saber el precio de la leña en Tonneins (...) según el precio que me indique, la compraremos allí o aquí; también le preguntamos el precio del vino, por la misma razón». (397)

Unos días después, le escribió estas líneas al señor Faure Lacaussade:

«Nos encontramos en una situación económica muy difícil, así que solo podemos comprar lo estrictamente necesario. No tenemos una escalera; pensamos pedirles una a nuestros obreros, además del costo de nuestro trabajo. Hagan lo mismo con los de Tonneins. Les enviaremos (...) un calentador de cama, una estufa, una cesta de desagüe, un par de morillos (...) En cuanto a las jarras, no las usamos (...) Mandaremos a hacer la capilla: un relicario, una piedra sagrada, dos albas, dos vestimentas (...)» (400 y cf. 398)

En cuanto a los numerosos coriseils que les dio a sus hermanas, todos reflejaban este mismo equilibrio, este mismo buen juicio. Le dijo a la Madre Luis Gonzaga:

«Te prohíbo la sopa de repollo y le pido a la hermana Françoise que te guarde otras opciones. Te recomiendo, en la medida de lo posible y como costumbre, que sigas la regla para ir a dormir y levantarte. ¿Qué ganas con ir al convento? (Sabe de lo que habla). Que te cuiden el estómago; que la hermana Assomption u otras te sirvan en la mesa, porque después comes demasiado rápido y no puedes seguir el ritmo de las demás... También quisiera, querida hermana, que el recreo se extendiera hasta las dos de la tarde; hay demasiada presión mental, y te aseguro que es más peligroso de lo que uno piensa.» (730)

A una joven religiosa, la Madre Dositea, le escribió:

«Nunca te desanimes, querida hija, aunque cometamos mil errores al día, levantémonos de nuevo con confianza en la bondad de nuestro Esposo. Los justos caen, pero se levantan: esa es la diferencia con el pecador.» (419)

A la misma persona, también le escribió:

“Haced todo guiados por la obediencia, incluso cuando parezca menos bueno de lo que pensáis; la obediencia os traerá más gracia”. (478)

Y en cuanto al ayuno, la Madre Adela aboga por el ayuno de la voluntad más que por el ayuno de alimentos. Las reuniones en el salón, las conversaciones privadas con las hermanas: todo debe estar marcado por este equilibrio, esta moderación que la caracteriza.

“Un cuarto de hora de obediencia dará más fruto que la hora más sublime de conferencia (conversación)”. (517)

Fe, bondad, celo, equilibrio: estos son algunos de los rasgos que describen a nuestra Fundadora y la hacen tan entrañable y, al mismo tiempo, tan cercana a nosotras, ella que aspiraba para sí misma y para sus hijas a una santidad oculta, vivió en el transcurso de la vida cotidiana más ordinaria.

LA PALABRA DE DIOS en la vida de Adela

Al comenzar a leer las cartas de Adela, nos sorprende la profunda presencia de la Palabra de Dios. Adela vive según la Palabra; la usa para inspirar a la "Pequeña Asociación", sus Hermanas. Se esfuerza por hacer que la Palabra se manifieste en su vida y en la de los demás.

Exploraremos tres aspectos:

1. ¿Cómo integra Adela la Palabra en su vida?
2. La Palabra como fuente de inspiración para la "Pequeña Asociación" y sus Hermanas.
3. Algunos textos clave.

En conclusión, veremos cómo Adela nos invita a vivir cada vez más plenamente según la Palabra de Dios.

1. ¿Cómo integra Adela la Palabra de Dios?

A lo largo de sus cartas, encontramos el texto de la Parábola del Sembrador (Mateo 13:3 y siguientes).

Este texto aparece por primera vez en febrero de 1806 y por última vez en noviembre de 1826. Esto significa, a mi parecer, que es un texto crucial para ella, casi como un telón de fondo de la espiritualidad de Adela.

Leamos el pasaje del Evangelio:

«Un sembrador salió a sembrar. Al esparcir la semilla, parte cayó junto al camino, y vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra. Brotó rápidamente, porque no tenía profundidad de tierra. Pero cuando salió el sol, se quemó, y como no tenía raíz, se secó. Otra parte cayó entre espinos, que crecieron y la ahogaron». Otra parte cayó en buena tierra y dio fruto, unas cien veces más, otras sesenta, otras treinta. ¡Que oigan quienes tengan oídos para oír!

Adela comenta este texto en cinco cartas:

33.3.4 70.4.5.6 280.6313.5687.8

Veremos qué le sugiere este texto. Comencemos escuchando a Adela. La carta 33 es la más interesante:

«¿En qué tipo de tierra, querida Águeda, recibimos la semilla? En tierra llena de zarzas y espinos que pronto ahogan las preciosas semillas de la palabra de Dios. ¡Oh, querida amiga, que esto ya no sea así! Arranquemos de raíz los espinos que yacen en nuestras almas; que el fuego del amor divino los consuma hasta la raíz. En cambio, demos buenas raíces a la preciosa semilla que Dios siembra en nuestros corazones; que no caiga en corazones duros como piedras, sino en corazones sensibles a Dios. No la dejemos como en un camino desprotegido, por temor a que el diablo venga y la

arrebate; más bien, pongamos la vigilancia y la humildad cristianas como sus guardianas; así nuestra semilla ya no estará en un camino por donde cualquiera pueda tomarla.

Preparemos nuestros corazones: enriquezcámoslos con buen abono, usando la tierra sin cultivar. Reguémoslos a menudo. ¿Y con qué? Con la preciosa sangre de nuestro Salvador. ¡Ah! ¿Qué tierra no se beneficiaría de tal riego? Trabajemos con el sudor de nuestra frente para arrancar la cizaña. Y entonces, habiendo recibido la semilla con un corazón puro y dispuesto, dará fruto al cien por cien.

¿Qué nos enseña esta carta?

a) Para recibir la Palabra de Dios, debemos comenzar por preparar nuestros corazones.

Por nuestra parte, debemos protegernos: con vigilancia y humildad.

La vigilancia es la actitud que nos permite escuchar y recibir la Palabra en todo momento.

La humildad consiste en no confiar en nuestras propias fuerzas, sino en apoyarnos en el Señor, como María.

Luego, debemos arrancar la cizaña, es decir, todo aquello que nos impide prestar atención al Señor, reconocer su voz».

En otra carta (70.4), añade la necesidad de la oración y las buenas obras.

Con el padre Chaminade, suele decir que «es en la soledad donde Dios habla al corazón» (60.5), y en varias ocasiones recomienda el silencio.

En la carta 33, aconseja hacerlo a toda costa, porque el Reino pertenece a los violentos. Aquí vemos su determinación.

Por parte del Señor, es su amor el que consume las espinas hasta la raíz.

Es la Sangre del Salvador la que riega la tierra.

Es el Señor quien, por su gracia, hace que nuestros corazones sean receptivos a la semilla (70.6).

«Apresurémonos, pues, a poner en práctica la palabra que tenemos la fortuna de oír» (70.5).

Entonces, como María, seremos felices, pues habiendo oído la Palabra, la pondremos en práctica (cf. Lc 8,21 y 11,27).

b) Una vez que el corazón está preparado (esto es una metáfora, no un orden cronológico), la Palabra se recibe en la fe y se encarna en la vida.

Porque es Jesús quien nos habla, como ella escribe:

Se acerca el tiempo, mi querido amigo, en que celebraremos la Pascua con nuestro divino Salvador. Imaginemos que Él nos habla con las mismas palabras que dirigió a sus apóstoles cuando les dijo: «Preparadme una habitación para que pueda ir a celebrar la Pascua con mis discípulos». Preparémonos, pues, para esta comunión pascual. (220.2)

Adela acoge la Palabra, comprende su significado para ella y sus amigas, y luego intenta ponerla en práctica. En otra ocasión escribe:

El domingo me reuniré con vosotros junto a los apóstoles a quienes Jesucristo se les apareció diciendo: «¡La paz sea con vosotros!». Nos imaginaremos allí, escuchando esa dulce palabra, y tomaremos la firme resolución de vivir en paz con todos. (37.5)

Es verdaderamente a la luz de la Palabra que Adela busca vivir.

Podríamos leer muchos ejemplos que ilustran esta actitud. Cuando Adela recibe la Palabra, es Jesús quien le habla y le dice lo que espera de ella.

De igual modo, escribe que cuando el sacerdote habla, lo hace en nombre de Dios.

«Miremos a Dios en el ministro que nos proclama la Palabra y esforcémonos por aprovechar lo que se nos dice». (70.6)

Con esta convicción, varios años después, escribe a sus hermanas:

«La Palabra de Dios se derrama sobre nosotros, esta Palabra tan poderosa; ¿qué no podría lograr en nuestras almas si estuviéramos bien preparados para ella? Ayer leía que, puesto que el Espíritu Santo dice que es una obligación prepararnos para la oración porque vamos a hablar con Dios, no es menos necesario ir a escuchar a Dios, que nos habla por medio de sus ministros, que son la boca de Dios. Tratemos, pues, de dejar de lado la humanidad y ver solo a Dios en sus ministros. Esta perspectiva humana hace inútil la Santa Palabra: abramos los ojos de la fe y escuchemos la Palabra de Dios como la Palabra de Dios y no como la Palabra de la humanidad, y entonces incluso la instrucción más trivial beneficiará nuestras almas». (613.3)

Todo esto lleva a Adela a esta conclusión:

«Temblemos ante esta afirmación del Evangelio: “A quien mucho se le da, mucho se le exigirá; y a quien más se le confía, mayor se le pedirá”». (243.5 cf. Lc 12:48)

Y Adela añade:

«Lo que se considera muy bueno en una persona, en nosotras, que hemos sido iluminadas por tanta luz y ayudadas por tanta gracia, se verá como algo imperfecto».

Adela es plenamente consciente de todo lo que ha recibido de Dios. Desea dar gracias viviendo y ayudando a otros a vivir a la luz del Señor, a la luz del Evangelio, de la Palabra de Dios.

2. La Palabra de Dios como fuente de inspiración para la «Pequeña Asociación» del «Instituto»

Es a través de la meditación en la Palabra que Adela inspira a sus amigas, sus Hermanas.

La Palabra es vida, luz, fuerza y un desafío para ella, y se siente llamada a compartirla con los demás. Para ella, es la mejor manera de afrontar la situación en la que se encuentra el mundo. Al final de su exilio, antes de partir de España, quiso quedarse para ingresar en la orden carmelita, pero a su regreso, mientras viajaba por los pueblos del suroeste de Francia, le impactó su pobreza y Las huellas de la Revolución (iglesias en ruinas, estatuas decapitadas, etc.). Por ello, poco después de su confirmación, fundó la «Pequeña Asociación» con Juana Diché.

El apoyo espiritual que ambas amigas se brindaban a través de su correspondencia era algo que deseaban compartir con los jóvenes de las aldeas vecinas.

En sus cartas, Adela comparte lo que la sostiene: su amor por Dios y su amor por el prójimo. Lo que la anima es la Palabra de Dios, en la que medita diariamente (¡a los 14 años, reza mañana y tarde!).

Es esta Palabra, meditada con amor, la que Adela busca encarnar en sus acciones cotidianas. Y busca ayudar a sus amigas a hacer lo mismo.

¿Qué les sugiere a sus amigas?

El «Acto» que se encuentra al comienzo de cada carta suele ser una frase tomada de los Salmos o del Evangelio. Esta Palabra debe repetirse a lo largo del día para enriquecer incluso las acciones más pequeñas.

Por ejemplo: «¡Dios mío, perdónanos nuestras ofensas!» (34:1).

Adela volverá a usar esta frase en el cuerpo de su carta, desarrollando el tema del perdón de Dios. Ella escribe:

Fue Jesucristo mismo quien compuso este «Acto», ya que lo extrajo de la oración que él mismo enseñó a sus discípulos. Así pues, hagámoslo con gran celo” (34.3).

Encontramos muchos “Actos” extraídos de las Escrituras.

“Tú eres el Dios de mi corazón y serás para siempre mi tesoro y mi herencia” (114.1, 115.1).

“¡Solo en tu Cruz, oh Jesucristo, me gloriaré!” (249.1).

“Moriste y tu vida está escondida con Jesucristo en Dios” (614.1681.1).

Los amigos tenían así un “Acto” para cada semana del año. La Palabra de Dios avivaba su vida espiritual.

El Año Litúrgico

Para animar a los miembros de la “Pequeña Asociación”, Adela medita con ellos sobre el año litúrgico. La Palabra ofrecida por la liturgia es una de sus principales fuentes de inspiración.

Por ejemplo, en la Fiesta de la Anunciación:

“Es al partir, querido amigo, para leer un sermón de Bourdaloue, que te escribo. Que el Espíritu Santo, que inspiró a este orador cristiano, me guíe en lo que hoy compartiré con ustedes, basándome en las reflexiones provechosas que este sermón me ha inspirado. ¡Qué gran banquete, querido amigo! ¡La Palabra de Dios hecha carne! ¡El Hijo de Dios convertido en Hijo del Hombre! ¡Dios mismo hecho nuestro hermano! (35.2.3)

Y Adela continúa meditando sobre las actitudes de la Virgen.

En otra ocasión, durante la fiesta de María Magdalena (45.3), comenta el Evangelio y luego se maravilla ante estas palabras del Señor a María Magdalena: «Tus pecados te son perdonados», y añade, haciendo suyas las palabras de Dios: «Porque has amado mucho».

En otras ocasiones, se refiere a la Palabra de Dios en relación con los tiempos litúrgicos: Navidad, Pascua, Pentecostés y Cuaresma:

«Se acerca el tiempo, queridísima amiga, en que celebraremos la Pascua con nuestro divino Salvador... Preparémonos, pues, con renovado fervor para esta comunión pascual; veámosla, según la etimología de la palabra “Pascua”, como un verdadero paso del pecado a la gracia. Dejemos atrás todos nuestros malos afectos en Egipto. No lamentemos las vanas satisfacciones que dejaremos allí; el maná del desierto será preferible a la carne y las cebollas de Egipto». (220.2.3)

A través de estos ejemplos, vemos cómo adapta la Palabra de Dios a su vida y a la de sus amigas. También descubrimos cómo desarrolla su enseñanza a partir de los textos de la Escritura. Esto la acerca mucho a nosotros.

La Palabra de Dios también desempeña un papel importante en la preparación para los Sacramentos, en particular la Eucaristía y la Reconciliación.

«Para inspirarnos, recordemos estas palabras de la boca de Aquel que es la Verdad misma: “El que no coma mi carne ni beba mi sangre no tendrá vida eterna en él”» (7:4).

Un poco más adelante en la misma carta, escribe:

«Venid a mí —dice el Salvador— todos vosotros que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso. El pan que os daré es mi carne, y la bebida que beberéis es mi sangre» (7:5).

(Cabe mencionar que Adela rara vez cita los textos textualmente. Los cita a su manera, pero es fácil de entender).

Esto es lo que Adela le sugiere a Águeda para que se prepare para recibir el perdón del Señor:

«Todo lo que hagas —dice el Apóstol—, hazlo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Te planteo esto como un piadoso «desafío», y para obtenerlo, te propongo que, desde ahora hasta nuestra primera confesión, pidas a Dios esta gracia mañana y tarde con un Ave María. (130.5)

La Palabra de Dios parece ser algo natural para ella, pues vive según ella. Respecto a nuestra actitud hacia la Palabra de Dios, nos ofrece un buen consejo.

Nos invita a nutrirnos con ella.

«Pidamos a Jesucristo que nos alimente con su Palabra» (83:7).

Debemos recordar esta Palabra para que dé vida a quienes somos, a lo que hacemos y a lo que decimos.

Por eso recomienda:

Sugiero que recordemos, tan a menudo como podamos, al menos tres veces al día, estas palabras de Jesucristo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón». Ojalá pudiéramos recordar esto al llegar la hora. (292.6)

Unos años más tarde, aconsejaría a sus hermanas que encontraran su sustento en la oración:

- Esta Palabra debe ser escuchada y proclamada con reverencia (cf. 70.693.7).
- Esta Palabra sirve para la oración.

«Oremos por la humanidad» y no cesemos jamás de pedir su gracia mediante las palabras consagradas por nuestro divino Salvador: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen» (64.4).

Solo un corazón humilde puede recibir la Palabra. Estos consejos de humildad que nos ofrece están arraigados en la Palabra de Dios. Parafrasea tanto el texto del Magnificat como a San Pablo:

«Nuestra impotencia será sede de su omnipotencia, y nuestra debilidad, de su fuerza; nuestra miseria, de su misericordia» (617.3).

Sobre todo, esta Palabra debe ser compartida. Ella lo hace en sus cartas. Anima a sus amigas a conquistar. ¿Qué significa esto? Esto significa que la «Pequeña Asociación» debe guiar a los jóvenes hacia Cristo y María. Las asociadas pueden utilizar diversos medios: visitar a los enfermos y presos, organizar juegos para niños, prestar libros e impartir clases. Pero todas deben dar a conocer, amar y servir a Jesús y María. Para ello, tienen la Palabra de Dios como punto de partida.

La Madre Adela le recuerda a la Madre Teresa Yannasch, superiora de la Hermana Dositea Gatty, encargada de la Tercera Orden en Tonneins, que Jesús iba enseñando, viajando por pueblos y aldeas, y el Instituto (religiosos y religiosas de la Tercera Orden) debe imitar a Cristo:

«El Instituto debe seguir los pasos del divino Salvador que iba por pueblos y aldeas» (458.5).

En otra ocasión, percibimos su alegría al saber que la Palabra de Dios se proclama a las mujeres pobres de San Hilario:

«Cada domingo por la mañana, la Madre Santa Vicente celebra una reunión con las jóvenes y mujeres de San Hilario, quienes escuchan con avidez la Palabra de Dios. Les habla en gascón (...) Dios ama a los sencillos, y a ellos les revela sus secretos. Seamos muy sencillos y muy humildes» (581.6).

Al leer este pasaje, percibimos, como un eco, la alabanza de Jesús:

«Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños». (Lucas 10:21)

Acoger la Palabra, proclamarla y transmitirla por todos los medios, especialmente a los humildes y a los pobres, fue el ideal de Adela a lo largo de su vida.

3. Algunos textos clave

He seleccionado algunos textos que se repiten a lo largo de su vida.

La alianza con el Señor fue una realidad vibrante y profunda para Adela:

Encontramos el texto del Cantar de los Cantares 2:16 (de noviembre de 1805 a diciembre de 1826):

«Mío es mi amado, y yo soy suya», que se complementa con el Salmo 15:5-6 (de enero de 1810 a enero de 1819):

«El Señor es mi porción y mi copa... la herencia es gloriosa».

El texto del Cantar de los Cantares expresa la alianza de Dios con su pueblo, una alianza presente en toda la Biblia, una alianza que Adela vivió. Ya el 27 de marzo de 1805, Adela se refería al Amado como «el divino Esposo» y «el celestial Esposo».

Utilizó las mismas palabras en 1826 al dirigirse a la hermana Séraphine con motivo de su profesión perpetua.

Se entregó a Dios, al Amado, respondiendo a su amor. Siempre es Él quien va delante de nosotros, quien viene a nosotros.

Compromiso mutuo, Adela cosecha los frutos: «Dios es su herencia, su tesoro». Le escribe a la Madre de la Encarnación, que atraviesa dificultades:

«Él es nuestro Padre, nuestro Amado, nuestro Esposo (...) Le pertenecemos (...) A otros les pertenecen los bienes y placeres de este mundo: Jesús, su Cruz, su Corazón, su cielo son nuestra porción. El Señor es mi porción y parte de mi herencia; ¿acaso podemos considerarnos divididos de forma desigual?» (595.4)

Toda su vida se desarrolla dentro de este contexto de alianza en el sentido bíblico. Cristo es su Esposo, ella es su esposa. En esta vida de alianza, los textos que nutren su pensamiento giran en torno a tres temas:

- la precariedad del tiempo: hay que aprovecharlo al máximo
- seguir a Cristo
- la misión

a) la precariedad del tiempo: la parábola de las diez vírgenes (Mt 25:1ss) (de diciembre de 1805 a noviembre de 1826)

Durante la vida de Adela, muchos jóvenes morían. Algunas chicas sueñan con morir jóvenes. Adela, consciente de la precariedad de la vida, hace todo lo posible por aprovechar al máximo el tiempo que se le concede, especialmente desde que, a los 20 años, en 1809, cae gravemente enferma, al borde de la muerte.

La «Pequeña Asociación» tiene como objetivo preparar para una buena muerte, lo que significa vivir la vida cristiana plenamente: bautismo y confirmación.

Con la parábola de las diez vírgenes, Adela invita a sus amigas, y más tarde a sus hermanas, a:

- aprovechar al máximo el presente —nadie sabe cuánto tiempo le queda de vida—;
- llenar sus lámparas con el aceite de la caridad: hacerlo todo por Dios, buscar su gloria, dar a Cristo el primer lugar; orar, esforzarse;
- estar siempre dispuestas a seguir al Esposo, es decir, vivir en la espera de Cristo, emprender el camino de los santos y llegar a ser santas.

«Trabajemos por nuestra santificación; una superiora santa logrará mucho». (417.7)

Para la Madre Adela, María es la virgen sabia que recibió al Esposo en cada una de sus visitas, diciendo «sí» cada vez con plena fe. Adela vive con Ella, aprende de Ella a estar

A su vez, la virgen prudente.

b) Seguir a Cristo a la Cruz (cf. Mt 16,24) (Mayo de 1805 a diciembre de 1826)

Enamorada de Cristo, Adela, desde muy joven, descubrió que solo podía responder a su amor eligiéndolo, prefiriéndolo por encima de todo. Esto la llevó a dar este consejo:

- Nunca dejes de negarte a ti misma.
- Aprovecha cada oportunidad para despojarte de todo.
- No sigas tus instintos.
- No huyas de la Cruz.
- Alégrate de caminar tras las huellas de Cristo.
- Sigue a Cristo.
- Toma la Cruz.
- Abraza la Cruz que el Señor te envía.

Cuando la Cruz se presenta, el Señor siempre está presente y te ayuda a llevarla. Pero hay que vivir por la Cruz. La Cruz es el Calvario. Allí, Adela encuentra a los favoritos de Jesús: María y Juan (Jn 19,25 ss.).

Este texto, que aparece por primera vez en diciembre de 1814, es citado por ella seis veces entre 1819 y 1826.

A partir de este texto, nos dice que:

- ✓ Jesús distingue a sus amigos asociándolos a su Cruz.
- ✓ Que a través de la Cruz se han vuelto semejantes a Él.
- ✓ Las Hermanas son hijas de una Madre traspasada por una espada.
- ✓ Debemos permanecer al pie de la Cruz con María.
- ✓ Nos invita a entrar en el corazón de María para compartir su compasión.
- ✓ Ella misma muestra compasión hacia la Madre Emilia de Rodat.
- ✓ Nos invita a ofrecer nuestro sacrificio junto al de María.
- ✓ La Cruz es el lecho nupcial donde se cumple la alianza.
- ✓ Es el momento de demostrar nuestro amor a Dios.

También utiliza este texto para explicar los sufrimientos del nacimiento espiritual, de la maternidad espiritual. Con María, se trata de emprender un camino de fe.

c) Misión: Esta es una actitud fundamental para Adela. Los textos que cita con mayor frecuencia son los de: Pentecostés (Hechos 2:1-11) de mayo de 1807 a noviembre de 1825. San Pablo (1 Corintios 9:22) de diciembre de 1815 a noviembre de 1826

Misionera: Adela siente el llamado a vivir esta dimensión de su vocación cristiana de una manera especial. El texto de Pentecostés se estudia en «El Espíritu Santo, fuente del dinamismo apostólico de Adela». Me centraré en el texto de la Primera Carta a los Corintios:

«Me hice débil entre los débiles, para ganarlos; me hice todo para todos, para salvar a algunos de todos modos».

¡Qué bien expresa este texto lo que habita en Adela! Se entrega sin reservas a los miembros de la «Pequeña Asociación», jóvenes que buscan ganar almas para Dios. De esta manera, espera corresponder al «estado casi apostólico al que el buen Señor nos destina» (301.3).

Un poco más adelante, escribe: «Hagámonos todos todo para todos, para ganarlos a todos... ¡Viva Jesús! ¡Viva María!».

Una vez que ascendió a superiora, se dedicó a sus hijas: las acogió, buscó comprenderlas, las animó, nutrió su fe y las ayudó a avanzar en el camino de la santidad, convencida de que esta era su misión principal, mientras que sus hijas trabajaban principalmente en la misión fuera del convento.

En una carta dirigida a la Madre Emilia de Rodat, escribió:

«Que nuestras hijas encuentren siempre nuestros corazones abiertos a todas sus necesidades, dispuestos a soportar sus debilidades, entregándonos a todos para que todos pertenezcan a Jesucristo» (353.11).

Como hemos visto, la Palabra de Dios desempeña un papel esencial en la vida y la misión de Adela.

Para ella, la Palabra es fuente de alimento, paz y luz. La Palabra nunca la deja en reposo. Siempre hay algo que hacer, algo que experimentar en respuesta a esta Palabra, que, en última instancia, es Amor.

La importancia que Adela otorga a la Palabra nos interpela; Nos impulsa a acoger y vivir cada vez más plenamente la Palabra, esta Palabra que se hizo carne en María y en Adela, y que desea encarnarse en nuestras vidas hoy, entregarse a las personas entre las que vivimos.

Hna. María Joëlle BEC F.M.I.

Textos bíblicos fundantes de la experiencia de la Madre Adela

La Madre Adela no era teóloga ni había estudiado la Biblia. Conocía la Palabra de Dios a través de los textos litúrgicos y los comentarios que había leído. Además, lo que conservamos de ella son sus cartas. Las citas que utiliza sirven para ilustrar una enseñanza o un consejo específico, dirigido a la persona a la que se dirige (a menudo, a través de ella, a los asociados, luego a la comunidad y, finalmente, a los terciarios).

Sin embargo, a lo largo de los años, se pueden identificar varios temas recurrentes, y me parece que la Palabra de Dios moldeó su experiencia. Fue la Palabra de Dios —recibida, meditada, puesta en práctica y compartida— la que la guio durante toda su vida.

Resulta interesante observar que, con el paso de los años, ciertos pasajes bíblicos se repiten con mayor frecuencia (cabe destacar que rara vez cita textualmente; las citas suelen ser implícitas).

He intentado identificar los textos que la moldearon personalmente y en la misión que Dios le encomendó: textos fundamentales para su vida y su misión. Por lo tanto, textos fundamentales para nosotros.

He dividido esto en tres partes:

1. Textos que se encuentran solo antes de la fundación del Instituto de las Hijas de María
2. Textos que se encuentran tanto antes como después, que conforman la esencia misma de su existencia.
3. Textos que aparecen solo después de la fundación.

I. TEXTOS CITADOS SOLO ANTES DE LA FUNDACIÓN

Dos textos me parecieron esenciales:

1. El amor a Dios: Marcos 12:30

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas».

El amor a Dios es la razón de ser de la «Pequeña Asociación».

«El amor a Dios es el único vínculo de la Asociación; por lo tanto, la exclamación "Dios mío", repetida tan a menudo y con tanta naturalidad por todos, servirá como grito de guerra para todos los miembros y será equivalente a este acto "¡Amar a Dios!". (Regla de la "Pequeña Asociación" n.º 5)

Amar a Dios es:

- buscar sus intereses, "sus intereses serán queridos para nuestros corazones", pertenecerle completamente, sin reservas,
- aferrarse únicamente a Él porque es un Dios celoso ("la división le ofende; Él desea todo nuestro corazón",
- permanecer humildes, reconocer nuestra pequeñez, nuestra insignificancia (Génesis 3:19): "Porque polvo eres, y al polvo volverás", reconocer que recibimos todo de Él porque Él es el autor de todo bien.

2. Dios, por su parte, nos ama. Dios también es Cristo.

"Se deleita en los hijos de los hombres" (Proverbios 8:31): un texto que ella utiliza en relación con la Eucaristía: Cristo que viene a habitar entre nosotros. Se entrega por completo a nosotros en la Eucaristía, "una maravilla del amor de Dios por nosotros".

Por lo tanto,

"¿Quién nos separará del amor de Cristo?" Romanos 8:35 (segundo texto esencial)

Él nos ha mostrado su amor a través de sus sufrimientos, su muerte y su resurrección. Continúa mostrándonoslo a través de sus innumerables gracias (aunque somos ciegos y no las vemos).

Tenemos la certeza del amor de Dios: de Dios, que es bondad, misericordia, siempre dispuesto a recibirnos. Siempre extiende su mano para recibirnos de nuevo. Es generoso con nosotros...

Si Dios nunca se separa de nosotros, nosotros nos separamos de él por el pecado. Regresa a él formando un corazón «contrito y compasivo, un corazón que él no despreciará» (Salmo 51:19). Evita el pecado, huye de él.

Nos separamos de Él por nuestro apego a las criaturas: preferimos a Dios, nos aferramos solo a Él y le pedimos que sostenga nuestro amor.

Solo Él puede darnos su paz (Juan 14:27): «La paz os dejo; mi paz os doy. Yo no os la doy como el mundo la da».

Él nos da esta «paz tan deseada, una de las mayores bendiciones de la tierra», «la paz que proviene de un alma perfectamente sometida a la voluntad de Dios y que recibe todo de su mano».

Por lo tanto:

Ama a Dios con todo tu ser, porque Dios nos ama, nos da todo y siempre nos espera. Nada puede separarnos del amor que nos tiene.

II. TEXTOS CITADOS ANTES Y DESPUÉS DE LA FUNDACIÓN DEL INSTITUTO

Esta segunda parte debe leerse a la luz de los dos textos que siguen, especialmente el primero:

Cantar de los Cantares 2:16: «Mío es mi amado, y yo soy suya».

Salmo 16:5-6

«Yahvé, mi porción y mi copa... y gloriosa es la herencia para mí».

El texto del Cantar de los Cantares expresa la alianza de Dios con su pueblo, una alianza presente en toda la Biblia, una alianza que Adela vivió. En 1801, antes de partir de España al final de su exilio, ¿acaso no expresó su deseo de permanecer allí para poder ingresar en la orden carmelita al llegar a la mayoría de edad? El Amado es a quien ella llama «el divino Esposo», «el Esposo celestial» (primera carta con esta expresión: 27 de marzo de 1805).

«El Amado es nuestro. ¿Somos suyos cuando Él lo quiera?», escribió a Águeda a finales de 1805.

Estas son las mismas palabras que usó en 1826 al hablar con la Hermana Seraphina durante su profesión perpetua.

Ella se entregó a Dios, al Amado, en respuesta a su amor. Siempre es Él quien da el primer paso. De este compromiso mutuo, Adela cosecha los frutos. «Dios es su herencia, su tesoro». Le escribe a la Madre Encarnación, que lucha en medio de las pruebas:

«A otros les pertenecen los bienes y placeres de este mundo; Jesús, su cruz, su Corazón, su Cielo son nuestra porción. El Señor es mi porción y mi herencia; ¿acaso podemos considerarnos divididos de forma desigual?»

Toda su vida se desarrolla según la alianza en el sentido bíblico del término... Cristo es su Esposo, ella es su esposa.

En este contexto, se presentan textos que giran en torno a tres temas:

1. La precariedad de la vida: aprovechar al máximo el tiempo que se nos ha dado,
2. Seguir a Cristo hasta la Cruz,
3. Participar en la misión.

1. La precariedad de la vida: aprovechar al máximo el tiempo

Esta es la parábola de las vírgenes prudentes e insensatas (Mateo 25:1 y ss.).

A menudo, en la época de Madre Adela, la muerte sorprendía a los jóvenes, y mientras algunas jóvenes idealizaban «morir jóvenes», Adela, consciente de la precariedad de la vida desde su juventud, y aún más cuando escapó por poco de la muerte en el otoño de 1809 (tenía 20 años), se esforzó por vivir bien el tiempo que le fue concedido.

Si la «Pequeña Asociación» buscaba prepararse para una buena muerte, no se trataba de abandonarse a la vida, sino de vivir plenamente el bautismo y la confirmación; en resumen, la vida cristiana.

La parábola de las vírgenes prudentes e insensatas lleva a Adela a invitar a sus compañeras y luego a sus hermanas a: aprovechar al máximo el presente: apresurarse a reunir provisiones; nadie sabe cuánto tiempo les queda. Otras dos parábolas se relacionan con esta: la parábola de los talentos (Mt 25:14ss)

Utiliza las gracias recibidas para ayudar a los demás, sé fiel en lo poco.

(Después de la fundación) El talento confiado debe usarse para la salvación de las almas; no lo dejes sin usar.

La parábola de la semilla (Mt 13:3ss)

Prepara el terreno del corazón para que reciba la semilla y dé fruto.

Que el fuego del amor divino consuma todo obstáculo.

Prepara tu corazón mediante la oración y las buenas obras.

Llena tu lámpara con el aceite de la caridad, renovándola con frecuencia.

Se trata de hacerlo todo por Dios:

1 Corintios 10:31 «Así que, ya sea que coman o beban, o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios».

Actúa solo por amor a Dios.

Haz que tus acciones sean extraordinarias; incluso las más ordinarias serán agradables al Esposo, meritorias...

Busca la gloria de Dios en todo.

Hazlo todo por Dios, y todo se convertirá en oración, pues: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero?» (Mt 16:26).

La vida cristiana es una lucha; se trata de salvar el alma.

La pérdida de Dios es irreparable.

No se debe descuidar la búsqueda de la perfección personal entregándose demasiado a las obras externas.

Todo esto implica llenar la lámpara de aceite para que

* uno esté preparado para seguir al Esposo con celo y prontitud. Por lo tanto:

uno debe vivir en constante expectativa del Esposo que pasa.

uno debe emprender el camino de la santidad.

Uno debe convertirse en santo: trabajar por la propia santificación es a lo que se ha comprometido, lo que anima a sus hermanas a hacer. Encuentra aliento en esto en la Madre Emilia de Rodat (fundadora de la Sagrada Familia de Villefranche).

«Trabajemos por nuestra santificación, querida amiga. Una superiora santa logrará mucho, mientras que una superiora imperfecta obstaculizará las gracias de Dios».

Esta parábola de las vírgenes prudentes e insensatas le permite a Adela poner en práctica los dones que ha recibido, tanto para sí misma como para los demás, con una actitud de disponibilidad y servicio.

Desde sus inicios, la «Pequeña Asociación» se puso bajo la protección de María.

Adela amaba observar a María, buscaba imitarla, y los dos textos a los que más recurría eran la Anunciación y la Visitación.

La Anunciación (Lucas 1:26 y ss.): Tomando a María como su protectora y modelo;

La Visitación (Lucas 1:48 y ss.) (esto se profundizaría en 1608 con el descubrimiento de la consagración a María y su relación con el padre Chaminade): esto significaba practicar sus virtudes:

Pureza: huir de toda ocasión de pecado, de todo pensamiento, practicar la modestia (en la mirada, los gestos, el comportamiento, las conversaciones...), acudir a la Reina de las Vírgenes para adquirir pureza, encomendándole a ella su pureza.

Humildad: como María, ser sierva del Señor.

(Amar y practicar esta frase de María:

«Soy la sierva del Señor.») Estar dispuestos a cumplir toda la voluntad del Señor.

Imitar la vida interior de María, común a los ojos de los hombres, preciosa a los ojos de Dios.

(Él contempló la humildad de su sierva).

Confiar en la misericordia de Dios, que se manifiesta en nuestra debilidad.

Practicar la humildad en nuestras acciones, pensamientos y en todo nuestro ser, cuando nos contradicen, aceptando con paciencia las humillaciones y las dificultades que se nos presentan.

Recibir a Cristo en la Eucaristía.

Obediencia: como María, responder a las inspiraciones de Dios y a los mandatos de los hombres (María obedeció al emperador durante el censo).

Amor a Dios: amar a Dios como María con fervor siempre renovado.

Acción de gracias

En su Magnificat, María da gracias por todo lo que Dios ha hecho en ella, por todas sus bendiciones. Aquí encontramos:

otro texto: Salmo 116:12 «¿Cómo podré pagarle al Señor todo lo que me ha hecho?»

María es la Virgen sabia que acogió al Señor en cada ocasión, renovando con fe un «sí» incondicional. Es a Ella a quien Adela ha acogido verdaderamente en su hogar. Vive con Ella. Se siente feliz y orgullosa de ser Hija de María. Desea reunir a tantas personas como sea posible bajo el estandarte de María. Apenas comienza a cartearse con la Madre Emilia cuando le sugiere que inicie la Congregación Mariana en Villefranche. Esto se logra rápidamente y con éxito.

2. Siguiendo a Cristo a la Cruz

Mt. 16:24 «Entonces Jesús dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”». (Uno de los pasajes más citados)

Enamorada de Cristo, Adela, desde muy joven, descubrió que solo podía responder al amor de Cristo eligiéndolo, prefiriéndolo. Esto la llevó a dar consejos como este, consejos que ella misma comenzó a practicar:

- ❖ nunca cesar de trabajar para renunciar a uno mismo, para apartarse de uno mismo, para odiarse a uno mismo,
- ❖ aprovechar todo para despojarse de todo,
- ❖ quebrantar la propia voluntad,
- ❖ no seguir la propia naturaleza corrupta.

Esto se acompaña de otras reflexiones:

- ser feliz caminando tras las huellas de Cristo,
- seguir a Cristo,
- no huir de la Cruz,
- tomar la cruz,
- abrazar la cruz que el Señor presenta.

Una vez fundadora, no siempre es fácil; la Madre Emilia de Rodat también lo sabe, y junto a ella, la Madre Adela se abre al reconocer que debe llevar la cruz de su ministerio con renovado valor. (Dios le concederá la gracia de beneficiarse de ella).

A la Madre Encarnación (Lolotte de Lachapelle), que lucha por asumir la responsabilidad de la comunidad del Condón, le habla, como siempre, en el lenguaje de la fe: la cruz es una necesidad. El Señor suaviza la cruz con su gracia. Ayuda a llevarla. Incluso carga con tres cuartas partes de ella. La cruz es, en última instancia, la escalera que lleva al Cielo. Le habla en el mismo lenguaje a la Madre M. del Sagrado Corazón (A. Diché). Se ha comprometido a seguir a Cristo; lo anhela.

Para seguir hasta el final... En sus cartas, Mateo 26:39 aparece dieciséis veces:

«Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres».

Esta es la aceptación de la voluntad de Dios en su totalidad, por muy cruel que sea, pues la fe le asegura que Dios siempre está presente y que, al enfrentarse a la cruz, Él permanece inmutable: Amor absoluto.

Al pie de la cruz, se encuentra con quienes le son más cercanos e íntimos. El texto que se repite en sus escritos es Juan 19:25 y siguientes:

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la esposa de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaban allí cerca, le dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego le dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Desde aquella hora, el discípulo la acogió en su casa».

Este texto aparece por primera vez en diciembre de 1814, un año y medio antes de la fundación, y se cita seis veces entre 1819 y 1826.

¿Qué conclusión extrae de este pasaje?

- ✓ Jesús distingue a sus favoritas, a sus amadas, asociándolas a la Cruz, testigos: su Madre, la discípula amada.
- ✓ A través de la Cruz, se conforman a Él.
- ✓ La única distinción que las hermanas pueden reclamar es ser hijas de una Madre traspasada por la espada del dolor.

- ✓ Se trata de permanecer al pie de la Cruz: de mostrarse como dignas hijas de una Madre que permanece, como Ella.
- ✓ Nos invita a entrar en el corazón de María (le dice a la Madre Emilia de Rodat que su corazón maternal siente la espada con la que el suyo debe ser traspasado: la compasión).
- ✓ Nos invita a ofrecer nuestro sacrificio con María.
- ✓ Nos invita nuevamente a subir a la Cruz, el lecho nupcial donde se sella la alianza, a aferrarnos a ella.
- ✓ Este es el momento de demostrar a Dios nuestro amor mediante una humilde aceptación de su voluntad.

Este pasaje también sirve para expresar los dolores del nacimiento espiritual. La maternidad espiritual conlleva sus propias penas. María lo experimentó: al igual que ella, emprendió un camino de crecimiento espiritual.

3. Seguir a Cristo significa proclamar la Buena Nueva: participar en su misión.

Lucas 8:1 «Y él iba por todas partes, predicando y anunciando las buenas nuevas del reino de Dios».

Este texto se cita solo dos veces, una antes de la fundación y otra después. Sin embargo, parece reflejar un profundo llamado que Adela escuchó, un llamado al que buscó responder a lo largo de su vida.

Antes de la fundación: Se trataba simplemente de seguir a Cristo, quien enseñaba a través de los pueblos y aldeas (lo cual ella buscaba hacer a través de la «Pequeña Asociación». Había pequeños grupos en pueblos y aldeas). Adela quedó profundamente conmovida por la pobreza moral y espiritual del campo que atravesó al regresar del exilio. Hizo todo lo posible por ayudar: escolarizar, catecismo, prepararse para los sacramentos.

Tras su fundación: el texto se cita en una carta a la Madre Teresa Yannasch, superiora de Tonneins, sobre la Tercera Orden Seglar. La Tercera Orden tenía como objetivo llevar adelante la labor del Instituto en los pueblos. El Instituto (hermanas, hermanos, Tercera Orden) debía seguir los pasos del Salvador, que recorrió pueblos y aldeas.

Al establecer comunidades en las ciudades, Adela respondió en parte al llamado del Señor, pero siempre mantuvo una gran preocupación por la evangelización del campo. La Tercera Orden Seglar era un medio para un fin, pero no garantizaba la continuidad de la misión. Ella anhelaba fervientemente una Tercera Orden Regular que fuera «una misión permanente». Esta se fundó en Auch en 1836. Y en las Constituciones de 1839, cuando el Padre Chaminade habla de la Tercera Orden, rinde homenaje a Adela de Trenquelléon.

Misionera (término que le entusiasma), Adela es consciente de ello desde su confirmación (celebra su aniversario, al igual que su bautismo), y cada año, Pentecostés representa para ella una oportunidad para dejarse renovar por el Espíritu Santo para el servicio de la misión.

Entre 1807 y 1825, cita frecuentemente el relato de Pentecostés (Hechos 2:1-11). Estos son los puntos clave que destaca:

* La primera carta, por sí sola, resalta la unión con Dios, con Cristo, el amor a Dios, el deseo de agradarle únicamente a Él y, por lo tanto, el huir del pecado y el dominio de nuestras pasiones.

* En los demás pasajes, señala la recepción colectiva del Espíritu Santo (la dimensión de la «Pequeña Asociación», del Instituto: nosotros, el Instituto, las obras).

Es el aspecto eclesial el que se pone de manifiesto: la edificación de la Iglesia, como los Apóstoles, para recibir el don del Espíritu. En relación con este aspecto, podemos identificar otra cita: (Hechos 4:32) «La multitud de los que habían creído era de un solo corazón y una sola alma». (Antes de la fundación, era la unión de los miembros, un solo corazón, una sola alma, para dedicarse totalmente a Dios, a su servicio. Después de la fundación, se añadió la dimensión misionera: un solo corazón, una sola alma, para amar y hacer que Dios ame, siguiendo los pasos de los primeros cristianos de la Iglesia naciente.)

Todas las cartas que se refieren a Pentecostés enfatizan la misión.

Como con los Apóstoles: la misión comenzó verdaderamente con el discurso de Pedro en Pentecostés.

Por lo tanto,

- que el Espíritu Santo nos transforme en nuevas criaturas para el servicio de la misión, dondequiera que Dios nos envíe,
- que el Espíritu Santo nos ilumine, nos inflame,
- que el Espíritu Santo nos encienda
- para que encendamos a otros con el amor de Dios.
- para darlo a conocer y amarlo,
- Que el Espíritu Santo nos libere para dedicarnos por completo a los intereses del Señor,
- buscando únicamente su gloria, que el Espíritu Santo nos prepare incluso para el martirio por su gloria y la salvación de las almas.

Y la profunda actitud que ella encarna al servicio de la misión es la del gran apóstol Pablo:

«Me hice débil entre los débiles, para ganar a los débiles, me he hecho todo para todos, para que por todos los medios salve a algunos». 1 Corintios 9:22:

Esta es la esencia misma de su ser: se entrega por completo a sus compañeras, las jóvenes, con el propósito de ganar almas para Dios, de responder al estado casi apostólico al que el Señor nos llama.

Una vez que ascendió a superiora, se entregó por completo a sus hijas: las acogió, buscó comprenderlas, las animó, reavivó su fe y las ayudó a avanzar en el camino de la santidad, firmemente convencida de que esta era su misión principal, ya que sus hijas tenían una mayor participación en la misión externa. Y, ante la magnitud de la misión, también imploró orar al Señor de la mies para que enviara obreros:

Mt. 9:37: «La mies es mucha, pero los obreros pocos; por tanto, rueguen al Señor de la mies que envíe obreros a su mies».

Escribió esto a sus hermanas, a la Madre Emilia, pero también al Sr. Lacaussade, director de la fábrica de tabaco de Tonneins, quien había gestionado la adquisición de la casa en Tonneins. Tras aceptar la alianza que Dios le ofrecía, Adela, consciente de la precariedad de la vida, siguió a Cristo, aprovechando al máximo el talento que había recibido. Siguió a Cristo hasta la entrega total, aceptando la Cruz tal como se le presentó y uniéndose a María, la primera discípula de su Hijo, en el Calvario. Abierta al Espíritu de Amor que inspiró a los Apóstoles y a las primeras comunidades cristianas, se dedicó, en profunda comunión con sus hermanas y en la medida de sus posibilidades, a la evangelización de pueblos y aldeas, haciéndolo todo para la gloria de Dios.

III. TEXTOS CITADOS ÚNICAMENTE DESPUÉS DE LA FUNDACIÓN

Se refieren a la vida religiosa:

Vida religiosa: dejar el mundo para encontrar a Dios

Vida religiosa: abnegación, pobreza, fe

Vida religiosa: vida oculta en Cristo, para Dios

1. Vida religiosa: dejar el mundo para encontrar a Dios

Ej. 3:17 (más que un simple pasaje, representa la experiencia completa de Moisés y el pueblo de Dios al abandonar Egipto para ir al desierto y ofrecer un sacrificio a Yahvé).

Como producto de su época, Adela percibía la vida religiosa como una liberación: el Señor había roto todos los lazos, todos los apegos al mundo. (El mundo se concibe como fundamentalmente malvado).

Ella y sus compañeras (e invita a Lolotte, Melania Figarol, a compartir la misma experiencia) dejaron el mundo para ir al desierto y ofrecerse en sacrificio al Señor.

El Señor ya no las alimenta con maná, sino con su gracia, su Cuerpo y su Sangre. ¿Cómo, en tal situación, podrían lamentar las cebollas de Egipto, si se dirigen a la verdadera Tierra Prometida: el Cielo? Anima a Melania a perseverar con su padre, como Moisés con el faraón, para obtener permiso para ingresar al convento.

Este texto debe relacionarse con el pasaje del Salmo 45:11:

«Escucha, hija mía, reflexiona y presta atención; olvida a tu pueblo y la casa de tu padre».

Siempre se trata de olvidar al pueblo y la casa del padre para llegar al lugar, a la tierra, que el Señor quiere dar. «¡Qué bueno es dejarlo todo por el Amado!»

Así, la vida religiosa se presenta como una salida del mundo, un tránsito, una especie de Pascua, hacia un lugar donde se vive enteramente de Dios, para Él y con Él. «El religioso es aquel que se entrega totalmente a Dios, amado sobre todas las cosas», dice el Concilio (Lumen Gentium, n.º 44).

2. Vida religiosa: Privación, pobreza, fe

Es sobre la roca del Calvario donde Adela funda su vida y su obra.

Mt. 7:24 «Todo aquel que oye estas palabras... es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca».

Ella está profundamente convencida de que las casas y comunidades fundadas en el Calvario son las más sólidas. Se refiere en particular a San Francisco de Sales, quien experimentó muchas dificultades durante la fundación de la Visitación.

Complementaré este texto con otros tres que enfatizan el abandono a la Providencia y la confianza en Dios.

Mateo 6:25 y siguientes: «No se preocupen...Miren las aves del cielo... Su Padre celestial las alimenta... Consideren los lirios del campo... Si Dios viste así la hierba del campo...»

Jeremías 17:5, 7: «¡Ay del hombre que confía en el hombre, que pone su fuerza en la carne y cuyo corazón se aparta del Señor! ¡Bienaventurado el hombre que confía en el Señor, y cuya esperanza está en el Señor!»

Job 2:10: «Si aceptamos la felicidad como un don de Dios, ¿cómo no aceptar la desgracia de la misma manera?»

Se trata de encomendarnos siempre, tanto en las alegrías como en las dificultades, a Dios, que nos ama y vela por nosotros.

Se trata de confiar en la Providencia:

porque Dios alimenta a las aves, viste a los lirios del campo, porque la Providencia vela por las necesidades de sus hijos y sabe mejor que ellos lo que les conviene.

Esta vida de confianza en Dios nos lleva a no buscar apoyo en las criaturas (confesores, religiosas, etc.); estas son solo formas débiles de apoyo. Dios hará más por el bien de cada persona que todas las criaturas juntas. Él hará que todo prospere para el bien de sus hijos.

Desde esta perspectiva, Dios se convierte en la única riqueza verdadera.

Solo un corazón humilde puede vivir esta entrega total a Dios: esto se manifestará en la actitud hacia la pobreza:

Hay que ser pobre con Jesucristo. Ser pobre significa, concretamente: amar sentir los efectos de la pobreza, saber sobrellevarla, no preocuparse excesivamente por las cosas mundanas, confiar en Dios con fe y confianza inquebrantables.

Cristo está presente: Él no permitirá que sus esposas perezcan.

3. Vida religiosa: Una vida oculta en Dios

Colosenses 3:3: «Porque ustedes murieron y ahora su vida está escondida con Cristo en Dios».

Este texto aparece relativamente tarde, por primera vez en enero de 1825. Ella ya llevaba ocho años de vida religiosa.

Lo utiliza para mostrar que la vida religiosa es una vida oculta en Dios, con Cristo, una vida sencilla, ordinaria y común, como la que llevó la Virgen María, una vida de fe (al hacer sobrenaturales incluso las acciones más pequeñas, al realizarlas por amor a Dios, para su gloria). Es a través de esta vida que uno se convierte en un verdadero misionero, capaz de ganar almas para Jesucristo.

La vida religiosa, sobre esta base, se presenta como una Pascua (un constante paso del mundo a Dios), una muerte al yo para vivir de Dios,

Es una vida centrada en el amor a Dios, la fe, la confianza, la entrega a Dios y la pobreza, pues Dios es la única verdadera riqueza. Es una vida sencilla, como la de María, pero animada por la fe; esta vida es misionera.

Y para concluir, citaré **Mateo 21:9:** «¡Hosanna al hijo de David!», la palabra de alabanza con la que la virgen prudente recibió a Aquel a quien esperaba con la fidelidad vigilante de un amor totalmente entregado a Dios.

Hna. María Joëlle BEC F.M.I.

ITINERARIO ESPIRITUAL DE ADELA de TRENQUÉLLEON

A través de lo que se conserva de la Madre Adela (principalmente su correspondencia, pero también su reglamento de vida y sus notas de retiro), he intentado discernir lo que me parece ser su viaje espiritual. Como en toda persona, existen constantes, un objetivo fundamental, y puntos de exploración más profunda propios de cada período. El objetivo fundamental es la entrega total a Aquel a quien llama, desde la tercera carta que conservamos de ella, «el Esposo» (3). Vive la alianza con el Señor, se esfuerza con todo su ser por el encuentro definitivo con Él, y esto está acompañado por la presencia de María. Desde el principio, su espiritualidad es mariana. En este contexto, que representa la esencia misma de su vida, existen puntos de exploración según el período. Aquí he identificado cuatro:

- + la atracción del Carmelo (aproximadamente, hasta su encuentro con el padre Chaminade),
- + la atracción por la labor misionera (desde su encuentro con el padre Chaminade hasta la fundación),
- + la fundación de las Hijas de María (aproximadamente hasta alrededor de 1820), un período durante el cual buscó conciliar estas dos atracciones,
- + la maternidad (desde 1820 hasta su encuentro con su esposo).

Son estos cuatro puntos los que desarrollaré, procurando revelar la estructura subyacente de su vida en cada período.

I. LA ATRACCIÓN DEL CARMELO

La Madre María José, en sus Memorias, nos cuenta que, siendo muy pequeña (tenía 5 o 6 años), Adela, tras oír hablar de las carmelitas por su familia, deseó ser carmelita. Así viste a su muñeca y así escribe cartas en trozos de papel, supuestamente dirigidas a un clérigo que visita a las carmelitas.

Recibió su Primera Comunión en la iglesia de San Sebastián, basílica patronal de Santa María del coro, situada justo al lado del convento carmelita, donde probablemente iba a rezar con su madre. Cuando llegó el momento de partir de España hacia Francia a finales de 1801, quiso quedarse en el país para poder ingresar en la orden carmelita (ya que la Revolución Francesa había suprimido la orden carmelita). Solo acompañó a sus padres con la promesa de su madre de que la dejaría entrar en el convento carmelita en España al alcanzar la mayoría de edad (25 años durante el Antiguo Régimen) si la orden carmelita aún no se había restablecido en Francia.

Antes de su confirmación, para prepararse para recibir este sacramento, acudió a las antiguas religiosas carmelitas de Agen, que se habían reunido en secreto. Allí vivió con ellas según la Regla de Santa Teresa.

Finalmente, otro aspecto que revela esta atracción es la importancia que le otorgaba a Santa Teresa: todas las cartas que conservamos de ella hasta la fundación (volumen 1) llevan el encabezado: J.M.J.T., es decir, Jesús, María, José, Teresa. Sabemos también que la fiesta de esta santa no pasó desapercibida. Fue en la fiesta de la reformadora del Carmelo cuando

recibió la comunión para descubrir su vocación. (22) ¿Es esto un indicio de que ya no estaba completamente segura de que Dios la llamara al Carmelo y que invocó la intercesión de aquella a quien consideraría toda su vida una gran santa?

¿Cómo influyó esta atracción por el Carmelo en su vida espiritual?

Como preparación para su ingreso al Carmelo, con el permiso de su madre, solicitó una regla de vida al señor Ducourneau, tutor de su hermano Carlos.

¿Qué contenía? (véanse las Cartas, el final del volumen 1)

- ✓ Oración (media hora por la mañana y por la noche)
- ✓ Oficio de la Santísima Virgen María
- ✓ Lectura espiritual
- ✓ Examen de conciencia antes del almuerzo
- ✓ Examen de conciencia familiar por la noche
- ✓ A veces, el Rosario
- ✓ Comunión semanal y en algunas fiestas importantes; por lo tanto, confesión el día anterior (según la costumbre de la época)
- ✓ Importancia de las tareas domésticas y participación en actividades apropiadas para su edad.

¡Debemos recordar que aún no tenía 14 años!

En cuanto al espíritu con el que debe vivir este reglamento de vida, debe:

- recordar que está en el mundo para salvar su alma (los placeres son pasajeros como un sueño),
- amar a sus padres,
- practicar la caridad,
- pedir a Dios el amor por el retiro espiritual, encontrar placer en la soledad,
- hacer todo por Dios,
- vivir en la caridad, la humildad, la obediencia y la modestia,
- Practicar la mortificación (en la mesa, por ejemplo),
- moderar la impulsividad,
- renunciar a la propia voluntad,
- evitar los apegos a las criaturas para que el corazón se consagre por completo a Dios.

Este es un programa ambicioso, acompañado de una visión amplia. El Sr. Ducourneau señala desde el principio que debe estar preparada para aceptar que las circunstancias pueden llevarla a desviarse de este reglamento. Se trata, por lo tanto, de una ayuda, no de una restricción ni de una obligación. El Sr. Ducourneau añade, para evitar que caiga en escrúpulos, que nunca debe repetir una oración o una confesión que crea haber dicho incorrectamente, y sobre todo, insiste en que siempre vea el amor y la misericordia de Dios y que evite leer material que se centre en el temor de Dios o el temor al juicio.

Adela adopta este reglamento como expresión de la voluntad de Dios para su vida, pues para ella, el ministro que le habla es siempre portavoz de Dios (cf. las resoluciones tomadas tras recibir esta regla, Final vol. I):

Me propongo rezar un Sub Tuum cada día por quien me dio esta regla y darle la Sagrada Comunión una vez al mes; me propongo dedicarme principalmente a la práctica de la humildad, la mansedumbre y la obediencia; renunciar a mi propia voluntad y siempre hacer la voluntad de los demás antes que la mía; y, finalmente, dedicarme a la práctica de todas las virtudes, especialmente las más necesarias para mi estado actual y para el Carmelo. ¡Jesús, Santa María, San José, Santa Teresa, San Bernardo, rueguen por mí! Dedicarme a hacer lo que me aburre con una actitud tan contenta como si me divirtiera enormemente. Recordar constantemente lo que quiero ser; hacerme sin «A papá y mamá les cuesta pedirme algo».

El 5 de agosto de 1804, se fundó la «Pequeña Asociación» con Juana Diché y Monsieur Ducourneau. Comenzó el apostolado por correspondencia. La influencia de este reglamento es evidente en las cartas.

Ella hacía hincapié en huir del mundo y sus oportunidades. desprendiéndose de las cosas mundanas para que su corazón se consagrara por completo al Esposo:

«¿Cuándo nos entregaremos a Dios por completo y sin reservas? ¿Cuándo mataremos por completo la mundanidad en nosotros? (...) Esforcémonos, pues, por alcanzar esta preciosa libertad de corazón y de mente. En esto medité esta mañana: que nuestros corazones puedan alzar el vuelo hacia su Creador. (75)

«Unámonos eternamente al divino Esposo de nuestras almas, que es todo belleza y todo deseo. Que nuestros corazones ardan por Él con las llamas más puras.» (74)

«Oh, divino Esposo de mi alma, te consagro mi corazón, te consagro todo su ardor y todos sus afectos.» (48)

Habla de meditación, como acabamos de ver, en sus lecturas:

«Les daré algunas pautas para la fiesta de San Pedro: la meditación matutina será sobre la caída de San Pedro...» (12)

«Propongo que meditemos sobre el desapego el domingo.» (19)

«Prestad mucha atención a lo que nos recomienda el señor Larribeau (sacerdote asociado, director espiritual de Adela y de la "Pequeña Asociación" cuando el señor Ducourneau parte con Carlos a París): la práctica de la meditación y el examen vespertino; no lo omitamos jamás. Es mejor dejar de lado nuestras otras oraciones cuando no tenemos tiempo que omitir estas dos cosas tan esenciales para quien desea progresar en la virtud». (36)

Nos ayuda a prepararnos para la Eucaristía:

«Aprovechemos más esta comunión que todas las demás. Conservemos a nuestro Jesús, no lo dejemos ir; que encuentre gracia en nosotros cuando regrese a visitarnos; que se regocije en el progreso que habremos alcanzado». (48)

«¡Cuán culpables somos, querido amigo, cuando somos indiferentes a la Sagrada Comunión, al Pan de los Ángeles!». (7)

Las citas son numerosas y nos permiten ver cómo ella misma se preparaba para recibir la Eucaristía.

Se maravilla del perdón que Dios otorga en el Sacramento de la Reconciliación:

«Habíamos desfigurado en nosotros mismos la imagen del Creador. Él se complace en este Sacramento de paz y reconciliación para restaurarla en nosotros. ¡Cuán culpables seríamos, entonces, si descuidáramos un remedio tan poderoso para nuestros males!» (18)

Ella alberga un profundo y confiado amor por María, en quien ve un modelo a imitar. Confía en su protección; ¿acaso no es ella la protectora de la «Pequeña Asociación»?

La fiesta del 25 de marzo de 1806 le brinda la oportunidad de reflexionar profundamente sobre la humildad y la pureza de María, exhortando a los miembros a tomar a la Madre del Salvador como modelo. Concluye su carta así:

«Habiendo tomado todas las precauciones necesarias, encomendemos este precioso tesoro a las manos de la Santísima Virgen; tomémosla como guardiana de nuestra pureza e inocencia; aprendamos de ella a temer los peligros y a evitarlos; que ningún deseo de complacer a los demás se arraigue en nuestros corazones; que estos corazones ardan solo por el Señor». (35)

Con entusiasmo, emprende el camino de la vida espiritual, buscando progresar constantemente.

«Esforcémonos por nuestro crecimiento espiritual; procuremos agradar a Dios. No prestemos atención a los dictados de la naturaleza, sino a los de la gracia». (52)

Esto no es fácil; la vida espiritual es una lucha:

«Ha llegado la hora de la batalla; armémonos con verdadero valor y luchemos sin cesar, y con la ayuda del Todopoderoso, sin duda obtendremos la victoria». (59)

¡Qué energía, qué dinamismo, combinados con una confianza inquebrantable en el Señor, pues «el Salvador dice: “Todo aquel que espera en mí no perecerá jamás”»! (59)

A menudo, acompaña sus exhortaciones con esta frase que tanto aprecia: «Quien no avanza, se queda atrás». (627882)

De esta manera, se prepara para lo que Dios espera de ella, Carmel, o quizás para algo más.

Mientras espera más detalles, aprovecha el tiempo que Dios le ha dado para preparar su alma para una buena muerte:

«¡Ah! ¡Qué dichosa es una al morir por haber vivido una vida santa! Vivamos así también (...) No dejemos jamás de pedirle a Dios que nos proteja en ese terrible momento; preparémonos para él y merezcamos, mediante nuestra santa vida, la gracia de la perseverancia que nos concederá el Dios de la misericordia». (2)

Ya el 3 de diciembre de 1805, medita para nosotros sobre la parábola de las vírgenes prudentes e insensatas.

«Hagamos una buena provisión de aceite para que, cuando el Esposo
«Llamará a la puerta para que entremos con Él en el salón nupcial» (27)

Un texto que le llega al corazón y que cita a lo largo de su vida. (168 213. 214 247 524 691)

Estos, a mi parecer, son los rasgos que caracterizan su vida espiritual hasta que entabla una relación con el padre Chaminade.

II. EL ATRACTIVO DE LA MISIÓN

Sabemos que, durante el verano de 1808, Madame de Trenquelléon, mientras se hospedaba con su hija en Figeac (Lot), en casa de su madre, conoció, durante una visita, a un profesor, miembro de la Congregación de Burdeos, Monsieur Jacinto Lafon.

Madame de Trenquelléon habló de la «Pequeña Asociación» dirigida por su hija. Monsieur Lafon quedó impresionado por el parecido con la Congregación de Burdeos, encabezada por el padre Chaminade. Se ofreció a hablar sobre la «Pequeña Asociación». Adela se unió a la «Asociación» y escribió al padre Chaminade, quien le envió la documentación. Así, la «Asociación» pronto se afiliaría a la Congregación de Burdeos, convirtiéndose en la tercera división, siendo las dos primeras las de jóvenes y señoritas.

Mientras tanto, un acontecimiento decisivo tuvo lugar en la vida de Adela (20 de noviembre de 1808). Unos años más tarde, ella misma escribiría:

«Fue precisamente en la víspera de este santo día (la Presentación de la Santísima Virgen en el Templo), hace siete años, cuando rechacé definitivamente un matrimonio que me habían propuesto» (282).

Adela vivió unas semanas difíciles antes de decidir consagrarse al Señor como su única Esposa. ¿Acaso el ejemplo de su amiga Juana, felizmente casada (hasta su prematura viudez), madre feliz, que continuó su labor en la «Asociación» y llevaba una vida espiritual muy regular, no es una señal de que es posible encontrar la santidad en el matrimonio? ¿Qué quiere el Señor para ella? La propuesta de matrimonio no la deja indiferente. ¿Acaso el Señor la desea verdaderamente para sí mismo en la consagración religiosa? Experimenta una profunda angustia, y es gracias a la intervención de un clérigo, quizás el padre Chaminade, quizás el señor Ducourneau, da igual, que decide reservarse para el Señor. La calma y la paz regresan a ella, y en enero de 1809 pudo escribir:

«Entreguémonos, desde este momento, por completo al Señor. No mostremos más demora ni reserva hacia este buen Maestro. Él no las muestra hacia nosotros, ya que Él «Se entrega por completo a nosotras.» (91)

Entre 1808 y 1816, su vida espiritual, si bien se mantuvo centrada en los pilares esenciales del período anterior, tomó nuevos rumbos que resultarían decisivos para el futuro.

Con el «Manual del Servidor de María», descubrió con alegría la consagración a María.

«Tenemos la dicha de ser hijas de María, miembros de su familia privilegiada. ¡Oh! Encomendémonos a esta tierna Madre; ella es el refugio de los pecadores.» (90)

«Debemos convertirnos en santas a toda costa. Imploramos constantemente la ayuda de la Santísima Virgen. Es una Madre tan buena que no despreciará la voz de sus hijos, sus hijas, que tan desesperadamente necesitan su auxilio. (...) Ofrezcámosle nuestras vidas mediante la consagración que se encuentra en el Manual de la Sierva de María.» «Exhortad a todas nuestras hermanas a hacerlo con frecuencia.» (91)

Adela y sus amigas se apoyan mutuamente en el amor a María y en su presencia, poniendo en práctica «el amor presente de María». (97)

Fue durante este período cuando se multiplicaron las actividades de Adela al servicio de los que sufrían a su alrededor. (Ya a su regreso del exilio, al cruzar Francia desde San Sebastián hasta Agen, le había impactado la desolación que presencié: la miseria de la gente, el abandono de las iglesias, diversos actos de vandalismo... el campo estaba particularmente desamparado: sin escuelas, gente alejada de los sacramentos, aldeas aisladas, lejos de la iglesia... Adela conservaría en su corazón, incluso después de hacerse religiosa, esta preocupación por el apostolado del campo. Vería parte de sus deseos cumplidos en la fundación de la Tercera Orden Seglar, tanto en Agen como en Tonneins, pero anhelaba aún más dar estabilidad a las obras que había iniciado. Esto se produjo con la fundación de la Tercera Orden Regular en Auch pocos años después de su muerte, en 1836.

Madame de Trenquelléon era una mujer sumamente caritativa que no dudaba en abandonar el castillo para visitar a los pobres y aliviar su sufrimiento. Adela la acompañaba a menudo. Su madre también quiso participar: se dedicó a la cría de ganado y al bordado para ayudar a los pobres que llegaban al castillo o vivían en los alrededores. No se limitó a aliviar las dificultades materiales; hablaba de Dios, enseñaba oraciones esenciales y los principios fundamentales de la fe.

Pronto abrió su escuela en el castillo, donde impartía catecismo y preparaba a los alumnos para los sacramentos, sin dejar de lado sus otras actividades.

Se carteaba con los miembros de la asociación. Sus días estaban muy ocupados, dado su compromiso con dos medias horas diarias de oración, lectura espiritual, el Oficio de la Santísima Virgen y el Rosario. No es de extrañar que a veces concluyera sus cartas diciendo:

«El sueño me impide escribir con más extensión» (149. cf.107)

Aliviar el sufrimiento, pero ¿acaso no es el mayor sufrimiento no conocer al Señor? Por eso Adela se esfuerza por ganar a la gente, por reconducir los corazones a Dios. Todo es una oportunidad para proclamar la Buena Nueva, para hablar del Amado. Anima a sus amigos en este sentido:

«Anime a la querida Elisa a que nos convenza, si encuentra la oportunidad. Difundamos la familia de la purísima María. Reunamos a tantos corazones jóvenes como podamos bajo su protección y para la gloria de nuestro divino Maestro». (175)

No es de extrañar que tal amor por el Señor, tal anhelo de entregar corazones a María y, a través de ella, a su Hijo, diera origen a un proyecto, un «proyectopreciado», que reconciliara ambas cosas:

- ✓ su atracción por el Carmelo (lo que queda de él es la entrega total de sí misma a Dios, amado por encima de todo)
- ✓ y su atracción por las actividades apostólicas, por la misión.
- ✓ Este «proyectopreciado» toma forma gradualmente:
- ✓ una vida enteramente consagrada a Dios,
- ✓ bajo los auspicios de María,
- ✓ para la salvación de toda la humanidad.

✓ «Ser misioneras de María», un término que llena de alegría a Adela.

El retiro en Lompian, los días 13 y 14 de junio de 1814, sería un momento crucial en la realización de este «proyecto preciado». De un sueño anhelado, el «proyecto preciado» comenzó a tomar forma.

Ese día, Adela y varios colaboradores que tenían previsto participar en la implementación del proyecto se reunieron con el padre Larribeau, párroco de Lompian. (Tenía la costumbre, durante todo el año, de recibir a Adela, sola o con amigos, para un retiro. También acudía al castillo de vez en cuando, celebraba misa y dirigía meditaciones).

Ese día

«Llegamos a las 8:30. Tuvimos una larga reunión por la mañana; otra por la tarde y otra al día siguiente. (...) Hablamos largo y tendido sobre este «querido proyecto». Analizamos hasta el más mínimo detalle: elegimos nombres (religiosos) (234).

Las cartas escritas al regresar de esta reunión en Lompian reflejan un renovado deseo de consagración a Dios y un gran vigor espiritual:

«Ya no seamos nosotros mismos, sino que todos pertenezcamos a Dios. Dedicuémonos a nuestra corrección con renovado celo». (233)

«¡Qué paz, qué gozo al servicio de Dios! ¡Qué diferencia con la miserable gente del mundo!». (234)

«Confíen en Dios». (234)

«Seamos un solo corazón y una sola alma: ¡que pertenezcan solo a Dios! Busquemos agradar únicamente a este Esposo celestial de nuestras almas. Que ya no vivamos nosotros, sino Jesucristo en nosotros».

«Vengan, con todo nuestro corazón, muramos al mundo, a nuestras malas inclinaciones». (235)

«Entreguémonos siempre a la voluntad de nuestro buen Maestro para que Él guíe todos los acontecimientos hacia su mayor gloria».

«¡Qué maravilloso sería si pudiéramos alcanzar esta conformidad con la voluntad de Dios en todo!» (236)

La voluntad de Dios se está manifestando. Dios parece estar llamando a Adela y a algunas de sus compañeras a una nueva forma de vida religiosa que reconciliaría la consagración a Dios con la misión. Adela está entusiasmada. Desea lo que Dios desea y su mayor gloria. Hasta la fundación del Instituto de las Hijas de María, se prepara, junto con sus compañeras, para la ejecución de este «querido proyecto».

El 8 de diciembre de 1814, fiesta de la Concepción de María, el padre Chaminade, encargado de revisar el borrador de las Constituciones, autoriza a Adela y a sus compañeras a hacer voto de castidad durante seis meses.

Su lectura se centra en la vida religiosa, como vemos en esta carta del 10 de enero de 1815:

«Ayer leía algo sobre la vida religiosa. Vi allí que el verdadero espíritu de este estado santo es un espíritu de renuncia y muerte. Esforcémonos, pues, querido amigo, por alcanzar esta santa renuncia, esta muerte a nosotros mismos de la que estamos tan alejados (...) No es la dulzura y la tranquilidad de la vida lo que se debe buscar en la vida religiosa, sino la Cruz y la mortificación». (261)

En junio de 1815, su padre, a quien había cuidado con incansable devoción durante meses, falleció en plena lucidez, tras haber recibido la Sagrada Comunión y la Unción de los Enfermos, según sus propias palabras. Adela entonces solo pensaba en el día en que su «anhelado proyecto» se haría realidad.

«Promete ser (...) en circunstancias propicias este año, ya que es el año en que algunos de nosotros nos despediremos eternamente de este mundo perverso y nos consagraremos por completo a nuestro celestial y divino Esposo. ¡Qué dulce es servirle, ganar corazones para Él!» (286)

Mientras tanto,

«Lo principal es preparar nuestros corazones y formarlos en las virtudes del estado santo al que aspiramos.» (290)

Y así describe el padre Chaminade, en una carta a Madame Belloc, la misión que aguardaba a Adela y sus amigas:

«Se unirán a la obra de la Redención, participantes del espíritu apostólico, ardiendo de celo misionero. (Tendrán) las ventajas de una vida comunitaria y regular, (disfrutarán) de la felicidad del retiro, (apreciarán) la inestimable gracia de dejar Babilonia, de renunciar a las vanidades del mundo». (297)

Todo esto basta para inspirar a Adela. Se trata de «ganar a la generación naciente para Dios» (297), y todo ello con la ayuda de «la divina María, tan poderosa» (297).

El 25 de mayo de 1816, Adela y sus amigas vieron cómo su proyecto tomaba forma.

III. LA FUNDACIÓN

Este periodo se extiende aproximadamente hasta la fundación de la «segunda casa de la Orden» en septiembre de 1820.

Una vez en el pequeño convento de Agen, Adela se convirtió finalmente en la esposa de Jesucristo. Había hecho una alianza con Aquel a quien su corazón amaba. Compartió su alegría con Charlotte de Lachapelle, quien aún no se había unido a la comunidad:

«¡Qué felicidad si pronto pudiéramos estar juntas, animándonos mutuamente a servir y amar mejor a nuestro divino Esposo! (...) ¡Oh! Entreguémonos a Él: pensamientos, deseos, planes, acciones. Démoslo a conocer y lo haremos amar. ¡Ardamos de celo por su gloria, para ganar corazones para Él! Todo para Dios, todo por Dios». (306)

Como Esposa de Jesucristo, también es Hija de María, y por eso su principal labor, desde el principio, ha sido la Congregación.

«La Congregación aquí crece en todas las clases. Hay mucho celo.» (305)
«Nuestras reuniones son muy numerosas. Doy charlas a nuestros jóvenes. (...) Hay un admirable entusiasmo por las reuniones.» (307)

Esto es lo que espera de la Congregación:

«Que un gran número de jóvenes se reúnan bajo los sagrados Estandartes (de María) y renueven, con su fervor, los gloriosos días de la Iglesia naciente; (...) somos una sola familia, formamos un solo corazón y una sola alma que pertenece solo a Dios: constantemente ocupados en amarlo y hacer que lo amen.» (325)

Bien podría haber escrito, al comienzo de su correspondencia con la Madre Emilia de Rodat:

«Nuestra principal labor es la formación y el apoyo de las Congregaciones. No se imaginan el bien que producen estas Congregaciones». (334)

Desde finales de 1819, las hermanas adoptaron la práctica del «amor presente a María»:

«Me consuela enormemente pensar que María, nuestra Madre, es honrada perpetuamente en nuestro convento y que, a cada hora, una hermana le ofrece todas sus acciones». (350)

Quienes se unen a María son impulsados a luchar contra el mal, contra el infierno:

«Nuestra misión es grande: debemos, por todos los medios, arrebatar almas del infierno, de esta eternidad de miseria, y entregárselas a nuestro dulce Jesús». (313)

Encontramos el mismo eco en una carta dirigida a Melania Figarol:

«Unamos nuestros esfuerzos para rescatar a las víctimas de las garras del mal, para entregar nuestros corazones a Jesús y a María». (320)

Proveer la gloria de Dios, trabajar por la salvación de las almas bajo la protección de María, este es, en efecto, el objetivo de este período:

«Hagamos que María sea amada y honrada, y así, con seguridad, haremos que nuestro Esposo celestial sea amado y servido». (334)

Toda esta actividad apostólica brota de un amor total por el Esposo, un amor renovado en la Eucaristía, un amor que lo sostiene con humildad y confianza:

«No nos desanimemos; todo lo podemos con la ayuda de la gracia, que nunca nos fallará si le somos fieles. Evitemos la más mínima falta que la disminuye y debilita en nosotros, y bebamos a menudo de la fuente inagotable de la divina Eucaristía». (313)

Un amor humilde, consciente de sus limitaciones:

«Oh, Dios mío, mi corazón es demasiado pequeño para amarte, pero hará que te amen tantos corazones que el amor de todos ellos compensará la debilidad del mío».

(325) Humildad que a menudo la lleva a identificar el amor propio que amenaza con arruinar su labor:

«¡Oh, Padre!», le escribe al Padre Chaminade, «cuánto necesito dejarme guiar y no hacer nada por mi propia voluntad, para evitar este miserable amor propio que interfiere en todo lo que hago». (323)

Humildad, una vez más, que la hace maravillarse ante la gracia de su vocación:

«¡Qué felicidad ser la esposa del Señor, y en un Instituto donde se pueden ganar almas para Él! ¿Qué le he hecho al buen Señor para merecer tan grande gracia?». (319)

Humildad que se convierte en dependencia del Buen Padre. Le somete las decisiones que conciernen a las hermanas, le pide consejo y reconoce la voluntad de Dios en su guía. Como le dice a la Madre Emilia de Rodat poco después:

«Esforcémonos por ver a Dios en todos los acontecimientos y desear solo su beneplácito: todo para agradar a Dios y nada para satisfacernos a nosotras mismas». (353)

Gradualmente, durante el año 1819, parece (ya que conservamos pocas cartas de este período, salvo las dirigidas al padre Chaminade y a algunos colaboradores), la esposa se convierte en madre. Y es especialmente en su correspondencia con la Madre. Es a través de Emilia de Rodat que percibimos esta evolución.

¿Fue la muerte de la primera de las Hijas de María en la primavera de 1819 lo que desencadenó esta toma de conciencia de su maternidad? Quizás.

En agosto de 1819, le habló al padre Chaminade de la «Pequeña Asociación», «tan querida para mí porque fue el comienzo de mi maternidad y la fuente de mi felicidad». (338)

El 4 de septiembre, volvió a escribir al padre Chaminade: «Hoy recibirá de nuevo cartas de la pobre madrecita».

¿Qué nos dice acerca de esta maternidad espiritual a la que se siente llamada?

«Que nuestras hijas encuentren siempre nuestros corazones abiertos a todas sus necesidades, dispuestos a soportar sus debilidades, entregándonos a todos para que todos pertenezcan a Jesucristo». (353 y cf. 364-369)

Para alcanzar esta apertura, ¿qué actitud del alma recomienda? Escuchémosla de nuevo:

«¡Esforcémonos por responder a los grandes designios del Señor! Seamos generosos en su servicio: reconozcámonos como víctimas. En efecto, una superiora debe serlo para ser una verdadera madre». (353)

«Veleamos constantemente por nuestro querido rebaño, esforcémonos por perfeccionar cada vez más a nuestras queridas hijas; santifiquémonos; seamos ejemplo en todo». (364)

«Una superiora necesita aún más este espíritu de abnegación, pues debe someterse constantemente, renunciar a sí misma, si quiere cumplir con sus deberes.

Dejemos de ser egocéntricas, considerémonos servidoras (...) ofrezcámosles interiormente a una de nuestras hermanas, una especie de obediencia oculta.» (369)

Finalmente:

«Esforcémonos por santificarnos en esta difícil situación. Formemos esposas fieles del Rey de reyes que le compensarán por nuestra negligencia.» (379)

Y cuando, a causa del primer ataque de la enfermedad que finalmente la vencerá, deba obedecer y «dejar las congregaciones, los catecismos e incluso los recitales del coro», su mayor sufrimiento será «ver la carga impuesta a sus amados hijos sin poder aliviarla.» (379)

Le escribió al padre Chaminade: (378)

«¡El cese del trabajo externo al que, por así decirlo, me había consagrado durante catorce años, es un verdadero sacrificio para mí! Siento un doloroso vacío en mis días, que quisiera llenar con el amor de Dios y con una supervisión más regular de la comunidad. En cuanto al amor de Dios, mi corazón está seco y árido, y no puede ocuparse de él en absoluto. A solas con su Dios... ¡Enséñame a hacerlo, mi digno y único Padre! (...)

«Otra visión me aflige profundamente: la de no poder (retenida por la obediencia) aliviar a mis pobres hijas, a quienes veo sucumbir bajo el peso de sus trabajos. ¡Qué dulce era para mí ayudarlas! A pesar de todo, permanece «dispuesta a cualquier sacrificio, incluso a ver perecer a sus amados Isaacs, por no poder aliviarlos» (378).

Sin duda, pues, con fe, hace suyo el consejo que unos meses antes le dio a la Madre Emilia de Rodat:

«¡Mi corazón maternal siente con intensidad la espada con la que el tuyo debe ser traspasado! Entra, querida hermana, en el corazón de María al pie de la Cruz; «Vean la amargura con la que está abrumado y ofrezcan sus sacrificios junto con los suyos» (349).

La muerte de una segunda hija de María en abril de 1820, la enfermedad que la aquejó y la obligó a cesar ciertas actividades externas, las dificultades de todo tipo que encontró al fundar Tonneins, donde «se desató el infierno» (396), la próxima separación de seis de sus hijas que formaron la segunda casa de la Orden: tal es la Cruz donde se une a María, tal es la Cruz donde se ofrece con el Esposo, tal es la Cruz donde, unida a María, da a luz a sus Hijas.

IV. LA MATERNIDAD

Durante este período, encontramos expresiones como estas: «Abrazo a todas las hijas de mi corazón» (435), «mi hija más querida» (436), «¿cómo están nuestras hijas?» (589), «mis hijas de Tonneins» (613), «mi hija mayor querida» (635 cf. 728), «mis mayores» (584, 639, 661)

A partir del 10 de marzo de 1821, comenzó a firmar como "vuestra devota, cariñosa, amable y pobre madre...". Aquí encontramos clara evidencia de su creciente conciencia de su maternidad espiritual.

Otro ejemplo:

"Mi corazón comparte sinceramente vuestra solicitud maternal. Siento que la casa de Tonneins es tan querida para mí como la de Agen; que todas vosotras sois hijas de mi corazón." (620)

"Adiós, mis queridas hijas, mi corazón os guarda con cariño." (535) "Las penas de mis queridas hijas son verdaderamente compartidas por su madre." (668)

Con el paso de los años, se convierte cada vez más profundamente en madre. Siente toda la responsabilidad que tiene hacia ellas.

El 22 de agosto de 1825, invitó a la Madre María del Sagrado Corazón (Águeda) a pedir perdón por los pecados cometidos en su comunidad:

«¡Reparemos a menudo ante nuestro Esposo las infidelidades que cometemos y las de nuestras hijas! Propongo que cada noche, al acostarnos, después de nuestro acto de contrición, hagamos uno por los pecados de nuestra comunidad».

Deseaba que las superiores se preocuparan por el progreso espiritual de su comunidad:

«Trabajemos por nuestro propio progreso y el de nuestras hijas con paz y tranquilidad». (606)

Como «madre», era consciente de la gran responsabilidad que conllevaba. No la asumió para sí misma; fue Dios quien la puso sobre ella. Ella se entrega, se rinde a lo que Él le pide:

«Sí, querida hermana», escribe a la Madre Emilia de Rodat, «abandonémonos, con nuestra pesada carga, en los brazos de nuestro bondadoso Maestro. Él es quien nos ha impuesto esta carga; debemos confiar en su bondad para tener la fuerza para soportarla» (414).

Se queja de «dedicarse demasiado a las obras externas y descuidar el cuidado de su perfección» (417), reconoce humildemente que «necesita que le prediquen sobre la paciencia y la mortificación interior» (443), y a veces se siente «desalentada por su limitada capacidad y, sobre todo, por su falta de virtud» (414). ¡Es ella quien habla! Pero nunca se rinde; confía a la Madre Emilia de Rodat, a la Madre Teresa de Jesús, a la Madre María del Sagrado Corazón... aquello por lo que ella misma se esfuerza: trabajar por su santificación. Aquí abundan las citas.

(La Madre Emilia de Rodat está enferma; le aconseja):

«¡Que tu entrega a la voluntad de Dios lo reemplace todo! Tu perfección en este momento debe residir en esta conformidad: es una virtud que hace santas» (443).
«Elevemos nuestro ánimo en medio de todas las dificultades de nuestro oficio. Sobre todo, no nos olvidemos de nosotras mismas; esforcémonos por ser santas, y nuestras comunidades prosperarán; pues ¿qué no puede hacer una superiora santa por sus hijas?» (465).

Le gusta citar a sus hermanas esta frase del Padre Chaminade, que se esfuerza por vivir según ella:

«Con santas lograremos mucho, pero con religiosas mediocres no lograremos nada, o casi nada» (404).

«¡Ánimo! ¡Trabajemos para formar santas! Pero no olvidemos convertirnos nosotras mismas en santas: una superiora santa podría santificar su comunidad.» (436)

A menudo reconoce que la maternidad es una gran responsabilidad.

«Es una gran carga ser madre... Pero el buen Señor no da hijos espirituales sin dar abundante leche para nutrirlos. Para ello, nutrámonos nosotras mismas mediante la oración, el recogimiento y la unión con Dios.» (458)

«No se puede ser madre sin experimentar los dolores de la maternidad... Pero ¡qué alegría si podemos dar a luz hijas para el Cielo, esposas para el Cordero! ¡Ánimo en medio de todas las contradicciones!» (464)

«La maternidad trae consigo muchas tristezas. ¡Paciencia! Convirtámonos en hijas de la oración, y en esta santa práctica encontraremos nuestra paz, nuestra fuerza, nuestro consuelo.» (466)

«El Señor nunca da hijos a una madre sin darle también la leche para alimentarlos; por lo tanto, ten fe, Él te dará todo lo que necesitas para alimentar a estos queridos hijos. ¡Sé siempre valiente a pesar de las dificultades que encuentres! Imita a Nuestro Señor Jesucristo (...)» (684)

«Cultivar hijos espirituales es, en efecto, difícil.» (420)

Y a la Madre María de la Encarnación, que ostenta la responsabilidad de superiora de Condom, le escribe, revelando lo que ella misma a veces experimenta:

«¡Lleva tu carga con valentía! Confieso que yo también tengo momentos de desaliento al ver la responsabilidad que tengo. A veces lloro.» Pero debemos llevar nuestra cruz: el buen Señor nos la ha impuesto; no aspiramos a este cargo, no lo buscamos, estamos convencidos de nuestra insuficiencia. Tengamos, pues, confianza en que, con la ayuda de la gracia, estaremos a la altura de nuestros deberes, que tememos pero a los que no aspiramos. (579)

No debemos huir de la cruz que el Señor nos presenta, sino abrazarla y apreciarla. (cf. 443) «Esforcémonos por amar la Cruz y guiar a nuestras hijas hacia ella, pues es la cámara nupcial del Esposo celestial». (525)

Amarla: «¡Ascendamos con generosidad a la Cruz, que debe ser la escalera por la cual llegaremos al cielo!».

Si conociéramos el precio de la Cruz, su valor a los ojos de Dios, la abrazaríamos con amor como San Andrés (587).

«Venid, abracemos generosamente la Cruz de nuestro Maestro. Entremos en el camino de los santos» (691).

La Cruz es el signo de la obra de Dios. Para la Madre Adela, «las casas fundadas sobre el Calvario son las más sólidas» (415 y cf. 580).

«La vida está en la Cruz, la salvación está en la Cruz» (602).

«Solo la Cruz puede llevarnos al Cielo» (683).

Desear la voluntad de Dios en todo (655, 725, 727, 735), aceptar la cruz que se presenta como la que Dios envía (esta cruz que, para una superiora, puede ser simplemente dejar de ser ella misma durante el retiro para estar con sus hermanas (444)), tal es el sentimiento íntimo de su corazón. Es la conformidad con Jesucristo lo que la lleva a escribir:

«¡Conozcamos solo a Jesús crucificado! Crucifiquémonos con Él aquí en la tierra si deseamos reinar allá en el Cielo». (667)

«Si conociéramos el precio del sufrimiento, ¡no dejaríamos que nada se perdiera! ¡Es más precioso que la verdadera Cruz! ¡Bienaventurado aquel que ha entrado verdaderamente en este conocimiento del Crucifijo!». (704)

Y allí, al pie de la Cruz, encuentra de nuevo a María, cuyas profundas actitudes busca hacer suyas:

«Veamos las cosas con los ojos de la fe y permanezcamos como María». «De pie al pie de la Cruz». (568)

Cada vez más, vivía sus votos (véanse las notas de su último retiro en 1827). Ella recomendaba la práctica de la pobreza, y cuando sus comunidades atravesaban dificultades económicas, se entristecía, pero sabía cómo recordarles su voto de pobreza:

«Hemos hecho voto de pobreza; aprendamos a sobrellevarlo si el buen Dios quiere que lo experimentemos. Así, no hay motivo de preocupación. Quien alimenta a los pájaros alimentará a sus hijos si se abandonan a Él con confianza». (616)

«Comparto vuestras preocupaciones. Se las presento al buen Padre. ¡Abandonémonos a la Providencia! (...) Aprovechemos la oportunidad de poner en práctica lo que hemos prometido: ¡la santa pobreza!». (697)

Su forma de vivir la obediencia era estar al servicio de sus hermanas:

«Considerémonos servidoras de las almas (de nuestras hermanas), obligadas a servir las, a estar a su disposición y voluntad; de esta manera demostraremos obediencia habitual a pesar de nuestra superioridad. (465)

La obediencia le resulta particularmente difícil cuando tiene que interrumpir sus actividades:

«El buen Padre me envió, en vísperas de la renovación de mis votos, una obediencia muy dolorosa: la de no celebrar más ninguna clase de conferencia, ni privada ni general (...) El buen Dios tiene sus planes; Reconozco Su voluntad, siempre justa y siempre adorable, en la de mis superiores. (523)

Ella exhorta a sus comunidades a vivir en obediencia:

«Por lo tanto, les lanzo el desafío: de la atención a morir en santa obediencia». Veamos (Tonneins o Agen) cuál de las dos comunidades nos impulsa a trabajar allí con más ahínco, especialmente en las pequeñas cosas, según nuestra voluntad, por cuál de las dos progresa más rápidamente, en verdad y ardor, a morir allí, en las ocasiones cotidianas que la Providencia nos brinda: ser interrumpidos tres o cuatro veces en una ocupación que nos agrada; ser sometidos a un remedio que nos incomoda... (572)

Lo que subyace a todo es el amor al Esposo:

«Abandonar el ego: eso es lo que verdaderamente consume la alianza con el sagrado Esposo.» (592)

«¿Cuándo estaremos sin reservas para nuestro Amado?» (...)

«¿Cuándo viviremos finalmente por la fe?» (609)

«Todo por el Amado de nuestros corazones.» (636)

«Ven, querida hermana, ya no nos dediquemos a nosotras mismas, sino todo a Dios.» (663)

«Seamos enteramente de Dios y muramos a nosotras mismas para que vivamos solo para el Esposo celestial.» (706)

Amor al Esposo, amor también a María, porque solo podemos complacer a nuestro Esposo celestial amando a su Madre, a quien Él ama tanto y a quien ha hecho dispensadora de sus gracias.» (574)

Por eso le escribe a la Madre Luisa de Gonzaga, de las novicias de Burdeos: «Maestra:

«Me parece que aún no hemos tenido suficiente devoción a la Santísima Virgen: deberíamos inculcársela más profundamente en el corazón de nuestros hijos. ¡Haced todo en nombre de María!» (688)

Todo este programa solo puede vivirse con fe y confianza. Por eso le escribió a la Madre María José:

«Es fundamental que una superiora no vea ni juzgue nada según la naturaleza humana, sino únicamente según la fe y el espíritu de Dios». (523)

A la Madre Luis de Gonzaga le dijo:

«Una vida de fe en su esencia; susténtate con la oración, con la Sagrada Comunión. Una vida interior, una vida de fe, oculta en Dios: esta es la vida que mi querida Gonzaga debe vivir». (584)

Al año siguiente le escribió de nuevo:

«Fortalezcamos nuestro valor con los pensamientos de la fe: actuemos siempre a la luz de Su luz; consideremos todo a través de Sus ojos y no a través de los de una naturaleza que nos ciega y nos seduce». (669 cf. 733-520)

Confiemos en Dios; solo Él puede tocar los corazones, solo Él hace más que todas las criaturas juntas:

«¡Cuán cierto es que no debemos apoyarnos en un brazo humano! Solo Dios puede hacer más por el bien de nuestras almas que todas las criaturas juntas». (605)

Ella llama constantemente a sus hijas a este camino al que se ha entregado fervientemente: el camino de la santidad.

«Convertirse en santas» es un tema recurrente en sus cartas:

«Mi corazón desearía expandirse, hablarles a todas, pero no tengo tiempo; pero sí tengo tiempo para decirles que quiero que sean santas. ¡Sean piedras pulidas, toscas, para que puedan ser colocadas en el edificio celestial! ¡Sean golpeadas con cinceles y martillos, troncos sin forma, para que lleguen a ser copias de los santos y, especialmente, del Santo de los Santos!». (578)

«Esforcémonos sinceramente por llegar a ser santos». (594)

«¡Cuánto debéis esforzaros para llegar a ser santos, pues los apóstoles que convirtieron al mundo fueron todos santos!». (535 cf. 560, 632, etc.)

Este mismo mensaje lo transmite en su última carta:

«No puedo escribir más extensamente debido a mi sufrimiento. Mi corazón os aprecia a todos, comparte vuestro dolor y desea que seáis santos». (736)

«Debemos convertirnos en santos», se esfuerza, y en sus últimos meses, mientras la enfermedad la debilita e impide concentrarse en cualquier pensamiento o reflexión, observa humildemente que se acerca a la eternidad sin poder atenderla. Por lo tanto, no hay que esperar hasta el final para hacerlo. ¿Acaso no ha dedicado su vida a prepararse para el encuentro con el Amado?

Esto es lo que anota:

«Mi salud se deteriora; tengo una fiebre baja persistente que me debilita física y espiritualmente, pues siento que mi mente está débil y poco capaz de actuar con la serenidad que mi posición exige». (644)

Diez meses después, le escribió a la Madre María del Sagrado Corazón:

«Mi salud no mejora. Estoy débil y sufro constantemente, apenas puedo comer y aun así sufro... Pero esto me quita las ganas de rezar: lo hago todo a la fuerza. ¡Ay! Voy a la eternidad sin haberme preparado adecuadamente: no se debe esperar a estar enfermo para pensar en prepararse». (728)

Ella, que amaba meditar y animar a otros a meditar en el Evangelio de las vírgenes prudentes e insensatas, tenía su lámpara llena cuando el Amado vino a su encuentro. Lo recibió con una suprema oleada de amor, exclamando: «¡Hosanna al Hijo de David!». Acababa de entrar en la alianza eterna con el Esposo.

Hna. María Joëlle BEC F.M.I.

MADRE ADELA y EI CARMELO

I.- La atracción por el Carmelo

1. Una muñeca vestida de carmelita

Desde muy pequeña, Adela sentía una profunda admiración por las Carmelitas, como relata su prima Elisa de Casteras en sus Memorias:

«El deseo de apartarse del mundo y consagrarse por completo a Dios fue uno de los primeros instintos de la joven Adela; incluso desde muy temprana edad, dado que su familia era muy cercana a estas santas mujeres, oía hablar de ellas con frecuencia. Disfrutaba vistiéndola a su muñeca de carmelita y, como aún no sabía escribir, se entretenía garabateando en un papel, diciendo que le escribía a un clérigo que visitaba a las Carmelitas, y guardó una colección de esta supuesta correspondencia». Positio, pág. 517

Cabe preguntarse qué significan estos lazos familiares con las Carmelitas.

¿Había oído hablar Adela de las Carmelitas de Agen?

El 1 de octubre de 1972, la comunidad se vio obligada a dispersarse: en aquel entonces, estaba compuesta por 21 miembros del coro. 5 hermanas laicas. La priora y 5 religiosas se refugiaron en Zaragoza, en el convento carmelita, donde permanecieron hasta su muerte. Las otras 20 carmelitas se quedaron en Agen. El señor Despans ofreció hospitalidad a una religiosa muy anciana y enferma, y a otras 6 autorizadas a quedarse para cuidarla. Conservaron su hábito religioso, cubriendo el resto con otra prenda. Se reunían para el rezo del Oficio Divino, los ejercicios religiosos y las comidas. Pronto, se volvieron inseparables. Amigos devotos las escondieron cuando se emitió una orden de registro. En 1807, compraron una humilde casa donde retomaron su vida solitaria y de clausura. En 1841, se inauguró un convento carmelita reconstruido.

También es posible que Adela oyera la historia de las religiosas carmelitas de Compiègne que murieron en el cadalso en París el 17 de julio de 1794.

«Arrestadas por permanecer juntas tras la supresión de su monasterio, llevadas ante el Tribunal Revolucionario, una de ellas, según se cuenta, tuvo la presencia de ánimo...» Ella le preguntó a Fouquier-Tinville qué quería decir con el término «fanáticas» que usaba para describirlas, y ante su respuesta: «Vuestro fanatismo es vuestro necio apego a vuestras estúpidas prácticas religiosas», ella exclamó: «¡Oh! Hermanas mías, lo habéis oído: estamos condenadas por nuestra religión... ¡Qué alegría morir por nuestro Dios! (...). Al pie del cadalso, renovaron sus votos y entonaron el Veni Creator, que solo cesó con el último».

2. Deseo de permanecer en España para ingresar en la orden carmelita (exilio en España del 23 de septiembre de 1800 al 4 de noviembre de 1801)

En la fiesta de la Epifanía de 1801, Adela recibió su Primera Comunión en la iglesia de Santa María de San Sebastián. Esta iglesia está junto al convento carmelita. ¿Podría ser que Adela y su madre fueran a rezar con las religiosas?

Sin embargo, en agosto, pocas semanas antes de partir de España, Adela expresó a su madre su deseo de permanecer en San Sebastián para ingresar en la orden carmelita (que aún no se había restablecido en Francia).

Su madre logró convencerla de regresar a Francia con su familia, tras asegurarle que, si la orden no se restablecía en Francia, podría volver a España para ingresar en ella al alcanzar la mayoría de edad. (cf. Positio 522)

Cabe destacar que, a su regreso, Adela quedó particularmente impactada por la desolación que encontró en los pueblos y el campo que recorrió.

3. Reglas de vida espiritual

En 1802, Monsieur Ducourneau, un religioso que se preparaba para el sacerdocio al estallar la Revolución, llegó al castillo. Vino a Trenquelléon para hacerse cargo de la educación de Carlos, el hermano menor de Adela.

En 1802, a los treinta y siete años, «sus cualidades intelectuales y morales, su vida disciplinada y su piedad pronto se ganaron la confianza del castillo».

Adela, por aquel entonces, solo soñaba con el convento carmelita. Siguiendo el consejo de su madre, que la acompañaba, le pidió al señor Ducourneau un reglamento adaptado a su situación y a sus planes de futuro [Ver en Cartas de Adela, final del Vol 1].

En este reglamento, el señor Ducourneau hacía hincapié en el amor a Dios, en evitar las malas compañías, en la obediencia a los padres, en la caridad, en cultivar su vivacidad, en el amor a la soledad, en la modestia, en el trabajo manual, en la humildad y en la pobreza.

Le permitía comulgar cada ocho días, en determinados horarios.

Las fiestas del año, tras una confesión «sencilla, ingenua y sincera» el día anterior.

El artículo 11 recomienda: media hora de oración por la mañana y por la tarde, las horas del Oficio Divino de la Santísima Virgen María, la Misa matutina, un cuarto de hora de lectura espiritual, el examen de conciencia a media mañana, un poco de descanso, trabajo, una breve lectura antes de la oración vespertina, el Rosario ocasionalmente, la oración vespertina en familia y un examen de conciencia.

Le aconsejó leer: el Evangelio, La Imitación de Cristo, las Vidas de los Santos, otros libros espirituales populares o cualquier otro libro elegido por su madre.

Siguiendo esta instrucción, Adela escribió:

«Me propongo rezar el Sub Tuum cada día por la persona que me dio esta instrucción (...)
Me propongo dedicarme principalmente a la práctica de la humildad, la mansedumbre y la

obediencia, renunciar a mi propia voluntad y, finalmente, dedicarme a la práctica de todas las virtudes, especialmente las más necesarias para mi estado actual y para el Carmelo. Jesús, Santa María, San José, Santa Teresa, San Bernardo, rueguen por mí (...) para recordar siempre lo que quiero ser, para someterme con prontitud a lo que Papá y Mamá me pidan».

Adela tenía apenas trece años cuando comenzó a seguir este reglamento, diseñada para prepararla para ingresar en la orden carmelita.

4. Preparación para la Confirmación

El 17 de octubre de 1802, la sede episcopal de Agen, vacante durante varios años, recibió al obispo Jacoupy como su nuevo obispo. Una de las primeras preocupaciones del nuevo párroco fue administrar la Confirmación a los jóvenes cristianos que lo deseaban.

Adela tenía trece años y medio. Aceptó con alegría la propuesta de su madre, quien acababa de ser informada de la intención del obispo (cf. Positio, p. 522).

Para prepararse para recibir el don del Espíritu Santo, el Espíritu que dispone a la misión y al testimonio, pidió permiso a su madre para vivir un tiempo con las religiosas carmelitas que se habían reunido en secreto en Agen. Su madre accedió, una decisión que más tarde sería criticada: ¿acaso no quería influir en el futuro de su hija?

Adela pasó seis semanas con las carmelitas de Agen. Dado que la clausura no se había restablecido, siguió las oraciones y actividades de las religiosas. Experimentó una gran alegría en ello. Durante toda su vida conservaría

El recuerdo de la celebración de este sacramento el 6 de febrero de 1803.

Durante esta estancia, descubrió la orden carmelita desde dentro; su deseo de consagración a Cristo se profundizó, mientras que el don del Espíritu Santo que recibió la abrió aún más a las necesidades del campo, necesidades de las que se había percatado durante su viaje por el suroeste tras su regreso del exilio.

El mismo día de la confirmación, el obispo invitó a los confirmandos y a sus padres a su mesa. Adela se sentó junto a Juana Diché. Las dos jóvenes entablaron una amistad tan fuerte que sus padres lo notaron. Monsieur de Trenquelléon sugirió a Monsieur Diché que enviara a su hija a pasar unos días en el castillo durante las vacaciones. Entre Adela y Juana floreció una amistad duradera, que cultivaron mediante una correspondencia regular en la que se animaban mutuamente a vivir su vida cristiana y a ser testigos de Jesucristo en sus respectivas comunidades. Tanto es así que, en agosto de 1804, mientras las dos amigas pasaban unas vacaciones en el castillo, el señor Ducourneau propuso la creación de una asociación espiritual cuyo propósito sería prepararse para una buena muerte y trabajar por la recristianización del campo.

«Cada miembro se esforzará, en la medida de lo posible, por centrarse en una persona de su mismo sexo, para ganarla para Dios e inspirarle el deseo de servirle y de alcanzar la salvación». Artículo 11 Reglamento de la «Pequeña Asociación» [Ver en Cartas de Adela, final del col 1].

Las dos amigas aceptaron la propuesta y rápidamente reclutaron miembros; Juana y Adela se convirtieron en las líderes de la «Pequeña Asociación», un movimiento que se desarrollaba principalmente a través de cartas. El 23 de abril de 1805, Adela seguía siendo la principal organizadora, ya que Juana acababa de casarse con el señor Belloc. Juana, sin duda, continuaría participando activamente en la asociación, pero en un papel secundario.

5. Confianza en Santa Teresa

No conservamos la correspondencia entre Juana Diché y Adela antes y al inicio de la fundación. Sin embargo, podemos observar que todas las cartas de Adela llevan las iniciales J.M.J.T. (Jesús, María, José, Teresa). Esto demuestra la importancia que le otorgaba a Teresa de Jesús. ¿Acaso no la invocó también al firmar la regla de vida espiritual preparada por el Sr. Ducourneau?

Reconoció las necesidades espirituales de Francia.

Fundó una asociación para la recristianización de las zonas rurales.

Juana acababa de cederle la dirección de esta asociación y, unos meses después, en octubre de 1805, le escribió a Águeda, hermana de Juana:

«Nos acercamos a la fiesta de Santa Teresa. Me han prometido que ese día seré admitida al banquete celestial; ruego a Dios que me prepare dignamente. La celebraré con la intención de conocer mi vocación.» (22.4)

¿Acaso las cosas no están tan claras como hace cuatro años? En contacto con la realidad, con las necesidades de la vida rural, ¿no evoluciona la consagración a Jesucristo hacia una vida más apostólica, conservando al mismo tiempo cierta dimensión contemplativa?

Tres años después, Adela comenzó a cartearse con el fundador de la Congregación Mariana de Burdeos. La asociación se convirtió en una rama de la Congregación, profundizando su dimensión misionera, sin perder, sin embargo, sus profundas raíces en el amor de Cristo, lo que condujo a la fundación de las Hijas de María el 25 de mayo de 1816.

Antes de concluir esta sección, consideremos el origen del lugar especial que Adela otorgaba a Santa Teresa y a las Carmelitas en su espiritualidad.

Probablemente se deba a su madre, quien poseía un libro sobre la vida y obra de Santa Teresa (véase Positio, p. 65). También pudo deberse a la estima que la familia sentía por los carmelitas y a lo que se decía del Carmelo en casa.

En cualquier caso, en 1805, cuando Adela rezó a Teresa para obtener guía en su vocación, conocía la vida de esta santa y deseaba imitarla, como atestiguan estos versos:

«Les propongo hoy, además de los "actos" de la semana, seis actos de humildad en honor al tiempo que Santa Teresa pasó en aridez espiritual. Nos humillaremos ante Dios, reconociendo que merecemos todas las privaciones, puesto que Santa Teresa fue probada de esta manera». (22.4)

II. RELACIONES con los Carmelitas después de la Fundación

Cuando Adela y sus amigas se instalaron en el Refugio, los Carmelitas ya no se encontraban en la casa del Sr. Despans, donde Adela había realizado su retiro de confirmación. Sin embargo, las relaciones con los Carmelitas continuaron.

En octubre de 1816, los Carmelitas informaron a la Madre Adela del precio de un ornamento (309.9).

Tras la fundación, el Padre Mouran, amigo del Padre Chaminade, fue nombrado superior y confesor de la comunidad de Agen. También se hizo cargo de la orden carmelita (724.6).

En 1825, la Madre Adela recibió una circular de las carmelitas con una necrológica de una de ellas fallecida esos días, y le escribe a Lolotte de Lachapelle comentando que sería bueno que también las Hijas de María informaran y escribieran algo tras el fallecimiento de una hermana (582.15).

Finalmente, es la superiora de Tonneins, Madre M. del Sagrado Corazón, quien pide a Madre Adela que escriba una carta a las carmelitas de Agen contándole una cosa (676.1).

Por otro lado, algunas miembros del Instituto se han convertido al Carmelo, en particular Sor Elena: «Sor Elena es muy feliz allí y es religiosa profesa desde hace mucho tiempo» (693.4).

Y es basándose en este éxito que Madre Adela recomienda el Carmelo a Sor Angélica en la misma carta.

Carmelitas o Hijas de María: este era el dilema al que se enfrentaba Sor Célestina en 1820. El Padre Chaminade, en una carta dirigida a ella, le aclaró las dos «rutas», comparando la Orden Carmelita y la Nueva Orden.

Ambas instituciones comparten el mismo objetivo: guiar a las personas hacia la máxima perfección, pero por caminos diferentes. El Instituto traza el camino que debemos seguir para alcanzar a Dios y unirnos a Él; las religiosas trabajan con diligencia, se santifican mediante el retiro y el silencio religioso, y trabajan activamente por la santificación del prójimo. En cambio, las carmelitas revelan el camino por el cual Dios se acerca a su creación y se comunica con ella; su vida está llena de largos servicios, largas oraciones, soledad y oración por el mundo. (Chaminade. Cartas. 11.7.1820 - n.º 142)

Es a la luz de estos detalles, creo, que debemos comprender una reflexión de la Madre Adela unos años después:

«(...) El Instituto no debería recibir sujetos inútiles; hay otras Órdenes, como el Carmelo, donde esta santa joven podría santificarse.» (692.1 y cf. 693.4)

Esta joven probablemente no era apta para el apostolado, pero sí perfectamente capaz de participar en la vida carmelita. La Madre Adela tenía en alta estima al Carmelo como para enviar allí a alguien que, a su juicio, no era apta para su vocación.

Así pues, a lo largo de su vida, la Madre Adela permaneció cercana al Carmelo. Ahora intentaremos ver cómo se refleja esto en su vida cotidiana.

III. PRÁCTICAS CARMELITANAS IMPORTADAS

Siendo una joven adolescente, Adela se vio profundamente influenciada por su Primera Comunión y su Confirmación. Por consiguiente, adoptará del Carmelo prácticas que la encaminan o fomentan una vida de fe, de intimidad con el Esposo y apertura al Espíritu Santo.

La cita de las 3 de la mañana. (La congregación de Burdeos, en sus orígenes, no parece estar familiarizada con esta tradición. No se menciona en ningún texto del período inicial (1801-1809) cf. Revista Internacional n.º 3, p. 20 y ss.

Una de las costumbres de las carmelitas de Agen especificaba que a las tres de la tarde sonaría la campana para conmemorar la muerte del Señor: cada religiosa, postrada en su celda, se unía al Señor por un momento y luego retomaba su labor en oración. Adela menciona el ritual de las tres de la tarde varias veces en sus cartas (52.9 + 61.7 + 74.9 + 158.7).

El Reglamento de la «Pequeña Asociación» estipulaba (n.º 8):

«A las tres de la tarde, las asociadas se reúnen cada día, en espíritu, en el Calvario, para adorar la muerte de Jesucristo, unirse a Él y realizar un acto de amor». para las sagradas llagas del Salvador. Esta práctica es completamente interna y puede realizarse sin interrumpir las ocupaciones, ni siquiera la compañía de quien se encuentre».

Adela debió haber visto esta práctica de lectura espiritual entre las carmelitas, pero el señor Ducourneau ya le había dado un lugar importante en el reglamento de vida espiritual que le había dado.

Los papelitos con los dones del Espíritu Santo. Otra práctica que se usaba en el Carmelo, al parecer, una práctica adecuada para mantener una vida en el Espíritu.

Esto es lo que Adela escribió a Águeda Diché en mayo de 1806:

«Espero pasar el santo día de Pentecostés contigo. Haremos papelitos con los dones y frutos del Espíritu Santo y los sacaremos para ver cuál le corresponde a cada una». (40.7)

El Santísimo Sacramento. Cuando la Madre Adela funda una congregación, recuerda la alegría de Santa Teresa, en sus fundaciones, al instalar el Santísimo Sacramento.

«¡Oh, cuánto deberíamos amar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento y apreciar la alegría de tenerlo en nuestras casas! Santa Teresa apreció, en sus fundaciones, especialmente la alegría de colocar a Jesucristo en un nuevo altar. (711.3)

Los santos carmelitas también encuentran su lugar en la vida de Adela (volveremos sobre esto), así como en la de Elías, con quien el Carmelo está vinculado, y en la de Eliseo.

«El profeta Elías no reconoció la presencia del Señor en medio de un fuerte viento, sino en una suave brisa.» (8.3)

«Rogemos al Señor que nos imponga el manto de sus virtudes, como el profeta Elías lo hizo con Eliseo.» (185.3)

«¡El buen Padre arde de celo por la gloria de Dios! Seamos sus verdaderos hijos: como otros Eliseos, pidamos su doble espíritu.» (713.2)

San Juan de la Cruz.

«Toma este lema de San Juan de la Cruz (...) 'Sufrir y ser despreciado'». (468.3)

Madame Acarie

«Como tú, encuentro muchas virtudes en Madame Acarie; intentemos sacar el máximo provecho de nuestra lectura». (22.3)

Santa Magdalena de Pazzi, y finalmente Madame Luisa de Francia, ocupan un lugar destacado.

«Actuemos siempre con esa escrupulosa economía que teme ofender un voto que debería sernos precioso. ¡Madame Luisa de Francia lo amaba tanto!». Todas las santas religiosas la han hecho su virtud favorita. «¡Seamos pobres en todo!» (428.5)

[Princesa Luisa María de Francia (1737–1787), hija menor del rey Luis XV y de la reina María Leszczyńska. En 1770 sorprendió a la corte de Versalles al abandonar la vida palaciega para ingresar en el convento de las carmelitas descalzas de Saint-Denis, donde tomó el nombre de Madre Teresa de San Agustín. Llegó a ser priora de la comunidad y destacó por su radicalidad y rigor en la vivencia de la pobreza evangélica y la observancia de la regla carmelitana, lo que la convirtió en un referente de virtud religiosa en la Francia del siglo XVIII y principios del XIX].

Otra práctica, introducida después de la Fundación, consistía en escribir dichos de santos, figuras espirituales y pasajes de las Escrituras en tarjetas pegadas a la pared, con el fin de fomentar la reflexión interior. (412.5)

Además de estas costumbres, existen otras más externas: los nombres religiosos (Santa Teresa parece haber sido la primera en practicarlo) (233.9), las categorías de hermanas (hermanas de coro y hermanas compañeras o hermanas laicas) (353.5), el confesor ordinario y el confesor extraordinario.

«Sr. Laumont es el confesor extraordinario de la comunidad; es decir, nos confesamos con él cada tres meses (347.7).

El manto del coro (353.14)

La vidriera de la comunión (441.2)

La sala con un oyente (476.5)

El recinto (326.4)

El cementerio del convento.

«Tenemos permiso para enterrar aquí. Está en la iglesia antigua, detrás de la sacristía, que es nuestro cementerio» (462.7).

Un colchón de paja

Zapatos de cuerda (589.6)

Sin embargo, a diferencia de las carmelitas, las hermanas no tienen celdas individuales; duermen en un gran dormitorio. No trabajan individualmente, sino siempre juntas.

«No tenemos celdas; varias dormimos en una misma habitación hasta que podamos tener un dormitorio único. Debemos trabajar siempre juntas, en silencio y recogimiento, cuando nuestros ejercicios y labores nos lo permitan.» (472.3)

Estos últimos puntos están sin duda inspirados en la Regla de San Benito. La Madre Adela escribió a la Madre Emilia de Rodat:

«Nuestras Constituciones son nuevas, pero se basan en la Regla de San Benito y, sobre todo, en la de San Ignacio.» (346.11)

Finalmente, la Madre Adela concede gran importancia al trabajo manual:

«El trabajo manual se nos exige con mucho rigor y con mayor imperativo que la oración.» (346.11)

IV. La influencia del Carmelo en algunas áreas esenciales

a) La oración

Hemos visto que Adela dedicaba media hora a la oración cada mañana y cada tarde desde los trece años.

Admiraba a Santa Teresa, en quien veía a una mujer de oración.

«¡Oh! ¡Si tan solo comprendiéramos el valor de la oración, de esta íntima conversación con el Esposo Celestial, las gracias que Santa Teresa recibió allí! Fue allí donde extrajo la dulzura de esa sublime doctrina que compartió con sus hijas. Vayamos y bebamos de esa misma fuente.» (456.6)

«Esforcémonos por ser hijas de la oración. Fue en la oración donde Santa Teresa, San Francisco de Asís y otros extrajeron la luz para guiar a su amado rebaño. Oremos mejor, seamos más reflexivas, más unidas a Dios en nuestras acciones. Hagamos como el buen Padre: un momento de reverencia antes de hablar y responder.» (565.2)

La oración, una conversación íntima con el Señor, un lugar de gracia, un lugar donde encontramos luz y fortaleza para nuestra misión.

«Nutrámonos con el alimento espiritual mediante la oración, el recogimiento y la unión con Dios». (458.3)

«Encontremos nuestra fortaleza en Dios mediante la oración». (539.2 y 543.13 + 621.7)

Esta oración continúa a lo largo del día.

«¡Cuánto deseo que la hija de mi corazón sea hija de la vida interior, escondida en el adorable corazón del Esposo, haciéndole a Él el único guardián de sus secretos, conversando con el Amado habitualmente a lo largo del día!» (591.2)

Le escribe a una novicia:

«Que mi querida Gabrielle sea hija de la oración, y de la verdadera oración, sin ilusiones, buscando únicamente a Dios y no sus consuelos, su voluntad, sencillamente, ¡una sola!» (552.3)

Una hija de la oración, de una oración que aprendió de Santa Teresa antes de ser animada en ella por el Padre Chaminade. ¿Acaso no tiene el acento de Santa Teresa cuando comenta este acto propuesto por Juana Diché, cuando solo tiene 17 años?

«¡Ay, Dios mío, cómo podría estar en paz, tan lejos de mí y yo tan lejos de ti!»
(...)¿Cómo podríamos encontrar la paz ni un instante, estando en desgracia y sumamente alejados del único bien de nuestras almas? (57.1.2)

Y para vivir de la oración, recomienda el retiro, el silencio.

Al principio, Adela veía el silencio, la soledad y el desierto más como formas de morir al mundo engañoso y sus vanidades. El claustro le parecía un paraíso, un refugio con Dios y los santos. Poco a poco, percibió el silencio como el medio para escuchar a Dios.

«Jesús nace en la oscuridad de la noche: aprendamos de esto a amar la vida oculta en Dios, a huir del mundo y a amar la soledad y el silencio». «Es en la soledad donde Dios habla al corazón» (60.5).

¿Acaso no podemos ver también aquí la influencia de San Juan de la Cruz, quien nos dice que fue en el silencio de la noche donde el Hijo de Dios, el Verbo eterno, entró en este mundo para comenzar la obra de nuestra Redención?

Adela recomienda el silencio a sus compañeras:

«Las vírgenes cristianas, las esposas de Jesucristo, deben encontrar gozo en la soledad; es allí donde oyen la voz del Amado» (184.4).

Con la fundación, heredó del padre Chaminade un método para guiar a otros por los caminos de la vida espiritual. Buscó iniciar a sus hermanas en la práctica de los cinco silencios (palabras-signos: imaginación, mente, pasiones). El silencio es la primera virtud que más tarde enseñaría a las novicias. Escribiría un catecismo de silencios.

b) Mortificación, sufrimiento y los enfermos

En los escritos de Adela, encontramos dos aspectos relacionados con la mortificación:

el sufrimiento para someter la propia naturaleza, para expiar los pecados. Esto no es teresiano; es más bien la influencia de la época. A esto, añade paciencia, mansedumbre y silencio, que aprendió de San Francisco de Sales.

El otro aspecto es teresiano: la mortificación, la aceptación del sufrimiento para imitar al Salvador.

«Que imitemos las virtudes que nos predicó desde su pesebre, y especialmente la pobreza y la mortificación». (467.6)

«¿Estaríamos dispuestos a llevar una vida pacífica y feliz en la tierra, mientras nuestro amado Salvador y todos los santos vivieron una vida de cruz y sufrimiento? ¡Qué vergüenza ser un miembro delicado bajo una cabeza coronada de espinas!» (19.4)

«Nadie en este mundo está exento del sufrimiento: suframos, pues, en compañía de Jesucristo...» (260.4)

«Suframos por Dios» (277.4)

A la hermana Dositea le escribió:

«Me entristece ver que tu salud sigue deteriorándose, pero el buen Señor sin duda tiene sus planes. Él quiere que seas esposa de la Cruz. Quiere que sigas los pasos de tantos santos que dedicaron sus vidas a sufrir las enfermedades más crueles y que, sin embargo, tienen como testigo a la gran Santa Teresa, trabajando para la gloria de Dios.» (617.5)

Finalmente, en dos ocasiones cita el lema de Santa Teresa: «Sufrir o morir» (401.4 + 434.2).

La enfermedad es una visita del Señor (553.2 + 654.4).

En cuanto a los enfermos, siguiendo a Santa Teresa, ella los considera una fuente de bendición para las comunidades. Ahora bien, desde sus inicios, Agen fue azotada por la enfermedad.

«Nosotros también siempre tenemos enfermos, pero Santa Teresa los llama la bendición de una casa» (654.4, 472.8).

«Leí el otro día que los enfermos eran una fuente de bendición para las comunidades y que hacían más por su bien que muchas personas activas. Ya veremos».

«Piensa en las cosas con los ojos de la fe y permanece, como María, al pie de la Cruz» (568.3).

Respecto a la enfermedad, quisiera señalar que, a diferencia de la gente de su tiempo, la Madre Adela mantenía un sano equilibrio. Estaba atenta a la salud de los enfermos, se acercaba a ellos y recomendaba al administrador que se les ofrecieran productos lácteos endulzados durante la Cuaresma. Ciertamente, hay que aceptar la enfermedad si surge, pero hacer todo lo posible por mantener o recuperar la salud para el servicio de la misión.

C. La pobreza

A Adela le gusta recordar los fundamentos de Santa Teresa cuando ella o sus hermanas experimentan la pobreza. En este caso, Teresa se encuentra en compañía de Juana de Chantal.

«Ama la santa pobreza. Creo que el buen Dios quiere ponernos a prueba en esto, pero las Teresas nos han precedido en este noble camino; ellas contrajeron grandes deudas, al igual que sus comunidades». «Gran confianza en Dios, abandono a su Providencia» (541.5) (cf. 487.4 + 697.5)

Teresa es como un faro en su vida, una santa en quien le gusta centrar su mirada. Una santa que, junto con otras, pero especialmente con Clara y Chantal, allanó el camino. Una santa a quien admira y a quien desea seguir:

«Estamos en el camino de las Teresas, las Claras, las Chantales: inspírense en estos modelos de santidad, hagámonos santas» (480.3 489.6 + 627.4)

Y puesto que Teresa es como una hermana mayor que la precedió, acude a ella para orar y pedirle que la ayude a discernir su vocación (22.4).

Anima a las hermanas de Tonneins a orar a Santa Teresa, así como a María y a San José, por la hermana Luisa María, quien Pronto morirá. (459.3)

Además, nos invita a invocarla cuando siente que se necesita una profunda conversión en Condom:

«Invoquemos a nuestra gran Santa Teresa; es una buena patrona de las reformas». (611.6)

El Carmelo, a través de Santa Teresa en particular, está muy presente en la Madre Adela. Ha ejercido una profunda influencia, brindándole luz, confianza y experiencia en el nuevo camino al que el Señor la llamaba a ella y a sus hermanas.

Hna. María Joëlle BEC F.M.I.

LA ACCIÓN APOSTÓLICA de ADELA

desde la Confirmación a la Fundación de las Hijas de María

Hoy en Francia, la Confirmación se administra casi siempre a jóvenes de entre 16 y 20 años; jóvenes para quienes, por lo tanto, Jesucristo es Luz y Vida; jóvenes deseosos de acoger al Espíritu Santo para ocupar su lugar en la Iglesia y en el mundo. Ciertamente, el Espíritu Santo se recibe en el Bautismo, pero en la Confirmación, el Espíritu Santo viene para convertirnos en piedras vivas y activas de la Iglesia, el Espíritu Santo viene para hacernos nuevas criaturas llenas de dinamismo al servicio de la misión.

Para Adela, la Confirmación fue un momento verdaderamente poderoso, preparado durante mucho tiempo por el amor de Cristo, una vida de fe, oración y atención a los demás a la que su madre la había inculcado desde su más tierna infancia, y más directamente por un retiro de seis semanas con las religiosas carmelitas de Agen, que se habían reunido en secreto.

El 6 de febrero de 1803, el obispo Jacoupy, nuevo obispo de Agen, invitó a todos los jóvenes que acababa de confirmar, junto con sus padres, a su mesa. Esta afortunada iniciativa permitió a Adela conocer a Juana Diché. Las dos adolescentes, Juana unos años mayor que Adela, se hicieron amigas. Hablaban de Cristo, de su vida de fe, de su entorno... y decidieron escribirse (Adela vivía en Trenquelléon, en el campo, y Juana en la ciudad de Agen) para animarse mutuamente a integrarse más plenamente en la Iglesia y a abrirse a la acción del Espíritu en sus vidas. Escuchemos lo que escribe dos años después a Águeda, la hermana de Juana, quien recibió la confirmación al mismo tiempo:

«Lo que nunca debemos dejar de cultivar en nosotras es el amor a Dios. El día que recibes mi carta es el día en que este amor del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo, descendió sobre nosotras. Atesoremos el recuerdo de un día tan feliz. Esforcémonos por reavivar, si hemos tenido la desgracia de extinguirla, la llama del amor divino que el Espíritu Santo vino a encender en nuestros corazones en este día. (1.3)

Sí, la Confirmación marcó de manera irreversible la vida de Adela. Y para ella, como para la Iglesia, está íntimamente ligada a la gracia de su Bautismo. Celebra fielmente su aniversario, como atestiguan estas cartas:

«El día que recibes mi carta, mi queridísima amiga, es el aniversario de mi Bautismo... ¡Qué hermoso día para mí, el día en que adquirí, en esta condición, el derecho a la herencia celestial! ¡Cuántas gracias, querida amiga, no nos hace partícipes de esta augusta condición de cristianos?» «Ojalá bastara con ser miembros de Jesucristo, con tener la alegría de ser alimentados por su adorable carne.»

«¡Oh, el bendito compromiso que hicimos en nuestro bautismo! Renovémoslo con todo nuestro corazón; comprometámonos de nuevo al amor y al servicio de Dios; Caminemos bajo el estandarte de la Cruz.» (104.2.4.5)

«Voy a prepararme para mi bautismo y aniversario de nacimiento, que es el 10 de junio. Tendré 25 años». (230.4)

Ella está agradecida por esta extraordinaria gracia del bautismo. Se maravilla ante él, le da gracias y busca permanecer fiel amando cada vez más a su Señor, su Esposo, como ella lo llama, y poniéndose al servicio de su prójimo. Alimenta este amor a Dios y a los demás asistiendo a la Eucaristía tan a menudo como le es posible. En la Nochebuena de 1800, cuando su madre la llevó a confesarse, se encontraba en la iglesia de San Sebastián. El confesor, al descubrir el ardiente amor que sentía por Cristo y el deseo de agradarle que la animaba, le sugirió que recibiera la Sagrada Comunión, instándola a no esperar más. Esto demostró una falta de comprensión hacia ella. Adela se negó a dar tal paso sin haberse preparado lo mejor posible para este encuentro. Su madre, el confesor y Adela hablaron del asunto, y fue en la Epifanía cuando recibió la Comunión por primera vez. La gracia obraba en el corazón de esta niña de once años. ¿Quién puede contarnos la acogida que le dio a su esposo! Y a partir del 6 de enero de 1801, la Eucaristía ocuparía un lugar central en su vida.

Ciertamente, dadas las estrictas normas de la época, no podía unirse a Cristo con la frecuencia que deseaba, pero no se dejó vencer por ello. Al contrario, aprovechó este tiempo de ayuno eucarístico para reavivar su deseo de comulgar. Le escribió a Águeda:

«Creo que el señor Serres ha regresado a Agen y que, con el fervor de tus comuniones, compensarás las que no pudiste recibir (...) Te concedo que te duermas el sábado con el deseo de comulgar». (26 de marzo de 2005)

«Que una comunión nos prepare para la siguiente; que nuestros corazones estén siempre vueltos hacia este sacramento celestial; que sea la fuente de toda nuestra alegría, de todos nuestros anhelos. Este Santísimo Sacramento debe ser nuestro paraíso en la tierra, puesto que aquí, bajo este velo, poseemos la misma divinidad que poseeremos sin velo en el Cielo». (183.4)

Escuchemos de nuevo este ferviente mensaje que dirigió a Águeda el 13 de agosto de 1806:

«No quiero que este mensajero se vaya sin contarte la felicidad que tendré mañana, y que sin duda tú también tendrás al recibir mi carta: ¡Dios habrá entrado en nuestros corazones! ¡Ah! ¡Que Él los haya tomado posesión de ellos para que jamás pertenezcan a nadie más que a Él! Divino Esposo de mi alma, a Ti consagro mi corazón, a Ti consagro todo su ardor y todos sus afectos. ¡Ah! Mi buena Águeda, aprovechemos más esta comunión que todas las demás. Conservemos a nuestro Jesús. No lo dejemos ir; que Él encuentre gracia en nosotros cuando regrese a visitarnos, que se regocije en el progreso que habremos logrado. Ven, reavivemos nuestro celo; Jesús, que viene dentro de nosotros, nos ayudará, y con su poderoso brazo, ¿qué no lograremos?» (48.1.2.3.4)

Estos pocos ejemplos ilustran claramente la ardiente vitalidad sacramental que anima a Adela. La gracia de los sacramentos puede florecer y desplegarse en ella y a través de ella para la gloria de Dios y el servicio al prójimo. En efecto, su amor por Cristo

Ese amor se intensifica cada día, manifestándose en un amor concreto y multifacético que busca atender las necesidades que percibe a su alrededor, pues es cierto que quien ama verdaderamente a Dios también ama a sus hermanos.

Esta amistad que floreció entre ella y Juana es, sin duda, una gracia de la Confirmación. Como Juana vivía en la ciudad, sus padres dispusieron que pasara unos días en el campo, en el Castillo de Trenquelléon. Así fue como, durante el verano de 1804, Juana y Adela se reencontraron. Hablaron de su vida espiritual, de las necesidades que percibían a su

alrededor y conversaron con el señor Ducourneau, tutor de Carlos. Él ya le había dado a Adela una guía espiritual, que ella se dedicó con esmero a seguir, viéndola como la expresión de la voluntad de Dios.

Tras escuchar a las dos jóvenes, el señor Ducourneau sugirió fundar una «Pequeña Asociación» espiritual cuyo propósito —y esto nos arranca una sonrisa— sería prepararse para una buena muerte. Seamos claros: en un contexto donde morir joven se considera de moda (la mortalidad infantil y juvenil es alta) y donde algunas chicas prefieren dejarse morir antes que buscar tratamiento médico, esto se trataba de aprovechar el tiempo de vida para amar y servir a Dios. No se trataba de resignarse a esperar la muerte; al contrario, se trataba de arremangarse y ser lo más activas posible, ya que la vida podría ser corta. Y el Evangelio en el que Adela amaba meditar y animaba a sus amigas a meditar era el de las vírgenes prudentes e insensatas (Mateo 25), un Evangelio que resonó a lo largo de su vida, un Evangelio que había sido como la esencia misma de su existencia. Ella misma desea tener su lámpara bien llena cuando el Esposo llame a la puerta:

«Preparemos una buena provisión de aceite, para que cuando el Esposo llame, podamos entrar con Él en el salón de bodas (...) vivamos siempre en continua espera del divino Esposo de nuestras almas». (27.5)

A esta propuesta para la creación de una «Pequeña Asociación»

Las dos amigas aceptaron con entusiasmo. Y cada una se esforzaría por "conquistar", tal como estipulaba el artículo del Reglamento de la Asociación: "Cada asociada procurará, si es posible, fijar su mirada en una persona de su mismo sexo para ganarla para Dios e inspirarle el deseo de servirle y alcanzar la salvación".

A partir de esto, Juana, Adela y el Sr. Ducourneau ganaron seguidores de inmediato. De 7 miembros en 1805, la asociación contaba con 24 a principios de 1807 y 60 a finales de 1808. Se las podía encontrar en casi todos los departamentos del suroeste. La "Pequeña Asociación" incluía a jóvenes, madres e incluso sacerdotes, entre ellos el Sr. Larribeau, párroco de Lompian, quien se convertiría en el padre espiritual de Adela y de la Asociación cuando el Sr. Ducourneau partió a París para acompañar a su alumno, Carlos, y continuar sus estudios en el seminario.

En el primer año de la creación de la Asociación, Juana y Adela compartieron la responsabilidad de dirigir sus actividades. Sin embargo, Juana se casó con el Dr. Belloc y, poco después, dio a luz a su primer hijo. Si bien siguió siendo miembro activa, cedió la responsabilidad total de la Asociación a Adela.

Las actividades de la Asociación se llevaban a cabo por correspondencia.

Así, cada semana se enviaban cartas desde el castillo dirigidas a los miembros. Estas cartas estaban destinadas a ser compartidas. En la parte superior llevaban un «Acto», es decir, una especie de lema cuyo propósito era tanto fomentar el amor a Dios como recordar a los miembros su pertenencia a la «Pequeña Asociación» y la responsabilidad misionera que ello conllevaba.

Cada semana, un miembro sugería el Acto.

«¡Dios mío, solo quiero amarte a Ti!»

«Estos, querida Águeda, son los “actos” que sugeriste, que podemos realizar la semana que viene. Son muy apropiados para prepararnos para la Comunión que sin duda tendremos la alegría de recibir el día santo de la Asunción.» (47.1.2)

A través de esta correspondencia, Adela ofrece intenciones de oración, anima e inspira la participación en los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, y nos invita a mirar a María e imitarla, a vivir con la Iglesia a la luz de la liturgia.

La vida espiritual de Adela se nutre de la Palabra de Dios, que la Iglesia ofrece a lo largo de los diferentes tiempos litúrgicos.

Adela no solo anima a otros a vivir la vida cristiana; ella misma se embarca en el camino de la misión, atenta a las necesidades que percibe a su alrededor. Cuanto más fuerte es su amor por Cristo, más concretas se vuelven sus respuestas. En la escuela de su madre, Adela aprendió a compartir. De niña, una tía de París le envió dinero (en el castillo pasaban apuros económicos, ya que su padre estaba exiliado). Su madre le preguntó si daría la mitad a los presos españoles de la cárcel de Nérac. Ella exclamó: «¡Dáselo todo, mamá!». En otra ocasión, se mostró triste cuando su madre le trajo un vestido nuevo. Al ver su actitud, su madre le pidió una explicación. Simplemente deseaba que el dinero se hubiera dado a los pobres. ¡Ni siquiera tenía ocho años!

Cuando Adela regresó del exilio, presencié la pobreza del campo, una imagen que quedó grabada a fuego en su corazón.

De vuelta en el castillo, ¿qué hizo? Junto a su madre, visitaba a los pobres y a los enfermos. Un trapero indigente, padre de dos hijos y gravemente enfermo, fue hospitalizado y atendido gracias a sus esfuerzos. Murió en paz sabiendo que Adela cuidaría de sus dos hijos. Cuando los pobres, que eran muchos tras la Revolución, llamaban a la puerta del castillo, Adela insistía en atenderlos personalmente. Pero sus recursos eran limitados, así que criaba ganado, cosía y bordaba. Un día, con sus ahorros, pudo comprar un lechón. Planeaba criarlo y venderlo a buen precio, pero a los pocos días el animal murió. Al ver su angustia, su padre no pudo resistirse y compró inmediatamente otro lechón, que, a diferencia de ella, estaría bien alimentado y se vendería a buen precio.

Un joven de la zona de Trenquelléon, Dubrana, ansiaba ingresar al seminario. Pero sus padres no podían costear sus estudios ni su dote. Adela y sus compañeras lo acogieron. Y no fue hasta 1825 que ella pudo escribir con alegría: «El señor Dubrana es por fin sacerdote» (592.6). Sin embargo, continuó cuidándolo, y unas semanas después...

Ella escribirá: «Estamos preparando un pequeño paquete de lino para el señor Dubrana, parte del cual recibimos de las hermanas fallecidas» (596.3). El año es 1825; la primera mención de Dubrana en las cartas de Adela data de septiembre de 1813. Al menos doce años de cuidados fieles permitieron que un joven respondiera a su vocación.

Adela observa que la pobreza moral del campo también se debe a la falta de educación humana y cristiana. Tras acompañar a su madre a la parroquia para las clases de catecismo, abre una pequeña escuela en el castillo. Invita a niños y niñas de las aldeas vecinas. Su prima hermana, Isabel de Casteras, relata en sus Memorias que Adela se negaba a usar el carruaje

del castillo para ir a misa; prefería ir caminando, invitando a los niños a acompañarla y ofreciéndoles la oportunidad de ir al castillo para aprender a leer, contar y escribir. Aprovechó la oportunidad para hablarles de Dios y de su amor, enseñándoles oraciones y preparándolos gradualmente para los sacramentos.

Animaba constantemente a sus compañeras en este camino, mostrando un interés particular en la labor de Charlotte de Lachapelle en Aurens.

«¿Y tus hijos en Aurens?». Anteriormente, Adela le había dado noticias de sus propias alumnas:

«Orad por varias de mis alumnas que harán su Primera Comunión en Corpus Christi. Que el Señor prepare sus corazones y les conceda la santa perseverancia, tan escasa en esta época tan difícil». (304 7.6)

Se preocupaba por cada una de ellas, mostrando interés por todas y preguntando por su salud.

Cuando Segunda Diché, prima de Águeda, enfermó gravemente, engañándose a sí misma sobre su estado, ¡Adela instó a Águeda a que abriera los ojos!

«El estado de delirio de mi pobre prima respecto a su condición es angustioso. Me parece, a menos que haya una opinión mejor, que en conciencia estaría obligada a informarle de su estado. Además, es un error retrasar la Unción de los Enfermos hasta que uno ya no tenga conocimiento alguno y, por consiguiente, hasta que pueda obtener de este sacramento todo el fruto que puede producir.» (210.4)

Y le explicará a Águeda todos los beneficios de este sacramento.

Como podemos ver, su amor por el Señor se manifiesta de forma muy concreta en las necesidades de quienes la rodean. Estará especialmente presente para su padre, paralítico, cuidándolo con una paciencia y ternura incomparables hasta su muerte, encontrando consuelo al verlo morir en paz y entregado a la voluntad del Señor.

Así, esforzándose por responder a los llamados del Señor a medida que se manifiestan, comienza, alrededor de 1813, a desarrollar un proyecto muy especial con algunos amigos. Se trata simplemente de un proyecto para un instituto religioso. Este proyecto toma forma en 1814 en Lompian, los días 13 y 14 de junio, cuando los amigos involucrados, reunidos en retiro bajo la guía del Sr. Larribeau, deciden tomar nombres religiosos y pedirle al Padre Laumont, un sacerdote asociado, que redacte las Constituciones. Estos planes fueron confiados al padre Chaminade, y tras dos años de preparación para alinear los esfuerzos humanos con la voluntad de Dios, el Instituto de las Hijas de María fue fundado el 25 de mayo de 1816 en Agen, en el Refugio. Las hermanas pudieron entonces dedicar todo su tiempo, toda su vida, al Señor y al servicio de la misión.

Desde sus inicios, la «Pequeña Asociación» estuvo bajo la protección especial de la Virgen María. María ocupaba un lugar importante en la vida de Adela. Le encantaba contemplarla, meditar en ella en el Evangelio, esforzándose por imitarla. Así, en la fiesta de la Anunciación de 1806, escribió:

«Un Dios se despojó de sí mismo hasta tomar la forma de siervo... ¿Y a quién eligió para esto? A una humilde virgen. ¿En qué momento ocurrió este milagro? En el momento en que esta virgen incomparable realizó el acto más perfecto de humildad al reconocerse como sierva del Señor, cuando Él mismo la honró con el título de su madre. ¿Qué conclusión podemos sacar de esto sino que la humildad es la virtud que Dios atesora, puesto que tiene, por así decirlo, el poder de hacer que un Dios descienda a la tierra?»

Así, al profesar la adoración a este misterio, debemos también, como consecuencia innegable, practicar esta humildad en todas nuestras acciones, en todos nuestros pensamientos, en nuestro mismo ser. (35.5-8)

Le encanta celebrar las fiestas de la Virgen, inspirándose en su ejemplo. Busca unir su «sí» al de María.

Cuando descubre el «Manual del Servidor de María» que el Padre Chaminade publicó para las Congregaciones de Burdeos, se llena de entusiasmo por la consagración a María. Hace un pacto con ella para participar en su misión.

«Ofrezcámonos a María mediante la consagración que se encuentra en el Manual para la Sierva de María; exhortemos a todas nuestras hermanas a hacerlo con frecuencia». (91.6)

«Que la Fiesta de la Purificación de nuestra Divina Madre reavive nuestro celo». (293.2)

«Celebraremos la Fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen en el Templo, a partir de los tres años. Es un gran día para los jóvenes. Consagrémonos, junto con Ella, de nuevo al Esposo Celestial, y que esta consagración sea completa, sin reservas ni retrocesos». (282.3)

Así, es con María (junto con Ella) que se entrega totalmente al Señor para responder a lo que Él espera de ella.

Adela, una joven llena de amor por su Señor, llena de amor por todos. Adela, un amor apasionado, contagioso y dinámico al servicio de la misión en las realidades concretas de la vida diaria.

Hna. M. Joëlle BEC F.M.I.

EL ESPÍRITU SANTO

Fuente de dinamismo apostólico en la Vida de Adela

Al leer las cartas de Adela, nos alegra el papel del Espíritu Santo en su vida personal y apostólica.

El Espíritu Santo significó muchísimo para ella y para su misión. De hecho, sus padres, especialmente su madre, le inculcaron un profundo sentido de Dios, despertando en ella un amor por Dios y por los demás. De niña, antes de ir al exilio, cuando su madre le sugirió que compartiera el dinero que había recibido de una tía con los prisioneros de Nérac, ella respondió que debía enviarlo todo.

Cuando, en Nochebuena en San Sebastián, el sacerdote con quien se acababa de confesar la invitó a comulgar al día siguiente, por primera vez, ella se negó. Necesitaba tiempo para preparar su corazón para recibir a Dios.

Vivió plenamente tanto las realidades espirituales como las más concretas de la vida.

Cristo y el Padre son personas muy reales para ella, al igual que el Espíritu Santo, como veremos.

Profundizaré en cuatro puntos:

1. Bautismo, Confirmación, Pentecostés
2. La experiencia de Pentecostés
3. La obra del Espíritu Santo: sus actividades, sus dones.
4. El Espíritu Santo como fuente de dinamismo al servicio de la misión. Es el Espíritu Santo quien nos llena de amor e iniciativa, quien nos da fuerza y nos enseña a responder a las necesidades de las personas.

I. Bautismo, Confirmación, Pentecostés

Bautismo: Adela fue bautizada el mismo día de su nacimiento. Vive a la luz del Bautismo. Cada año celebra su aniversario. Unos días antes de cumplir veinte años, por ejemplo, le escribió a Águeda:

«El día que recibes mi carta es el aniversario de mi Bautismo. ¡Qué hermoso día para mí, el día en que adquirí, en esta condición, el derecho a la herencia! ¡Cuántas gracias, querida amiga, no nos hace partícipes de esta augusta condición de mujer cristiana...! Aunque solo sea por ser miembros de Jesucristo, por tener la alegría de ser alimentadas por su dulce carne. ¡Oh! El bendito compromiso que hicimos en nuestro Bautismo. Renovémoslo con todo nuestro corazón; comprometámonos de nuevo al amor y al servicio de Dios; caminemos bajo el estandarte de la Cruz». (104.2.4.5)

Adela es muy consciente de todo lo que recibió en el Bautismo. Ella también es consciente de sus compromisos. Desea amar y servir a su Señor con todo su ser.

Se podrían usar otros textos. Sería demasiado extenso. El encuentro con el padre Chaminade solo puede afianzar aún más su convicción sobre la importancia del Bautismo. El padre Chaminade también nos invita a celebrar el aniversario de este Sacramento, y en la Congregación de Burdeos, los miembros solían renovar sus promesas bautismales antes de consagrarse a María. Esta consagración, además, es simplemente un medio para buscar vivir la vida cristiana con mayor plenitud.

Confirmación. Cuando Adela se entera de que el obispo de Agen, monseñor Jacoupy, se prepara para administrar la Confirmación a jóvenes y adultos que no pudieron recibirla debido a la Revolución, le pide permiso a su madre para pasar seis semanas con las religiosas carmelitas de Agen, quienes viven según la estricta Regla pero en secreto, ya que las órdenes religiosas aún no estaban autorizadas.

Adela pasó seis semanas con las carmelitas; apenas tenía catorce años. Participó en todos sus ejercicios y descubrió sus costumbres. No debemos olvidar que, antes de regresar a Francia, les había pedido a sus padres que la dejaran quedarse en San Sebastián para poder ingresar en la orden carmelita cuando tuviera la edad suficiente.

Si deseaba dedicar tanto tiempo a prepararse para este sacramento, era porque era consciente de su importancia. Y es cierto que de esas seis semanas de soledad, de intimidad con el «divino Esposo», pasadas a la espera del Espíritu Santo, surgirían muchas cosas. En la primera carta que escribió a Águeda (2 de febrero de 1805), escribió:

«El día que recibes mi carta es el día en que este amor del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo, descendió sobre nosotras. ¡Guardemos el recuerdo de un día tan feliz!». (1.3)

Águeda y Adela habían recibido la Confirmación juntas dos años antes, el 6 de febrero de 1803. En la carta 32.4, Adela le cuenta a Águeda las instrucciones que le envió a Juana (hermana de Águeda) para que se prepararan para celebrar juntas el aniversario de su Confirmación.

Aniversario del Bautismo, aniversario de la Confirmación: dos fechas que Adela jamás olvidaría. Esto nos muestra la importancia que le daba al don del Espíritu Santo.

Pentecostés. Esta es una de las fiestas de las que Adela habla con más frecuencia.

Adela es hija de la Iglesia; vive según el ritmo de la Iglesia. Se alegra de pasar, como propone la Iglesia, los días entre la Ascensión y Pentecostés en íntima comunión con los Apóstoles, preparándose para recibir a Aquel a quien Cristo prometió. La Confirmación fue, para ella y sus amigas, su Pentecostés.

El Domingo de Pentecostés, cada miembro de la «Pequeña Asociación» está invitado a recibir los dones y frutos del Espíritu Santo (esta parece ser una práctica carmelita). Adela está llena de entusiasmo; escuchémosla:

«Él nos va a dejar, este Salvador amoroso, pero consolémonos, es para enviarnos al Consolador. Él nos lo prometió, y es fiel a sus promesas. En los diez días entre la Ascensión y Pentecostés, querida amiga, esforcémonos por no cometer ningún pecado grave. Mantengamos una gran pureza de conciencia para que el Espíritu Santo descienda sobre nosotros con todos sus dones. Espero pasar el santo día de Pentecostés contigo. Sacaremos papelitos para los dones y frutos del Espíritu Santo, y los sacaremos para ver cuál le corresponde a cada uno. Seremos solo siete si viene Madame de Fumel. ¡Ah! Esforcémonos por hacer que nuestra pequeña reunión sea digna de la visitación del Espíritu Santo. Pidámosle con fervientes oraciones. Los apóstoles permanecieron en oración desde la Ascensión hasta Pentecostés. Unámonos a ellos y oremos, al menos en nuestros corazones, a cada momento del día. (40.5.6.7.8)

De hecho, Adela pasó el Domingo de Pentecostés en Agen con sus amigas. Tuvieron la oportunidad de participar en un retiro impartido por el Padre Miquel. Después de la fiesta, Adela y Águeda fueron a ver al predicador para pedirle que las admitiera en la «Pequeña Asociación». El misionero podría celebrar la Misa para ellas y compartirían sus méritos. Así, aprovechó su estancia en Agen para reclutar nuevas integrantes. ¡Qué celo apostólico!

II. La experiencia de Pentecostés Hechos 2:1-11

Entre 1807 y 1825, se refirió con frecuencia al texto de los Hechos de los Apóstoles, que relata lo sucedido en Pentecostés. Estos son los puntos en los que insistió particularmente: unión con Dios, con Cristo, amor a Dios (81.5)

En todos los textos a los que se refiere En los Hechos de los Apóstoles, ella insiste en la necesidad de acoger al Espíritu Santo JUNTOS (esta es la dimensión del grupo: el Instituto «Pequeña Asociación»; esta es la dimensión eclesial... Debemos ser Iglesia, como los Apóstoles, para recibir el don del Espíritu).

«Así, para recibir este Espíritu divino, debemos estar todos unidos en sentimientos y afecto por un Dios que quiere enriquecernos con el mayor don de su ternura». (81.3)

Todas las cartas que aluden a Pentecostés enfatizan la MISIÓN.

Para los Apóstoles, la misión comenzó en Pentecostés. Adela dijo entonces:

- que el Espíritu Santo nos transforme en nuevas criaturas para el servicio de la misión, dondequiera que nos envíe;
- que nos ilumine, que nos encienda;
- que nos libere para consagrarnos totalmente a los intereses del Señor;
- que nos dé su luz para que, a su vez, podamos compartir su luz y su amor;
- que nos prepare para el martirio por la gloria de Dios y la salvación del mundo.

Pentecostés es, sin duda, un momento crucial. Lo fue para los Apóstoles, y lo es para Adela y sus amigos. Por lo tanto, es necesario un tiempo de preparación y un tiempo de puesta en práctica.

Tiempo de Preparación (entre la Ascensión y Pentecostés)

Como sugiere la Iglesia, los diez días previos a Pentecostés deben vivirse con los Apóstoles. Jesucristo instruyó a los Apóstoles a no abandonar Jerusalén mientras esperaban la promesa.

Estos son días de oración, de retiro, de espera, de fervor, de súplica:

«Mantengámonos verdaderamente en oración, permanezcamos constantemente en compañía de los Apóstoles que esperan al Espíritu Santo; invoquémoslo y atráigamos a Él con el fervor de nuestras oraciones; y este Espíritu de amor y fuego encenderá una chispa en nuestros corazones para calentarlos de su tibieza. Anhelemos, pues, el día bendito. Adiós, mi querida Águeda, te abrazo con mucho cariño en el Cenáculo. Que nos veamos allí a menudo. Lo mismo digo a los compañeros». (80.8.9)

Al leer este texto, sorprende el intenso deseo y la inquebrantable esperanza de Adela. Ella también anhela ser una gran apóstol; sabe que para ello necesita al Espíritu Santo. A lo largo de su vida, se mostrará receptiva al Espíritu para responder cada vez con mayor plenitud a la misión.

Estos son días de liberación: nos liberan de todo lo que nos ata. Nos invita a romper con el pecado, a tener una gran pureza de corazón. Escribe a las Hermanas del Sagrado Corazón:

«¿Cómo os preparáis para la venida del Espíritu Santo? ¡Oh, cuánto necesitamos recibir una abundante efusión de él para nosotras mismas, para el Instituto, para nuestras obras! (...) Para ello, liberémonos generosamente de todo lo que aún nos esclaviza. Los apóstoles deben desapegarse de todo, buscando únicamente la gloria y los intereses del Gran Maestro». (578.2)

Fueron días de profunda comunión: escribió a Lolotte de Lachapelle, que aún vivía con sus padres:

«Os invito a todas a reunirse en el Cenáculo el día santo de Pentecostés para que recibamos juntos al Espíritu Santo». (326.10)

Los Hechos de los Apóstoles nos dicen que los Apóstoles estaban reunidos en el Cenáculo. Adela escuchó el mensaje; los compañeros, aunque dispersos por todo el mundo, debían unirse en corazón y afecto para recibir al Espíritu Santo.

La dimensión comunitaria y eclesial era crucial para Adela. Quería consagrarse al Señor no solo a través del estado que le ofrecía el padre Chaminade, sino también en la vida comunitaria. La comunidad era una realidad muy fuerte en la vocación y el carisma de Adela.

Así, acoger al Espíritu requiere una actitud generosa, un ardiente deseo de darle al Señor plena libertad para que el Espíritu obre según su voluntad en su vida. Adela acogió, día tras día, la gracia del Señor, el don del Espíritu; esperó la hora del Señor, y como en María, Él pudo obrar grandes cosas en ella.

Momento de aplicación práctica (octava). El Espíritu obra en las personas. Adela nos lo revela: son nuestras acciones las que deben demostrar que hemos recibido el Espíritu. El Espíritu obró en los apóstoles; debe obrar en nosotros.

Adela insiste en:

- ✓ los cambios que se produjeron en los apóstoles después de Pentecostés.

¿Hemos recibido este Espíritu de fuego y amor? Nuestras acciones deben demostrárnoslo. Porque sabéis que los Apóstoles, al salir del Cenáculo, se

transformaron por completo: de cobardes y tímidos, se volvieron fervientes y dispuestos a defender la fe en Jesucristo, incluso arriesgando sus vidas. ¿Nosotros también nos hemos transformado, querida Águeda? (...) Seamos, pues, fervientes en las buenas obras. (...) (82.4.5.6 cf. 81.2-125.3 - 304.5)

Adela no se conforma con las palabras; las acciones deben acompañarlas. Ha comprendido lo que el Señor enseña cuando dice: «No todo el que dice: “Señor, Señor”, se saciará con estas palabras». ¿Quién entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos? (Mateo 7:21)

- ✓ el acto de transformarse para participar mejor en la misión

«Los Apóstoles fueron a predicar y a convertir a todas las naciones; «Por nosotros, esforcémonos, con nuestro ejemplo y nuestro oportuno consejo, por contribuir a la salvación de las almas». Este es uno de los objetivos de nuestra Asociación... ¡Qué felices seríamos si pudiéramos cooperar en la salvación de un alma redimida por la sangre de Dios! (82.6)

En otra carta escribe:

«Que sus lenguas de fuego purifiquen las nuestras y las llenen de fervor para proclamar las alabanzas del Señor, para darlo a conocer y amarlo». (229.2)

Como explica en otra ocasión, el Espíritu Santo nos enciende con amor para que podamos encender a otros con amor. (cf. 304.5)

- ✓ El hecho de ser transformados para dar testimonio sin temor.

«Que el respeto humano no nos deje en silencio. Al dar testimonio de nuestra fe, despreciemos las palabras y la atención del mundo; busquemos agradar solo a Dios». (125.4)

- ✓ El hecho de que es el Espíritu quien da la fuerza para dar testimonio incluso hasta el martirio.

«Siguiendo el ejemplo de los Apóstoles, debemos, si es necesario, convertirnos en mártires como ellos, para la gloria de nuestro divino Maestro y la salvación de las almas». (579.3)

De todo lo que hemos visto, podemos concluir que: acoger al Espíritu Santo significa aceptar ser apartados para participar en la misión, enfrentando la incompreensión del mundo, confiando en Dios y no en las propias fuerzas, pasando del temor a la valentía, avanzando siempre en la misión, para cumplir la voluntad del Padre, sin conocer el camino, y quizás incluso hasta el martirio.

Sin embargo, Adela no solo habla del Espíritu Santo en el contexto de Pentecostés. Ciertamente, es allí donde lo menciona de forma más explícita, pero en muchas cartas habla de él, describiendo su acción e invitándonos a pedir su ayuda, su luz, su fuerza...

Veremos ahora lo que enseña sobre el Espíritu Santo.

III. La acción del Espíritu Santo

Basta con consultar la tabla analítica [Index de las cartas, de Marie Joëlle Bec]. La expresión «Espíritu Santo» ya nos da una buena idea.

➤ ¿Quién es el Espíritu Santo?

«Es el amor del Padre y del Hijo» (3.1 cf. 81.4)

Es este amor el que Adela recibió en su Confirmación y al que abrió su corazón y su ser; y desde entonces, este Espíritu puede actuar libremente en ella y llenarla de libertad.

Al observar el Index, sorprende la cantidad de verbos que describen la acción del Espíritu:

Él anima, enciende, asiste, transforma, desciende, dirige, da, ilumina, inflama, enriquece, guía, inspira, habla al corazón, llena el corazón, sostiene...

Como podemos ver, el Espíritu es esencialmente dinámico y es la fuente del dinamismo apostólico en Adela.

➤ El Espíritu transmite su dinamismo a través de sus dones.

Adela concede gran importancia a los dones del Espíritu.

Los comenta extensamente en dos cartas (102-125). Como hemos visto, los asociados tienen la costumbre, el Domingo de Pentecostés, de invocar los dones del Espíritu Santo; no es un juego, es un desafío.

Le escribe a Águeda:

«Ya que te ha sido concedido el don de la Sabiduría, esfuérzate por adquirirla, esta verdadera Sabiduría, que te hará despreciar todas las nimiedades de este mundo y aferrarte únicamente al bien verdadero y sólido, que es Dios». (103.2)

Convencida de la importancia de los dones del Espíritu Santo, se los explica a sus amigas:

«Mañana es el gran y hermoso día de Pentecostés. Que seamos dignas de recibir al Espíritu Santo con todos sus dones.

Que lenguas de fuego enciendan nuestros corazones; que seamos llenas del don de la sabiduría, para que todas nuestras acciones estén acompañadas por esa sabiduría cristiana que da su pleno fruto.

Que seamos llenas de los dones del conocimiento, el entendimiento y el consejo, que siempre nos permitirán elegir el mejor camino y saber qué debemos hacer para agradar a Dios.

Sobre todo, que seamos llenas del don de la fortaleza cristiana, tan necesaria para triunfar en la cruel guerra que el diablo, el mundo y nuestras pasiones libran constantemente contra nosotras. Pidámosla por encima de todo, y con el mayor fervor».

Pidamos también el don de la piedad, que difunde el espíritu de la verdadera devoción en todas nuestras obras.

Que el espíritu del santo temor nos fortalezca en la firme resolución de morir antes que pecar.

Finalmente, que el Espíritu Santo no solo nos enriquezca con sus preciosos dones, sino que también nos alimente con sus deliciosos frutos: alegría, mansedumbre, modestia, castidad, paciencia, tolerancia, caridad, paz, etc. (102.3-9)

A lo largo de sus cartas, Adela nos habla del Espíritu de amor, fortaleza, luz, paz y alegría. Las características de la acción del Espíritu son muchas. Cuando Él habita en alguien, libera sus dones.

«Así, fuimos alistados como “soldados de Jesucristo” mediante el sacramento de la Confirmación. Esforcémonos por conservar este Espíritu de Fortaleza que hemos tenido la alegría de recibir juntos; y luchemos con generosidad bajo las banderas de la Cruz». (106.4.5)

«El Espíritu Santo da paz y alegría». (8.1)

«Debemos pedir la luz del Espíritu Santo». (627.2)

En otra ocasión, hablando con la Madre Emilia de Rodat sobre su responsabilidad como superiores, escribió:

«¡Oh! ¡Cuánto necesitamos implorar juntas la luz del Espíritu Santo y pedir esta Sabiduría divina!». (346.2)

El Espíritu Santo está muy presente tanto en la enseñanza de Adela como en su vida. Para mí, es perfectamente natural: donde está María, está el Espíritu. Desde muy joven, Adela se consagró a María, buscando imitarla, acoger y vivir la Palabra con ella, y seguirla en su camino de fe. Así como el Espíritu pudo obrar en María, también puede obrar en Adela porque ella le da rienda suelta, y poco a poco Él la ha transformado, ayudándola a responder a todo lo que Dios le pide.

IV. El Espíritu como fuente del dinamismo apostólico

➤ La «Pequeña Asociación»

La acción del Espíritu se puede discernir claramente en la fundación de la «Pequeña Asociación».

El día de la Confirmación, el obispo Jacoupy invitó a su mesa a los confirmados y a sus padres. Adela se sentó junto a Juana Diché. Entre las dos jóvenes surgió una profunda amistad. Compartían el mismo ideal, el mismo deseo de amar a Dios. Antes de despedirse, prometieron escribirse para animarse mutuamente en el camino de la vida cristiana.

Esta correspondencia fue un don del Espíritu para Adela.

Fue esta amistad la que propició la fundación de la «Pequeña Asociación».

Durante el verano de 1804, el señor Ducourneau, tutor de Carlos, hermano de Adela, participó en las conversaciones espirituales entre Adela y Juana, quienes habían ido a pasar unos días de vacaciones en el castillo.

Fue el Sr. Ducourneau quien sugirió la formación de una pequeña asociación espiritual para abordar la descristianización del campo. Esta asociación animaba a sus miembros a prepararse para una buena muerte y, con ese fin, a vivir intensamente el presente en el amor a Dios y al prójimo.

Cada miembro de la "Pequeña Asociación" debía invitar a un nuevo miembro.

La "Pequeña Asociación" creció rápidamente entre los jóvenes. Adela era el alma de la asociación. Para ella, era una forma de vivir su Confirmación: se entregaba con todo su corazón, dinamizando la "Pequeña Asociación" y esforzándose por difundir su mensaje. A través de sus cartas, se puede apreciar fácilmente el dinamismo que el Espíritu le infundía.

Mostraba atención y preocupación por cada miembro, cuidaba de los enfermos y de quienes se acercaban a la muerte, y se preocupaba por quienes se desviaban del buen camino. Sabía cómo inspirar y motivar. Encontraba las palabras para ayudar a Águeda cuando se sentía desanimada por sus limitaciones. Está "abriendo caminos". Cada vez que va a Condom o Figeac, espera reclutar nuevos miembros para la asociación, y para ello, cuenta con las oraciones de los miembros.

Aún podemos ver la obra del Espíritu en las diversas actividades que realiza.

A su regreso del exilio, Adela quedó particularmente conmovida por la pobreza del campo y la difícil situación de los niños. Su amor por Dios la impulsó a ser ingeniosa para atender las necesidades que percibía. Pero necesitaba dinero... Criaba animales, bordaba, cosía... el dinero que ganaba lo destinaba a los pobres. Junto con sus amigas, acogió a un niño, Dubrana. Él deseaba ser sacerdote, pero su familia no podía costear su dote ni su manutención. Las compañeras lo cuidaron hasta su ordenación en 1825 (cf. 592.6), e incluso entonces, Adela le enviaba ropa.

Junto con su madre, visitaba a los pobres y a los enfermos. Todos los que sufrían eran objeto de su afecto. En el castillo, estaba decidida a servir a los pobres.

Cuando iba a misa, caminaba hasta la iglesia para invitar a los niños a acompañarla.

Los domingos, basta con que su hermana y sus primos le pidan que vaya a "hacer una misión" para que ella esté dispuesta a dejar sus responsabilidades y acompañarlos, aprovechando el paseo para invitar a los niños a rezar y a estudiar en su pequeña escuela.

De hecho, abre una pequeña escuela en el castillo, y los alumnos llegan a todas horas. Lo deja todo para cuidarlos. Les enseña a leer, a contar, a escribir y, sobre todo, a conocer y amar a Jesús y a María.

Y pronto, se empieza a hablar de un "querido proyecto": la fundación de una nueva orden religiosa. Ella escribe:

"La Superiora propone una novena general para obtener la restauración de las órdenes religiosas y, en particular, para obtener la guía del Espíritu Santo para nuestro proyecto" (251.10).

Un año después, se expresa en el mismo tono (273.3). Desea únicamente la voluntad de Dios, y por eso invoca al Espíritu Santo.

Todos estos ejemplos nos muestran la acción del Espíritu en una joven que solo buscaba hacer la voluntad de Dios.

Veamos lo que logra con la fundación del Instituto de las Hijas de María.

➤ La Fundación de las Hijas de María

En última instancia, es en el contexto de Pentecostés cuando se funda la nueva congregación. Es fruto del Espíritu Santo.

A lo largo de los meses y los años, descubrimos cómo el Espíritu, que le otorgó el carisma de fundadora en estrecha relación con el Padre Chaminade, continúa impulsándola a ser creativa al servicio de la misión.

➤ Las obras se multiplican: las congregaciones crecen.

Hace todo lo posible por involucrar a niños y jóvenes. Las Hermanas presentan las verdades de la fe en forma de diálogo, lo que las hace más atractivas. Una Hermana toca el piano. Inspira a los miembros de las congregaciones: visitas a los enfermos y presos, reuniones para niños y niñas. Cuando comienza a escribirle a la Madre Emilia de Rodat, la anima a fundar la congregación de Villefranche. Le dedicó tanto entusiasmo que, en pocos meses, la congregación de Villefranche contaba con 200 miembros. Escribió a la Madre Emilia:

«El verdadero secreto de la Congregación es formar almas llenas de celo por la salvación del prójimo y la gloria de Dios, que, cada una en su propio estado de vida, sean pequeñas misioneras entre sus familias, amigos y vecinos». (425.5)

Además de las Congregaciones, se llevaban a cabo la preparación de jóvenes para la Primera Comunión y la Confirmación, el taller de costura para niñas, clases gratuitas, retiros personales y grupales, la ayuda y la educación religiosa de las mendigas de Saint-Hilaire y Tonneins, los internados (cuando se abrió Condom, y luego Arbois) y, finalmente, el acompañamiento de la Tercera Orden Seglar.

Siempre que surgía un proyecto para una nueva fundación, pedía la luz del Espíritu Santo y se encomendaba a la voluntad de Dios. Le llenaba de alegría presenciar el desarrollo tanto de las comunidades de Hermanas como de las de Hermanos. Se maravilla del bien hecho por la Tercera Orden y se regocija en la expansión de las Hermanas de Villefranche.

- Es el Espíritu quien guía sus pensamientos al escribir, aconseja, inspira y consuela... Tiene una gran confianza en el Espíritu.
- Es Él quien la hace atenta a cada una de sus hijas: «Todo lo que viene de mis queridas hijas me interesa» (578.2).
- Es el Espíritu quien la hace presente para cada persona con la que tiene una relación. Se interesa por todo lo que sucede en Francia y en la Iglesia; ora y anima a orar por los sacerdotes.
- A través del Espíritu, Adela aprovecha bien el talento que le confió el Padre de la Familia.

A través de la vida de Adela, hemos podido ver que quienes viven bajo la influencia del Espíritu Santo:

viven una vida apostólica,
una vida plena,
una vida rica,
una vida donde el amor a Dios se convierte en amor al prójimo
en situaciones concretas. Y, finalmente, cito esta frase que expresa tan acertadamente la motivación de Adela:

«En nuestro Instituto, necesitamos almas fuertes que no me escuchen por motivos de carne ni sangre. Debemos tener espíritu apostólico, dar a conocer y amar a nuestro Esposo celestial, incluso en los confines de la tierra; nos contentaríamos con hacer su obra». (567.2)

Hna. María Joëlle BEC F.M.I.

MARÍA EN LAS CARTAS DE ADELA DE TRENQUELLÉON

J.B.Armbruster sm

Conferencia del 8 de enero de 1989

Comencemos con una breve reseña biográfica de Adela y un análisis de su correspondencia.

Nacida el 10 de junio de 1789 en el Castillo de Trenquelléon, en la comuna de Feugarolles, fue bautizada ese mismo día en la iglesia parroquial. Su padre, el barón, se alistó en el Ejército del Rin en 1791 y dejó a su esposa al cuidado de su hija.

Vivió exiliada en España y Portugal entre 1797 y 1801. Desde niña, sintió una profunda atracción por la orden carmelita, a la que deseaba ingresar a los doce años.

En febrero de 1803, recibió el sacramento de la Confirmación y, en esa ocasión, conoció a Juana Diché. Las dos jóvenes se hicieron amigas y, en 1804, con la ayuda del señor Ducourneau, tutor de Carlos, hermano de Adela, fundaron una asociación cristiana de oración y acción. Esta pequeña Asociación desempeñaría un papel fundamental en la vida de Adela. Ya era una "fundadora" e impulsora de la labor de la Iglesia.

Este liderazgo, primero de su pequeña Asociación y luego de su instituto religioso, se expresó principalmente a través de sus numerosas cartas, 737 en total,

escritas entre el 2 de febrero de 1805 y el 28 de noviembre de 1827. Se pueden distinguir tres periodos en la vida y la correspondencia de Adela:

1. De 1805 a 1808, Adela tenía entre 16 y 19 años. Todas sus cartas están dirigidas a la hermana de Juana, Águeda Diché, quien se convirtió en su corresponsal habitual del grupo de Agen. Gracias a varias cartas de este periodo, podemos apreciar las convicciones marianas fundamentales de Adela, actitudes que mantendría a lo largo de su vida.
2. Desde finales de 1808 hasta el 25 de mayo de 1816, Adela, entre los 19 y los 27 años, vivió un periodo extraordinariamente enriquecedor en contacto con la Congregación Mariana de Burdeos y su fundador, el padre Chaminade. Su vida mariana se enriqueció considerablemente durante este tiempo.
3. Desde el 25 de mayo de 1816 hasta el 10 de enero de 1828, Adela, que se había convertido en Madre María de la Concepción en la vida religiosa, entre los 27 y los 39 años, vivió como Fundadora y primera Superiora General de las Hijas de María en Agen. Este fue el periodo de su pleno desarrollo mariano dentro de la vida religiosa.

1. COMO UN TRONCO SÓLIDO: LOS ELEMENTOS PRIMARIOS Y CONSTANTES DE SU VIDA MARIANA.

Durante el primer periodo de su correspondencia, tres cartas (17, 35 y 88) y varias alusiones nos permiten vislumbrar los elementos primarios y constantes de la devoción de Adela a la Santísima Virgen.

Leamos la carta n.º 17, la más representativa. Está fechada el 20 de agosto de 1805, octava de la fiesta de la Asunción. ¿De qué habla con Águeda y sus compañeras? De las virtudes de María y su obligación de imitarlas. (Lectura de la carta n.º 17).

La carta n.º 35, fechada el 25 de marzo de 1806, fiesta de la Anunciación, retoma el mismo tema, basándose en la lectura que acaba de terminar de un sermón de Bourdaloue. (Lectura de la carta n.º 35).

Del análisis de todas las cartas y alusiones marianas, emergen claramente tres actitudes fundamentales que caracterizan la devoción mariana de Adela:

1. Adela vive con María en sintonía con el año litúrgico, en sintonía con la Iglesia.
2. La vida espiritual de Adela incorpora ciertas virtudes de María que fomentan una vida de unión con la Santísima Virgen.
3. María asume un papel cada vez más importante en la pequeña comunidad de la que es «protectora».

A. Adela celebra a María en sintonía con la Iglesia.

Al igual que Santa Teresa de Ávila, a quien veneraba especialmente, Adela es simplemente una hija de la Iglesia. Valora profundamente los importantes tiempos litúrgicos: Adviento y Cuaresma. Ella celebraba las fiestas marianas: la Asunción y la Anunciación fueron las primeras en aparecer entre 1805 y 1808.

Luego, durante el segundo período (1808-1816), se añadieron las siguientes: la Presentación del Señor y la Purificación de María (2 de febrero), la Compasión de María (durante la Cuaresma), la Natividad de María (8 de septiembre), la Presentación de María (21 de noviembre) y, especialmente, la Inmaculada Concepción, fiesta patronal de la Congregación Mariana de Burdeos.

Durante su estancia en el convento, se estableció una nueva fiesta: el Santo Nombre de María, designada por el padre Chaminade como fiesta patronal en 1823 para los dos institutos religiosos fundados en 1816 y 1817.

Cada una de estas fiestas tenía su propio significado y nutrió la vida espiritual de Adela y sus compañeras. Esto era aún más cierto, ya que las fiestas se preparaban o se extendían durante una octava, es decir, un período de vida cristiana más intensa. Lejos de ser meros eventos aislados, las fiestas marianas se vivían como la culminación de auténticos períodos de fervor.

Así, ya el 23 de julio de 1805: «Se acerca la fiesta de la Asunción, en la que la Santísima Virgen murió de amor. ¡Ah! Siguiendo su ejemplo, esforcémonos por dejar que el amor de Dios mortifique en nosotros todos nuestros malos hábitos, todas nuestras inclinaciones desordenadas» (15.3). Esta misma fiesta se extenderá, como afirma la carta del 20 de agosto (17), a las virtudes de María. Estas deben ser nuestro objeto de imitación, especialmente entre las dos fiestas dedicadas a ella: la Asunción y la Natividad.

¿Es necesario recordar que todas estas fiestas de María se celebraban, en la medida de lo posible, con la participación en la Santa Misa y la Sagrada Comunión, precedidas, como siempre en aquellos tiempos, por la confesión? En Cristo y con él, Adela honra y encuentra a su Madre.

B. Adela vive su vida espiritual con María.

Ve en la Santísima Virgen el ejemplo vivo de las virtudes que considera necesarias en su propia vida espiritual: obediencia, humildad, paciencia, mansedumbre y dominio propio (17; 35; 53). Así, desea ser como Jesús, quien nos dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (16).

Adela contempla e imita de manera muy especial dos virtudes de María: la pureza y el amor a Dios. La primera se convertiría en castidad virginal, floreciendo en la consagración de sí misma a su Esposo celestial, como le gustaba llamar a Jesús; la segunda constituía el único vínculo de la Compañía. Regresaba incansablemente al amor a Dios como meta última de toda su vida y la de sus compañeras (15; 17; 35; 53). Ella ya vivía por amor, siguiendo el ejemplo de María. No es de extrañar que Adela también, el 10 de enero de 1828, muriera de amor, expresando su profundo amor por su divino Esposo: ¡Hosanna al Hijo de David!

Adela vivía su día a día en íntima comunión con la Santísima Virgen María. En momentos de sufrimiento, tenía por costumbre contemplar a María en el Calvario y unirse a ella. Las oraciones marianas, el *Sub tuum* y el Rosario marcaban sus días y alimentaban esta profunda unión con la Madre de Jesús. Compartió con entusiasmo con Águeda que escribía mientras contemplaba un retrato de Cristo y otro de su Santísima Madre. Su oratorio era irreconocible, tan adornado estaba por estos dos magníficos grabados (72.5).

El corazón de Adela, al profundizarse, también se expandió para incluir a todos los demás miembros de la comunidad. Anhelaba reunirlos a todos, lo que la llevó a inventar, según una tradición carmelita, encuentros espirituales. El del Calvario, a las tres de la tarde, era el más frecuente. Transmitió esta tradición al padre Chaminade, quien la adoptó y adaptó para hacerla aún más mariana. Pero Adela también organizó otros retiros espirituales: en el belén, en el desierto, en brazos de Jesús moribundo, en el Cenáculo y muchos otros.

C. Con María, protectora de la Pequeña Asociación.

El artículo 3 del Reglamento especificaba que «cada miembro se pondría bajo la protección especial de la Santísima Virgen María recibiendo la Sagrada Comunión con este fin». Entre 1804 y 1808, la Asociación creció. Fundada en Lot-et-Garonne, para 1808 se había extendido a los departamentos de Landes, Dordogne, Lot y Gers.

Esta expansión llenó a Adela de admiración y fervor. Aquí debe leerse la carta 88, fechada el 16 de julio de 1807, fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Esta carta concluye y culmina el primer período de la correspondencia mariana de Adela y demuestra cómo, providencialmente, el Espíritu Santo y María la prepararon para entrar fructíferamente en la siguiente etapa. (Lectura de la carta n.º 88).

La Santísima Virgen se convirtió en la protectora de la Asociación. Los miembros de esta Asociación se convirtieron así en hijos predilectos de María, quien es poderosa con su Hijo. Esta pertenencia a María se entiende aún principalmente como ponerse bajo su protección, en el sentido del «Nos refugiamos» que Adela, y quizás también sus amigas, rezaban diariamente.

En la carta 88, también se hace referencia al hábito del escapulario que llevaban todos los miembros. Esta devoción, típicamente carmelita, simbolizaba asimismo la protección de María. Llevar el hábito de la Santísima Virgen, que significaba pertenecer a ella y su capacidad para ejercer su papel de Madre, eran convicciones sólidas que florecerían entre 1808 y 1816, periodo marcado principalmente por la relación de Adela y su grupo con el padre Chaminade y su Congregación en Burdeos.

2. DE ESTE TRONCO ORIGINAL, SURGEN NUEVAS RAMAS MARIANAS.

El año 1808 es crucial para Adela. Dos acontecimientos la marcan y le abren un nuevo futuro:

Adela renuncia al matrimonio.

Adela conoce al padre Chaminade.

Adela se sintió profundamente perturbada por una hermosa propuesta de matrimonio que le hicieron en 1808. Su padre, a quien amaba profundamente, apoyó la propuesta. Consultó con sacerdotes y oró intensamente. En la víspera de la Fiesta de la Presentación de María, tomó la decisión de no casarse jamás. Al igual que María, que se ofreció al Señor a temprana edad, se entregó a Cristo, ahora su único Esposo. Su futuro podía orientarse hacia la vida religiosa. Esta nueva determinación también hizo que Adela anhelara con mayor ahínco todo aquello que pudiera profundizar su fe cristiana y su entrega a María.

Sí, María irrumpió en su vida a finales de 1808. El acontecimiento fue pura casualidad. Durante el verano, Madame de Trenquelléon descansaba con su familia en Figeac, donde conoció a Jean Lafon, miembro de la Congregación de Burdeos. Conversaron. La madre habló de su hija y de su pequeña Asociación; del profesor, Lafon le habló del padre Chaminade, y de su congregación, tan activa en Burdeos. Prometieron poner en contacto a los dos fundadores, lo cual se hizo en otoño mediante una carta que el padre Chaminade envió a Adela (Cartas nº 31).

Se desarrolló una correspondencia muy activa entre ambos, este sacerdote de 57 años y esta joven de 19. Conservamos las cartas del P. Chaminade, pero las de Adela han desaparecido. Solo tenemos las que enviaba regularmente a sus amigas, que reflejan las que recibía de Burdeos. ¿Qué encontramos en esta correspondencia sobre María?

Las cartas que el padre Chaminade dirigió a Adela revelaron muchas perspectivas nuevas sobre la Santísima Virgen. Debemos conformarnos con un breve resumen de lo esencial.

Desde su primera carta (n.º 31), el Padre Chaminade describe la Congregación de Burdeos, subraya las numerosas similitudes entre ambos grupos y concluye con estas dos frases que resumen el espíritu mariano de la congregación: «¡Oh! ¡Si tan solo pudiera transmitirles la dicha de pertenecer de manera especial a la Madre de Dios! Nos glorificamos aquí con el título de Hijos de María: nos consideramos su familia privilegiada».

Los miembros de las Fraternidades, que son la continuación actual de la Congregación Mariana, los miembros de los Institutos Religiosos o los amigos de nuestros Fundadores, pueden encontrar en estas dos frases la esencia misma de nuestro camino mariano constitutivo: la alegría de pertenecer a María de manera especial, pues ella es nuestra Madre espiritual y nosotros somos sus Hijos; nos consagramos a ella y juntos constituimos la Familia privilegiada de María.

A. La alegría de pertenecer a María.

Ya en enero de 1809, Adela se hizo eco de la carta anterior, así como de sus primeras lecturas del Manual del Servidor de María, el libro devocional de la Congregación de Burdeos. Le confió a Águeda: «¡Cuánto amo estos libritos, querida amiga, todas estas hermosas oraciones, estas hermosas instrucciones, estos hermosos himnos en honor a María! Tenemos la alegría de ser sus hijos, miembros de su familia privilegiada. ¡Oh!». Encomendémonos, pues, a esta tierna Madre; ella es el refugio de los pecadores (LT. 90.2).

En la siguiente carta, fechada el 26 de enero de 1809, utiliza por primera vez el término «consagración a María», que acababa de descubrir, y continúa: «¡Bienaventurado aquel que, desde la niñez, se entrega a ella y resguarda su inocencia en su Nombre!» (n.º 91.6.7).

Así, presenciamos la alegre asimilación que Adela, y otros, hacen de la nueva dimensión mariana traída desde Burdeos por el Manual y las cartas del padre Chaminade. Esta alegría es la mejor señal de la novedad de lo que recibe. Se siente plena en sus expectativas. Es cierto que el período anterior de su vida la había preparado tan bien para ello.

Además, Adela es de carácter optimista. Basta con leer su correspondencia para notar las numerosas veces que usa el adjetivo «feliz». La abundancia de signos de exclamación es otra señal de ello. Y ahora María añade más felicidad a su alegría. Del 10 de junio de 1810, día de su vigésimo primer cumpleaños, su mayoría de edad, leemos, en un contexto de Pentecostés, por primera vez, otra exclamación de Adela: ¡Viva Jesús! ¡Viva María! para siempre en nuestros corazones! (n.º 125.5). ¡Está lista para abrazar con alegría la vida religiosa marianista! Pero esa hora aún no había llegado en 1810.

B. Maternidad espiritual y consagración a María

Otra observación sorprendente: hasta su encuentro con el padre Chaminade, Adela desconocía, en sus cartas, la palabra y el proceso de consagración a María. Sin embargo, el Espíritu Santo la había preparado también en este sentido, como lo demuestra su carta 88. Se sabía hija de María, bajo su protección y amparo por pertenecer a la Pequeña Asociación.

Pero de Burdeos llegó una enseñanza mucho más rica y diversa. Adela, que había hecho de la imitación de las virtudes de María un pilar fundamental de su vida mariana, descubrió con entusiasmo los fundamentos espirituales de su larga práctica. Así, progresó y se regocijó en ella.

El propio padre Chaminade la guio hacia una doctrina más elaborada sobre la maternidad espiritual de María. La pedagogía del Fundador era muy sencilla. Comienza con la oración de consagración a María, observa sus efectos beneficiosos y la justifica con un recordatorio doctrinal. Aquí está la carta de iniciación que Adela recibió de Burdeos en agosto de 1810.

«Te invito, querida hija, a realizar este acto de consagración de todo corazón en la Fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, si has recibido esta carta; también será un buen consejo para compartir con todas tus amigas.

Me asombran las gracias y bendiciones que reciben todas aquellas que lo hacen con buena voluntad y perseveran en los sentimientos que lo inspiraron. ¡Oh, cuán dichosos son los verdaderos hijos de María! La Madre de Jesús se convierte verdaderamente en su Madre.

Quizás digas: «Pero María no puede ser mi Madre como es la Madre de Jesús». — Sin duda, si no consideramos las cosas según el espíritu; pero es mucho más según el espíritu que debemos considerar la maternidad divina, que según la naturaleza. María, según la propia confesión de Jesucristo, fue más afortunada de haberlo concebido espiritualmente que de haberlo concebido según el orden natural. Si no comprendes del todo esta verdad, a la que solo estoy insinuando, con gusto volveré sobre ella en otra carta». (N.º 40, p. 69)

¿Qué representaba este acto de consagración que Adela estaba descubriendo? En su forma más simple, era una oración de entrega a María. Se encuentra en los Escritos Marianos del Padre Chaminade (II, n.º 881-883). En dos tercios de este texto, es una especie de credo mariano (881-882); a esto le siguen los compromisos que se deben asumir (883): honrar a María, encomendarse a su amor maternal, vivir como un Hijo de María al pertenecer a la Congregación y al tener respeto, obediencia, confianza y amor filial hacia María.

En el Manual para el Siervo de María, Adela pudo leer una presentación muy evocadora de la consagración a María. *Una consagración constituye una verdadera alianza entre quien se consagra y la Virgen Inmaculada que recibe dicha consagración. Por un lado, la augusta María recibe bajo su poderosa protección a esta persona fiel que se entrega a los brazos de su ternura maternal y la adopta como hija. Por otro lado, el nuevo hijo de María contrae con su augusta Madre las más dulces y amorosas obligaciones* (EM.P.395).

Gracias a textos como este, Adela tomó conciencia de la realidad de la Alianza. Antes de 1813, nunca utilizó esta palabra en su correspondencia con sus amigos. Su circular del 25 de julio de 1813 nos permite apreciar la profundidad de su comprensión de este punto, así como de otros, con el padre Chaminade. Esto se extiende incluso a una similitud de vocabulario.

«Estais a punto de alistaros de una manera más especial bajo las banderas de nuestra augusta Madre. Prepárense con todo el fervor posible para esta gloriosa alianza que están a punto de contraer con Ella. /.../ ¡Oh! ¡Qué cualidades deben distinguir a los hijos de María! Estar bajo la protección de la Santísima Virgen es profesar la lucha contra todos los vicios: no más afanes mundanos, no más tentaciones de sus vanos placeres. Que la vida humilde, apartada y ferviente guíe todos nuestros esfuerzos».

Adela transcribe el Manual a su manera, el cual, siguiendo el texto sobre la verdadera alianza, enumera las siete obligaciones de toda persona consagrada a María en la Congregación: orar, honrar y promover la veneración de María, y comportarse como un verdadero hijo de María imitando sus virtudes y combatiendo los vicios.

En efecto, Adela conserva su propia personalidad. Quisiera destacar aquí la manera tan personal en que a veces expresa la alianza en su doble dimensión, particularmente con motivo de la Presentación de María.

Ante todo, la alianza entre ella y Cristo, el divino Esposo, sigue siendo primordial y fundamental.

Presentémonos también al Señor en este día. Consagrémosle nuestra persona por completo; que nada en nosotros no pertenezca a este divino Maestro, a quien nos debemos con tantos títulos y a quien simplemente le devolvemos lo que le debemos al entregarnos a Él. (Adela. Cartas n.º 203.2)

Al año siguiente, en 1814, Adela se muestra más madura en este aspecto de la entrega. Ha armonizado muy bien su alianza con María y su alianza fundamental con el Señor.

«Oré, querida amiga, a nuestra divina Madre, el día de la Presentación, para que ofreciera a su divino Hijo toda su pequeña familia junto con ella... Ofrecidas por tales manos, considerémonos, querida amiga, completamente consagradas al Señor. Pertenezcamos a Él: actuemos solo para Él y con el fin de agradarle, incluso en nuestras acciones más indiferentes» (n.º 256.2).

Nótese el uso juicioso del vocabulario: la palabra «consagrada», en su sentido más fuerte, se refiere al Señor. Esta alianza adquiere su pleno significado en la alianza bíblica entre Dios y su pueblo, entre Dios y la humanidad. Este es el verdadero acto de consagración.

En cuanto a la relación con María, Adela y sus amigas forman su pequeña familia; Están unidos a ella. La alianza con María es un proceso análogo al de dos esposos; por lo tanto, se mantiene dentro del ámbito de una unión de amor entre seres humanos. La alianza con María es una forma de formar una familia, una Iglesia con ella, en torno a ella, junto a ella. ¿Acaso no es ella la Madre de la Iglesia, y no somos nosotros sus hijos por ser discípulos de Jesús, como Juan en el Calvario?

C. Formar juntos la Familia de María.

En la primera carta recibida del Padre Chaminade, Adela había leído esta afirmación, que podría haber parecido presuntuosa: «Nos glorificamos aquí con el título de Hijos de María: creemos que constituimos su familia privilegiada» (n.º 31).

¿Qué significa para el Fundador la expresión «Familia de María»? Es una reunión de cristianos que tienen a Dios como Padre y que, además, reconocen explícitamente que comparten a María como Madre, lo cual fortalece singularmente su comunión cristiana y da a la Iglesia un rostro más familiar. En resumen, gracias a María, estos cristianos tienden a formar una Iglesia vivida como una gran familia.

Esta expresión impresionó a Adela, quien la anotó en la carta 90, la primera después de recibir la del padre Chaminade: «Tenemos, pues, la alegría de ser sus hijos, miembros de su familia

privilegiada». La realidad de esta familia espiritual pronto avivó el fervor de Adela. Comprendió que la familia de María estaba llamada a crecer, a lo que ella denominaba conquistas. Estas conquistas tenían un propósito: «Extendamos la familia de la purísima María. Reunamos tantos corazones jóvenes como podamos bajo su protección y para la gloria de nuestro divino Maestro» (n.º 175.7). Corría el año 1813.

Al año siguiente, el 12 de noviembre, en una carta a la hermana María Poitevin (Madre Luis Gonzaga), superiora del grupo de Tonneins, Adela incluyó también en la familia a quienes estaban espiritualmente vinculados al grupo. «Nuestros queridos miembros también me son muy queridos: pertenecen a nuestra familia» (n.º 254.9). Nueve días después, durante la Presentación de María, ruega que ofrezca a toda su pequeña familia, junto con ella misma, a su divino Hijo (n.º 256.2).

A partir de entonces, la expresión se incorpora a su vocabulario y aparece con frecuencia en sus escritos para referirse, en el período siguiente, tanto a la Congregación como a la Iglesia.

Adela compartía la misma expansión y la misma preocupación con el Padre Chaminade. La familia de María, esta Iglesia con rostro mariano, se había convertido en el objetivo de su celo apostólico. Esto es lo que el Fundador confió a los miembros de la Congregación en 1825: «Por la gran misericordia de Dios sobre mí y sobre los demás, desde hace mucho tiempo vivo y respiro únicamente para difundir la devoción a esta augusta Virgen, y así hacer que su familia crezca y se multiplique cada día» (n.º 381). Hoy, el Concilio Vaticano II y el hermoso capítulo 8 de *Lumen Gentium* nos invitan a pensar en la Iglesia universal como la Familia de María. ¿Acaso no ha sido ella proclamada su Madre?

3. EL FLORECIMIENTO MARIANO EN LA VIDA RELIGIOSA

Pasemos al tercer período de la vida de Adela. Desde el 25 de mayo de 1816, se había convertido, en la pequeña comunidad de Agen, en Madre María de la Concepción. Las 430 cartas de este último período contienen numerosas alusiones marianas. Las cartas escritas entre junio de 1816 y septiembre de 1820 son, con mucho, las más vívidas, ya que están dirigidas a amigas que permanecieron en el mundo y a quienes se les confió la continuación de su obra, la Congregación Mariana. Desde entonces, María y su Congregación fueron una sola. Es como si dijéramos: María y las Fraternidades. Su expansión y dinamismo misionero le brindaron gran alegría a la Madre María de la Concepción.

A. Alegría por la expansión de la Congregación mariana.

Comencemos con la corresponsal más ilustre de este período: Santa Emilia de Rodat, fundadora de la Sagrada Familia de Villefranche-de-Rouergue. Su correspondencia comienza con la carta n.º 334, fechada el 21 de junio de 1819. La Madre María le dice inmediatamente: «Nuestra principal labor es la formación y el sostenimiento de las Congregaciones. ¡No te imaginas el bien que producen estas Congregaciones!». A continuación se presentan numerosos detalles, y luego la conclusión: «¡Oh, señora! Hagamos que María sea amada y honrada, y así, sin duda, haremos que nuestro Esposo celestial sea amado y servido. Perdóname, señora; pero el celo nos hace audaces... Ahí lo tienes. Cuando habla de la Congregación, es incansable. Es obra de su corazón».

Muy pronto surge el deseo de establecer la Congregación mariana en Villefranche: «¿No nos alegra enormemente establecer la devoción a María de una manera tan especial?» (n.º 296.7). ¡Qué explosión de alegría en septiembre de 1820!: «Así pues, la Congregación se establece en Villefranche; ¡qué feliz estoy!» (n.º 406.6). Menos de un año después, sabemos que esta Congregación cuenta con doscientas personas. ¡Todo un logro!

Otro ejemplo. Melania Figarol, hija de un magistrado, acompañó a su padre en sus traslados de puesto. Gracias a estas iniciativas, la Congregación se fundó en Tarbes y Pau.

Apenas instalada en Tarbes, Melania recibió una carta de Agen, fechada el 29 de mayo de 1817. La Madre María le preguntaba si tenía alguna esperanza de izar las banderas de María en la ciudad. La celosa superiora la animó: «¡Reúnanse, esfuércense por congregar los corazones jóvenes bajo las sagradas banderas de la Reina de las Vírgenes, para poner su inocencia y la suya bajo la protección de su Nombre! /.../ Unamos nuestros esfuerzos para arrebatarnos al demonio, para entregar corazones a Jesús y a María» (n.º 320.2.3).

A finales de febrero de 1818, la Congregación se fundó en Tarbes: «¡Qué alegría nos dio su carta, al ver que el amoroso Imperio de María se establecerá en Tarbes y que un grupo interesante de jóvenes se alistará bajo sus santas banderas!» (n.º 324.2). Una carta de la época de Pentecostés añade este deseo: «Que un gran número de jóvenes se congreguen bajo el sagrado estandarte de María y renueven, con su fervor, los días dorados de la Iglesia naciente» (n.º 325.3).

En 1821, Melania y sus padres se encontraban en Pau. Tras una misión local y con el apoyo de los misioneros, la congregación acababa de fundarse: ochenta jóvenes y sesenta damas del retiro se habían inscrito (n.º 433.9).

La organización de la Congregación, que había crecido rápidamente durante la misión, llevó tiempo. En su carta del 6 de mayo de 1822, la Madre María expresó su alegría y participó en la celebración con sus propias reflexiones y consejos: «María ha triunfado sobre el infierno, mi queridísima hermana; su estandarte ondea en Pau, o al menos eso espero, según me dices. ¿Pero acaso debemos sorprendernos? ¡Debe aplastar la cabeza de la serpiente infernal!

Como sabes, hay que vestir de blanco y llevar una vela el día de la recepción, o mejor dicho, el día de la consagración. Porque es una consagración de nosotros mismos a la Santísima Virgen: Ella se convierte verdaderamente en nuestra Madre, ¡y nosotros en sus hijos! ¡Cuántas gracias brotan de este glorioso título! Casi no se ven jóvenes que no hayan recibido gracias especiales en este momento» (n.º 469.2.3).

Rara vez la Madre María de la Concepción ha explicado con tanta claridad la consagración a María dentro de la Congregación. Estas enseñanzas se hacen eco de la primera carta que el padre Chaminade le escribió a finales de 1808. ¡Qué profunda impresión debió causarle aquella primera carta, pues catorce años después reaparece casi textualmente en los escritos de la Fundadora!

B. Ampliando la acción maternal de María.

Es fácil encontrar numerosas expresiones con connotaciones militares cuando la Madre María describe las acciones de los miembros de la Congregación, incluso de las jóvenes y mujeres. El mismo vocabulario se encuentra en los escritos del padre Chaminade. Es típico de la época. No quiero extenderme en ello, aunque tiene todo su valor, y la vida sigue siendo una lucha, como se dice en el Libro de Job.

Quisiera destacar aquí cómo el descubrimiento de la maternidad espiritual de María, gracias a la Congregación de Burdeos y al padre Chaminade, fructificó en esta tercera etapa, la de la vida religiosa. Esto se expresa a menudo mediante alusiones, rara vez con detalle. Durante el Adviento de 1821, la Madre María evocó esta maternidad: «¡Qué alegría preservar los corazones jóvenes de las garras del demonio colocándolos en el regazo de María!» (n.º 467.7). La Fundadora contempló a Jesús en el vientre de María y extrajo de esta contemplación una forma maternal de actuar hacia los demás.

El Adviento parece haber sido un tiempo mariano privilegiado para la Madre María. El vientre de María, una expresión muy querida por nuestros Fundadores, se convierte en el corazón de María, donde ella acoge y lleva a todos sus hijos con solicitud maternal, formándolos a imagen de su divino Hijo. De ahí a ver su propia vida de devoción como una maternidad espiritual, siguiendo el ejemplo de María y participando de ella, hay un pequeño paso, uno que la Madre María de la Concepción daba a menudo. A veces hablaba de su pequeña Asociación, que seguía siendo tan querida para ella. Entonces se preguntaba por qué y respondía: «Porque fue el comienzo de mi maternidad y la fuente de mi felicidad» (n.º 338.4). Esto ocurrió en 1819, en una carta al padre Chaminade.

A la Madre Teresa Yannasch, Superiora de la comunidad de Tonneins, recientemente establecida, le confió, tras mencionar a Santa Teresa de Ávila, su patrona: «¡Oh, querida hermana, qué gran carga es ser madre! /.../ Pero el buen Señor no da hijos espirituales sin darles abundante leche para nutrirlos. Para ello, nutrémonos nosotras mismas mediante la oración, el retiro y la unión con Dios» (n. 458.3).

Hay que reconocer que esta forma de concebir la participación en la misión de María se ajusta mejor a las mujeres que el lenguaje militarista imperante en tiempos de Napoleón. ¿Acaso es necesario recordar que el Concilio Vaticano II, en *Lumen Gentium*, orienta a toda la Iglesia hacia una visión maternal de toda acción apostólica? (n. 65, fin).

Este breve relato de la vida mariana de la Madre María de la Concepción debe concluir. Lo haré retomando su vida hacia el final. Desde 1824, el noviciado se encontraba en Burdeos, en la calle Mazarin. La formación de novicias era muy importante para ella. A la Madre Luis Gonzaga Poitevin, Maestra de Novicias, le escribió el 13 de noviembre de 1826:

«A menudo me encuentro ocupada con el querido noviciado de la calle Mazarin y con la querida Madre. Pero confío en que María lo protegerá. Me parece que aún no hemos demostrado suficiente devoción a la Santísima Virgen: debería inculcársela más profundamente en el corazón de nuestras hijas. Haced todo en el nombre de María. Pidamos por las verdaderas vocaciones por intercesión de María (n.º 688.3)».

Aquí no se expresa desánimo, pero la Fundadora percibe con mayor claridad, al final de su vida, la plena importancia de María para el crecimiento del Instituto. Habla de la protección

de María; de la confianza que siempre tuvo en la Madre de Dios, que se convirtió en nuestra Madre; del amor y la devoción que vivió con admirable celo y que desea dejar como legado a sus novicias, las futuras religiosas. Entonces, de su pluma brota esta expresión que, al final de un camino de 21 años, resume su vida mariana en una fórmula de plenitud: ¡Hacedlo todo en el nombre de María!

Con Adela de Trenquelléon, comenzamos con una pequeña Asociación en la que el amor a Dios era el único vínculo y María su Protectora; llegamos, al final de esta existencia demasiado breve, a un Instituto religioso que quiere hacerlo todo en el nombre de María para la gloria del Señor.

J.B. Armbruster S.M.

Tercera parte

LA ENSEÑANZA DE ADELA

1. CONSEJOS DE ADELA A LAS SUPERIORAS

A partir de las cartas que la Madre Adela dirigió a las superiores, maestras de novicias y a la Madre Emilia de Rodat, fundadora de la Sagrada Familia de Villefranche, he recopilado los diversos consejos que les ofrece sobre sus responsabilidades, consejos que se centran en:

- su vida personal
- sus relaciones con las hermanas,
- sus relaciones con la comunidad.

Estos son los tres puntos que desarrollaré. Añadiré un cuarto, también basado en las cartas de la Madre Adela: cómo encontrar la renovación.

I. La Superiora: Consejos personales para su misión

Las destinatarias de las cartas deben vivir según la FE. Esta es la base de todo.

«Mostremos siempre los principios de la fe, demos el consuelo de la fe; este es el espíritu que debe animar a las Hijas de María». (725)

«¿Cómo te va en esta vida de fe, querida hija? Es muy importante que un superior no vea ni juzgue nada según las perspectivas de la naturaleza, sino únicamente según las perspectivas de la fe y del Espíritu de Dios.» (523 cf. 669, 645, 606, 540)

«Dejémonos guiar por la fe y no por el corazón.» (583)

«¡Oh, querida hija, qué poca fe tenemos, o al menos qué poco vivimos por la fe! Deseo que vivamos por la fe: asumamos esta tarea, querida hermana, de alinear todas nuestras acciones con el espíritu de la fe.» (587 + 609)

«¡Ánimo, hija mía! El Señor tiene sus caminos: el tuyo debe ser un camino de fe pura. Por eso no te permite encontrar consuelo en las criaturas; quiere que lo busques solo en Él.» (533)

«No eximas a las hermanas de aquello que les resulta repugnante, sino muéstrales, desde la perspectiva de la fe, el mérito que pueden obtener de ello.» (543)

«Esforcémonos, querida hermana, por ver a Dios en todos los acontecimientos y por no desear nada más que su beneplácito.» (353)

Toda vida vivida según la fe culmina en la entrega a Él, en la confianza en Él:

«Adiós, querida hija, paz, confianza, entrégate a las manos del Señor.» (500)

«Comparto tus inquietudes. Se las presento al buen Padre. ¡Entrégate a las manos de la Providencia! Recordemos los fundamentos de Santa Teresa y Santa Chantal.» (697)

«Recomiendo a la querida comunidad de Tonneins la santa entrega a la voluntad de Dios, fuente de toda paz y de todo bien espiritual.» (445)

«Querida hermana, entreguémonos con nuestra pesada carga en los brazos de nuestro bondadoso Maestro. Él es quien nos ha impuesto la carga; debemos confiar en su bondad para tener la fuerza para soportarla.» (414 cf. 443)

El abandono a Dios está muy cerca de la confianza en Él, como a menudo nos invita la Madre Adela:

«Gran confianza en Dios, abandono a la Providencia: ¡alimenta a las aves del cielo y viste a los lirios del campo! Reza una novena de la Letanía de San José para que el buen Señor te socorra; esta es la práctica del Instituto para atender las necesidades temporales.» (541 cf. 580)

«Ánimo, hija mía, pongamos toda nuestra confianza en Dios, y entonces seremos fuertes con toda la fuerza del Altísimo.» (453 cf. 500)

«No confíes en tu propio trabajo, sino únicamente en la ayuda de Dios.» (478)

«Me temo que a veces confiamos demasiado en nosotros mismos.» (539)

«Encomienda todas tus ansiedades a Dios, y Él lo transformará todo en bien. Imagina los cimientos de la Madre Chantal, carentes de todo (...) Pero Dios siempre hace que su obra triunfe; ten, pues, valor y confía solo en Dios.» (666)

«Pero un poco de confianza en Dios: ¡Él hará más que todas las criaturas! Una palabra que Él susurra en lo más profundo de nuestro corazón será más elocuente que nuestras propias palabras. Quien espera en Dios jamás será avergonzado.» (580)

«Él quiere que nos volvamos a Él con mayor confianza y con más frecuencia.» (577 cf. 415)

Se trata de confiar en Dios, no en un brazo humano:

«No debemos confiar en un brazo humano; nuestra confianza debe estar solo en Dios, y no dudo que Él hará que todo salga bien para el bien de sus hijos...» (642 cf. 605)

Esta entrega a Dios lleva a morir a uno mismo, a las visiones de la naturaleza, para ser enteramente de Dios, siguiendo a Jesús.

«Oremos fervientemente para que todas podamos ser religiosas, pues ese es el objetivo: ¡hijas muertas a nosotras mismas y enteramente a Dios!» (583 cf. 636 + 706)

«Que cada momento de nuestra existencia esté consagrado a Él: vivamos solo para amarlo y para que sea amado.» (661)

«Para los cónyuges terrenales, uno deja a padre y madre; es justo que para el Esposo celestial haya algo más: el de dejarse a uno mismo.» (592)

«Les exhorto a una profunda mortificación interior. Conversar con ciertas personas no es poca cosa.» (571)

«¡Oh! ¡Cuánto deseo que todos nos convirtiéramos en santos este Año Nuevo! Y esto, mediante una verdadera muerte a nosotros mismos: ¡entrando verdaderamente en el camino al Calvario siguiendo los pasos de Jesús! ¡Seguro que lo encontraremos en ese camino!» (703)

«Vengan, esta enfermedad será para la gloria de Dios y su salvación; les habrá enseñado a morir a sí mismos, a renunciar a sí mismos, a saber obedecer...» (571 cf. 482 + 569)

Seguir a Jesús es seguirlo hasta la Cruz, cargando con su cruz, esa cruz que Jesús lleva con nosotros. Aquí, como en la fe, abundan los consejos:

«No vemos que ningún santo haya alcanzado la gloria por otro camino que no sea el de la cruz; por lo tanto, ¡no puede haber otro para nosotras! Es el "camino real"; sigamos a nuestro Esposo por el rastro de su sangre. ¡No temamos mancharnos de sangre después de Él!» (610)

«¡Vamos, querida hermana, ten valor! No llevamos la cruz solas; el divino Esposo la lleva con nosotras, ¡y Él lleva tres cuartas partes de ella!» (585)

«Sí, querida hermana, debemos llevar nuestra cruz siguiendo las huellas del divino Maestro; debemos llevarla, es inevitable.» (585 cf. 579 + 505 + 544)

«Recordemos constantemente que es imposible ir al Cielo sin sufrir, que debemos llevar nuestra cruz, es decir, la que el buen Señor nos envía: estas contradicciones cotidianas, esta carga de las faltas de nuestro prójimo...» (689 cf. 525)

No solo invita a sus hijas a llevar su cruz, sino que las exhorta a abrazarla, a amar a Jesús en el Calvario:

«Abracemos la Cruz. Allí nos unimos a nuestro Esposo celestial.» (558 cf. 587 691)

«Ven, querida hermana, amemos a Jesús en el Calvario.» (667)

«¡Ánimo, esposa de Jesús crucificado! Sube con él a la Cruz: es el lecho nupcial donde entramos en la santísima alianza con él». (349)

La Cruz es la fuente de la Vida; es la Roca sobre la que edificar con firmeza:

«¡La vida está en la Cruz, la salvación está en la Cruz!» (435 cf. 602)

«Nuestro Instituto será más fuerte si, con buen corazón, sabemos fundarlo sobre la Cruz». (364 cf. 541)

«Cuanto más cruces soporte la Casa del Condón, más confío en que perdurará. San Francisco de Sales quiso fundar la Visitación en el Monte Calvario: es, por tanto, sobre esta roca donde se mantendrá firme contra todo viento.

Aprieta a menudo tu crucifijo contra tu pecho, profesa tu deseo de vivir y morir en la Cruz, siguiendo el ejemplo de Jesús.» (580)

Al pie de la Cruz, encuentra a la amada de Jesús, y especialmente a María, firme en la fe:

«¡Mi corazón maternal siente con intensidad la espada con la que el tuyo debe ser traspasado!... Entra, querida hermana, en el corazón de María, de pie al pie de la Cruz;

observa con qué amargura se ve abrumado, y ofrece tus sacrificios junto con los suyos.» (349)

«¡Veamos las cosas con los ojos de la fe y permanezcamos como María, de pie al pie de la Cruz!» (568)

«Arrojémonos a los brazos de Dios; mostremos...» «¡Nosotras mismas, dignas hijas de una Madre que está al pie de la Cruz!»(483)

«Bienaventurado aquel que ha entrado verdaderamente en este conocimiento del Crucifijo.»(704)

Esto va acompañado de una fidelidad inquebrantable. Fue en la época de la fundación de Condom y Burdeos cuando escribió:

«¡Oh, Dios mío, roguemos al Espíritu Santo que nos ilumine, que nos sostenga!... ¡Qué grandes cosas sucederán! ¡Oh, querida hija, seamos fieles; pongámonos de nuestro lado con nuestra fidelidad, evitando todo lo que le desagrada» (514).

Un segundo fundamento de la espiritualidad de la Madre Adela, en torno al cual se estructuran diversas actitudes, es la POBREZA.

«Sé que vives en la pobreza... Ánimo, querida hija, las comunidades nunca están mejor organizadas que cuando son pobres. ¡Piensa en la pobreza de la Madre de Chantal en sus fundaciones! Da ánimo, y es glorioso tener alguna semejanza con los santos». (426 cf. 541 + 616 697)

«¡Ah! Queridas hermanas, siguiendo el ejemplo de las primeras religiosas, ¡que la pobreza se manifieste en nuestra vestimenta y en nuestra comida! ¡Queramos vestirnos como los pobres, alimentarnos como los pobres, ser tratadas como los pobres! Hemos hecho este voto y no querríamos sentirlo de ninguna manera. ¡Queríamos que solo nuestro Esposo lo sintiera y no imitarlo en nada! San Francisco de Asís la llamó su Señora y su Maestra; todos los santos fundadores de las Órdenes la establecieron como fundamento de sus instituciones. Llenemos a nuestros súbditos del espíritu de pobreza y los convertiremos en religiosas». (497)

«¡Cuánto desearía poder enviarles mensajes, pero estamos agobiadas por los gastos! ¡Viva la santa pobreza! Que todas nuestras hijas la amen y la practiquen de verdad: ¡es una virtud fundamental de la vida religiosa! ¡Su omisión ha introducido tantos abusos en los antiguos conventos! Lo hemos dejado todo para seguir a Jesucristo en la pobreza; ¡seamos pobres con Él!» «Él alimenta a las aves del cielo, viste a los lirios del campo, ¿acaso permitirá que sus esposas perezcan?» (718 cf. 487)

«Me entristeció ver que el Sr. Lacaussade la culpaba de su falta de santidad temporal, de que no hiciera nada para recaudar fondos de las clases de pago... Sin embargo, en el reglamento de la Superiora está estipulado agilizar la recaudación de fondos para la comunidad.» (736)

«La obediencia y la pobreza nos impiden razonar sobre el asunto en cuestión. No podíamos aceptar la donación como "personal": está a nombre del Instituto; de hecho, se está utilizando para un fin distinto al que pensábamos: esto es lo que nos hace comprender...»

¡Que somos verdaderamente pobres, que no poseemos nada, que estamos muertos, que no podemos heredar nada! (676)

Sin haber consultado a los superiores, «Creo que, para el voto de pobreza, las casas secundarias no pueden por sí solas hacer los arreglos temporales para una reducción de la pensión o la dote». (513)

«Hablen mucho del espíritu de pobreza, pues se puede ser pobre sin el espíritu de pobreza». (486)

La pobreza también implica humildad:

«¡Qué gran fundamento de humildad debéis sentar, pues el más mínimo orgullo asestaría un golpe terrible al obstaculizar las gracias de Dios!». (453)

«¡Ánimo! El Maestro para quien trabajamos será nuestra fuerza y nuestra luz». Incluso de las piedras puede hacer nacer hijos para Abraham, y con el instrumento más humilde puede hacer grandes cosas. (685)

«Esforcémonos siempre por dar buen ejemplo y aceptemos humildemente cuando esto no siempre sea posible». (582)

«Esfuérzate, con humildad, por hablar siempre con un tono humilde. No es un mandamiento; habla siempre con un tono de dependencia, incluso cuando, por deber oficial, lo corrijas». (566 + 513 + 565)

«Un día, Santa Gertrudis oró al Señor para que librara a un superior de una falta a la que era propenso. Se le dijo que Él no lo deseaba porque esa falta era beneficiosa para su alma, dándole motivo para humillarse y renovar a menudo sus buenas palabras, y así dar gloria». (582)

«Las tentaciones de los celos no son de las que se debe huir, sino que se deben superar mediante la humildad, el amor al olvido y la visión del bien que se encuentra en la humildad». (543)

«No hablemos tanto de nosotros mismos de forma negativa: a menudo entra en ello una especie de amor propio». No hablemos de nuestra incapacidad: que se note, pero no digamos nada al respecto. Esforcémonos por la mayor gloria de Dios, pero no nos preocupemos por el éxito: eso le corresponde a Dios. (454)

La persona humilde se deja instruir por Dios para poder instruir a otros:

«Pídele a Dios que te instruya, para que tú instruyas a otros para su mayor gloria, y Él mismo pondrá las palabras en tu boca» (412).

También debemos preparar nuestros corazones para recibir la Palabra de Dios sin centrarnos en quien la transmite:

«Leía ayer que, puesto que el Espíritu Santo dice que es obligatorio prepararse para la oración porque vamos a hablar con Dios, no es menos necesario ir y escuchar a Dios, que nos habla por medio de sus ministros, que son la boca de Dios. Tratemos, pues, de dejar de lado el elemento humano y veamos solo a Dios en sus ministros. Esta perspectiva humana hace inútil la Santa Palabra: abramos los ojos de la fe y escuchemos la Palabra de Dios como Palabra de Dios y no de hombre, y entonces incluso la instrucción más trivial beneficiará nuestras almas» (613 cf. 611).

La pobreza de corazón lleva al desapego de uno mismo, al desapego de las criaturas.

«¡Liberémonos generosamente de todo lo que aún nos esclaviza! Los apóstoles deben desapegarse de todo para buscar únicamente la gloria y los intereses del gran Maestro.» (578)

«Venid, hagámonos verdaderos religiosos, es decir, almas desapegadas de todo lo que no sea Jesucristo y deseosas de amar solo a Jesucristo, buscando únicamente sus intereses.» (539 cf. 511 + 719)

«Participo en la medida de lo posible en los sufrimientos interiores con los que el divino Esposo desea purificaros (...)

La intención de Dios en esto es desapegar nuestros corazones de las criaturas en las que nuestros pobres corazones solo encuentran amargura. Quizás si hubiéramos encontrado consuelo en ellas, nuestros corazones se habrían apegado a ellas y habrían robado algunos afectos a Aquel que merece toda su plenitud.» (577)

«Una superiora tiene aún mayor necesidad de este espíritu de abnegación, pues necesita inclinarse constantemente, renunciar constantemente a sí misma, si desea cumplir con sus deberes.» (369)

La pobreza también significa reconocerse pecador y hacer penitencia, penitencia por los propios pecados, de los cuales uno es responsable, y por los del mundo:

«Lloremos amargamente por nuestras infidelidades, que tanto han afligido al adorable Corazón de Jesús, que nos amó en preferencia a tantos otros... (661)

«Esta vida está llena de sacrificios; aprendamos a ofrecérselos a Aquel que merece que nos convirtamos en sus víctimas, habiéndose hecho nuestro por efecto de su inmenso amor.» (518 cf. 528 + 661)

«Nunca olvidemos que la naturaleza del estado religioso es ser un estado penitencial y que quien se desvía de este objetivo no es más que un “fantasma de religiosa” y la “quimera de su época”». (551)

«Una religiosa que busca consuelo en todo, que no quiere carecer de nada, que no quiere sufrir nada, no tiene nada de religioso salvo el hábito». (498)

«¡Mantengámonos constantemente en estado de sacrificio por la salvación de nuestras hijas y del resto de nuestros vecinos! ¡Reparemos a menudo los pecados cometidos en nuestros hogares, incluso por nuestra propia culpa! ¡Reparemos a menudo ante nuestro Esposo las infidelidades que cometemos y las cometidas por nuestras hijas!» (601 cf. 701)

«Siguiendo el ejemplo de los Apóstoles, debemos, si es necesario, ser como ellos, mártires por la gloria de nuestro divino Maestro y la salvación de las almas. La vida religiosa es un largo martirio.» (579)

«Sin duda conoces los males de la religión, los grandes temores que se tienen ante los esfuerzos de la impiedad y la irreligión.» ¡Gritemos, buena Madre, coloquémonos entre el vestíbulo y el altar e imploremos la misericordia de Dios! (635)

Cumplir la misión de ser superior viviendo así por la fe y en espíritu de pobreza solo se logra mirando a Jesús y a quienes lo siguieron, manteniendo la mirada del corazón fija en la eternidad.

«Ánimo, querida hija, estás cumpliendo el papel de Jesucristo, cultivando y perfeccionando estas almas, esposas de nuestro Maestro común. Jesús se cansó en la búsqueda de almas: soportemos las dificultades y las pruebas por su amor.» (516)

Como Jesús, en efecto, debemos esforzarnos al máximo por las hermanas que nos han sido encomendadas:

«Cansémonos, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, en la búsqueda de la samaritana; ¡no temamos nuestros esfuerzos por tan gran obra!» (539)

Y esto con gran paciencia:

«Imitad a nuestro Señor Jesucristo: Él es paciente, Él espera, Él actúa; Él está a la puerta del corazón: Él llama.» (684 cf. 687)

Sin ser excesivamente sensibles:

«Por lo tanto, querida hija, deja de lado cualquier sentimiento contrario a esa caridad íntima que debería unirnos por el bien común; es una artimaña del amor propio; reflexiona sobre ello. Y además, siguiendo el ejemplo de Jesús, rechazado por los habitantes de Belén, ¿quién podría hacernos más sensibles? ¿O quién debería serlo?» (495)

Con gran amor a Jesús:

«¡Nuestro dulce Jesús nunca nos envía más de lo que podemos soportar! ¡Oh, amémosle más que nunca!» (530)

«¡Oh, amémosle!» Más que nunca, seamos generosas con tan buen Maestro, ¡no le neguemos nada! «Siguiendo el ejemplo de las santas fundadoras, aprendamos a sufrir por Él» (402).

Las santas nos han precedido; avancemos sin temor por este camino que conduce a la eternidad:

«Caminemos con generosidad por el camino que se nos abre, como Teresa, Chantal y Clara...» (627 cf. 480, 525, 573).

Debemos mirar hacia lo que nos espera, esta eternidad donde estaremos unidas para siempre a Dios y a los demás:

«Esta vida es solo un tránsito, querida hermana; preparémonos constantemente para una vida mejor, donde estaremos absortas en Dios y reunidas eternamente en este Centro divino: ¡Que Dios nos conceda esta gracia!» (421).

«Ven, querida hija, ten valor... ¡Oh! Allá arriba, descansamos en Dios, estamos tranquilas, estamos en paz.» ¡Oh! ¡Que todos nos reunamos allí alrededor del Esposo celestial y cantemos eternamente de sus divinas misericordias, tan grandes para con nosotros! (505 cf. 519, 541, 573, 639 + 719)

Pero para alcanzar la meta donde el Señor nos espera, depende de nosotros aprovechar al máximo nuestro tiempo:

«El tiempo es corto; quizás nos quede poco; ¡esforcémonos, pues, por completar nuestra carrera! ¡Que nuestros días estén llenos! ¡Que nuestras acciones sean sobrenaturales para no perder el mérito de ninguna! ¡Todo para Dios, de Dios!» (508 cf. 556 + 691) todo en perspectiva

Aprovechar al máximo nuestro tiempo para santificarnos, es decir:

«Nuestra gran obra» (cf. 409). En efecto, es esencial, sobre todo, trabajar en la reforma de uno mismo y de los demás, en la obra de Dios:

«¡Valentía, mi querida Gonzaga, se necesita para trabajar en la reforma de uno mismo y de los demás! Invoquemos a nuestra gran Santa Teresa; ella es una buena patrona de las reformas» (611 cf. 364 + 414 + 436 + 606 + 651).

El riesgo para un superior es olvidarse de sí mismo al entregarse demasiado a los demás. La Madre Adela exhorta a la vigilancia:

«¡No nos olvidemos de nosotras mismas por estar tan ocupados cuidando de los demás! Santifiquémonos para los nuestros, siguiendo el ejemplo de nuestro divino Maestro». (533 cf. 570)

«Debemos ser puntuales, querida amiga, al estar a solas con nosotros mismos el segundo viernes de cada mes; haz todos los preparativos el día anterior, para que dediques solo el tiempo de la reunión a actividades externas ese día. (...) Nunca nos descuidemos, recordando esta profecía de San Pablo: *Tengo cuidado de no ser condenado después de haber predicado a otros*». (409)

«¡Oh! ¡Qué lamentables son los superiores! Se descuidan mucho más que los demás, ¡y sin embargo necesitan ser más santos! Si fuéramos santos, nuestras comunidades pronto también lo serían». (443)

«Me dedico demasiado a las obras externas y descuido el cuidado de mi propia perfección. Y sin embargo, ¿de qué nos servirá haber ganado el mundo entero si nos perdemos a nosotros mismos?».

Trabajemos en nuestra santificación, querida amiga. Una superiora santa logrará mucho, mientras que una imperfecta obstaculizará la gracia de Dios: ¡cuánto debe rendir cuentas! (417 + 608 + 404 + 407)

«Sobre todo, no nos olvidemos de nosotras mismas. Trabajemos para ser santas, y nuestras comunidades prosperarán; pues ¿qué no puede hacer una superiora santa por sus hijas? ¡Cuán poderosas y eficaces son entonces sus exhortaciones!» (465)

Al trabajar en nuestro progreso espiritual, trabajamos en el progreso de los demás:

«Una superiora, al trabajar en su propio progreso, también trabaja en el progreso de sus hijas. “Santo Padre”, dice Jesucristo, “me santifico por las que me has dado”» (590 cf. 404 + 453 + 636)

«¡Sed piedras pulidas, toscas, para que puedan ser colocadas en el edificio celestial!

«Esculpir y martillar troncos informes para convertirnos en copias de los santos, y especialmente del Santo de los Santos» (578 + 594).

Santificarse implica a menudo demostrar paciencia y sumisión, como escribió a la Madre María del Sagrado Corazón:

«Así que siempre estás, querida hija, en pruebas. El Señor tiene sus designios; adorémoslos y santifiquémonos mediante la paciencia y la sumisión. Compénsalo con muchas comuniones espirituales» (660).

Aconseja trabajar en el silencio, el silencio de los signos (541), el silencio del espíritu (415). Todo esto debe vivirse en una atmósfera de paz:

¡Mantente en paz! «Nada estropea tanto la leche materna», dice san Francisco de Sales, «como la ansiedad». Nunca te dejes vencer por ella, querida hija. La calma y la tranquilidad te ayudarán a actuar mejor. (684 cf. 474)

Ven, querida hija, que la paz entre en tu corazón: ¡lleva tu carga con valentía! (579)

No intentes anticipar lo que pueda suceder: ¡cada día tiene sus propios problemas! (580)

Todos estos consejos son de naturaleza espiritual, pero la Madre Adela también sabe dar consejos muy humanos, muy concretos y prácticos, arraigados en las realidades cotidianas de nuestras vidas:

Quiero exhortarte a hacer una cosa: acuéstate exactamente según la Regla; tu salud ya no te permite permanecer despierta, así que deja en manos de la Providencia lo que no puedas hacer durante el día. (645 cf. 730 + 517)

Nunca olvidemos la mortificación religiosa y la sobriedad: comamos para poder trabajar. Debemos evitar el agotamiento, y es una cuestión de conciencia alimentarnos adecuadamente, pues veo que el agotamiento es la enfermedad del Instituto. (606 cf. 349)

Ayunen de su voluntad, ayunen de sus inclinaciones, pero coman bien. (464 cf. 517)

Les prohíbo la sopa de repollo y le pido a la Hermana Françoise que les proporcione otras opciones. Les recomiendo, en la medida de lo posible y como hábito, que sigan la Regla al acostarse y al levantarse. ¿Qué ganan yendo al convento? Cuiden su estómago. (730)

Vamos, querida Madre, cuídese; tendrá un gran mérito en este confinamiento autoimpuesto. (583)

«Pero vengo a suplicarte, querida hermana, que tomes todas las medidas necesarias: se lo debes a tus hijas, se lo debes a tu casa, se lo debes a Dios». (443)

A lo largo de todo esto, la Madre Adela nunca pierde de vista el espíritu apostólico que debe inspirar a sus hermanas, un espíritu que las superiores deben cultivar en las suyas:

«¡Venid, extendamos la gloria de Dios! ¡Bendito sea el Nombre del Señor, de Oriente a Occidente! ¡Que sea conocido en todas partes, amado por todos los corazones, servido por todas las criaturas!» (450)

«¡Oh! Basta de hablar de mi humilde persona; hablemos del Amado. ¡Oh! ¡Si tan solo pudiéramos lograr que todos los corazones lo amaran! ¡Si tan solo pudiéramos hacer que se adueñara de todos los corazones! ¡Oh! Trabajemos por su gloria, démoslo a

conocer a través de los niños pequeños cuyas madres espirituales nos da la Providencia. ¡Hagamos que este joven, cuyos corazones Él guarda con tanto celo, lo ame! Que ningún esfuerzo sea demasiado grande para que podamos realizar esta gran obra.» (512)

«En nuestro Instituto, necesitamos almas fuertes que no escuchen ni carne ni sangre. Debemos tener un espíritu apostólico; ¡para dar a conocer y amar a nuestro Esposo celestial! Incluso en los confines de la tierra y entre pueblos primitivos, estaríamos contentos de hacer su obra.» (567)

II. La Superiora: Relaciones con sus Hermanas

1. Las superiores están llamadas a «formar esposas para el Cordero», a ayudar a sus hermanas a convertirse en verdaderas religiosas, consagradas por completo a Aquel que las llamó:

«¡Cuán grandes son los deberes de una superiora! Formar religiosas. ¡Oh! Que el afecto ciego jamás nos haga descuidar su progreso; atendamos las heridas de las almas con toda caridad, pero no temamos usar el fuego y la espada cuando sea necesario». (567-cf. 565, 432 + 436)

«Sí, somos una en Jesús, nuestro Esposo celestial. Llamadas a formar esposas para Él según su Corazón, dediquémonos por completo a esta amorosa tarea». (486)

«No se puede ser madre, queridísima hija, sin experimentar los dolores de la maternidad: veo que tú no estás exenta de ellos... Pero también, ¡qué alegría si podemos dar a luz hijas para el Cielo, esposas para el Cordero!». (464)

195

«Trabajemos sin cesar por la gloria del Esposo celestial, formando para Él un séquito de vírgenes fieles: tú con tus acciones y yo con mis sufrimientos.» (733)

«¡Formemos líderes, querida Madre, pues nos faltan en todas nuestras casas! Formémoslas especialmente en las virtudes de la caridad, la mansedumbre y la humildad: el ejemplo de los líderes escasea, y las casas a menudo se desvían por las deficiencias de estos; me apena mucho y soy la más culpable.»

Para esta delicada misión, Dios provee lo necesario: (717)

«¡Oh, querida hermana, qué gran carga es ser madre! Pero el buen Señor no da hijos espirituales sin darles abundante leche para nutrirlos.» (458 cf. 684)

¿Qué actitudes pide la Madre Adela a sus superiores? Ante todo, una gran disposición para recibir a las hermanas:

«Acostúmbrense a elevar su corazón a Dios por un momento antes de dar una orden; ofrézcanle las pequeñas penas que puedan experimentar, reciban siempre a sus hijas con afabilidad, incluso cuando se vean obligadas a negarles algo, mostrando el dolor que sienten». (541)

«Que nuestras hijas siempre encuentren nuestro corazón abierto a todas sus necesidades, dispuesto a soportar sus debilidades, haciéndonos todo para todos, para que todo pertenezca a Jesucristo». (353)

Les aconseja que nunca hablen impulsivamente:

«Procuren tampoco corregirlas a menos que haya una necesidad imperiosa en el primer impulso, sino esperar un poco; La corrección, entonces, beneficia más a los demás, y nuestra alma también se beneficia y no sufre remordimiento de conciencia. (516)

«Esfuércense mucho por no actuar ni hablar impulsivamente». (580 cf. 543)

Una superiora, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, debe saber mostrar paciencia:

«¡Oración, paciencia y valor son necesarios! La Madre del Celo debe hacerlo todo mediante estos tres grandes medios». (621)

«Ven, hija mía, no nos desanimemos; ¡tengamos paciencia! La obra de Dios se realiza lentamente, incluso dentro de nosotras... ¡Soportémoslo así, puesto que Dios lo soporta con nosotras! Mucho orgullo entra en ello, no lo dudes en nuestros desalientos.» (582)

"¡No se preocupen, incluso cuando noten algunas frivolidades! Hay personas que tienen esto innato en su carácter y que no ofenden a Dios con ello, como podríamos pensar.

El señor Caillet dijo, refiriéndose a una persona: 'Él irá al Cielo, pero cualquier otra persona, por su propio camino, no lo hará'. El buen Señor no pide lo mismo a todas las almas." (687)

"Veamos cómo lo hace el señor Chaminade: no se apresura, siempre tiene el control, y sin embargo realiza mucho trabajo porque la gracia realiza mucho. Ven, querida Madre, trabajemos, que nunca nos cansemos." (409)

Ella anima al apoyo mutuo:

"Apóyense con el Espíritu Santo; A veces debemos cerrar los ojos... su ejemplo no es contagioso. Seamos la segunda opción, pero no la antepongamos. (518)

Apoyar las mentes y los caracteres, someterse al ser y verse culpada... ahí, querida hija, está tu camino a la perfección. (595)

Las hermanas también deben aprender a aceptarse mutuamente:

«Dos hermanas que se detestan no deben ser separadas, sino animadas a tolerarse». (543)

«Las dos jóvenes Madres deben ser guiadas al apoyo mutuo por amor a Dios, como medio de penitencia: ¡es por orden de la Providencia que nos hagamos sufrir mutuamente! Pero la Hermana Stanislas debe asistir al Consejo; sería una tentación alentadora permitirle estar exenta». (513)

Hay que confiar en las hermanas y compartir las tareas:

«Deseo que intenten librarse de su excesiva preocupación y también de cierto deseo de hacerlo todo solas. Hay ciertas tareas que pueden confiar a la Madre Gonzaga». (608)

Una superiora también debe saber compadecerse de las penas ajenas. La Madre Adela suele decir en sus cartas que comparte las penas y preocupaciones de sus hermanas:

«El buen Dios también permite esto para que puedas compadecerte de las penas de tus hijos». (577)

Las vocaciones deben ser respetadas.

«Ten un verdadero espíritu de proselitismo: no debes fomentar las vocaciones, pero no debemos rechazar ni desalentar a quienes estén interesados» (433).

No debemos intentar «prematurar el tiempo», como ella dice:

«Pidamos constantemente guía para la conducta de las almas. (...) Ayudemos a nuestras hermanas a progresar según su grado de gracia, pues es tan peligroso obstaculizar la gracia como no apoyarla» (421).

Es importante apoyar la gracia y utilizar los medios naturales. No debemos intentar resolverlo todo en el plano sobrenatural:

«Dado que debemos ayudar a la gracia y hacer lo que está dentro de los medios naturales establecidos por la Providencia, procuremos que la Hermana Santa Agustín se mantenga ocupada y activa en la casa». Creo que la restricción causada por sus problemas y escrúpulos contribuyó en gran medida a su enfermedad. (708)

En todo, la superiora debe mostrar prudencia: «Es una virtud que debe sazonar todas las demás», dice la Madre Adela:

«Una superiora debe ser firme en su adhesión a las reglas, pero firme con gentileza, con paciencia, con prudencia. La prudencia, -dice San Antonio-, es la virtud más necesaria. ¡Cuántas faltas evitaríamos, cuántas dificultades, si actuáramos con más prudencia, nunca por impulso, sino después de reflexionar y consultar con Dios!» (687)

«Les ruego que no presionen demasiado las vocaciones, que presten mucha atención a la salud. Prudencia en todo...» (515)

«Debemos manejar prudentemente las mentes, sabiendo cuándo soltar algo si no es necesario, por el bien de la paz.» (595)

«¡Oh!» Pidamos fervientemente el don de la Sabiduría (...) tan necesaria en nuestra situación, para que podamos actuar con esa sabiduría divina, esa prudencia que sabe aprovechar los momentos y las condiciones oportunas. (513)

«Hay que advertir con prudencia, pues, querida hija, no creas que tu conciencia siempre te obliga a corregir cada vez (...) Hay ocasiones en que es mejor dejar pasar una falta sin corregirla; otras, será más ventajoso hacerlo. La prudencia es una virtud que debe aderezar a todas las demás.» (644)

«Esta pobre niña (la hermana Stanislas) está en gran necesidad. Sin embargo, no hay que mantenerla ni protegerla, ni tampoco debe temer demasiado las obras indispensables:

¡Debemos confiar en la gracia del Estado! Necesitamos un justo término medio: «la prudencia de la serpiente, la sencillez de la paloma». Que Dios os lo conceda, pues no debemos dañar las obras, ¡pero tampoco debemos exponer a nuestros súbditos! ¡Pero no debemos ser demasiado cobardes! (499)

«Venid, queridas hermanas, trabajemos juntas para que nuestro Esposo sea amado y bendecido; para darlo a conocer, para que su santa Madre sea servida.

¡Consumámonos en estos santos ejercicios!... Pero, no obstante, con prudencia y moderación, para mantener viva una llama que perdure». (429)

Una superiora debe estar llena de valor:

«Elevemos constantemente nuestro ánimo, querida hija; el desaliento nunca viene de Dios, sino del diablo y de nuestro propio amor propio». (454)

«Llevemos, querida hermana, con renovado valor, la cruz de nuestra carga». (420)

Debe recurrir con frecuencia al Señor, orando por las hermanas confiadas a su cuidado:

«Ve y derrama tu corazón en presencia del Amado: háblale de tus necesidades, de las necesidades de tus hijas». (541)

«Oremos siempre para que la amorosa voluntad de Dios se cumpla en todas las cosas, en todas partes y para todas las cosas». -M.T.J. está enferma- (485)

«Corremos la misma carrera, ¡siendo aún tan jóvenes!... ¡Estamos en el candelabro y llamadas a guiar a las almas! ¡Oh, cuánto necesitamos implorar juntas la luz del Espíritu Santo y pedir esta sabiduría divina para evitar los errores que nuestra falta de experiencia podría llevarnos a cometer!». (346)

«Realmente necesitamos orar para que el buen Señor nos ilumine en todos los caminos que el Instituto debe tomar». (682)

y recordar que «los santos se hicieron sufrir unos a otros». (644)

2. Formar según el espíritu del Instituto

«Esforzarse por mantener el espíritu del Instituto. Que todos los corazones estén consagrados a Dios, que recuerden su consagración, que aprendan que no se puede ser religioso si no se desea seguir a Jesucristo (...) (602)

La Madre Adela concede gran importancia a la formación, como le recuerda a la maestra de novicias:

«¡Inspira a tus novicias con gran celo por la gloria de Dios! Que este pensamiento las motive a adquirir las virtudes que las capacitarán para alcanzarla y a dedicarse especialmente al estudio de la religión. Temo que las clases de catecismo se conviertan demasiado en lecciones y que la doctrina no se enseñe con suficiente profundidad». (713)

Enfatiza particularmente la devoción a María:

«La devoción a María es señal de predestinación. ¡Qué razón tan valiosa para inspirarnos a ella! Además, solo podemos complacer a nuestro Esposo celestial amando a su Madre, a quien tanto ama y a quien ha hecho dispensadora de sus gracias». (574)

«Estamos a punto de entrar en el mes de María. ¿Se está preparando el noviciado para celebrarlo con fervor? ¡Oh, que esta devoción germine y crezca en los corazones de vuestros novicios! María es nuestra Madre; en su ayuda depositamos nuestra esperanza para el éxito de los objetivos del Instituto. Le pertenecemos; por lo tanto,

debemos tenerle el corazón de un niño, acudiendo a ella con frecuencia con la confianza que inspira la más tierna de las madres». (574)

«Me parece que aún no hemos tenido suficiente devoción a la Santísima Virgen: debemos inculcársela más profundamente en los corazones de nuestros hijos. ¡Hacedlo todo en nombre de María! Pidamos por las verdaderas vocaciones por intercesión de María». (688)

«Hagamos que María sea amada y honrada, y así, con seguridad, haremos que nuestra Esposa celestial sea amada y servida». (334)

«Amemos repetir esta hermosa frase de María: “Soy la sierva del Señor”, ¡pero practiquémosla aún más! Seamos verdaderamente siervas, dispuestas a cumplir toda la voluntad de nuestro adorable Maestro». (714)

Finalmente, se trata de amarnos unas a otras:

«Debemos amarnos unas a otras, pero sin demostraciones de afecto, salvo en ciertos casos para reencontrarnos con nosotras mismas o para abrir un corazón que se ha cerrado». (590)

3. Algunos puntos concretos:

La Madre Adela recomienda que las superioras celebren reuniones (conferencias) breves con las hermanas:

«Les insto a celebrar reuniones más cortas y frecuentes; las largas consumen tiempo y, por lo tanto, generan celos.» (518)

«Me consuelo pensando que, puesto que la criatura no puede hacer nada y es Dios quien lo hace todo, un cuarto de hora de obediencia dará más fruto que una hora de la conferencia más sublime.» (517)

Insiste en la lectura individual:

«Si no tienen las explicaciones de la Santa Biblia, les prestaré las que tenemos. Cada uno debe dedicar al menos un cuarto de hora a la lectura individual: lo estableceré aquí.» (486)

Finalmente, otro punto importante: la regularidad, pues esta es la aplicación práctica de la Regla:

«Un superior debe ser firme en cuanto a la regularidad, pero firme con gentileza, con paciencia, con prudencia.» (687 cf. 588)

III. La Superiora y la Comunidad

La Superiora debe esforzarse por ser todo para todas:

«Que nuestras hijas encuentren siempre nuestros corazones abiertos a todas sus necesidades, dispuestos a soportar sus debilidades, entregándonos a todos para que todos pertenezcan a Jesucristo.» (353)

«Siguiendo el ejemplo de san Pablo, entreguémonos a todos; este es el gran deber de una Superiora. Seamos débiles con los débiles, enfermos con los enfermos.» (364)

La Superiora tiene la misión de fomentar un ambiente de alegría:

«Mantengan una santa alegría entre nuestras hijas; esto es necesario para suavizar el yugo del Señor y disipar las tentaciones.» (433)

También debe asegurar la unidad y no perder de vista el trabajo común:

«Reúnanse, en la medida de lo posible, durante el recreo y los ejercicios; sean puntuales.» (404)

«Por lo tanto, querida hija, deja de lado cualquier sentimiento contrario a esa íntima caridad que debería unirnos por el bien común; es una artimaña del amor propio.» (495)

«Comparto de todo corazón tus penas y tu preocupación por nuestras queridas mujeres enfermas: ¿acaso no son comunes a todos nosotros las alegrías y las penas?» (497)

«¡Ánimo, querida hermana! Que nos reanime la visión del Señor para sus humildes siervos; no nos desanimemos, ¡Dios será nuestra fortaleza! ¡Qué dulce es el vínculo que nos une para siempre a nuestro santo Instituto!» (456)

Es su responsabilidad velar por el bien común:

«Debemos sacrificarlo todo por el bien común: ¡debemos saber entregarnos por completo!» (493)

Esforcémonos por no escuchar jamás los deseos de la naturaleza, ni el bien personal y particular de ningún individuo, sino el del Instituto. El bien común es el principio rector de una superiora.» (540)

Una medida práctica para asegurar que las decisiones se implementen es mantener actualizados los libros de consejo:

«¿Llevan ustedes libros de consejo, ya sea para la comunidad o para la Congregación? Esto es necesario para recordar lo que se ha decidido.» (433)

En cuanto a la Madre Adela, no pierde oportunidad de animar a las superiores. Deben apoyarse mutuamente:

«Mi corazón no puede resistir el deseo de aprovechar cada oportunidad para dirigirles unas palabras de aliento y apoyo». (585)

IV. Lugares de renovación

Para llevar a cabo esta misión, la Madre Adela invita a las superiores a encontrar renovación:

- en la oración
- en la intimidad con Dios
- en la Eucaristía

«Vida de fe al descubierto; apóyense mutuamente mediante la oración, mediante la Sagrada Comunión». Vida interior, vida de fe, vida oculta en Dios: esta es la vida que mi querida Gonzaga debe vivir.(584 cf. 458)

Oración

«Obtengan su fuerza de la oración». (621 cf. 539)

«La maternidad trae consigo muchas tristezas... Ten paciencia, hagámonos hijas de la oración, y encontraremos en esta santa práctica nuestra paz, nuestra fortaleza, nuestro consuelo. Ojalá pudieras dedicarle media hora más de lo habitual, siempre que tengas un momento libre. Creo que solo la oración puede traer paz a las mentes de las que hablas». (466)

«Me gustaría que dedicaran unos momentos durante el día, cuando puedan, a la oración. El buen Padre desea fervientemente que los superiores lo hagan, para que, al dar tanto a los demás, también dediquemos tiempo a nosotros mismos para no agobiarnos por completo.» (601)

«Esforcémonos por ser hijas de la oración. Fue en la oración donde Santa Teresa, San Francisco de Asís, etc., atrajeron la luz para guiar a su amado rebaño.» (565)

Intimidad con Dios

«¡Seamos más reflexivos, más unidos a Dios en nuestras acciones! Hagamos como el buen Padre: un momento de reverencia antes de hablar y responder; esto moderará nuestra prisa y nos evitará el arrepentimiento que puede causar una palabra descuidada.» (565)

«Debemos intentar ser como el buen Padre que, a pesar de sus muchas ocupaciones, siempre está unido a Dios. ¡Así es como haremos bien nuestro trabajo!»(444)

«Fortalécete en la oración. Esfuérzate por llevar el espíritu interior a todas tus acciones; esto, como sabes, es lo que te atrae a la gracia.» (621)

La Eucaristía

«Adiós, hija mía queridísima, encuentra tu fortaleza en la oración y la Sagrada Comunión. Tu impotencia será sede de la omnipotencia del Señor: Él mirará tu humildad y obrará en ti y a través de ti.» (543)

«La tarea que se te ha encomendado es grande, ¡pero no la buscaste! Quien te la impuso te dará los medios para tener éxito. Fortalécete en el recogimiento y la Sagrada Comunión, y permanece en paz.» (684)

Como puedes ver, es muy enriquecedor. Ahora debemos orar a la Madre Adela para que nos anime y nos apoye en la misión concreta que se nos ha confiado a cada una. Ella, que se adaptó a cada una de sus hermanas, según cada situación, sabrá pedirle al Señor lo mejor para cada una.

Hna. M. Joëlle BEC F.M.I.

2. MADRE ADELA, GUÍA ESPIRITUAL A LO LARGO DEL AÑO LITÚRGICO

Adela no ha estudiado teología ni posee una Biblia, pero aprende de su madre, quien tiene una fe profunda y sabe cómo compartirla con sus hijos y quienes la rodean. (¿Acaso no reúne a todos los habitantes del castillo para orar cada noche? ¿No imparte catecismo?)

Adela es particularmente receptiva a la Palabra de Dios, acogedora de su Amor, y es asistiendo regularmente a Misa, incluso entre semana, que descubre la Palabra del Señor. Desea prepararse para recibir esta Palabra y que dé fruto. Escribe:

«¿En qué tierra, querida Águeda, recibimos la semilla?
Carta n.º 33; aún no tiene 16 años.

A través de este pasaje, vemos cómo el Evangelio que escuchó el domingo anterior en Misa sirve de base para todo un comentario que sigue la Palabra de Dios y la aplica a la vida cotidiana.

Así, las cartas que salen regularmente de Trenquelléon son aplicaciones de la Palabra de Dios recién proclamada o comentarios sobre el tiempo litúrgico, con el fin de prepararse para la celebración de una fiesta o vivirla a la luz de la misma.

Para ilustrar esto, tomaré dos ejemplos particularmente reveladores: Adviento y Cuaresma.

I. El Adviento con la Madre Adela

Cada año, este período del año litúrgico le ofrece oportunidades para la reflexión y una vida espiritual más intensa.

ADVIENTO:

1. Un tiempo de gracia para vivir con María
2. Un tiempo de gracia porque el Señor viene
3. Un tiempo para recibir al Salvador

1. Tiempo de gracia para vivir con María

«Estamos a punto de entrar en el Adviento. Es un tiempo de gracia (...) Propongo que permanezcamos en espíritu con nuestra divina Madre, imitando su recogimiento y la atención que mostró al conversar con su divino Hijo, a quien concibió en su casto seno

Permanezcamos también a menudo en el seno de María con el Niño celestial, admiremos los ejemplos que su amor nos prodiga: de humildad, obediencia y caridad, y esforcémonos por imitarla de alguna manera.» (329.3.4)

2. Tiempo de gracia porque el Señor se acerca

«¡Qué pronto viene a nosotros este Dios de bondad! (...) Él nos busca, y nosotros huimos de Él.» (59.2)

«¡Qué bueno es que el divino Salvador venga y nazca en nuestros corazones, que venga y establezca allí su morada!

Él, Jesús, desea venir y nacer en mi miserable corazón, en este corazón tan lleno de apegos, de afectos desordenados, que tantas veces lo ha ofendido.» (206.2.3)

«Nuestro divino Libertador se acerca.» (207.2)

«Este divino Salvador viene a traer paz a los hombres de buena voluntad (...)

Nos concederá las gracias que su divino nacimiento trae a la tierra.» (208.3.4)

3. Tiempo de Bienvenida al Salvador

«Preparemos los caminos de nuestros corazones para Él; que las colinas de nuestro orgullo se humillen con sincera humildad, que los valles —es decir, el vacío de nuestros corazones— se llenen de virtud, que los caminos torcidos se enderecen —es decir, que nuestras conciencias sean rectas y sinceras.» (207.2)

«Es tiempo de preparar los caminos del Señor; de preparar en nuestras almas una morada digna de Él». (59.3)

Al entrar en el Adviento, redoblemos nuestro celo y valentía al servicio de nuestra divina Esposa, y esforcémonos por preparar nuestros corazones para recibir al divino Salvador que la más hermosa de las madres nos dará. Entremos en este santo tiempo con espíritu de penitencia y reparemos, mediante una profunda mortificación interior, las pocas mortificaciones externas que practicamos. Mortifiquemos nuestra lengua, nuestros ojos y, sobre todo, nuestra propia voluntad. (256.3.4)

Estamos a punto de entrar en el santo tiempo de Adviento, tiempo de retiro y penitencia... Propongo que nos dediquemos con ahínco a la práctica del silencio... es una virtud apropiada para el Adviento, para honrar el silencio del Verbo encarnado en el seno de María. (352.6)

Hemos designado el silencio y el recogimiento como virtudes del Adviento. (463.2)

Ahora es el momento, querido amigo, de despertar de nuestro letargo y redoblar nuestro valor para avanzar en la obra de nuestra salvación. ¡Ay! ¡Qué mal he empezado este Adviento! He cometido mil faltas contra un Dios tan generoso conmigo, que cuenta mis días por sus bendiciones. Sin embargo, no quiero desanimarme; al contrario, quiero redoblar mis esfuerzos para superarme y recuperar el tiempo perdido. Cuando un soldado se da cuenta de que está lejos de su compañía, acelera el paso para alcanzarlos. Así, con la gracia de Dios, me propongo hacer esto: cuanto más tiempo haya perdido, más deseo recuperarlo con mi celo. Rueguen por mí. (257.1.2)

Meditemos en la profunda humildad de Jesús en su Encarnación, en su nacimiento, en su vida, en su muerte. ¡Ay! ¡Qué contraste con nuestro orgullo! No nos desanimemos por caer tan a menudo; caigamos cien veces al día, levantémonos cien veces con renovado ánimo. En la batalla espiritual, uno nunca es derrotado salvo cuando se desanima. (143.3.4)

Aquí tenemos un libro que ofrece un tema para cada día de Adviento. Hoy es el día de la vigilia. Veamos por nosotros mismos para que el diablo, que siempre nos ronda como un león rugiente, no nos devore; vigilemos para cerrar todas las puertas a nuestros sentidos, para que no nos arrastren a sus miserables deseos; vigilemos para que el

mundo, con sus vanas apariencias, no nos seduzca. Veamos, pero oremos también para que el Señor nos conceda la gracia de velar bien (...) Veamos, pues, y oremos, y Dios no nos sorprenderá desprevenidos. Procuremos un buen suministro de aceite, para que cuando el Esposo llame a la puerta, podamos entrar con Él en el salón de bodas. Seamos vírgenes prudentes y no insensatas. Vivamos siempre en continua espera del divino Esposo de nuestras almas. (27 de marzo de 1825)

Como podemos ver, esta meditación de Adviento sigue siendo relevante. Aún hoy puede ayudarnos a profundizar en el misterio del Dios que ha de venir.

II. La Cuaresma con la Madre Adela.

Al acercarse la Cuaresma, deseó a sus corresponsales, compañeras y religiosas una feliz y santa Cuaresma. Así, el 8 de marzo de 1819, escribió a Melania Figarol:

«Adiós, querida hija, te deseo una feliz Cuaresma en la que coseches una buena cosecha para tu alma».

Y el 27 de febrero de 1824, a la Madre M. del Sagrado Corazón:

«Te deseo una santa Cuaresma acompañada de grandes frutos espirituales: devolvamos a nuestras almas lo que tomamos de nuestros cuerpos. Que nuestras almas se regocijen».

CUARESMA

1. Un tiempo de salvación que se vive en el desierto con Jesús.
2. Un tiempo marcado por un amor redoblado al Señor: Dios, primer amor.
3. Tiempo de ayuno,
4. Tiempo orientado hacia la Pascua.

1. Un tiempo de salvación para vivir en el desierto con Jesús

«¡Buena y santa Cuaresma, mi queridísima hija! ¡Oh, cuánto deseo que sea para todos nosotros un tiempo de salvación, de días propicios!» (a M.M. del Sagrado Corazón, 8 de marzo de 1824)

«Ya estamos a mitad de Cuaresma, ¿y qué provecho hemos sacado de este santo tiempo de gracia y penitencia?» (a A. Diché, 2 de marzo de 1815)

«¡Oh, cuánto deseo que la Cuaresma fuera para nosotros un verdadero tiempo de salvación y que tuviéramos algo que ofrecer al dulce Jesús en Pascua!» (a A. de Rissan, 9 de marzo de 1814)

La Cuaresma es, en efecto, un tiempo de salvación en la medida en que va acompañada de conversión y renovación interior:

«¡Cuánto deseo que esta Cuaresma sea un tiempo de reforma y renovación para nuestra querida casa en Condom! Que se convierta en una casa verdaderamente religiosa, donde la Regla esté plenamente vigente.» (A M. Encarnación, 27 de febrero de 1826)

Este tiempo de salvación será provechoso en cuanto se viva con Jesús, quien, en el desierto, afronta la tentación y reconoce, en un acto de adoración, que solo Dios lo es todo.

«Invito a la Compañía a reunirse diariamente hasta el final de la Cuaresma, en el desierto, para realizar un acto de adoración». (A A. Diché, 27 de marzo de 1805)

«¡Ah! ¡Qué útil es el ejemplo que nos da Nuestro Señor, preparándonos para la tentación mediante la soledad del desierto, para nuestra naturaleza débil!

Acompañemos a nuestro divino Maestro en el desierto durante la Cuaresma: que nuestros espíritus se recogieran más y que elevemos nuestros corazones a Dios con mayor frecuencia». (A Amelia de Rissan, 3 de marzo de 1814)

«Les deseo a todos una santa Cuaresma. Pasémosla unidos en el desierto. Practiquemos el silencio y el recogimiento con mayor plenitud». (A M^a Teresa Yannasch)

La Cuaresma se presenta, pues, como un tiempo de salvación propicio para la conversión; está destinada a vivirse en intimidad con el Señor, en soledad, silencio y recogimiento.

2. Un tiempo marcado por un renovado amor al Señor. Dios debe ser nuestro primer amor.

«¡Oh! Sirvamos y amemos al buen Señor más que nunca. Pertenezcamos a Él por completo y sin reservas.» (a A. Diché, 3 de marzo de 1813)

«Amemos a Dios doblemente esta Cuaresma y demostrémosle nuestro amor evitando incluso el más mínimo pecado.» (a M.M. del Sagrado Corazón, 16 de febrero de 1826)

«Todo por Dios, todo en presencia de Dios.» (a M.M. del Sagrado Corazón, 8 de marzo de 1824)

«Querido amigo, hagamos de la conversación con pensamientos santos a lo largo del día, el estar frecuentemente en la presencia de Dios y pedirle su gracia, pues ¿qué podemos hacer por nosotros mismos?» (a A. Diché, 12 de marzo de 1811)

«Un mayor espíritu de oración.» (A las Hermanas del Sagrado Corazón, 27 de febrero de 1824)

Amar a Dios y vivir en su presencia la lleva a comprender el sufrimiento divino y a gemir ante Él por la conversión de los pecadores. Nos invita a pedir perdón por los pecados que ofenden a Dios y a su amor por la humanidad:

«Preparémonos para la mortificación de la Cuaresma pasando el Carnaval en santidad y gimiendo ante Dios por los desórdenes que se cometen. Oremos unos por otros para que Dios nos sostenga». (A A. Diché, 15 de enero de 1806)

«Por nuestra parte, querida amiga, seamos más prudentes, y mientras los mundanos se entregan a la alegría, humillémonos ante Dios y pidamos incesantemente su misericordia con las palabras consagradas por nuestro divino Salvador: “Perdónalos, porque no saben lo que hacen”». (A A. Diché, 15 de enero de 1807)

Pero es imposible amar a Dios a medias; Él lo quiere todo. «La persona religiosa es aquella que se entrega totalmente a Dios, amado por encima de todo». (L.G. n.º 44) La Madre Adela lo comprendió mucho antes de hacerse religiosa:

«Aferrémonos cada vez más a este adorable Esposo; vivamos solo para Él». (A. de Rissan, 9 de marzo de 1814)

«¡Oh, qué bueno es nuestro dulce Maestro! ¡Qué provechoso es consagrarnos únicamente a su servicio, pues es un Dios celoso; las divisiones le ofenden! Él desea nuestro corazón por completo. ¿Acaso dudáramos en consagrarlo enteramente a Él?» (a A. Diché, 29 de febrero de 1816)

Consagrarse a Jesucristo implica renuncia y mortificación. La Madre Adela no duda en involucrar a sus amigas y hermanas en esto:

«Venid, esforcémonos por alcanzar un santo desapego de nosotras mismas, por renunciar a nosotras mismas tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; por acostumbrarnos a morir a todo. Así debe ser la vida de una esposa de Jesucristo: crucificada al mundo y el mundo crucificado por ella.» (a A. Diché, 2 de marzo de 1815)

«Más mortificación, más abnegación.» (Al Sagrado Corazón, 27 de febrero de 1824)

3. Tiempo de Ayuno

La Madre Adela concede gran importancia al ayuno, pero si bien considera el ayuno físico, enfatiza particularmente el ayuno espiritual.

«Hoy nos hemos cubierto de ceniza como signo de que abrazamos el espíritu de penitencia; no lo abandonemos durante la Cuaresma, y que un corazón contrito y humilde acompañe nuestros ayunos». (A A. Diché, 8 de febrero de 1807, Miércoles de Ceniza)

«Esforcémonos por ayunar nuestras pasiones incluso más que nuestros cuerpos. Este es el ayuno espiritual, sin el cual el otro no es nada ni tiene sentido». (A A. Diché, 5 de febrero de 1807)

«Unamos el ayuno espiritual al ayuno corporal». (a A. Diché, 29 de febrero de 1816)

Y añade:

«Sobre todo, mortifiquemos nuestra voluntad, nuestro temperamento, nuestro orgullo. Te propongo el piadoso reto de no contradecir a nadie innecesariamente durante esta Cuaresma y, si es necesario, con gentileza».

El mismo día, a Lolotte de Lachapelle:

«Esforcémonos por evitar el pecado con mayor cuidado, por mortificar nuestra voluntad, por ser más humildes, más gentiles, más obedientes. En esto consiste el ayuno espiritual, sin el cual el físico sería de poca utilidad. La voluntad propia obtiene todo el mérito del ayuno: trabajemos, pues, para domarla, para vencerla, para pisotearla, ¡y viva Jesús, viva María! (29 de febrero de 1816)

Una vez que se hizo religiosa, el consejo siguió siendo el mismo, sobre todo porque, desde los primeros años, su salud se puso a prueba. Le escribió a la Madre Emilia de Rodat:

«¿Cómo está su querida comunidad observando la Cuaresma? ¡Ay! Varias de nuestras hermanas no pueden hacerlo, me entristece mucho, creo que a usted también. Sustituyamos la austeridad del ayuno por un gran espíritu de ayuno: sacrificándonos generosamente al Señor, ofreciéndole nuestra voluntad, nuestro juicio, nuestra mente». «Nada apropiado para muchachas que han hecho voto de pobreza». (A M. Emilia de Rodat, 1 de marzo de 1820)

Ella sabe que la salud es un bien preciado que debe conservarse:

«Hay que tener lo necesario, pero nada de entregarse a la sensualidad. Cuídense: productos lácteos dulces esta Cuaresma, pero con moderación». (A San Francisco, 10 de marzo de 1821)

Finalmente, a la comunidad de Tonneins, escribe:

«Les ordeno que ayunen del pecado. ¡Oh! ¡Ojalá me obedecieran!». «¡Qué alegría!». (A M. Teresa Yannasch, 27 de febrero de 1821)

Un ayuno espiritual que lleva a las hermanas a trabajar

«con renovado celo en corregir sus vicios y adquirir virtudes». (A las Hermanas del Sagrado Corazón, 8 de marzo de 1824)

Un ayuno que debe conducir a una mayor devoción y a un fervor renovado:

Seamos más ardientes y fervientes durante este tiempo santo; Esforcémonos, mediante nuestra penitencia, por conmover al Cielo. (A A. Diché, 8 de febrero de 1807)

«Redoblemos nuestro fervor y valor, querida amiga, al acercarnos al final de la Cuaresma». (A Águeda Diché, 18 de marzo de 1817)

«Redoblemos nuestro fervor, queridas hermanas, en este tiempo para reparar a nuestro buen Maestro los insultos que recibe. Evitemos la más mínima falta deliberada para no aumentar el número de las que se cometen y que hieren el Corazón de nuestro divino Maestro.» (a la Sra. Teresa Yannasch, 16 de febrero de 1821)

4. El tiempo orientado hacia la Pascua

Así como la liturgia nos ofrece el tiempo de Cuaresma para prepararnos a vivir intensamente la muerte y resurrección de Cristo, la Madre Adela, que se deja guiar por la liturgia, nunca propone la Cuaresma como un fin en sí misma; su propósito está orientado únicamente hacia la Pascua.

«Los tiempos que vivimos son propicios para que hagamos propósitos santos. Tratemos de obtener frutos al renovar la memoria de los Misterios de la Pasión de nuestro divino Salvador. Moryamos al pecado, al mundo y a nosotros mismos para emprender una nueva vida con Jesucristo y merecer una resurrección espiritual.» (A San Poitevin, 13 de marzo de 1812)

«Esforcémonos por ofrecerle este corazón, tan vacío de pecado y de sí mismo, y adornémoslo con las virtudes que más le son queridas, especialmente la mansedumbre

y la humildad (...) que Él llama las virtudes de su Corazón. “Aprendan de mí”, dice este adorable Salvador, “que soy manso y humilde de corazón”.»

¡Oh! ¿Podría Él enseñarnos la virtud de una manera más amorosa que diciendo: «Aprendan de mí»? ¡Oh! Sí, Señor Jesús, es en tu escuela, en la escuela del Calvario, al pie de la Cruz, donde iremos a admirar la ternura que muestras hacia tus verdugos y la humildad que te permite, siendo Dios, soportar estar entre dos canallas... (A A. Diché, 15 de marzo de 1809)

«Nuestro divino Maestro ha resucitado. Pero ¿podemos decir que nosotros también hemos resucitado? ¿Tenemos un corazón nuevo? ¿Estamos más desapegados de este mundo miserable al que Jesús dijo «anatema»? ¿Estamos más unidos a nuestro Dios? ¿Está nuestro corazón más consagrado a Él?» (A. Diché, 4 de abril de 1809)

Resucitar con Jesús: ese era, en efecto, el objetivo que se había propuesto al comienzo de la Cuaresma:

«Preparémonos durante estos cuarenta días de Cuaresma para recibir al Cordero Pascual con un corazón puro y digno de Él. Esforcémonos por ser mejores al final de la Cuaresma para poder resucitar con Jesucristo a una vida nueva.» (a A. Diché, 5 de febrero de 1807)

«Preparémonos para ser criaturas completamente nuevas en el gran día de su resurrección.» (a A. Diché, 3 de marzo de 1813)

«¡Oh! ¡Cuánto desearía que la Cuaresma fuera para nosotros un verdadero tiempo de salvación y que pudiéramos ofrecer algo al bondadoso Jesús en Pascua.» (a A. de Rissan, 9 de marzo de 1814)

La Cuaresma, un tiempo en que Dios concede su gracia, invitándonos al desierto con Jesús, a redescubrir nuestras raíces, a redescubrir lo esencial, a redescubrir el Amor, y a poder resucitar en Pascua en Jesús, a convertirnos en nuevas criaturas: esta es la perspectiva que nos ofrece la Madre Adela.

Estos dos ejemplos de Adviento y Cuaresma nos muestran claramente cómo la liturgia la ayudó a lo largo de su vida a responder plenamente al llamado del Señor y a cumplir su misión como líder de la «Pequeña Asociación» y fundadora del Instituto de las Hijas de María.

Y para concluir, les dejo con lo que le escribió a la Hermana Seraphine, quien atravesaba fuertes tentaciones:

«Te recomiendo que cada sábado de Cuaresma dediques quince minutos a contemplar a María y a orar para que te mire». (24 de febrero de 1825)

Hermana M. Joëlle BecF.M.I.

2. ADELA y EL ACOMPAÑAMIENTO VOCACIONAL (Basado en las 14 cartas a Melania Figarol)

Lorenza Cantero fmi

I. Introducción

Cuando pensamos en la pastoral vocacional, tres palabras vienen a nuestra mente y a nuestros corazones, tres palabras que evocan todo un proceso:

DESPERTAR, ACOGER, ACOMPAÑAR.

Hablando de pastoral vocacional, alguien me dijo:

Debemos hacer un triple acto de fe:

- fe en el Señor que llama,
- fe en los jóvenes que siguen sintiendo la vocación y que son capaces de responder,
- fe en nuestro carisma marianista, el camino para vivir la respuesta al llamado de Dios.

«Nuestro carisma es un tesoro para la Iglesia» (R V 1,71).

La Asamblea Provincial del año pasado nos confrontó con esta preocupación por las vocaciones:

- ❖ renovarnos en nuestra identidad marianista,
- ❖ la juventud actual y las vocaciones religiosas,
- ❖ ¿ofrece nuestro carisma respuestas válidas a los jóvenes de hoy?

Anteriormente, tanto en comunidad como individualmente, habíamos respondido a la encuesta que nos envió la Comisión para la Pastoral Vocacional. Repetiré algunas de las preguntas:

- ❖ En su comunidad, en su trabajo, ¿se sienten involucrados en la pastoral vocacional?
- ❖ ¿Están convencidos de su vocación religiosa marianista?
- ❖ ¿La viven con alegría? ¿Son felices?
- ❖ En el Evangelio, Jesús siempre llama personalmente. ¿Has llamado a algún joven en el nombre de Jesús?
- ❖ Percibimos la llamada de Jesús en el silencio, la reflexión y la oración personal. Preparémonos, iniciémonos en esta oración, en este encuentro con Dios...

Tras la visita a la Provincia (de España), la Administración General nos escribió sobre las vocaciones (19 de junio de 1989):

«Las vocaciones representan actualmente un gran reto para la Provincia. (...) Corresponde a cada comunidad, a cada religiosa, asumir esta gran preocupación por las vocaciones y emprender una profunda renovación para poder generarlas. Este es

un asunto de vital urgencia para la Provincia. Debemos orar y trabajar para que otros conozcan la alegría de pertenecer a María al servicio de la Iglesia y para que haya obreros para la misión. Os animamos a que continuéis con vuestros esfuerzos. (...) Estamos seguros de que el Señor sigue llamando hoy como lo hizo ayer».

Mientras preparaba un estudio sobre Adela para enviarlo a los organizadores de la Semana Nacional de la Vida Religiosa (sobre la Palabra de Dios en nuestros Fundadores), me llamó la atención una carta dirigida a Melania Figarol. Esto despertó mi curiosidad: quería descubrir a Adela como "mentora vocacional". Eso es lo que voy a compartir con ustedes.

Esto se relaciona con:

- ❖ lo que vivimos en la Provincia respecto a las vocaciones.
- ❖ dedicar tiempo, en conexión con lo que hemos hecho en años anteriores, en este año del Bicentenario del nacimiento de Adela, para escuchar:
- ❖ lo que ella nos cuenta sobre sí misma y así conocerla mejor.
- ❖ Lo que nos revela, la respuesta que suscita en nosotros respecto a las vocaciones.

Debemos comprender que las vocaciones no son algo abstracto. Son personas muy reales, con nombre, con quienes tenemos una relación, personas que son llamadas y para quienes podemos ser mediadores de esa llamada. Son personas a quienes podemos despertar, acoger y acompañar.

Seguiremos el ejemplo concreto de Adela al acompañar la vocación de Melania Figarol.

II. ¿Quién es Melania Figarol?

Melania nació en 1796 en Clermont-Dessous (Lot-et-Garonne) y muy pronto se integró en la "Pequeña Asociación". Deseaba ingresar en el Instituto, pero durante mucho tiempo se enfrentó a la oposición de sus padres (principalmente de su padre, como revela una carta de Adela al padre Chaminade). El señor Figarol era juez y tuvo que mudarse varias veces: Tarbes, Pau, París... Melania siguió esta ruta con su familia. Finalmente, ingresó en el noviciado. Adela, quien la había acompañado, ya había fallecido. Recibió el hábito el 16 de abril de 1834, adoptando el nombre de Hermana Javier. Hizo su primera profesión el 5 de noviembre de 1835 y su profesión perpetua el 2 de octubre de 1839. Enseñó en Agen y Tonneins. Posteriormente fue enviada a Córcega. Fue superiora en Olmeto, Île Rousse y Cervione. En el libro sobre la Madre M. José de Casteras (pág. 100), se menciona a la Madre Javier durante la visita de la Madre M. José a Córcega (1851) como consejera de la Madre San Vicente. «Hacia finales de 1840, la Madre Javier había fundado el pequeño convento de Olmeto».

Regresó a la comunidad de Agen y falleció el 11 de noviembre de 1870, a los 74 años. Se la recuerda como una religiosa totalmente dedicada al apostolado, y en particular a la educación de los jóvenes.

¿Debemos, pues, dedicarnos al estudio? No, no se trata de estudiar, sino de acoger con beneplácito las 14 cartas de Adela a Melania y las 4 dirigidas a otras personas, que nos hablan de Melania.

Fue un periodo limitado: entre 1817 y 1822.

Durante estos años, el Instituto comenzó a consolidarse, surgieron nuevas vocaciones, el Refugio pasó a manos de los Agustinos y se inauguró la Comunidad de Tonneins.

Melania tenía entonces entre 21 y 26 años.

III. Cartas de Adela a Melania

La información que tenemos sobre Melania nos indica que perteneció a la «Pequeña Asociación» desde muy joven. Era una de las compañeras de Adela. Y cuando las compañeras se unieron a la Congregación, Melania pasó a ser miembro de la misma.

Primera carta (320) 29 de mayo de 1817

Los padres de Melania se acababan de mudar a Tarbes debido al nombramiento del juez Figarol. No sabemos nada sobre la relación entre Adela y Melania antes de esta carta. Hasta este momento, no se menciona a Melania en las cartas. Se nos presenta una carta dirigida a una joven que se ha mudado. Esta carta marcará el inicio de un largo proceso de comunicación, como lo demuestran las trece cartas que siguen y la propia historia de Melania.

¿Qué encontramos?

Adela se interesa por ella.

«Quería escribirte para expresarte...» «Con cariño, te pido noticias de tu entusiasmo, para saber si tienes alguna esperanza de izar los Estandartes de María en tu ciudad». (El número en el margen indica el número de párrafo en la carta citada).

Aclara lo que Melania está experimentando.

«No me cabe duda de que el Señor te ha elegido como instrumento de su misericordia para con muchos jóvenes».

La anima.

«Reanima tu valor, no te dejes desanimar por las dificultades. Siempre las encontramos cuando queremos hacer el bien (...) Sé muy fiel (...) Esfuérzate al máximo por aprovechar las gracias que el Señor te ha concedido».

Le hace sentir que la acompaña en su labor por el Reino.

«Unamos nuestros esfuerzos para entregar nuestros corazones a Jesús y a María».

Parece que conoce a algunos miembros de la familia.

«Mis respetos a tu tía y un cordial saludo a tus hermanas».

Eso es todo en la primera carta. Hasta febrero del año siguiente, reina el silencio.

Carta 324, 24 de febrero de 1818

Al leer esta carta, observamos que Melania ha respondido a la anterior.

La carta comienza con un deseo de bendiciones para lo que nace en Tarbes.

«¡Oh María, protege a esta nueva familia!»

Melania expresa su alegría por todo lo que le transmite:

«¡Cuánta satisfacción nos ha dado tu carta!»

La invita a cantar el Magníficat por la elección del Señor de ella para fundar la Congregación en Tarbes.

La carta nos revela lo que hay en el corazón de Adela.

«Dícales a estas queridas recién llegadas lo mucho que las apreciamos».

La ayuda en la misión.

«Te enviaré manuales para la Sierva de María y un folleto con el propósito, los medios y la forma de la Congregación».

La ayuda personalmente.

«Oremos; la oración es el camino más seguro para atraer las gracias del Señor».

El párrafo 7 es muy importante.

Melanie, en su carta, debió haber mencionado algo sobre su vocación. Adela la acoge con agrado y responde así:

«¡Qué feliz sería si el Señor te destinara a nuestra casa! (...) Oramos a Dios para que te dé a conocer su santa voluntad y te conceda la gracia y la fuerza para cumplirla».

Aquí nos encontramos ante algo crucial para el director espiritual: la capacidad de escuchar. La encontramos en este párrafo:

Adela parece muy receptiva a lo que Melania le contó. Ella respalda lo que dijo Melania. Incluso cita una frase de la propia carta de Melania. Esto nos da una idea del contenido de la carta:

«Y como dices, que Él nos conceda la gracia de dejarlo todo atrás para encontrarlo todo».

Adela presenta la vocación como un don (cf. las referencias bíblicas al Éxodo y Juan 1:39):

«¡Oh! ¡Qué gracia concede Dios a un alma, atrayéndola a los fértiles desiertos de Egipto para guiarla donde el maná de la gracia cae en abundancia! ¡Mirad y probad!».

Carta 325 del 4 de mayo de 1818

En las cartas de Adela a Melania, debemos considerar dos fases: las relativas a la misión de la Congregación de fomentar la vida religiosa y las que conciernen a su propio camino hacia la vida religiosa.

Confirma que le ha enviado los Manuales del Servidor de María y el cuaderno.

Expresa una serie de deseos que le gustaría ver cumplidos entre las nuevas integrantes de la Congregación.

En esta carta se encuentra la frase que tan bien conocemos:

«¡Oh, Dios mío!, mi corazón es demasiado pequeño para amarte, pero hará que te amen tantos corazones que el amor de todos ellos compensará la debilidad del mío».

Continúa con la invitación a la vida religiosa:

«Y entonces, querida Melania, después de haber logrado esta gran obra, espero que vengas a descansar en nuestra agradable soledad y te dediques a la labor de nuestro santo Instituto».

Adela nos revela aquí algo muy claro: la esencia de la vida religiosa. La vida religiosa consiste en seguir a Cristo de una manera específica. Es un don. No se trata de «hacer»; Melania ya lo ha «hecho». Aunque, más adelante, continúe «haciendo», lo hará de una manera diferente, siguiendo a Jesús. Cristo es lo primero.

Las Hermanas están al tanto de la búsqueda de Melania:

«Las Hermanas, especialmente la Hermana Emmanuel, te envían su cariño».

Entre el 4 de mayo, fecha de esta carta, y el 2 de junio, Melania, durante uno de sus viajes, pasó por Agen.

Lo sabemos por una carta de Adela a Lolotte de Lachapelle, fechada el 2 de junio:

«Vimos, de paso, a una de nuestras postulantes que aún estaba con sus padres, la señorita Figarol (Hermana Javier)», quien vive en Tarbes y trabaja con la Hermana La Marque para establecer la Congregación allí. Me dio noticias de la querida Hermana La Marque. Esta futura Hermana Javier está llena de fervor; ruego a Dios que se eliminen los obstáculos».

Tras la visita de Melania a Agen, hubo un gran silencio, que Adela rompió.

Carta 329 del 27 de noviembre de 1818

Adela toma la iniciativa.

«Mi corazón ha sufrido durante algún tiempo por no tener noticias tuyas».

Nos demuestra que conoce a la persona. Cuando guardamos silencio, no deberíamos. A menudo, en los momentos en que más necesitamos ayuda, no la pedimos... La tentación de aislarnos.

«Creo que estás sufriendo».

En otra ocasión, alude a expresiones que Melania debió haber usado alguna vez.

«¿No estamos demasiado felices de cumplir su santa voluntad?»

Vivir el Adviento en el recuerdo, la atención y la presencia de Dios, como María.

Reflexión sobre Jesús en el vientre materno: María, modelo de vida religiosa.

Al releer sus palabras, la propia Adela parece sorprendida por lo que ha escrito.

«¿Pero no parece que ya eres una de nosotras? De verdad te siento como mi hija».

Mencioné anteriormente que entre la llegada de Melania y junio no hubo noticias de ella. Adela lo confirma en su carta:

«Desde tu partida, tenemos dos postulantes: una de 22 años y otra de 18».

Estas dos postulantes necesitan compañía.

«Desean mucho tener compañía».

Vuelve a preguntar:

«¿Cuándo serás su compañera?».

La invita a aclarar el asunto con sus padres:

«Me parece que debes hablar con tus padres con valentía; debes mostrar firmeza y resolución».

Se refiere al plan de Dios. Se refiere al Éxodo:

«Confía en el Señor. Él sabe cuándo quiere sacarte de Egipto y llevarte al fértil desierto».

Carta 331 del 14 de febrero de 1819

Melanie, con motivo del Año Nuevo, escribió a Adela para saludarla. Esta carta es su respuesta. El tema central de la carta es completamente bíblico. Ella hace referencia al Éxodo:

«Que este año sea tu Pascua, es decir, tu "paso"».

Establece un paralelismo entre el pueblo de Israel y la experiencia de Melania.

«Los israelitas, tras muchas pruebas, obtuvieron el permiso del faraón para ir al desierto. Tú también estás obteniendo el permiso de tus padres. ¡Ánimo, perseverancia, firmeza! No te canses, como Moisés, de pedir permiso continuamente; no muestres indecisión ni por un instante».

Una vocación debe cultivarse... Es un don que llevamos en vasijas de barro.

"Solo te doy este consejo en la medida en que sientas firmeza en tu vocación, pues es solo la vocación lo que debes buscar."

Le sugiere trabajo personal:

"Te recomiendo que trabajes en controlar tu impulsividad para que tengas menos trabajo en el noviciado. No corras, camina con más calma, no muevas tanto la cabeza, manténla más recta."

Se mantiene cerca de ella:

"Ves, te trato como a mi hija. Pero es porque mi corazón me dice que lo eres."

Carta 332 del 8 de marzo de 1819

Nos encontramos con referencias bíblicas que aluden a lo que dice Melanie: (cf. Génesis 8:9)

«Y tú, hija mía, sigues encadenada; aún no puedes alzar el vuelo para entrar en el arca sagrada; pero tu pie no encuentra reposo en esta tierra (...) Ruega al Señor que te dé alas de paloma para volar a tu lugar de descanso».

Ella no pierde de vista lo que espera:

«Que Él susurre estas dulces palabras en tu corazón: "Escucha, hija mía, presta atención, olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, y ven al lugar que te mostraré, a la tierra que te daré"». (cf. Salmo 44:11 y Génesis 12)

Siempre trabajo personal:

«Debe emplearse para adquirir virtudes religiosas y, sobre todo, esta muerte a la propia voluntad (...) «Pero, mientras tanto, no hay que perder el tiempo; y esta muerte no es cuestión de un día, requiere un trabajo largo y constante».

Le habló de la condición de la hermana Elisabeth, la primera marianista en morir, quien se encontraba muy enferma en aquel entonces.

«Nuestra querida Elisabeth está a punto de partir al Cielo. Una flema le oprimió el pecho y, en tres meses, la llevó a la muerte. Recibió la Sagrada Comunión. Esta joven, que solo tiene 18 años, nos edifica enormemente; habla únicamente de su anhelo y su confianza en ir al Cielo (...) Su rostro irradia alegría. ¡Oh, bienaventuradas las que mueren en la inocencia y con un corazón puro! Es la primera de las Hijas de María en morir. ¡Debe ser nuestro modelo, y todos debemos esforzarnos por morir con estos sentimientos!»

Elisabeth era entonces novicia. Nació el 27 de septiembre de 1800. Recibió el hábito el 12 de marzo de 1819, hizo su profesión el 11 de abril de 1819 y falleció el 13 de abril de 1819.

Adela era atenta. Comprendía lo que representaba el apostolado. Animaba a Melania y le sugería nuevas posibilidades:

«Parece que el párroco de Marciac ha cambiado de opinión respecto a la Congregación. Deberíamos aprovechar su buena voluntad para intentar establecerla».

Añadía a todo su ritmo litúrgico:

«Te deseo cuarenta felices días de crecimiento espiritual, una buena cosecha para tu alma».

Siguió otro periodo de silencio, de marzo a septiembre. No conservamos cartas de este periodo, pero podemos confirmar que hubo intercambios.

El director espiritual de Melania compartió con Adela su visión sobre su vocación.

La madre dio su consentimiento para el ingreso de su hija al noviciado.

Es posible que Melania escribiera para solicitar su admisión al noviciado.

Adela y su Consejo aprobaron su admisión. Todo esto lo sabemos por la carta de Adela al padre Chaminade (29 de septiembre de 1819):

«Aprovecho esta oportunidad para enviarle una carta que acabo de recibir de la hermana Javier, la señorita Figarol. Siguiendo el consejo de su confesor y con el consentimiento de su madre, nuestro Consejo ha decidido que le escriba para informarle que puede venir. Es una excelente oportunidad que no debemos desaprovechar. Dejamos el resto en manos de la Providencia. Tiene 22 o 23 años».

Al día siguiente, Adela escribió a Melania:

Carta 347 del 30 de septiembre de 1819

Le transmitió su respuesta:

«Siguiendo el consejo de su estimada Ananie, no tengo ninguna duda en decirle que siga los consejos evangélicos».

Vuelve a citar la Biblia:

«Escucha, hija mía, presta atención, deja la casa de tu padre y ven a la tierra que te mostraré» (Salmo 44:11 y Génesis 12).

«Camina fiel como Abraham, hija mía, sigue la estrella de la inspiración y la obediencia».

Habla de la comunidad:

«Te recibiremos con alegría. Nuestras hermanas te esperan y te anhelan».

La invita a la paz:

«No te preocupes por nada, el Señor proveerá».

Le da información práctica (equipo - alojamiento).

Concluye:

«Que tu ángel de la guarda te acompañe como al joven Tobías; que la Santísima Virgen sea tu estrella guía; y que el deseo de seguir la voluntad de Dios sea el rumbo que tomes».

Así de sencilla y profunda es la carta que Adela escribe a una joven a punto de ingresar al noviciado.

Adela y la comunidad viven con gran expectación. Melania podría llegar en cualquier momento.

En una carta, Melania debió haber mencionado que aprovecharía la estancia de su padre en París para irse de casa e ingresar al noviciado. Lo sabemos por una carta de Adela al padre Chaminade (16 de noviembre de 1819):

«Esperamos a la hermana Javier pronto. Está aprovechando la estancia de su padre en París para escaparse. Es una historia maravillosa». (350.6)

Carta 352 del 26 de noviembre de 1819

El 26 de noviembre recibimos una carta informándonos de que algo había salido mal. Algo o alguien había impedido que Melania llevara a cabo su proyecto.

La ilusión de las Hermanas de Agen y Adela se desvaneció.

Nada. Melania debió haber escrito sobre lo sucedido, pero no sabemos nada.

El encabezado de la carta de Adela deja claro el panorama:

«¡Viva Jesús, viva su Cruz!»

«Tu carta, queridísima hija, nos ha angustiado mucho».

Adela responde:

«Adoremos la mano del Señor y sus impenetrables preceptos»

La Cruz está muy presente en este momento en todo lo que la comunidad de Agen experimenta.

«Tenemos cinco hermanas enfermas, al menos una de ellas gravemente enferma... una de nuestras postulantes ha enfermado de una enfermedad que no nos deja esperanzas de recuperación. La llegada de la querida Hermana Xavier se retrasa, lo cual es otro dolor para nuestros corazones».

Adela reacciona:

«Espero que todas estas cruces sean señal de nuevos favores que el buen Señor quiere concedernos, si sabemos ser fieles a Él en la tribulación».

Sigue apoyando a Melania en la situación concreta en la que se encuentra. La invita a la oración, a la mortificación, a cosas muy sencillas:

«una mortificación cada día, como privarse de una petición, una mirada, una fruta...»

La anima a pedir que se acorte su exilio, a acoger las meditaciones a través de las cuales, en la locura, se descubre la voluntad de Dios.

«Sigue siempre sus consejos (los del Director); él te habla en nombre de Dios y te revela su voluntad».

Ella alude al tiempo litúrgico que está por comenzar: el Adviento. ¡Observemos su significado eclesial! Lo invita a cultivar el silencio.

Le sugiero que se dedique con ahínco a la práctica del silencio. Esta es la primera virtud que recomendamos a los novicios.

Es un silencio de contemplación:

«Es una virtud apropiada para el tiempo de Adviento, para honrar el silencio del Verbo Encarnado en el seno de María».

Finaliza su carta dejando la puerta abierta a futuras comunicaciones:

«Escríbeme siempre sobre tus miedos y tus esperanzas».

Comparte sus sentimientos y reacciones de fe:

«¡Ay! ¡Cuánto anhelo esa carta que me diga: “Me voy”! Pero no, quiero contentarme con todo lo que el buen Dios quiera. Él es el Señor. Él sabe mejor que nosotros lo que necesitamos. Todo para la gloria de Dios y su santa voluntad».

Al final de la carta, añade una posdata:

«Nuestras hermanas, que comparten mi dolor, te aseguran su amistad».

No podemos saber cuál fue la reacción de Melania. Casi un año transcurre sin correspondencia, desde noviembre de 1819 hasta octubre de 1820.

Carta 408 del 6 de octubre de 1820

Adela vuelve a tomar la iniciativa.

«¿Qué estará haciendo nuestra querida hija Xavier? ¿Se habrá olvidado de nosotros? ¡Cuánto tiempo, querida hija, desde que nuestros corazones se alegraron de leer tus palabras, de saber cómo estabas! Hace apenas un año, pensábamos que íbamos a reunirnos. El buen Dios no lo permitió: ¡bendito sea su santo Nombre!»

Le aconseja que insista de nuevo con su padre. Le ofrece una solución:

«Inténtalo de nuevo, pregunta, si no puedes conseguir algo mejor, si puedes venir como interna durante un año».

Le explica la experiencia de una joven que también encuentra dificultades para entrar en la vida religiosa.

"Ahora tenemos una joven de 27 años que quiere hacerse religiosa; pero su madre, en su lecho de muerte, le pidió que permaneciera dos años sin hacer votos. Así que, mientras tanto, vive en la casa de la congregación, pero está siguiendo la Regla y completando casi todo el noviciado, porque desea abrazarlo."

Luego nos cuenta las novedades de Agen.

6 de septiembre de 1820... Traslado del Refugio a la finca de los Agustinos

"En Agen, cambiamos de casa. La que habitamos ahora es nuestra; la compramos. Es muy espaciosa, con un jardín magnífico y un aire muy puro. Nuestra salud ha mejorado mucho."

Adela hace una pausa y reflexiona:

«Pero, querida amiga, ¿de qué servirían todas estas pequeñas ventajas sin la presencia del Amado que mora entre nosotras? Solo Él puede hacernos felices. ¡Él debe ser nuestro Todo! ¡Oh!» ¡Que una religiosa sería infeliz si buscara algo que no fuera Jesús y su santo amor! No, nada más que Él, todo para Él, todo en Él».

7 de septiembre de 1820. Fundación de Tonneins.

«Se acaba de inaugurar una segunda casa de nuestro Instituto en la ciudad de Tonneins. Seis de nuestras Hermanas han sido elegidas para formar parte de la congregación. Esto deja un gran vacío entre nosotras».

Han llegado las postulantes.

«La Providencia ha querido llenar este vacío en parte con la llegada de excelentes postulantes: la Hermana Teresa de San Agustín, de 23 años; la Hermana Isabel, de 17 años, para Hermanas del Coro; la Hermana Julie, de 17 años, para Hermana Laica; y la Hermana Úrsula, de 27 años, para Hermana de Touraine».

Y añade:

«¡Cuánto anhelo decirte: Hermana Javier, de 23 años!»

Está interesada en la misión de Melania:

«¿Cómo van tus pequeñas obras de celo? ¿Estás ganando corazones? (...) Cuéntame tus progresos.»

La insta a ser consciente de sus motivaciones:

«¿Es la fe la base y el fundamento de tus obras? ¿Acaso el egoísmo no interfiere? Convenzámonos siempre de que solo Dios puede hacer el bien y que Él es su único autor, que nosotras no somos más que débiles instrumentos a los que Él puede arrojar al fuego cuando quiera.»

Carta 413 del 11 de noviembre de 1820

Parece que Melania ha respondido a la carta anterior. Adela contesta casi de inmediato. Le expresa su alegría:

«¡Con qué satisfacción, queridísima amiga, recibimos noticias tuyas, de las que habíamos estado privadas durante tanto tiempo!»

«Me consoló enormemente ver que tu celo por la salvación de las almas, precio de la Sangre de nuestro Salvador, permanece firme. Ardamos siempre con renovado fervor

por tan noble fin; estemos dispuestos a entregarnos por completo, a sacrificarnos por la salvación de una sola alma. San Ignacio dijo que si evitaba tan solo un pecado mortal, consideraría que sus esfuerzos habían valido la pena.»

Podemos imaginar fácilmente el tono de la carta de Melania

«Te ruego, querida hija, que no dudes de que seguimos sintiendo lo mismo por ti y estamos listos para recibirte (...) No te preocupes por nada más.»

Retoma el tema de la vocación:

«Si tuviera que decirles lo que me dice mi corazón, sería que después de tres años, su vocación debería estar lo suficientemente clara como para que den un paso decisivo. Sus padres los extrañarán, pero al fin y al cabo, no los necesitan (...) No le diría lo mismo a un hijo único (...) Consulten con su Ananias (su director espiritual); él debe ser el intérprete de la voluntad de Dios para ustedes, y pueden estar seguros de que cuando llamen a la puerta, se la abriremos».

Retoma el diálogo:

«¡Oh! ¡Qué maravilloso sería si empezáramos el año juntos! Pero, querido amigo, ¿qué te dice tu corazón?».

Ella comparte con ella la experiencia completamente nueva de tener dos comunidades, contándole cómo la está viviendo:

«Ahora tenemos dos casas. Se sigue hablando de nuevos establecimientos; todas podemos esperar cambios. Nos acostumbramos a una casa, queremos mucho a nuestras Hermanas, y de repente, ¡recibimos una asignación a otra comunidad que necesitará a alguien! ¿Acaso esto no sacude la vocación?»

Melania debió haberle contado que está trabajando en el silencio; a partir de esto, Adela le abre nuevos horizontes y profundiza en su formación.

«Me alegra saber que estás trabajando un poco en adquirir el silencio, pero en nuestra comunidad reconocemos cinco silencios: el silencio de la palabra, el silencio de los signos, el silencio de la mente, el silencio de las pasiones y el silencio de la imaginación.»

El resto de la carta (§ 8, 9, 10, 11) tiene como objetivo ayudarlo a comprender el silencio. Le ofrece una manera de avanzar en este trabajo:

«Te daré un pequeño adelanto del trabajo que tendrás que hacer en el noviciado. Pero no intentes hacerlo todo a la vez, no lograrías nada: ¡una cosa a la vez! Concéntrate en la obra de la Palabra y un poco en los signos».

Otro período de silencio.

En una carta fechada el 10 de mayo de 1821, dirigida a la Madre Teresa Yannasch, Adela habla de las actividades apostólicas de Melania:

«La Congregación acaba de establecerse en Pau, en Béarn, gracias al cuidado de la Hermana Xavier y al celo de los misioneros que acaban de dar una misión allí (...) La Hermana Xavier ha sido designada para trabajar con mujeres jóvenes». (433.9)

Así pues, según esta carta, en mayo de 1821, Melania trabajaba con las Congregaciones en Pau. Por otro lado, según las cartas que Adela le envió en octubre del mismo año, seguía viviendo en Tarbes. El cambio de residencia tuvo lugar entre el 26 de octubre y el 13 de diciembre de 1821.

Carta 460 del 26 de octubre de 1821

Esta carta rebosa de alegría por todo lo que Melania está logrando:

«Siempre me consuela tu celo al difundir la devoción a María y, por ende, abrir el camino a la salvación a jóvenes prometedores».

Adela la anima en sus actividades apostólicas:

«Gánate la confianza de los jóvenes: muéstrate como una madre para todos (...) Inspírales el amor a Dios. Inculca en ellos la virtud, y lo demás vendrá por añadidura, pues san Francisco de Sales condena a quienes empiezan por reformar lo exterior antes que lo interior. Sin embargo, hay cosas en las que no se puede tolerar la demora ni la transigencia, por ejemplo: la indecencia en el vestir...»

Exhorta a la responsabilidad personal:

«Pero, mi querido Xavier, prepárate para experimentar muchas contradicciones; esto es prueba y señal de la obra de Dios. Por lo tanto, ármate de santa valentía para proteger a Aquel para quien trabajas. No te atribuyas nada: lo arruinarías todo. Solo Dios es el autor de todo bien; nosotros somos simples instrumentos que Él usa cuando y como quiere».

Para hacer: No hay que perder de vista la vocación; hay rupturas en la cadena.

«Intenta, querida hermana, preparar a alguien que te reemplace para que nada te detenga en Egipto cuando llegue la hora de la liberación».

Ella da noticias de la comunidad:

«Oren a Dios por una de nuestras novicias que está a punto de hacer el terrible paso a la eternidad».

«Mi prima recibió el santo velo hace tres semanas con el nombre de Hermana María-José. ¡Ay! ¿Cuándo podré adornar la cabeza de mi querido Xavier?».

Carta 467 del 13 de diciembre de 1821 (La familia Figarol está en Pau)

En esta carta, Adela expresa su presencia y bienvenida. Responde a la carta anterior. Adela hace suyo todo lo que Melania comparte con ella. Melania tiene:

«Siempre recibo noticias tuyas, mi queridísima amiga, con gran consuelo. Veo las dificultades que atraviesas; siento, si es posible, lo que sientes, pero creo discernir en todo lo que me cuentas una verdadera vocación de Dios para nuestro Instituto».

La ayuda a ver su vida a la luz de la fe.

«Creo que el buen Dios te ha mantenido en el mundo un poco más para contribuir a la fundación de la Congregación en Pau, y cuando esté consolidada...Él suscitará otra alma para apoyarla y te llamará en soledad. Y quizás, algún día, regreses a esta Familia fundando un convento... ¿Quién conoce los designios de Dios?»

Ella comparte con ella no solo las noticias, sino también sus sentimientos:

«Parece que el buen Señor desea la expansión de nuestro Instituto; en varios lugares se solicitan casas... Pero aún necesitamos tiempo para tener miembros suficientemente preparadas. Pídele a Dios, llena de su Espíritu, pues con religiosas santas se puede lograr mucho, y con imperfectas, casi nada. Somos veinticinco en Agen y siete en Tonneins.

Melania seguramente le contó su deseo de pedirle nuevamente a su padre permiso para ingresar al noviciado.

«Apruebo que sigas intentándolo con el querido Padre, siempre bajo la protección de los grandes San José y San Javier».

Ella le sugiere que medite sobre el Adviento que se acerca:

«Vamos a celebrar grandes Misterios, querida amiga. ¡Que la bondad del Niño Jesús inflame cada vez más nuestros corazones con su santo amor! ¡Que imitemos las virtudes que nos predicó desde el pesebre, especialmente la pobreza y la mortificación! Les propongo imitar estas dos virtudes: acostúmbrense a la práctica de la pobreza buscando habitualmente lo más sencillo en ropa y comida; remendando sus propias pertenencias y usándolas hasta que ya no sirvan; evitando perder hasta el más mínimo objeto, como una aguja e hilo».

Se refiere a una carta del Padre Chaminade:

«Le escribí al padre Chaminade para pedirle que enviara la autorización a sus señores; me respondió que ya les había escrito; creo que ahora tienen su carta.»

¡Qué alegría trabajar con jóvenes!

«Cuiden bien de estos jóvenes tan interesantes. ¡Qué alegría preservar estos corazones jóvenes de las garras del diablo, poniéndolos en el abrazo de María!»

Carta 469 del 6 de mayo de 1822

A finales del año anterior, la familia Figarol se instaló en Pau. Desde entonces, Melania hizo todo lo posible por fundar la Congregación en esa ciudad.

Adela la felicita y se alegra de lo que se está logrando.

«Así que María ha triunfado sobre el infierno, mi queridísima hermana: su estandarte ondea en Pau, o al menos eso espero, según me dices. ¿Pero deberíamos sorprendernos? ¡Tiene que aplastar la cabeza de la serpiente infernal!»

La primera parte de la carta responde, en la medida de lo posible, a preguntas prácticas para la Congregación:

¿Cómo deben vestir los miembros de la Congregación el día de su Consagración?: El estandarte para las procesiones, La faja.

Luego vienen preguntas personales:

«Pero permíteme hablarte personalmente, querido hijo. ¡Cuánto anhelo que el Señor manifieste su voluntad! Y, a pesar de lo que mi corazón desee, me someto a todo lo que Él permita... ¡Todo para su mayor gloria! Que este sea nuestro lema».

Le propone una tarea personal.

Quiero proponerles un ejercicio práctico, siempre como preparación para el postulado: dedicarse a lo que llamamos el «silencio mental»; trabajar en el dominio de la mente y la imaginación, ejercitándose en ellas en momentos en que, durante el trabajo, se ordena a la mente que reflexione, corrigiendo y castigando las desviaciones deliberadas. Comiencen con un breve periodo, un cuarto de hora al día, por ejemplo... Ordenense guardar silencio al vestirse y desvestirse: esto les preparará, por la mañana, para la oración.

Entonces vemos la gran importancia que Adela otorga al trabajo espiritual, realizado con seriedad. Habla desde la experiencia, ella que siempre se ha dedicado al crecimiento espiritual. No improvisa. Sabe de lo que habla.

«Además, querida hermana, solo trabajando con ahínco en nuestra propia perfección tendremos la gracia de trabajar por la salvación de nuestro prójimo. Los santos triunfan en muchas cosas, mientras que las almas cobardes no triunfan en nada o lo hacen todo de forma muy imperfecta.»

Carta 477 del 29 de noviembre de 1822

Esta es la última carta que conservamos de Adela a Melania, la futura Hermana Xavier. No hemos tenido noticias desde mayo.

«Mi corazón también ha sufrido por tu silencio, mi queridísima Xavier, y tu carta fue recibida con alegría.»

Y, sorprendentemente, parece que Melania pidió ingresar en las Hijas de la Caridad.

«El diablo, celoso de las Hijas de María, quiso arrebatarte de entre nosotras: creo que es una astuta artimaña. No puedo creer que no seas de las nuestras, y si pudieras dejar a tus padres...»

Si voy a las Hijas de la Caridad, ¿por qué no las dejo para las Hijas de María?... Quizás pido demasiado, ¡pues solo deseo la voluntad de Dios!

Vemos cómo reconoce que se dejó llevar por su primera impresión.

Le da noticias de la comunidad de Agen:

«Te cuento que el 21 de este mes fue un día muy especial para nosotras: seis novicias hicieron su profesión. Entre ellas estaban la señorita Lachapelle y mi prima.»

Los párrafos 6, 7, 8 y 9 se refieren a la Congregación. No termina su carta sin una exhortación al trabajo personal:

«Un consejo para mi querido Xavier: que muera cada día a su propia voluntad; que se esfuerce, incluso en las cosas más pequeñas, por actuar con permiso, con espíritu de obediencia. Así, todas sus acciones serán meritorias.»

Estas son las cartas de Adela a Melania:

Adela DESPIERTA, ACOGE, ACOMPAÑA

Respetar los ritmos individuales, se fija nuevas metas, ilumina con la luz de la fe, establece una profunda conexión con la persona; busca la voluntad de Dios para sí misma y para los demás... y, en definitiva, también nos enseña.

Hermana Lorenza Cantero F.M.I.

Cuarta parte

LA ACTUALIDAD SOBRE EL MENSAJE de Adela

Homilía pronunciada en la Eucaristía celebrada en Sucy el 14 de diciembre de 1986

La Eucaristía que nos reúne hoy se celebra en acción de gracias por la vida y obra de la fundadora de las Hermanas Marianistas, Adela de Batz de Trenquelléon, en religión Madre María de la Concepción, a quien la Iglesia proclamó Venerable el 5 de junio de 1986.

Las Hermanas Marianistas, cuyo nombre original era «Hijas de María Inmaculada», tienen tres comunidades en la Diócesis de Créteil: dos en Sucy-en-Brie y una en Villecresnes, con un total de aproximadamente treinta religiosas. Sin embargo, su fundadora es poco conocida; a pesar de su personalidad cautivadora, quisiera hablarles de ella aquí.

Las principales etapas de su vida

Nació en Feugarolles, cerca de Agen, el 10 de junio de 1789, en el Castillo de Trenquelléon, en el seno de una familia de oficiales que tradicionalmente servían a los reyes de Francia.

A los 8 años (debido a la agitación de la Revolución), fue exiliada a España y luego a Portugal, donde permaneció cuatro años.

A los 16 años, Adela fundó, junto con sus amigas, una pequeña asociación de la que fue la principal impulsora. Fomentaron el espíritu de vocación y devoción a la Virgen María a través de la correspondencia, de la cual se conservan más de 300 cartas escritas por la propia Adela entre 1805 y 1816.

Durante este periodo, Adela visitaba a las familias del vecindario, especialmente a las más pobres. Conocía a los niños y, junto con sus amigas, les proporcionaba educación básica, en particular catequesis.

Recibió una propuesta de matrimonio. La consideró, pero la rechazó. Contempló la creación de una nueva orden religiosa bajo la protección de la Virgen María, dedicada a la renovación cristiana en su país.

El 25 de mayo de 1816, aconsejada y guiada por el sacerdote de Burdeos G.J. Chaminade (quien fundaría la Congregación Marianista en 1817 y sería declarado Venerable en 1973), Adela viajó a Agen con cinco compañeras y sentó las bases del Instituto de las Hijas de María Inmaculada, con la aprobación del obispo de Agen.

A partir de entonces, vivió según la regla del nuevo Instituto, deseando sobre todo entregar su corazón a Cristo y conformarse a Él mediante la gran caridad; pero anhelaba igualmente que el Reino de Cristo se extendiera. Estaba convencida de que el amor y la devoción a María eran el medio primordial para alcanzar este doble ideal.

Durante sus doce años como Superiora, la nueva Congregación creció: se fundaron casas en Tonneins (Lot-et-Garonne), Condom (Gers), Burdeos y Arbois (Jura). (Actualmente, la Congregación está presente en cuatro continentes).

La fundadora falleció el 10 de enero de 1828, a los 38 años, agotada prematuramente por su trabajo y por una enfermedad pulmonar incurable en aquel entonces. Antes de morir, con la mirada fija en la imagen del Sagrado Corazón y la Inmaculada Virgen, exclamó: «¡Hosanna al Hijo de David!».

Fue declarada Venerable el 5 de junio de 1986: «Es cierto», afirma el decreto de la Congregación para las Causas de los Santos, «que la Sierva de Dios, María de la Concepción, practicó heroicamente las virtudes teologales de la Fe, la Esperanza y la Caridad hacia Dios y el prójimo, así como las virtudes cardinales de la Prudencia, la Justicia, la Templanza y la Fortaleza, junto con las virtudes afines».

Tres características principales

Cuando la Iglesia declara a uno de sus miembros Venerable o Santo, es porque ha adquirido certeza tras una investigación.

Una investigación minuciosa demuestra que esta persona vivió con una fidelidad excepcional al Evangelio y puede servir de modelo para quienes aún se encuentran en su camino terrenal, preguntándose cómo integrar el Evangelio de Cristo en sus vidas.

No busquemos nada extraordinario en esta joven: ni milagros ni éxtasis; ni acciones espectaculares ni declaraciones para la posteridad... o, mejor dicho, lo extraordinario de ella es su constancia, su fidelidad diaria, desde la infancia hasta la muerte, en la práctica de las virtudes que hemos escuchado enumerar. Es también su capacidad para comunicar su fe y entusiasmo a otras jóvenes, para convencer a clérigos y obispos, y para establecer una familia espiritual que la ha sobrevivido, que aún vive de su espíritu y que lleva el Evangelio al mundo.

Me parece que los rasgos más destacados de esta joven santa son aquellos que los cristianos de hoy no colocarían espontáneamente en primer lugar en su jerarquía de valores, aunque probablemente sean los que nuestro mundo más necesita.

Veo tres cualidades que me han impactado cada vez que he leído y releído los escritos de Adela de Trenquelléon:

Apego a Jesucristo

- Celo apostólico

- Humildad.

A. Apego a Jesucristo, una vida de intimidad con Él, una amistad con Él. Cuando Jesús le confía a Pedro la misión de llevar la Buena Nueva a todos los pueblos y ser el pastor de toda la humanidad, no le pregunta si tiene un título en estudios religiosos o sociología, ni si es elocuente... sino si lo ama: "¿Me amas? ¿Me amas más?". Además, Jesús no vino a revelar una doctrina para predicar, sino a Alguien a quien amar.

La primera cualidad de un apóstol digno de ese nombre es amar a Jesús, tener una vida de intimidad con Él, escudriñar incansablemente su mirada, morar en su Corazón, encontrar tiempo para estar con Él, como Andrés pasando una tarde en su casa, como María sentada a sus pies. «A lo largo de la historia», escribe J. Lewis, «ha habido personas tan ocupadas en demostrar la existencia de Dios que ya no tenían tiempo para pensar».

"A Dios". Este no era el caso de Adela. Desde muy joven, Adela anhelaba una vida de intimidad con Jesús y buscaba constantemente maneras de lograrla, especialmente a través de la meditación diaria y retiros periódicos, incluso mientras aún vivía en el mundo.

Sin exagerar, se puede decir que toda su fuerza, ímpetu, recursos intelectuales, voluntad y energía emocional estaban dirigidos hacia Aquel a quien llamaba su "Amado", Cristo. Innumerables pasajes de sus cartas lo atestiguan. A una maestra de novicias, le escribió:

"Tu misión es formar novias para el Cordero de Dios".

(2 de noviembre de 1824)

"Oh, Dios mío, mi corazón es demasiado pequeño para amarte, pero hará que te amen tantos corazones que su amor compensará la debilidad del mío". (9 de marzo de 1825, a la Madre Dositea)

Este amor a Cristo, ciertamente, se vive en la fe y sin exaltación, lo cual, además, la protege. De las ilusiones, pero es su mayor alegría, la profunda paz de su corazón, la fuerza motriz de todos sus esfuerzos apostólicos.

B. Celo Apostólico.

Es un error amar a alguien queriendo ser el único en amarlo; esto es cierto para los seres humanos, y aún más cuando se trata de Dios y de Cristo, quien nos lo hace visible.

La luz que Adela recibe de su fe en Jesucristo, la alegría que experimenta al vivir en comunión de corazón con Cristo, la impulsa irresistiblemente a compartirla a su alrededor, siguiendo el ejemplo del apóstol Andrés: «Hemos encontrado al Mesías», o el de los demás discípulos: «No podemos permanecer callados».

¡Qué fervor en esta jovencita! Incansablemente, reúne a jóvenes de su edad o a niños para instruirlos en la doctrina cristiana, para ayudarlos a vivir según el Evangelio. Y su corazón se siente atraído por estos «hijos de Dios» que están allí como ovejas sin pastor. La fe y el amor que desea transmitirles...

Se sustentan en el amor verdadero. Esto es precisamente lo que las hace atractivas y contagiosas, como la luz y el calor de una llama. No es necesario citar fragmentos de sus cartas. De las 737 que conservamos de ella, pocas no están inspiradas por su celo por dar a conocer y amar a Cristo, por vivir según su Evangelio. Pocas no están marcadas por alguna expresión de su sincero afecto hacia la destinataria, especialmente si se trata de una de sus «asociadas» o una religiosa del Instituto que fundó.

Debido a la gran pureza del corazón de Adela, su afecto puede dejarse a su propia espontaneidad: siempre da testimonio a los demás del amor con que Dios los ama, a través del corazón de una de sus hijas.

Un autor contemporáneo, hablando de la bondad de San Vicente de Paúl, escribió: «Es mejor que la naturaleza del mensajero no difiera demasiado de la naturaleza del mensaje». Esta afirmación se aplica con toda razón a la fundadora de las Hermanas Marianistas. No es de extrañar que sus hermanas la amaran tanto a su regreso, hasta el punto de reprocharse a sí mismas por amarla demasiado.

C. La humildad de Adela

He anotado casi un centenar de pasajes de las cartas de Adela, especialmente del período comprendido entre los 16 y los 25 años, que son exhortaciones a la humildad. Es asombroso que alguien tan joven tuviera tal perspicacia respecto a las muchas maneras en que el orgullo puede envenenar incluso los corazones humanos más generosos y distorsionar su perspectiva.

Adela llama incansablemente la atención de las jóvenes que confían en ella, a riesgo de que se busquen a sí mismas en todas sus buenas acciones o se desanimen y se resientan por un orgullo herido. ¡Cuántas veces encontramos esta advertencia en sus escritos: «No se atribuyan nada a sí mismas, pues lo arruinarían todo! Solo Dios es el autor de todo bien; nosotras no somos más que instrumentos viles que Él usa cuando y como quiere» — «Amemos que no se nos tenga en cuenta... Procuremos que nadie nos preste atención: es una forma de evitar las sorpresas del orgullo

que se cuela en los discursos más inocentes: pues a la naturaleza le gusta que se le preste atención; pero la gracia desea y ama estar oculta en Dios, a quien solo desea complacer. (8 de abril de 1807). ¡Qué lucidez la de una joven de 18 años respecto al corazón humano!

Solo he mencionado tres aspectos de la personalidad de la Madre María de la Concepción. Apenas he hablado de su espíritu de fe, su caridad, su amor por María y el lugar que ocupa María en la espiritualidad del Instituto de las Hijas de María Inmaculada. Todo esto estaba muy presente en ella, y por eso, además, la Santa Sede respondió afirmativamente a la pregunta sobre la naturaleza heroica de sus virtudes.

Al leer las cartas de Adela, una impresión prevalece: el EQUILIBRIO, el perfecto equilibrio de proporciones, que rige todas las expresiones de su vida intelectual, emocional, espiritual y activa... ¡Qué entrañable es esta joven de Gascona, esta fundadora de 27 años, con su alma ardiente, su afabilidad, su gracia y la límpida ternura de su afecto por todas sus Hermanas!

Hay santas que nos impresionan con Los acontecimientos extraordinarios que marcan sus vidas. Lo que nos atrae de Adela de Trenquelléon es la limpidez y la frescura de su corazón, completamente entregado a la gracia de cada momento, para amar a Dios y a la humanidad; es una verdadera Hija de María, que refleja fielmente el rostro de su Madre.

A. Boulet S.M.

**Homilía en honor de la Venerable Sierva de Dios
María de la Concepción Adela de Batz de Trenquelléon,
17 de enero de 1987**

La Iglesia, nuestra madre, nuestra maestra, se deleita en recoger de su jardín las flores que el Espíritu Santo hace florecer, ofreciéndolas a nuestra admiración, nuestra acción de gracias y nuestra imitación.

Esta noche, invitada por ella, nuestra mirada como creyentes se dirige a una de estas flores: la Venerable María de la Concepción, hija nuestra, de Aquitania. Tras repasar cuidadosamente su vida y declararla Venerable, la Iglesia la ofrece ahora a nuestra admiración y nos invita a tomarla como guía, como hermana mayor, en nuestro camino como cristianos bautizados.

Leí en un artículo dedicado a ella: «Bautizada pocas horas después de nacer, jamás deseó conocer otra nobleza que la de su bautismo, y este fue el secreto de su santidad».

Esto también nos concierne, y acabo de terminar de escribir mi mensaje de Cuaresma sobre el llamado universal a la santidad.

El bautismo es una semilla de santidad. Todos estamos invitados a ser santos. Y es para animarnos en este camino hacia la santidad que la Iglesia nos invita a seguir los pasos de aquellos que, incluso en esta tierra, han revelado con mayor claridad el poder y la fecundidad del amor de Dios.

A veces, los tiempos que vivimos nos resultan difíciles y estériles. Por ello, es importante recordar la época en la que transcurrió la breve vida terrenal de la Madre Karie de la Conception (10 de junio de 1789 - 10 de enero de 1828).

Toda la infancia y adolescencia de nuestra hermana transcurrieron durante este tiempo. En la inseguridad y los peligros de aquel turbulento periodo de la Revolución Francesa y el Imperio, experimentó la separación de sus padres y el exilio en España y Portugal.

Su vida, al igual que las del Padre Chaminade, la Madre Teresa de Lamourous, el Padre Bienvenu Noailles y el Obispo d'Aviau, atestigua que el Espíritu Santo no permaneció inactivo durante aquella época de profunda transformación de las estructuras sociales.

Tampoco permanece inactivo hoy, en esta era y este mundo cambiantes que vivimos. Y esta noche, la Madre María de la Concepción nos invita a prestar mayor atención a todo el crecimiento primaveral que el Espíritu Santo trae hoy, como ayer, para iluminar a todo el pueblo de Dios.

Hay una frase del apóstol Pablo que nos da la clave de la aventura de la santidad que contemplamos hoy: «Todo esto —nos dijo— lo hago por el evangelio» (1 Corintios 9:23).

No me equivoco al pensar que la hermana María de la Conception, hoy, hace suya esta frase, para compartir con nosotros el secreto de su vida e invitarnos a seguir sus pasos.

Sí, por el Evangelio: por el Evangelio recibido, por el Evangelio vivido, por el Evangelio que se comparte. Por el Evangelio recibido.

El Evangelio, seamos claros, no es principalmente un libro, es una Palabra; es la Palabra que nos habla del amor del Padre, es Jesucristo.

En el corazón de la santidad, de toda santidad, reside la fe que depositamos en la revelación del amor de Dios a través de Jesucristo: una fe personal alimentada por la fe de toda la Iglesia.

De hecho, fue principalmente a través de sus padres, y especialmente de su madre, que Adela recibió esta revelación. Tenía un linaje sólido, pues su genealogía remontaba a su familia al rey San Luis.

Y desde su más tierna infancia, los signos del amor de Cristo resonaron profundamente en su corazón. Me refiero al sacramento de la reconciliación, la Eucaristía, hasta tal punto que, a los nueve años, ya contemplaba la vida religiosa, es decir, una vida enteramente dedicada al amor de Cristo.

Ella nos recuerda hoy que Dios habla a menudo en el corazón de los niños. ¿Estamos suficientemente atentos a esto? Fue la gracia de la hermana María encontrar en su camino sacerdotes que la despertaron al amor del Señor, y en particular al padre Chaminade, quien, en 1808, cuando ella tenía 19 años, se convirtió en su consejero espiritual.

Por el Evangelio vivido

La santidad no se reduce a reflexionar sobre una palabra, y mucho menos a discutirla. Bernanos afirmó que la discusión es el rostro que adopta la muerte cuando quiere pasar desapercibida.

La santidad es una vida transformada por el amor de Cristo. «Ya no vivo yo», llegó a decir san Pablo, «sino que Cristo vive en mí».

Lo que me impactó de las palabras que extrajiste de su correspondencia para comprender mejor la Palabra de Dios en esta liturgia es el lugar central que la Madre María de la Concepción otorga a la Cruz como camino de vida, de santidad.

Basta con citar estas frases:

«No escuchemos ni sigamos nuestra naturaleza corrupta; sigamos a Jesús. Y para seguirlo, renunciemos a nosotros mismos, pues Él mismo dice: “Si alguno no renuncia a sí mismo y toma su cruz, no es digno de mí”».

Venid, queridos amigos, caminemos con la Cruz siguiendo las huellas de nuestro divino Maestro. ¡Reconozcamos este principio de fe: que hay que cargar con la cruz para ir al cielo!

Esta no puede ser una actitud morbosa. Es, en Cristo y a través de Cristo, el descubrimiento de un camino de amor y de vida.

No hay libertad para la humanidad sino en la medida en que aprendemos, día tras día, a no vivir ya para nosotros mismos, sino para Dios y para los demás.

Es porque Cristo, a través de la Cruz, forjó un camino de amor en medio de todas las negativas de la humanidad que nos abrió un camino de resurrección.

María de la Concepción experimentó muy pronto, con su corazón infantil y juvenil, la alegría de la resurrección, de una nueva vida gracias al Evangelio.

Y su vida cantaba el Evangelio como lo entendía Francisco de Sales: «La santidad es al Evangelio lo que la música cantada es a la música escrita».

Madre Santa Vicente, quien la sucedió como superiora de la Congregación que ella fundó, dijo de ella: «María, nuestra augusta Madre, pronto hizo de esto una regla viva. Su ejemplo nos inspiró y nos fortaleció en el camino de la regularidad y la generosidad. Fue ella quien verdaderamente encarnó en su conducta las hermosas palabras de nuestro digno fundador: “Si la regla se perdiera, sería necesario encontrarla de nuevo siguiendo a una hija de María en los detalles de su vida”».

Por el Evangelio que se comparte

¿Cómo se puede saborear la alegría de la nueva vida en Cristo sin experimentar, como san Pablo, el ardiente deseo de ser todo para todos, para así ganar al mayor número posible?

Este fue el caso de la hermana María.

Desde los 15 años, demostró, en el contexto de su vida familiar y todas sus relaciones, un espíritu apostólico fruto de su unión con Cristo, alimentado por la oración y la Eucaristía.

A través de ella, los niños reciben la Buena Nueva de Cristo, y los enfermos y todos los que sufren reciben un signo de la misericordia de Dios.

Ella guió a jóvenes de su edad por este camino de vida dedicada a Dios y a los demás, y fue con un grupo de amigas, con la ayuda del Padre Chaminade, que sentó las bases del Instituto de las Hijas de María Inmaculada.

Su presencia en diez países de cuatro continentes da testimonio hoy del resplandor de su corazón apostólico.

Escuchemos sus palabras a través de estas sencillas directrices dadas a la naciente Congregación: «Oh, Dios mío, mi corazón es demasiado pequeño para amarte, pero hará que te amen tantos corazones que el amor de todos ellos compensará la debilidad del mío». «Siguiendo el ejemplo de San Pablo, hagamos todo por todos; este es el gran deber de un superior. Seamos débiles con los débiles, infirmus con los humildes...»

Es en este deseo de ser transparente acerca del amor de Cristo donde encuentra una poderosa fuerza motriz para su progreso en la conformidad con su Señor: «Seamos todos amables y caritativos con nuestro prójimo, hagamos todo por todos para ganarlos a Jesucristo. La idea y la esperanza de ganar un alma es ciertamente suficiente para impulsarnos a superar nuestra humanidad y nuestro espíritu, y a doblegarlo. Nuestro prójimo y nosotros nos beneficiaremos».

Por el Evangelio.

Sí, esta es, en efecto, la clave del dinamismo de la Hermana María de la Concepción, pero con la dimensión añadida de «por el Evangelio recibido, vivido y compartido a la manera de María y con su ayuda».

La vida de unión con Cristo y la labor apostólica de la Hermana María de la Concepción son de corte mariano, siguiendo los pasos del Padre Chaminade.

Zile escribió en 1825: «Solo podemos complacer a nuestro esposo celestial amando a su Madre, a quien tanto ama y a quien ha hecho dispensadora de sus gracias».

Recientemente encontré esta elocuente expresión de San Bernardo, que nos ayuda a comprender el lugar de María: «la panaderoa del pan de vida».

Es precisamente a través de ella que hemos recibido y seguimos recibiendo este

don del Padre, este pan nutritivo del cielo, llamado Jesucristo, y es aprendiendo de Él que nuestros corazones arden con el suyo, con el deseo de compartir este pan con los hambrientos.

¿Y qué mejor manera de concluir que con este pasaje del Decreto sobre la Heroica Ciudad de las Virtudes?:

«No es del todo seguro que la imitación de Jesucristo sea el camino real a seguir para alcanzar la santidad y reproducir en nosotros mismos, en la medida de nuestras posibilidades, la perfección absoluta del Padre Celestial. Pero si bien la Iglesia Católica siempre ha proclamado esta santa verdad, también ha afirmado que la imitación de la Virgen María no impide en absoluto

Zea, en lugar de animarlos a seguir a Cristo fielmente, los inspira aún más a caminar tras sus pasos, y con mayor facilidad, porque, habiendo cumplido siempre la voluntad de Dios, fue la primera en merecer la alabanza que Jesús dirigió a sus discípulos: «Quien hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt. 12,50).

A partir de estas palabras del Papa Pablo VI, al comentar el magnífico Capítulo VIII de la Constitución Dogmática «Lumen Gentium», la vida de la Sierva de Dios María de la Concepción, Adela de Bata de Trenquelléon, en el siglo siguiente, y como la de San Bernardo, San Juan Bides, San Grignon de Montfort y tantos otros, ofrece una ilustración idónea.

En efecto, toda esta vida, breve pero marcada constantemente, desde la infancia hasta su último aliento, por la búsqueda de la unión con Dios y la devoción al prójimo, transcurrió en una atmósfera mariana que alimentó visiblemente su ascenso espiritual y le confirió un tono que garantiza su perdurable resplandor.

Que nosotros también, con la ayuda de María de la Concepción, en la escuela de María, participemos, cada uno según su misión, del resplandor de la Iglesia en el mundo de hoy.

† Sr. Maziers

**Homilía del obispo Vanel
pronunciada durante la celebración eucarística
del 25 de mayo de 1989**

en la capilla de La Roseraie en Auch.

Queridas hermanas, queridas amigas:

El pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar termina con estas palabras de San Juan: «Este, el primero de sus milagros, lo realizó Jesús».

Los milagros de Jesús son signos, es decir, gestos visibles que revelan los gestos invisibles y materiales cuyo significado es espiritual. El vino que se acaba en una boda, cuando debería haber abundado, es señal de otra carencia.

En el momento en que Jesús inicia su misión, su pueblo espera y no ve venir nada. Comienzan a sucumbir al cansancio. Desde hace mucho tiempo, ningún profeta ha surgido para reavivar su esperanza. No tiene nada que sostenga su fe salvo una religión formalista, agobiada por numerosos preceptos dictados por los fariseos, que pesan pesadamente sobre sus hombros.

Unas semanas después, Jesús vendrá a llorar sobre Jerusalén, diciendo: «Tengo compasión de esta multitud, porque son como ovejas sin pastor».

Incluso hoy, queridos amigos, en nuestro mundo seducido por el poder, sediento de consuelo, tan indiferente a la miseria de tantos, comprendemos el clamor de María a su Hijo: «No tienen más vino».

¿Acaso no es el papel de la Iglesia, como María en Caná, estar atenta a las necesidades de la humanidad y a su sufrimiento, compartir su anhelo? Su anhelo de ver surgir algo diferente, de ver aparecer entre ellos un signo de justicia y liberación.

Con los pobres

Queridos amigos, al celebrar hoy el bicentenario del nacimiento de la Venerable Madre Adela de Trenquelléon, fundadora de la Congregación de las Hijas de María, celebramos a una mujer que comprendió el rostro de la Iglesia.

Este rostro, que 150 años después volvería a salir a la luz con el Concilio Vaticano II: la imagen de Cristo Siervo, la Iglesia será sierva de la humanidad y de los pobres.

Desde muy joven, Adela se sintió atraída por el sufrimiento que la rodeaba. Los pobres eran numerosos. Los invitaba al castillo de sus padres. Ella misma les servía en la mesa, pues para ella la caridad comenzaba con el respeto. Incluso llegó a distribuir una considerable herencia que había recibido de su tía. También veía niños en el campo sin educación ni instrucción religiosa. Fundó una escuela y le dedicó todo su tiempo, rebotando de alegría al ver llegar a sus jóvenes alumnos. Más tarde, cuidó de su anciano padre, que había quedado paralizado, rodeándolo de toda su bondad. ¡Qué lección tan relevante para los jóvenes de hoy, cuyos padres envejecen y a menudo se enfrentan a una de las formas más dolorosas de pobreza: la soledad!

Adela de Trenquelléon, hija de la Iglesia y servidora de los pobres.

A todas estas personas abandonadas, con quienes llegó a tener una relación tan cercana, tuvo el valor de hablarles de Dios. Para algunos, despierta la fe. Para otros, la reaviva. El obispo San Ireneo dijo célebremente: «La gloria de Dios es el hombre plenamente vivo». Pero inmediatamente añadió: «La vida del hombre es la visión de Dios».

Para Adela, servir a los pobres no era un medio para redimir sus almas, sino parte de un todo coherente. Debía llegar a su esencia misma, a esa profundidad donde la liberación humana se convierte en signo de otra liberación: la liberación en Jesucristo.

Tal sigue siendo, hoy como ayer, el plan de Dios para el mundo, del cual la Iglesia es el sacramento, es decir, el signo efectivo. Por muy necesarias que sean las demoras, las etapas y la paciencia de una pedagogía de la fe, los hijos de la Iglesia deben permanecer siempre atraídos por la proclamación de Jesucristo Salvador.

Más numerosos de lo que podríamos pensar son los hombres y mujeres de nuestro tiempo que anhelan oír hablar de Dios y que podrían decir con alegría, después de haber fallecido: «Dios estaba ahí, y yo no lo sabía».

Con el Espíritu Santo

Adela de Trenquelléon sabía perfectamente que Dios estaba allí. Desde su más tierna infancia, la oración se había convertido en su pan de cada día. A los doce años, ya deseaba ingresar en la orden carmelita. La disuadieron por su edad. Pero no importaba, pues Dios estaba allí. Su vida espiritual y su caridad fraterna no eran dos caminos paralelos. Entre ellos se encontraba la conexión del río con la fuente que lo vio nacer.

No es casualidad que desee conmemorar su Confirmación cada año. Sabe bien lo que el Espíritu Santo deposita en el corazón de quien lo recibe y lo acoge.

«Espíritu de sabiduría y entendimiento, Espíritu de consejo y poder, Espíritu de conocimiento y afecto filial».

Algunos grupos de cristianos se autodenominan «carismáticos». Todos los cristianos bautizados y confirmados son carismáticos, siempre que permanezcan atentos a las inspiraciones internas del Espíritu, garantizadas por las enseñanzas de la Iglesia.

El Espíritu Santo ciertamente no nos da la inteligencia de los dotados. Nos da mucho más. Nos da la inteligencia de Dios.

Nos capacita para ver con los ojos de Dios.

Nos capacita para actuar con el aliento de Dios.

Nos capacita para amar como Dios nos ama.

¡Cuánto sufrimiento humano desaparecería del mundo, de nuestras comunidades y de nuestras familias, si todos los cristianos escucharan con atención al Espíritu Santo que una vez recibieron!

En la etapa actual de la Iglesia, tan maravillosamente enriquecida por el último Concilio, los pastores desean unánimemente otorgar a los sacramentos de la Iglesia, y en particular a la Confirmación, su pleno valor y seriedad. Preocupados por su preparación y continuidad, desean, con inmensa devoción, formar verdaderos testigos de Jesucristo.

Que la Madre Adela los acompañe en el camino del encuentro pastoral. Que nos ayude a abrir los corazones a la alegría del Evangelio. Que nos ayude a despertarles a su vocación bautismal. No temamos decir que el Señor sigue llamando a los jóvenes a un amor más profundo, a convertirlos en pastores de su Iglesia o en testigos privilegiados de su Santidad en la vida religiosa, que permanece, hoy como ayer, luz en el camino de la humanidad.

Con los demás

La fundadora de las «Hijas de María» también sabía que un cristiano

no es un ser solitario. Se comprometió a compartir con los demás la gracia excepcional que había recibido.

Siguiendo el consejo de su consejero espiritual, fundó una asociación a la que acertadamente llamó «La Pequeña Asociación».

El objetivo declarado de la operación no causaría gran revuelo hoy en día. Se trataba simplemente de prepararse para una buena muerte. Podríamos sonreír ante esto si no supiéramos que, en aquel entonces, la muerte sorprendía a muchos jóvenes. Además, no era tanto la muerte lo que la motivaba como el deseo de aprovechar bien el presente y convertirlo en un tiempo espléndido, lleno de amor a Dios y al prójimo.

La correspondencia fluía libremente entre los nuevos colaboradores. Adela escribía muchísimo. Sus cartas pasaban de mano en mano. Y con la misma espontaneidad con la que hoy preguntaríamos: "¿Cómo está su salud?", ella escribía: "¿Cómo está su fervor? ¿Ha disminuido? ¿Ha aumentado desde nuestra última comunión?".

Bajo este lenguaje algo arcaico, reconocemos la relevancia de las palabras de la joven Adela.

Juan Pablo II también nos acaba de escribir una extensa carta sobre los fieles laicos de Cristo en la misión de la Iglesia. En el párrafo 29, afirma: «Que los fieles laicos se reúnan por razones espirituales y apostólicas es una expresión de la naturaleza social de la persona y una respuesta a la necesidad de una eficacia más amplia y con mayor impacto...»

Añade: «La transformación del entorno y de la Asociación solo puede lograrse mediante el trabajo, no tanto de individuos aislados como de un sujeto social, es decir, de un grupo, una comunidad, una asociación o un movimiento.»

Y finalmente, agrega: «Pero existe una razón más profunda, una razón eclesiológica, que ve en este apostolado asociado un signo de la comunión y la unidad de la Iglesia en Cristo.»

Noticias sobre Adela de Trenquelléon, que la vinculan con todas las comunidades que formamos: comunidades religiosas, equipos sacerdotales y comunidades parroquiales.

Noticias sobre Adela, que la vinculan especialmente hoy con todos los movimientos que han surgido durante nuestro siglo: movimientos de Acción Católica especializada, movimientos de educación y formación cristiana y grupos de oración.

Comunidades que desean dar a nuestra Iglesia la importancia y visibilidad que Cristo le asignó cuando dijo a sus discípulos: «Ni se enciende una lámpara para ponerla debajo de un cajón, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los de la casa... Ustedes son la luz del mundo».

Con María

Mis palabras estarían incompletas si no destacara ahora la piedad mariana de la Venerable Madre Adela y su consagración de sus hermanas a la Virgen María. Fue con el Padre Chaminade que descubrió su riqueza.

Para Adela, el misterio de la Anunciación no es simplemente un acto de obediencia. María, la primogénita de la nueva Creación después de su Hijo Jesús, es hombre. No es ni su propio origen ni su propio fin. Viene a enseñarnos que el hombre trasciende a Dios para ir hacia Él.

San Pablo pudo escribir a los cristianos de Roma: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor».

Los seres humanos se reciben de Dios para estar con Él, así como la Iglesia se recibe de Jesucristo para esperar su regreso.

«No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros». La respuesta de la Virgen al mensaje de Dios es un acto de gratitud. Reconoce el amoroso cuidado de Dios, que es su fuente y será su meta final. Por lo tanto, ella pone toda su vida en Sus manos: este es el profundo significado de su respuesta: «Soy la sierva del Señor». «Hágase en mí según tu palabra».

¡Cuántas veces deberíamos meditar en este misterio de la Anunciación, en un mundo donde la humanidad se engaña creyendo ser su propia creación y autosuficiente!

¡Cuántas veces deberíamos meditar en él cuando la tentación acecha para construir la Iglesia de Jesucristo por nuestra cuenta, con nuestras propias ideas, por no decir nuestras ideologías, tan a menudo divergentes y divisorias!

Orar a María es caminar con ella y como ella, totalmente entregados, totalmente sumisos, con las manos siempre abiertas. Solo el camino de la entrega conduce a la humanidad a la plenitud de su realización humana, que en términos cristianos llamamos «la gloria de Dios».

Fuera de este camino, la humanidad no es más que una inútil distracción. El gran San Agustín lo comprendió bien cuando, en su vejez, ofreció a Dios esta oración, a menudo citada: «Nos creaste para ti, Señor, y nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en ti».

Estamos lejos de una devoción pequeña, estrecha y superficial. Estamos en el camino real del amor, imagen de la comunión trinitaria, sobre la cual ya se está configurando la imagen del mundo venidero. «Haced lo que él os diga», declara María en Caná. No hay diferencia en esta afirmación con la de la Anunciación: «Hágase en mí según tu palabra».

Es el mismo acto de reconocimiento, el mismo acto de entrega. Está simbolizado por las manos abiertas en las que el Señor

Sin embargo, en abundancia, Él nos concedió riquezas mesiánicas, tal como había llenado las tinajas de Caná con vino nuevo.

Y nos da estas riquezas mesiánicas para compartirlas. La espiritualidad mariana de la Hermana Adela es una espiritualidad misionera: un día escribió a sus novicias: «Salid de vuestro retiro con el celo y el valor de San Pedro. Id y echad vuestras redes de amor divino en todos los lugares adonde la Providencia os envíe... Una hija de María extiende su visión a la de Dios. Su corazón abraza el universo».

Tal es, a grandes rasgos, el rostro de la Madre Adela de Trenquelléon, fundadora de la Congregación de las Hijas de María. Un rostro de luz para hoy como para ayer: en una Iglesia que se renueva cada día, lo esencial permanece inmutable: el amor preferencial a los pobres, que es el de Jesucristo; la oración, que nos lleva cada día de vuelta a la Fuente; El Espíritu Santo, que nos da entendimiento de Dios e inspira a la Iglesia con su espíritu misionero, el sentido de comunidad, signo visible del Amor Trinitario, y el afecto filial de María, Madre de la Iglesia y modelo de fe.

Bendito mensaje de la Madre Adela que recibimos al celebrar el bicentenario de su nacimiento. Bendito mensaje que también ustedes, queridas hermanas, acojan en esta Casa del Jardín de las Rosas, donde acogen a nuestros ancianos dentro de su Comunidad. A través de la vida activa de servicio, así como en la tranquilidad de sus últimos años, mantengan siempre el fervor de su Venerable Fundadora.

¡Qué cercana está a nosotras, esta mujer de nuestra región, nacida hace 200 años a orillas del Baïse, que fundó sus primeras comunidades en nuestra zona, y que murió en Agen el 10 de enero de 1828, después de murmurar en su agonía: «Todo lo que Dios quiera», y entregar su espíritu con el clamor del pueblo de Jerusalén que acogía a su Salvador:

«¡Hosanna al Hijo de David!»

Amén.

**Celebración del Bicentenario
del Nacimiento de Adela de Batz de Trenquelléon**

10 de junio de 1989, en la Catedral de Agen. Homilía del Obispo Saint-Gaudens

Los miembros de la Familia Marianista, que prepararon esta celebración, nos invitaron a escuchar la lectura del Evangelio que acaba de ser leída: estas son las últimas palabras de Jesús a sus discípulos. Es, por lo tanto, a la luz de estas palabras de Jesús que quisiera renovar con ustedes nuestra comprensión del mensaje que Dios quiso transmitir a su Iglesia a través de la vida, los escritos y la obra de la Madre Adela de Batz de Trenquelléon.

Es en la escuela de la Virgen María donde ella nos invita, como lo hizo, a acoger el Evangelio de Jesucristo en cada aspecto de nuestra vida:

«Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra».

Es en la escuela de la Virgen María donde ella nos invita a acoger, como lo hizo, todo el Evangelio:

«Enséñales todo lo que yo os he enseñado». En la escuela de la Virgen María, ella nos invita, como lo hizo, a participar en la misión de la Iglesia para que el Evangelio sea proclamado a todos:

«Por tanto, id y haced discípulos de todas las naciones».

En la escuela de la Virgen María, ella nos invita a vivir el Evangelio hoy y a ofrecerlo a los hombres y mujeres de hoy:

«Yo estoy con vosotros siempre, hasta el fin del mundo».

Adoptemos estas cuatro enseñanzas del Señor, tan admirablemente vividas por la Madre Adela de Batz de Trenquelléon:

El Evangelio ofrecido por Jesucristo, en cada aspecto de nuestra vida, sin excluir ningún sector, ningún ámbito.

Fue en la contemplación de la Virgen María que la Madre Adela de Batz de Trenquelléon recibió esta gracia: la gracia de no dejar ningún aspecto de su vida sin ser tocado por la luz del Evangelio y de acoger su mensaje. Dejé que nuestra hermana hablara por sí misma:

«Tu impotencia será la sede de la omnipotencia del Señor. Él mirará tu humildad y obrará en ti y a través de ti. Así que amemos a Dios, y nada nos costará; el amor lo hace todo fácil».

Y de nuevo:

Llevemos una vida que parezca ordinaria, pero que sea sobrenatural en los motivos que guían todas nuestras acciones. Entonces, incluso las cosas más pequeñas se volverán meritorias. Hagámoslo todo por Dios, y entonces todo será oración: comamos, hablemos, trabajemos y suframos por Dios.

«Señor, te ofrezco todo lo que soy. Nuestros corazones están hechos solo para Dios. Oh Dios mío, toma mi corazón, tómallo, guárdalo».

«Que Él reine solo en nuestros corazones. Que Él someta todos nuestros afectos y todos nuestros impulsos. Todo le pertenece; Él es quien nos creó. Entreguémosle, pues, lo que es suyo. Amémosle en todo tiempo y en toda situación: cuando nos consuela y cuando nos aflige, en la abundancia y en la pobreza, en la soledad y en la compañía».

Podríamos seguir citando sin cesar estas poderosas palabras de la Madre Adela de Batz de Trenquelléon. Reflexionemos sobre la dificultad que tenemos nosotros mismos para acoger el Evangelio de esta manera, sin reservas, en cada aspecto de nuestra vida. ¡El Evangelio en toda la vida! Sin dejarnos frenar por nuestros errores, nuestras debilidades, nuestras limitaciones. Ella era claramente consciente de esto y dijo:

La persona verdaderamente humilde soporta sus miserias, no se desanima por su debilidad, no se asombra, sino que espera todo de la ayuda de Dios. No dejemos nunca de pedir gracia, con firme confianza en Aquel que tiene todo en sus manos y que concede sus dones a los más humildes.

Haré una breve digresión: quizás hayan notado, al escuchar las palabras que acabo de citar, el énfasis en «toda». Podemos hacer la misma observación en las enseñanzas del Señor. He leído los escritos de la Madre Adela. Sería un estudio muy interesante anotar todos los ejemplos de «todo cada día» que ella acumula. Esta es una de las características de su mensaje: nos llama a una conversión que nos lleva cada vez más lejos en los pasos de Jesucristo, en la escuela de la Virgen María. Esto es lo que ella propuso a los miembros de su familia espiritual y lo que nos propone a todos al invitarnos a consagrarnos totalmente a la Virgen María.

Al consagrarnos a la Virgen María, nos encaminamos así a consagrarnos de la mejor manera posible a Jesucristo, sin guardarnos nada para nosotros mismos.

El Evangelio en toda nuestra vida... El Evangelio completo en toda nuestra vida.

Contra la tentación de seleccionar del Evangelio lo que nos conviene y lo que no nos molesta. Una vez más, la contemplación de la Virgen María ayudó a la Madre Adela a vivir esta plena aceptación del Evangelio y a ofrecérsela. Recordemos las palabras de la Virgen María el día de las bodas de Caná: «Haced lo que Él os diga». ¡Lo que Él os diga! No escojáis. He aquí unas palabras más de la Madre Adela:

«Amemos repetir esta hermosa frase de María: “Soy la sierva del Señor”. Seamos verdaderamente siervos dispuestos a cumplir toda la voluntad de nuestro Maestro».

La Madre Adela, que vivió intensamente esta aceptación del Evangelio completo, la extrajo de la contemplación de los Misterios de la Virgen María, al estilo de San Francisco y San

Ignacio. Pide a los primeros miembros de su familia espiritual que dediquen mucho tiempo a la contemplación de los Misterios de la Virgen María.

«Tengamos una gran devoción a María. Invoquémosla a menudo».

En particular, propone, cada sábado de Cuaresma, dedicar quince minutos

a contemplarla y a rogar que ella nos mire.

¡Mírenla! ¡Qué cerca está este mensaje de la Madre Adela, en la misma inspiración mariana, del mensaje de Santa Juana de Francia, quien dijo —como la Madre Adela podría haber dicho a sus hijas marianistas—:

«Si su única regla de vida fuera el Evangelio y lo que el Evangelio dice sobre la Virgen María, eso les bastaría».

Es en la contemplación de la Virgen María, «Sierva del Señor», donde la Madre Adela encontró este llamado a acoger todo el Evangelio con actitud de servicio.

Todo el Evangelio en nuestras vidas, ofrecido a todos.

La Madre Adela tuvo la gracia de ver a María como la Madre de Jesús y nuestra Madre. Madre de todos, sin excepción. Aquí pensamos en nuestras tentaciones de priorizar o incluso excluir, si no con nuestras palabras, al menos con nuestras actitudes. En todo el mundo y en nuestro propio país, somos conscientes de la considerable dificultad de convivir como miembros de la diversa familia humana: pueblos de orígenes e historias tan diferentes, marcados por culturas y religiones tan variadas. Ante esta situación, nos vemos tentados a replegarnos en nosotros mismos, en lugar de abrir nuestros corazones a las dimensiones del Corazón de la Virgen María y del Corazón de Jesús, que no hacen distinción entre los diversos miembros de la familia humana.

Escuchemos a la Madre Adela:

Imitemos la caridad de nuestra divina Madre y, siguiendo su ejemplo, prestemos con generosidad a todos nuestros hermanos y hermanas los servicios que estén a nuestro alcance, tanto para el cuerpo como para el alma. Debemos ser pequeños apóstoles, pero comencemos por nosotros mismos ante todo; el ejemplo es la mejor predicación. Saben que los Apóstoles, al salir del Cenáculo, se transformaron por completo: salieron a predicar y a convertir a todas las naciones. Por nosotros, esforcémonos, mediante nuestro ejemplo y consejos oportunos, por contribuir a la salvación de las almas.

Finalmente, el Evangelio completo, en toda nuestra vida, ofrecido a todas las personas, cada día, en el presente de Dios.

Fue particularmente al contemplar la maternidad de la Virgen María que la Madre Adela, quien vivió la agitación revolucionaria y los años de desorden que le siguieron, comprendió que no se trataba de soñar con el pasado, sino de vivir el Evangelio y la misión en el presente de Dios:

«Le pertenecemos», dijo, «por lo tanto, debemos tener un corazón infantil para Ella, volviéndonos a Ella a menudo con la confianza inspirada por la más tierna de las madres. No dejemos nunca de agradecer a Dios por todas las bendiciones con las que nos colma cada día y ofrezcámosle grandes gracias, porque nos sostiene de la mano de una manera muy especial».

Y al contemplar la Cruz con la Virgen:

El buen Señor tiene sus planes en todo, y creamos que Él sabe cómo sacar provecho de todo, incluso del pecado. Dios, en su inmenso amor, en el corazón mismo de nuestras vidas, lo transforma para nuestro bien.

Es después de grandes cruces que llegan grandes gracias. Arrojémonos a los brazos de Dios. ¡Oh Dios mío, que jamás me separe de Ti! ¡Oh! ¿Quién puede separarme del amor de Jesucristo, ni siquiera la enfermedad, el sufrimiento o la muerte? No, nada nos separará de su amor. «Dios nos colma de bendiciones cada día; por lo tanto, reavivemos cada día la llama de nuestro amor».

Sin más que añadir, vemos claramente la relevancia del mensaje de la Madre Adela de Batz de Trenquelléon. Era una época diferente, pero también muy convulsa, marcada por tantas tragedias en nuestra tierra, Francia.

Al escuchar estas palabras, seguramente a cada uno de nosotros nos resultó fácil acogerlas en el corazón de nuestras vidas hoy.

Como la Madre ADELA nos ayuda, con la gracia de Dios y la acción maternal de la Virgen María, a alejar la tentación de vivir el Evangelio solo en ciertos ámbitos de nuestra vida, en lugar de acogerlo plenamente, cueste lo que cueste; la tentación de elegir dentro del Evangelio, en vez de acoger todo lo que Jesús nos dice, como la Virgen María; la tentación, de hecho, de sentirnos cómodos entre quienes ya están marcados por el mensaje del Evangelio y de temer, admitámoslo, todo lo que Dios espera de nosotros para que el Evangelio sea, a través de nosotros, miembros de su Iglesia, ofrecido a todas las naciones sin excepción. Y, finalmente, la tentación —porque los tiempos que vivimos son ciertamente muy difíciles y lo seguirán siendo— es refugiarnos en el pasado en lugar de vivir en el presente de Dios, como nos recuerda constantemente el Papa Juan Pablo II:

«Estos son los mejores tiempos», tuvo la audacia de decir, «los tiempos que vivimos», porque es hoy cuando Dios nos llama a la misión.

Acojamos hoy el Evangelio en el corazón de nuestras vidas, como tan bellamente lo hizo la Madre Adela y como nos invita a vivirlo con ella. Porque la gracia de la Familia Marianista, que acabo de recordarles, debe ser la gracia de toda la Iglesia y de cada uno de nosotros.

**Homilía para la Misa celebrada
21 de agosto de 1989
en la Capilla del Castillo de Trenquelléon**

Es a través de los acontecimientos de nuestra vida que el Señor nos guía a progresar en el descubrimiento de su Alianza, de su Amor. «Todo es gracia»: conocen esta frase, ¡pero es bueno repetirla!

Si bien estos últimos meses han estado repletos de acontecimientos de todo tipo, cabe decir que, para ustedes, mis hermanas, hay un acontecimiento verdaderamente esclarecedor, un acontecimiento fundamental: ¡este año, la conmemoración y celebración del bicentenario del nacimiento de Adela de Batz de Trenquelléon!

¿No es precisamente por este aniversario, y a la luz de este, que se encuentran aquí en esta capilla, el mismo lugar de su nacimiento, y que yo estoy aquí con ustedes, para celebrar al Señor y darle gracias por las maravillas realizadas en sus respectivos países, en nombre de aquella cuyas huellas desean seguir, encontrando en ella los signos de su propia vocación personal?

Esta niña que nació aquí hace 200 años se convirtió en la Madre Adela. Ustedes lo saben y la conocen. Conocen su fe, su amor por el Señor y la Virgen María, su preocupación apostólica por los humildes y los pobres, en particular; conocen su celo misionero y su fervor: ¡habría ido hasta los confines de la tierra para salvar un alma!

Su espiritualidad resuena en ustedes, ya que la han elegido, ¡y los inspira!

Lejos de serle infiel, pensé, por el contrario, unirme a ella en lo esencial invitándolos a reflexionar esta noche, no sobre tal o cual punto de su Regla de Vida, ni sobre la vida de su Fundadora, sino sobre el mensaje que Juan Pablo II confió a los jóvenes, invitándolos a la Jornada Mundial de la Juventud en Santiago de Compostela.

“Emprendan su viaje”, les dijo. «Emprendan su viaje, peregrinos del Camino de Santiago. Procuren redescubrir, durante sus días de peregrinación, el espíritu de los peregrinos de antaño, valientes testigos de la fe cristiana. En este camino, aprendan a descubrir a Jesús, nuestro Dios, nuestra verdad, nuestra vida...

¿Creen, hermanas, que la Madre Adela podría decirnos algo más para inspirarnos, para invitarnos a sumergirnos en el corazón mismo del misterio cristiano?

Además, si releyeran algunas de sus cartas, ¡seguramente encontrarían ecos de este mensaje! Encontrarían los mismos temas.

Los jóvenes estaban atentos; se prepararon para este viaje y, desde diversas partes de Europa, partieron por miles, por decenas de miles... Caminaron, ¡pero no fue un simple paseo! Retomaron el tema de reflexión que se les propuso y tuvieron, el sábado 19 y el domingo 20 de agosto, con el Papa, un encuentro de profunda trascendencia. Sus vidas quedarán marcadas por él, y así permanecerán, pues...» En este camino ancestral, se han comprometido a descubrir a Cristo, que es la Verdad, la Vida y la Verdad.

Estas preguntas que el Papa planteó a los jóvenes, ¿por qué, hermanas, no deberíamos retomarlas para nuestra vida personal, nuestras reflexiones y nuestras oraciones?

¿Hemos descubierto verdaderamente a Cristo, que es la Verdad, la Verdad y la Vida?

El Camino: ¡Los jóvenes luchan por encontrarlo y seguirlo entre tantos senderos fáciles pero engañosos!

¿Y nosotras? ¿Estamos mejor?

¿Acaso no nos desviamos a veces con facilidad por caminos dudosos, alejándonos de las rutas del Evangelio trazadas por la Iglesia?

Leemos la Biblia; al menos el Evangelio, con regularidad. Pero ¿nos permitimos ser iluminadas, desafiadas y conmovidas por esta Palabra, que es fuerza, luz, dinamismo y vida?...

La verdad. «Los jóvenes la anhelan», afirma el Papa. «Pero sus opiniones varían según la ocasión. Hoy pueden seguir un movimiento de profunda espiritualidad evangélica y mañana un grupo de religiosidad vaga, si sienten que uno sacia mejor su sed de la verdad que el otro».

¿Y nosotras? ¿Dónde nos encontramos, hermanas?

¿Nuestra brújula sigue apuntando en la dirección correcta?

¿Nos preocupa profundizar y desarrollar nuestro conocimiento religioso y humano para responder mejor a las exigencias de nuestra vocación?...

¿Dónde buscamos la verdad?...

La vida. «La verdadera plenitud de la vida se encuentra solo en Jesús», insiste Cristo, recuerda el Papa a los jóvenes. «Solo Cristo es capaz de llenar el corazón humano hasta lo más profundo».

El ideal está esbozado. Pero ¿cuántas lo alcanzan realmente?

Y nosotras mismas conocemos este ideal; ¡lo hemos elegido! ¡Queríamos hacerlo nuestro!

Pero ¿cómo lo vivimos?

Seducidos por Jesucristo, hemos elegido responder a su amor abrazando su voluntad para la salvación de toda la humanidad. Con María, y como ella, siguiendo los pasos de la Madre Adela, le consagramos todas las facultades de nuestro ser...

Pero, ¿cómo vivimos esta consagración en el transcurso de nuestros días?... «Una vida llena de tareas aburridas y fáciles», dijo el poeta, «es una elección que requiere mucho amor».

La Madre Adela, siendo niña, había hecho esta elección; había descubierto que Jesús, el Señor bondadoso, era el Camino, la Verdad y la Vida, y se esforzó por darlo a conocer y amarlo...

Fue el mismo día de su nacimiento cuando recibió la gracia del bautismo; y esta gracia, en ella, no fue en vano, parafraseando al Apóstol: ¡sabía en quién había depositado su confianza!

¡Su ejemplo debe ser contagioso!

Ella todavía nos invita, siempre nos invita, y hoy más que nunca, a volver a la escuela constantemente del Salvador.

Él es siempre el Camino, la Verdad y la Vida.

Ella nos invita a abrirle nuestros corazones, a amarlo cada vez más, cada vez mejor, para que sea amado por una multitud de corazones...

Con María y como María en Caná, nos dice de nuevo: «¡Hagan lo que Él les diga!»

Amén

M. Dalmolin

ÍNDICE

Presentación: Camino a la Canonización

La Causa Romana de la Madre Adela
Las Hermanas Marianistas en Acción de Gracias
Decreto sobre las Virtudes Heroicas

Primera Parte: Historia

Los Grandes Momentos en la Vida de Adela
El Desarrollo de las Hijas de María
a) Construyendo sobre la Cruz
b) Llegando hasta los Confines de la Tierra
c) Todo para la Gloria de Dios
Influencia Mutua entre el Padre Chaminade y Adela

Segunda Parte: La Espiritualidad de Adela

Rasgos Destacados de su Personalidad
La Palabra de Dios en la Vida de Adela
Los Textos Bíblicos Fundamentales
Camino Espiritual
La Madre Adela y el Carmelo
Acción Apostólica
El Espíritu Santo como Fuente de Dinamismo Apostólico
María en las Cartas de la Madre Adela

Tercera Parte: Enseñanza

Consejos Superiores
Madre Adela, directora espiritual en relación con la liturgia
Acompañamiento vocacional

Cuarta parte: La relevancia del mensaje

Homilía del padre A. Boulet
Homilía del obispo Maziers
Homilía del obispo Vanel
Homilía del obispo Saint Gaudens
Homilía del padre Dalmolin